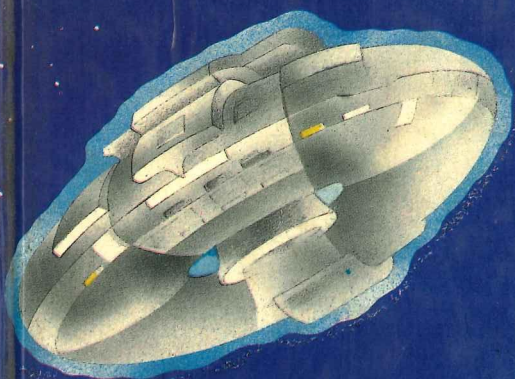


Y TODOS HABLARON DE LA PAZ

Horst E. Richter



DEBATE/CIRCULO



Asesor de la colección:
MARIANO AGUIRRE

LIBRI MUNDI
LIBRERIA INTERNACIONAL
JUAN LEON MERA 851
TELEFONO 234791
SUCURSAL HOTEL COLON
QUITO ECUADOR

**Y TODOS
HABLARON
DE LA PAZ**

Horst E. Richter

DEBATE/CIRCULO

Primera edición: septiembre 1985

Versión castellana: PALOMA GARCIA SERRA y JOSE PEREZ IRUELA

© Rowohlt Verlag GmbH, 1981

© de la edición castellana y de la traducción:

Editorial Debate. Zurbano, 92, 5.º. 28003 Madrid

Círculo de Lectores, S. A. Valencia, 344-346. 08009 Barcelona

ISBN: 84-7444-182-X

ISBN: 84-226-1955-5

Depósito legal: M- 27.848-1985

Compuesto en Rolando Composición

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarza
Paracuellos del Jarama (Madrid)

Printed in Spain

INDICE

	<u>Página</u>
Primer prólogo	7
Segundo prólogo	9
PRIMERA PARTE: <i>RECONSTRUCCION DE UN DRAMA</i>	15
Capítulo 1. <i>¿Por qué lo han hecho?</i>	17
Capítulo 2. <i>Eutanasia para una civilización insalvable</i>	23
Capítulo 3. <i>¿Quién coordinó la heroica acción?</i>	37
Capítulo 4. <i>El Club HERMES y las notas del testigo principal SC</i>	47
Capítulo 5. <i>Rasgos básicos del plan «HERMES». ¿Cómo influir sobre los gobernantes?</i>	59
Capítulo 6. <i>Comienzo del rearme psicológico: confusión de ideas y terapia</i> ...	79
Capítulo 7. <i>El programa de distanciamiento.</i>	101

	<i>Página</i>
Capítulo 8. <i>El programa de sensibilización.</i>	109
Capítulo 9. <i>El programa de generación de demencia</i>	117
Capítulo 10. <i>Primer balance provisional: la manía persecutoria, en acción</i>	133
Capítulo 11. <i>Representación de roles como test para el asesoramiento de los políticos</i>	147
Capítulo 12. <i>Impulso del armamento mediante sistemas autorregulados: el truco de la siempre insuficiente disuasión</i>	163
Capítulo 13. <i>Proyectos de defensa frente a una peligrosa campaña pacifista</i>	179
Capítulo 14. <i>El primer movimiento pacifista: un ensayo general casi fallido para HERMES</i>	195
Capítulo 15. <i>El segundo movimiento pacifista: nuevas estrategias defensivas</i>	203
Capítulo 16. <i>Los norteamericanos desbaratan el programa del Club</i>	215
Capítulo 17. <i>Epílogo de SC</i>	231
SEGUNDA PARTE: LLAMADA AL COMPROMISO.	239
Capítulo 18. <i>La esperanza en el nuevo movimiento pacifista</i>	241
Capítulo 19. <i>Aprender a soportar el miedo y a defenderse</i>	251
Capítulo 20. <i>Perfeccionamiento y labor cara al exterior</i>	269
Bibliografía básica en castellano sobre carrera de armamentos	287

PRIMER PROLOGO

¿QUE ANGUSTIA ES ENFERMIZA?

La angustia es mala. La confianza es buena. Muchas personas vienen a nosotros, los psicoterapeutas, a causa de su angustia. Una angustia que quita el sueño, que produce taquicardias, que impide trabajar, es enfermiza. Nosotros, los psicoterapeutas, queremos contribuir a que las personas se encuentren bien.

Pero muchas angustias son enfermedades porque las circunstancias en que viven los hombres también lo son. En ese caso la angustia está justificada y la confianza sería falsa, la angustia se convierte en un consejero juicioso que exige cambiar las circunstancias. Sin angustia lo dejaríamos todo como está. La angustia ante el rearme atómico está justificada, porque es síntoma de un peligro auténtico, que crece sin cesar. Debemos mantenerla hasta que, con su ayuda, consigamos que los políticos comiencen a trabajar por un verdadero desarme.

Sin embargo, muchos políticos y ciudadanos quieren

que la medicina se preocupe por el bienestar bajo cualquier circunstancia. Los hombres pueden leer en *Global 2000* que pronto se extinguirán cientos de miles de especies animales y vegetales, que hay cada vez más venenos que polucionan la atmósfera, que nuestros campos, mientras no se convierten en desiertos por la desaparición de los bosques, son salinizados por la lluvia ácida. Pueden enterarse de que esta paz de la disuasión es cada vez más insegura a causa del volumen del armamento atómico y de los intervalos, cada vez menores, de reacción. Pero se tienen que encontrar bien en medio de todo eso. Si se ponen nerviosos, que tomen pastillas o que hagan psicoterapia.

Nosotros, los psicoterapeutas, tenemos que objetar: los responsables de esa arriesgada política que reprimen su propia angustia están más desequilibrados que aquellos que reaccionan a la amenaza con angustia y desesperación. Los impotentes, que sufren una angustia justificada, tienen que obligar a los poderosos, que muestran y predicán una falsa confianza, a compartir su angustia. Y nosotros, los psicoterapeutas, tenemos que ayudarles en esta tarea. Pues si aquellos que están al timón no perciben el grave peligro que procede de ellos, la verdadera salud psicológica está en los muchos otros que se marean al borde del abismo y exigen energicamente un inmediato cambio de rumbo.

SEGUNDO PROLOGO

¿QUE RAZON SE ENCIERRA EN LA LOCURA?

A cada persona de los países miembros de la OTAN o del Pacto de Varsovia le corresponde una cantidad de explosivos equivalentes a 60 toneladas de TNT.

A. A. Guha

En cada segundo de una guerra nuclear mundial se liberaría más fuerza destructiva que en toda la II Guerra Mundial. En cada segundo de la larga tarde que sería necesaria para el lanzamiento de todos los cohetes y bombas, tendría lugar una II Guerra Mundial. En las primeras horas se matarían más hombres que en todas las guerras de la historia juntas. Los supervivientes, si es que quedase alguno, tendrían que vivir desesperados en medio de las

ruinas envenenadas de una civilización que se habría suicidado.

J. Carter

Ambas [superpotencias] han acumulado armas nucleares como sonámbulos o lemingos que están dispuestos a precipitarse al mar.

G. F. Kennan

El viejo proverbio si quieres la paz prepara la guerra... sería llevado ad absurdum si alguna vez se disparase el arsenal actual... Y creo que no existe nadie que pueda impedirlo, excepto el gran terror. Pero la mayoría de las veces el hombre tiene escasa fantasía.

F. Dürrenmatt

Hoy vivimos la paz de la disuasión. Es, desde luego, muy inestable. Una casualidad, una acción impensada, puede desencadenar la catástrofe.

M. Born

Una guerra mundial «sin querer» o «por un fallo humano» es tanto más probable cuanto con más contundencia, con más rapidez y más certeramente pueden aniquilarse entre sí los bloques de poder. En 1980 los ordenadores norteamericanos dieron dos veces una falsa alarma: los bombarderos atómicos despegaron y los misiles se colocaron en posición de tiro. El fallo se pudo corregir a tiempo. Pero a medida que el progreso de la técnica armamentista siga acortando los tiempos de reacción,

*quedará cada vez menos tiempo para comprobar
y para tomar una decisión razonada.*

J. Strasser

Todo esto lo sabemos. El problema, sin embargo, estriba en que en el fondo no queremos *creerlo*. Hablamos medio en serio de la «locura armamentista», pero, al mismo tiempo, defendemos la convicción de que la razón tiene que reinar en todos los campos. Nos queremos convencer a nosotros mismos de que presumiblemente los enormes riesgos son controlados con prudencia por los expertos, cuyos consejos sigue, sin duda, la política. Lo malo es que la gran mayoría de los investigadores sobre la paz contradicen esa esperanza general. Estos han averiguado que es probable que la disuasión falle en cualquier momento.

Pero no queremos creerlo. Creer significaría *tomarnos a pecho la verdad*. Puesto que deseamos considerar el mundo como algo totalmente cuantificable y la superación de todos los impedimentos como algo técnicamente factible, creer significaría caer de pronto en una perplejidad y un desconcierto que exigiría demasiado a nuestras fuerzas. Por eso luchamos con todos los medios para mantener esa represión, para evitar que nuestro conocimiento se convierta en fe. A ello nos ayuda, como ha dicho Dürrenmatt, nuestra falta de fantasía. Lo que sólo se puede intuir con dificultad siempre podemos mantenerlo alejado de nuestro yo, como una abstracción aparentemente vacía.

Aunque muchos de nosotros tengamos gran éxito en disociar momentáneamente la verdad y aunque intentemos hacer de la «locura armamentista» una fórmula vacía, nuestros mecanismos de defensa difícilmente pue-

den resistir mucho tiempo ante la verdad. Estamos ante la ineludible obligación de hacer nuestro lo que aparece como incomprensible.

Un primer paso importante sería el examinar la lógica peculiar que conduce a las dos partes a la conclusión de que la seguridad se consigue mediante una política de rearme que, en realidad, hace cada vez más insegura la paz. Hay que desenmascarar también el autoengaño, según el cual se puede responder razonablemente a una amenaza exterior de la libertad, reaccionando a su vez con la amenaza de una aniquilación total. Con esto se produce en ambos lados una inevitable militarización de las estructuras sociales que aniquila en todas partes la libertad.

Pero no existe, ni siquiera en psiquiatría, una locura sin razón. El desenmascaramiento de la locura significa no sólo el descubrimiento de los desvaríos. En la *loca* carrera de armamentos se oculta sin duda una lógica. ¿Domina quizás en ella una secreta añoranza colectiva de la muerte que daría sentido a la inquebrantable adhesión a una escalada continua de los riesgos? ¿No es quizás eso lo que se quiere decir cuando Kennan, Augstein y otros nos comparan más arriba con los lemings y cuando Carter evoca la visión del suicidio de una civilización? Nuestra incapacidad para una política de entendimiento pacífico y de cooperación internacional, ¿no remite, quizás, a una decreciente voluntad de sobrevivir, de modo parecido a como también remite a ello nuestra política de destrucción del medio ambiente, que no implica más que una autoagresión contra nosotros mismos?

Yo creo que en la realidad existen sólidos puntos de apoyo para tal presunción. Muchos fenómenos se pueden interpretar como expresión de una corriente depresiva, muy selectiva, que obstaculiza las fuerzas sociales de regeneración. Desde luego que esto no es más que una

tesis especulativa, pero tendría valor práctico en la medida en que, siguiéndola de cerca y discutiéndola, provocase una reacción.

La discusión de los investigadores, que ya dura años, sobre la paz y los conflictos adolece de la unilateralidad de haberse desarrollado casi exclusivamente en el terreno de las opciones y los análisis militares y de la política de seguridad. Se acaba casi siempre con propuestas acerca de estrategias globales, que pueden considerarse correctas o falsas, pero que no afectan, aquí y ahora, a la praxis cotidiana del individuo. Pero si uno se enfrenta con el pesimismo depresivo latente, que, según las apariencias, define la creciente impotencia para superar las situaciones graves de crisis, este enfrentamiento es, en último término, una llamada a todos para que se cercioren de su capacidad personal de resistencia y de su voluntad de sobrevivir.

Max Horkheimer dijo en 1971: «Con el pesimismo teórico podría unirse una praxis no pesimista que, aun pensando en lo peor en general, busca, a pesar de todo, mejorar lo posible.»

La presente «historia» intenta hacer inteligible una posible razón de la locura. En psicoterapia se habla de una «intervención paradójica» cuando se refuerza lo negativo para provocar una reacción constructiva. Creo que tenemos que tomarnos en serio la posibilidad de lo peor para empujarnos a ese cambio fundamental de mentalidad, sin el cual Albert Einstein declaró que era imposible la supervivencia de la Humanidad en la era atómica.

PRIMERA PARTE

RECONSTRUCCION DE UN DRAMA

¿POR QUE LO HAN HECHO?

El mundo se encamina hacia el infierno a gran velocidad, con una aceleración positiva y quizás, incluso, con una tasa en aumento de esa aceleración.

R. Oppenheimer

Es posible que en el futuro seres inteligentes de alguna otra estrella excaven en la corteza terrestre aún contaminada por las radiaciones y busquen argumentos de cómo se ha llegado a la extinción de la vida humana sobre nuestro planeta. Descubrirán que una explosión nuclear miles de veces repetida ha aniquilado los pueblos de la Tierra. Pero, al principio, esos extraños viajeros no podrán explicarse cómo se llegó a la catástrofe.

Los visitantes de la Tierra averiguarán quizá cómo hemos vivido y qué aparatos hemos utilizado. A lo mejor, llevados por su tenaz celo investigador, aprenderán tam-

bién a descifrar las lenguas de los pueblos de la Tierra. Esto les posibilitará reconstruir nuestras formas de vida y de trabajo gracias a un sinnúmero de documentos desenterrados. Descubrirán cómo los habitantes de los países con una técnica desarrolladísima emplearon sus mayores esfuerzos en hacer la vida más fácil, en prevenir los accidentes, en eliminar o aminorar los dolores y las malformaciones y en controlar escrupulosamente el orden de la vida en común. En cualquier caso, estos investigadores extranjeros se convencerán poco a poco de que los ciudadanos de los pueblos dominantes sobre la Tierra no sólo apreciaban mucho su vida, sino que además intentaban ser cada vez más poderosos mediante la explotación intensísima de los recursos terrestres. ¿Qué les pudo haber movido entonces a almacenar, en la tierra y en el agua, miles de terribles armas de aniquilación masiva, con cuya ayuda se autoaniquilaron finalmente?

Es posible que, a pesar de sus laboriosas investigaciones, les resulte extremadamente difícil a esos curiosos invasores encontrar una explicación plausible del final violento de la civilización terrestre. ¿Por qué habrían de destruir los habitantes de la Tierra lo que habían levantado antes con tan buena planificación y tantos esfuerzos? Una y otra vez intentarán desviarse hacia la hipótesis de una violenta catástrofe natural, que podría explicar fácilmente la, en otro caso, aparente contradicción insoluble. Pero al final no quedará ninguna duda de que nadie más que los pueblos de los países industrializados prepararon y llevaron a cabo la aniquilación de su propia civilización y de toda vida sobre la Tierra.

¿Qué les llevó a hacerlo? Algunos de los investigadores extranjeros pensarán que habría tenido lugar una batalla entre los habitantes de la Tierra e invasores de una estrella lejana. Pero buscarán en vano las prue-

bas de esa supuesta invasión extraterrestre. Y suponemos que se sabrá también que, en el tiempo en cuestión, no había ningún cuerpo celeste próximo habitado por seres que hubieran estado capacitados para volar hasta la Tierra o para amenazarla seriamente.

Pero, ¿se encontrará una teoría más plausible? En cualquier caso, se verán obligados a buscar en la Tierra misma las razones del acopio y, finalmente, del disparo de muchos miles de bombas aniquiladoras. El hecho de que las instalaciones de tiro de los mortíferos proyectiles estuvieran orientadas, respectivamente, hacia el Este y el Oeste, alimentará la hipótesis de que cada grupo de pueblos pudo haber tenido la intención de vencer al otro. Es posible que, al final, comenzaran ambos a disparar al mismo tiempo y con ello acarrearán también su propio derrumbamiento sin pretenderlo.

Sin embargo, contra esta improbable teoría se presentarán objeciones bien fundadas:

1. El atacante, oriental u occidental, debería haber sabido de antemano que él mismo no podría impedir, con su guerra relámpago, un contraataque mortífero, pues ambas partes tenían preparado un arsenal permanente, navegando en submarinos, suficiente para la aniquilación total del adversario. Ninguno habría podido desactivar esas armas del enemigo para evitar el peligro de su propia destrucción.
2. Las consecuencias de la contaminación radiactiva de la atmósfera y de una parte importante de la superficie terrestre tendrían que haber sido motivo suficiente, por sí solas, para desalentar la preparación secreta de un ataque nuclear por parte de cualquier pueblo.
3. Según todos los indicios, justo en la etapa final,

los hombres se preocuparon como nunca de la protección de su vida y de su salud. La gente controlaba el peso, la presión sanguínea, el azúcar. Hacían ejercicio para activar la circulación de la sangre, un gran número había dejado de fumar, se alimentaban siguiendo los consejos de los expertos y vacunaban a sus hijos contra todos los gérmenes patógenos peligrosos. ¿Por qué habría de exponer esta gente a la ligera su vida, por cuyo mantenimiento y prolongación hacían tan grandes sacrificios? ¿Por satisfacer sentimientos malévolos o por disfrutar con las conquistas bélicas?

Esto supondría la hipótesis de un comportamiento absolutamente irracional. Pero, ¿no se preocupaban en los países industrializados, sobre todo en la última época, por excluir cualquier irracionalidad? ¿No se planificaba todo con un *maximum* de frialdad y objetividad? ¿No se evaluaban de antemano todas las decisiones con exactitud? Se ha descubierto que entonces no se dejaba nada a la simple intuición. Todas las consecuencias de las medidas políticas y económicas habían sido pensadas y desarrolladas antes por grupos de expertos.

Pero es posible que los pueblos de Occidente no hubieran querido derrotar en una guerra a los de Oriente, ni éstos a aquéllos. ¿Había creído quizá cada una de las partes que era eso precisamente lo que quería la otra? ¿Se habrían armado las dos para la contienda impulsados por la misma angustia y no habrían podido al final controlar la situación? También esta hipótesis, valiosa para su examen, tendría que ser desechada al fin. Si ninguno de los dos contendientes tramó nada,

de lo que el otro pudiera acusarle en un momento determinado, tal error podría perdurar largo tiempo entre ellos sólo en el caso de que tuviesen una información muy deficiente. Pero en aquel tiempo era casi imposible que uno de ellos pudiera mantener un secreto relativo al otro. Una conversación importante podía ser escuchada en cualquier parte en que se celebrase. Satélites espías informaban de lo que sucedía en cualquier lugar de la Tierra. Y ¿por qué habrían de ocultarse los gobiernos sus respectivas intenciones si éstas eran pacíficas y defensivas? Muy al contrario, cada parte tendría que ocuparse de evitar o eliminar los errores y la angustia del contrario para no tener que temer ella misma que el otro, llevado por una desconfianza errónea, se armase para una confrontación agresiva.

5. Es evidente que la guerra de aniquilación habría podido desencadenarse simplemente por descuido, es decir, sin intención. Los investigadores de esa extraña estrella se maravillarían quizá de lo débil que era el sistema de ordenadores, al que parecería que habría que achacar la responsabilidad de que se hubiese disparado el gigantesco arsenal de misiles atómicos. Pero aun cuando hubiese que suponer que un descuido, quizás un simple fallo técnico, fue el desencadenante del golpe destructor, quedaría por aclarar por qué los países dominantes se sentaron sobre tan gigantesco barril de pólvora. Debieron de emplear decenios para llenar sus países y los mares con esas horribles espoletas asesinas. Eso no puede achacarse a un simple descuido.

EUTANASIA PARA UNA CIVILIZACION INSALVABLE

El concepto de «exterminismo» caracteriza los rasgos de una sociedad... que actúa como fuerza impulsora en una dirección cuyo final tiene que ser la extinción de masas ingentes de personas. El resultado será la extinción, pero no se llegará a ella por casualidad (aun cuando el último desencadenante pueda ser casual), sino como consecuencia de acciones políticas anteriores, del acopio y perfección de los medios de destrucción y de la configuración de toda la sociedad en función de ese final. Es evidente que el exterminismo necesita para su descarga de dos fuerzas portadoras que choquen entre sí. Pero este choque no podremos atribuirlo a la casualidad si era previsible mucho tiempo antes y si las dos fuerzas en acción se han preparado, mediante una política deliberada, para acelerar el curso de la colisión.

E. P. Thompson

Dos ejércitos que luchan entre sí son un gran ejército que se suicida.

H. Barbusse

Los visitantes extranjeros investigarán durante largo tiempo y buscarán en vano qué puede haber empujado a los pueblos de los países industrializados a la aniquilación de su propia civilización y a la devastación total del planeta. Es posible que un día se presente un grupo de investigadores y anuncien que han conseguido abrir un camino en el laberinto de las numerosas contradicciones y que han encontrado la solución. La exposición del portavoz de ese grupo, en la que presenta y explica el sensacional descubrimiento, sería más o menos así:

Los pueblos de los países industrializados, autores del gran golpe aniquilador, eran en aquel momento más poderosos y más grandes que nunca. Eran los más ricos de la Tierra a costa de la población del hemisferio sur, a la que habían explotado sistemáticamente. Su medicina había conseguido numerosos éxitos y asegurado a las personas una expectativa de vida sorprendente, incluso para aquella época. Creemos, sin embargo, que círculos decisivos de esos pueblos impulsaron intencionadamente la extinción de su civilización. La catástrofe atómica terrestre sólo puede explicarse como un suicidio colectivo planificado.

Eran pueblos muy inteligentes, que no dejaban nada al azar y, en definitiva, tampoco confiaban nada al poder de un ser divino. La producción, experimentación e instalación de las poderosas armas debe haber exigido muchos decenios y costado sumas enormes. Estos preparativos tan sistemáticos y costosos suponen la existencia de una decisión que ha tenido que ser llevada a cabo con gran energía y tenacidad.

Las numerosas realizaciones de estos pueblos, en las últimas generaciones, con el fin de aumentar su confort de vida y con ello su bienestar, parecen hablar, a primera vista, contra nuestra tesis del suicidio colectivo. ¿Por qué tendrían que haber renunciado de repente a esos intereses? Según nuestros descubrimientos, no renunciaron a ellos, pero sí a la esperanza de poder seguir alcanzándolos en el futuro. Sostenemos que esta civilización se encontraba en una decadencia imparable. Los terrestres debieron haber sido conscientes de ello. No podían soportar el precipitarse en una enfermedad incurable. Querían acabar antes de tener que padecer pobreza y miseria.

Para entender esta reacción hagamos aquí referencia a un rasgo curioso de la mentalidad de estos pueblos. De numerosos informes fidedignos podemos deducir que había individuos e incluso grupos bastante grandes que estaban dispuestos al suicidio con tal de evitar dolores inminentes o con tal de no soportar la culpa o la vergüenza de un error. Estos hombres que se comportaban con tanta fuerza y hacían todo para domeñar los recursos del planeta, padecían al mismo tiempo gran angustia cuando se trataba de soportar el dolor. Muchos preferían matarse antes que verse débiles, pobres o desacreditados.

Tenemos ahora que preguntarnos si esos pueblos tenían motivos para temer que su civilización estuviera a punto de derrumbarse. El material que hemos reunido para contestar a esta pregunta es desconcertante. Resulta evidente que los pueblos de los países muy industrializados se habían instalado en una cierta megalomanía. Trataban todos los recursos de la Tierra como un regalo que podían utilizar a su antojo, con el único fin de aumentar su sentimiento de poder y su comodidad. Gracias a los refinados instrumentos técnicos que habían

construido debieron sentirse como gigantes y llegarían a despreciar la naturaleza, porque ésta toleró de buen grado, durante mucho tiempo, que se la saquease y mutilase. Pero luego debió de irrumpir de golpe, al menos entre ciertas capas de la población, la idea de que se encontraban en un camino sumamente peligroso y funesto. Muchos recursos se agotaban. La economía se paralizaba. Se comisionaron grupos de expertos para que calculasen cómo se transformarían las condiciones de vida sobre la Tierra si los pueblos se seguían comportando como hasta entonces. Tales investigaciones las realizaron, entre otros, un «Club de Roma» y un grupo de estudios llamado *Global 2000*. Lo que encontraron esos expertos superaba a los augurios pesimistas. Las condiciones del planeta se degradarían de tal modo, en sólo una generación, que tendrían que desaparecer cantidades cada vez mayores de plantas, animales e incluso hombres. Se había calculado, por ejemplo, que año tras año surgirían nuevos desiertos que desplazarían feraces superficies cultivables y de pastos. Gases venenosos polucionarían cada vez más la atmósfera. Se produciría una lluvia ácida que dañaría en todas partes suelos y cosechas. El agua potable se convertiría en un producto escaso y sucio. Sería difícil eliminar de un modo seguro los residuos de los reactores atómicos. Cientos de miles de especies animales y vegetales se extinguirían sin remisión. Aumentarían las enfermedades y los envenenamientos de las personas. En un plazo de veinte años unos seiscientos millones de hombres vegetarían en los límites del mínimo vital. La mayoría de ellos llegarían a morir de hambre, a no ser que los pueblos se decidieran a conducir su forma de vida por derroteros completamente nuevos.

En cualquier caso, es digno de notar que los científicos no profetizaban en absoluto el ocaso de la civiliza-

ción como algo inevitable. Explicaban con todo detalle los caminos que habría que seguir para conjurar el desastre. Se debería tratar el medio ambiente con más cuidado, no explotar los recursos más de lo debido, renunciar a la expansión de la economía y pensar que la Tierra no podría alimentar a una humanidad que se multiplicaba a discreción. Parecía necesario que los pueblos colaborasen mejor en la solución de estos problemas, que distribuyesen entre sí las existencias más equitativamente y, en especial, que renunciasen a emplear sus recursos en la instalación de enormes arsenales de armas en lugar de en medios de subsistencia.

Nos parece sorprendente que estas advertencias apenas fuesen escuchadas. Millones leyeron los sombríos pronósticos que debieron de alarmarles realmente. Pero sólo algunos, sobre todo grupos de jóvenes, intentaron sacar consecuencias razonables. Surgió, por ejemplo, un denominado «Movimiento para la protección del medio ambiente», que apremiaba a los gobiernos a cambiar las relaciones entre la técnica y la naturaleza. Se tomaron algunas medidas en este sentido, aunque muy insuficientes. Grupos de jóvenes presentaron nuevas formas de vida, más sencillas, modélicas para su entorno, y experimentaron con una «técnica no agresiva». Pero sus intentos de entusiasmar con ello a los pueblos fueron baldíos. La gente se mofaba de los que intentaban comportarse de acuerdo con la realidad tachándoles de soñadores o utópicos. Un documento encontrado nos muestra la gran decepción de los futurólogos al comprobar que sus advertencias eran desoídas. Se trata del comentario de un científico que, año y medio antes, había escrito un libro titulado *Los límites al crecimiento*:

Si me fijo en el objetivo de este libro no existe absolutamente ningún motivo de alegría. Ni un solo

politico en el mundo, ni una sola organización política, ningún partido, ninguna industria importante se comportan ahora de otra manera que antes de la publicación de Los límites al crecimiento. Es como si no hubiese ocurrido nada, como si hubiésemos escondido ese estudio en nuestra mesa de despacho. ¡Todo sigue como antes! Hace dieciocho meses creíamos aún que la Revolución Verde nos concedería un plazo de gracia —libre del hambre— de quince a veinte años por lo menos. Hoy tenemos que partir de que sólo el año que viene morirán de hambre de diez a treinta millones de personas.

A esos dieciocho meses siguieron muchos años, en los cuales la civilización se mantuvo impertérrita en la dirección reconocida como mortal por los expertos. Allí donde, a tenor de las disposiciones sobre protección del medio ambiente, habría que haber frenado radicalmente una industria que funcionaba a todo gas, se falló siempre en favor de los intereses industriales. También en otros casos se dejó todo como antes. No podemos suponer que los pueblos no hubieran entendido la advertencia o que no la hubiesen creído. Lo que les impidió dar los pasos necesarios para salvar su civilización, tuvo que ser algo distinto, difícil de comprender por nosotros.

Hemos meditado mucho sobre el tema y hemos de admitir que no hemos conseguido aclarar por completo el enigma. La información sobre el peligro y sobre lo que había que hacer para evitarlo estaba difundida por todas partes. No podemos imputar a los hombres falta de conocimiento, pero algo debió de impedirles ser consecuentes. Decir que se trató, simplemente, de una tendencia es poner un nombre, pero no supone una explicación real. ¿Por qué se aferraron a algo sin sentido cuan-

do en otros casos, como consecuencia de descubrimientos técnicos, cambiaron su estilo de vida, de forma casi inmediata? En este punto dependemos, en definitiva, de especulaciones. Lo que aquí nos parece absurdo tiene que estar relacionado con que la mentalidad de esos pueblos fuese de una especie completamente distinta, que nos es inaccesible porque nuestros cerebros actúan de otra forma. Tenemos que seguir las interpretaciones de muchos escritores y científicos de la época que intentaron analizar las fuerzas motrices de aquella civilización.

Al parecer, no era simple arrogancia lo que impulsaba a la gente de entonces a querer dominar por completo la Tierra. Era, por el contrario, una enorme angustia de sentirse completamente desamparados si no dominaban y controlaban del todo su naturaleza exterior e interior. Junto con la confianza en un Dios benévolo, en el que antes habían creído, perdieron también la confianza en la naturaleza. Cualquier dependencia pasiva les pareció desde entonces una amenaza para la vida. Sólo aquello que dominaban les dejaba dormir tranquilos. Al principio pensábamos que, con la técnica, esos pueblos habían jugado a pasarlo bien, pero parece ser que sufrían en realidad una enorme presión. Tenían que dominar todas las fuerzas de la naturaleza, incluida la atómica, para que nada incontrolado pudiera actuar sobre ellos. No se puede entender de hecho su fiebre de expansión técnica sin la hipótesis de que una angustia terrible les pisaba constantemente los talones.

A lo largo de muchas generaciones los pueblos se fueron afianzando, para su desgracia, en la esperanza de que podrían saberlo y hacerlo todo. Cada vez descubrían nuevas leyes de la naturaleza y desarrollaban técnicas cuyas posibilidades parecían no tener límites. De este modo creían que, pequeños y débiles, no tendrían que de-

pender nunca más de la confianza en una naturaleza solícita o en un Dios bondadoso. Tal dependencia era más impensable a medida que construían su autoseguridad sobre lo que sabían, abarcaban y dominaban. Esa aspiración al eterno progreso en poder y fortaleza, fuente única de estabilidad interior, ¿habrían de entenderla ahora como algo cuestionable o incluso ilusorio? Esto significaba un esfuerzo excesivo, contra el que se emplearon abiertamente todas las fuerzas disponibles de la represión y el ocultamiento.

La meta es el «superhombre», no la «Humanidad».

F. Nietzsche

Si nosotros lo hemos entendido bien, sólo aquellos grupos de población que habían ofrecido resistencia durante siglos a las ideas dominantes de poder y grandeza habrían podido llevar a cabo una corrección del rumbo erróneo. El más importante era el de las mujeres. Pero precisamente porque éstas no habían seguido las ideas dominantes se las había oprimido socialmente. Por eso no estaban en condiciones de llevar a cabo el necesario cambio de mentalidad y de estrategia política.

La sociedad de hombres, aun siendo incapaz de revisar su actitud básicamente autodestructiva, se irritó y se puso nerviosa por los diagnósticos incontrovertibles de los futurólogos. La angustia se extendía. Muchos intentaron, a ojos vista, desplazar su angustia hacia peligros cuyo enfrentamiento no exigía ningún cambio radical en sus concepciones. Nuestro material demuestra que mucha gente de mediana y avanzada edad comenzaron de repente a correr, a hacer gimnasia y dietas en aras de lo que llamaban estar en forma. El modo general de vida se regulaba según prescripciones higiénicas. Pero la mayoría sólo pensaba, evidentemente, en conser-

vase lo mejor posible para seguir consumiendo en un futuro próximo. Bajo el lema de: «Después de nosotros, el diluvio. Hagamos lo que esté en nuestras manos para poder saborear del modo más juvenil y vital posible los años que aún tenemos por delante», se descuidó cada vez más la preocupación por las generaciones futuras.

Pero tenemos la impresión de que incluso la frescura vital de esa mayoría superconsumista era totalmente inauténtica. Se engañaban entre sí con la lozanía, sólo para poder apartar la vista del abismo hacia el que se encaminaban con absurda tenacidad. Hemos encontrado pruebas, sobre todo en los países occidentales industrializados y también en menor grado en los orientales, de que al final se ingerían grandes cantidades de medicamentos tranquilizantes, euforizantes y somníferos. Esto significa que los hombres estaban nerviosos porque presentían su futuro. Por eso hacían lo posible, con ayuda de productos químicos, para impedir que sus cerebros reaccionaran ante ese conocimiento fatal produciendo angustia. Según nuestros cálculos, podemos suponer que sólo una minoría podía pasar, al final, sin los denominados fármacos, sin cantidades excesivas de alcohol o sin drogas duras. Esta autolesión con productos embriagantes, tranquilizantes o artificialmente euforizantes contrapesaba con largueza el beneficio de los muchos ejercicios higiénicos, entonces tan en boga. Por eso, la medicina que se fomentaba en la etapa final, de un coste muy elevado, no podía hacer ya nada para que el estado de salud de los pueblos no fuese cada vez más precario.

Sin embargo, se esforzaban sin cesar por distorsionar, por encubrir la situación estancada de la medicina. Se ocultaba a las personas que en sus cuerpos se acumulaban continuamente residuos peligrosos de venenos presentes en la atmósfera y en los alimentos químicamente contaminados. Se les ocultaba que todas las me-

didadas de lucha contra el cáncer iban muy por detrás, en su eficacia, de la producción constante de sustancias provocadoras del mismo. Tanto más se les engañaba con la investigación de algunas operaciones sofisticadas, que por su coste financiero y su complicada técnica nunca habrían podido realizarse en un grupo numeroso de enfermos. Así, por ejemplo, trasplantaron unos cientos de corazones y se consiguió con ello que millones de personas no prestasen atención al hecho de que, a pesar de todos sus cuidados para estar en forma, destrozaban sistemáticamente su corazón y su sistema circulatorio con la tensión, la agitación y todo tipo de drogas. Las masas se dejaron engañar dócilmente con la promesa de que podrían proteger su salud, e incluso prolongar su vida, con sólo entregarse continuamente a exploraciones preventivas. Se invirtieron miles de millones en programas de prevención e investigación sobre el cáncer y el infarto. La mayoría de los pueblos del Occidente industrializado eran fácilmente manipulables, en una extraña desproporción en relación con su inteligencia, por su fe mágica en el dinero. Se dejaban engañar como bobos creyendo que todo lo dañino se podía evitar con tal de pagar lo que costase. Dado que ya no tenían ningún dios —aunque seguían manteniendo ciertos rituales que pretendían infundir esa apariencia— se habían fabricado claramente un sucedáneo de dios comprable. Se imaginaban que era un gran banco que les otorgaría salud y salvación a cambio de que fuesen puntuales en el pago.

Estos intentos de autoengaño sólo podían imponerse en parte. Resultaba difícil seguir viviendo sin el dios protector al que habían matado en su interior y sin la certeza compensatoria de ser lo bastante fuertes y poderosos como para no necesitar ya ninguna gracia ni consuelo. Los hombres no hallaban ningún punto de apoyo, porque no habían dejado estar ni vivir nada a su alrede-

dor como lo habían encontrado. Habían transformado todo. El medio ambiente se había convertido en «su» mundo sintético. Un mundo mutilado, envenenado, desnaturalizado en cuyo interior habían ahogado demasiados sueños y sentimientos como para poder sacar aún fuerzas suficientes de él. En cierto modo su yo había desaparecido tras aquello que habían hecho. Por eso muchos llegaron a envidiar al final a los inteligentes y laboriosos robots electrónicos, que habían sido una de sus últimas creaciones técnicas.

Parece como si, en la etapa final, hubiesen intentado resucitar algo de su agonizante mundo interior. Aumentaron las visitas a los museos y exposiciones de arte, la asistencia a los conciertos. Las mujeres pedían con más fuerza la palabra y expresaban sus necesidades y sentimientos. En muchas casas parroquiales, en círculos de marginados y miembros de sectas se buscaba una nueva religiosidad. Manadas de ejecutivos megalómanos se compraban cuidadores, hipnotizadores y psicoterapeutas para llenar algo más su vacío interior con la ayuda de las técnicas psicológicas. No se trataba, evidentemente, de una idea de moda, sino más bien de un deseo desesperado de salvación. Existía entonces lo que se llamó el «boom de la Psicología», que ofrecía más de cien métodos de psicoterapia. A ellos se precipitaban ingenieros destrozados, directivos económicos y políticos, profesores, burócratas de todos los niveles que temían volverse depresivos crónicos o esquizofrénicos, porque ya no veían en su trabajo ningún sentido. Se daban cuenta de que con su dirección o trabajo mantenían aún en funcionamiento una empresa que se movía con un rumbo más que problemático. No podían creer ya en aquello que hacían, pero como lo único que les había mantenido eran sus acciones y su actividad, tenían que emprender algo en seguida para sustraerse a un pánico indecible.

Muchos tenían que estar agradecidos si sus psicoterapeutas lograban encender en ellos un poco del calor de la nostalgia: recuerdos de sueños infantiles, de sentimientos espantosos y agradables. Como podían revivir algunas fantasías y emociones más profundas, se hicieron consumidores adictos de ese floreciente montaje psicológico que se extendió, sobre todo y de modo característico, por el mundillo de las burocracias políticas y económicas de los países industrializados. Los especialistas rivalizaban entre sí recetando psicofármacos y drogas para desviar a la masa de extraviados de su verdadero estado y de las oscuras perspectivas de su futuro. Encontraron nombres ingenuos para la perturbación incurable de sus pacientes y convencieron a cada uno de que lo suyo era sólo un problema individual casual que desaparecería recordando, gritando, haciendo dramatizaciones, por autosugestión o mediante ejercicios de comunicación, según los casos. El aislamiento de los hombres —consecuencia de la rivalidad egocéntrica y de la mecanización de las formas de vida— se formuló como una «perturbación narcisista» del individuo, superable en cualquier momento. Se decía a la masa de clientes, y éstos se autoconvencían de ello, que podrían regenerar su destrozado mundo interior sin acabar con el deterioro del medio ambiente y sin deponer su actitud agresiva. Se trataba como enfermedad psíquica de un individuo lo que, en realidad, era la miseria de todos. Se inventaron teorías según las cuales el mundo interior era sólo un tipo de sistema técnico, como lo era el mundo exterior reducido ya a técnica. En tal caso, sólo hubieran sido necesarios psicoingenieros expertos para que eliminaran los defectos del aparato psíquico y las averías en el sistema de conexiones psíquicas invisibles que existieran entre los aparatos psíquicos de los individuos. Estos psicotécnicos pudieron ayudar a muchos de

sus clientes a conseguir al menos una cierta estabilidad reparando su perturbada mecánica psicológica. Y como, además, hacía tiempo que muchos hombres estaban acostumbrados a considerarse sólo máquinas, les alivió el que, por lo menos, pudieran volver a funcionar, aunque sólo fuera en el aspecto mecánico y con gran esfuerzo.

Parece que hubo algunos que querían insistir en buscar en sí mismos su yo perdido, su desaparecida identidad. Estos se encontraban en el rincón del escenario en el que los llamados psicoanalistas prometían mediar para descubrir radicalmente la verdad en lugar de tranquilizar. Pero a los psicoanalistas les resultaba bastante difícil apreciar —con respecto a sí mismos y a sus clientes— hasta qué grado todos ellos se habían dañado psíquicamente entre sí y, sobre todo, la mutua relación fatal en que se encontraban estos daños con el creciente deterioro de las circunstancias vitales exteriores. Los centros de psicoanálisis en los que se intentaba reflexionar en común sobre uno mismo y sobre los objetivos y valores más sólidos para la educación, el trabajo, la economía y la política, se desarrollaron algo más. Pero esto produjo gran temor y resistencia entre los que se sentían amenazados por estas ideas. Muchos psicoterapeutas se pasaron en seguida al campo de la pura interioridad tratando de aislarse del medio ambiente para trabajar sólo con sueños, fantasías, angustias y deseos, como productos independientes de un mundo aislado. El mundo interior fue segregado, como si no tuviera nada que ver con los procesos políticos y sociales. Así podían seguir desarrollándose en la realidad política los deseos de poder y las ambiciones expansionistas sin ninguna traba. Las tensiones psicológicas fueron analizadas de tal manera que no pusieran en peligro el rumbo de la civilización, la cual iba al encuentro del ocaso pronosticado por los futurólogos.

Las circunstancias descritas deben haber contribuido, sin duda, a impedir que aquellos pueblos fuesen capaces de adoptar las decisivas medidas de defensa y prevención que habían urgido los futurólogos pesimistas. Sin ellas, su cultura se habría ido marchitando hasta desintegrarse, tal como mucho tiempo antes había predicho un famoso «filósofo de la decadencia». Pero no se llegó a esa suave desaparición, sino que los pueblos dominantes se armaron una vez más de valor para realizar un esfuerzo fantástico que, según parece, apuntaba paradójicamente a la aniquilación total en lugar de a la salvación.

¿QUIEN COORDINO LA HEROICA ACCION?

Difícilmente podemos creer capaces a las masas de seminarcotizados, de toxicómanos, de robots humanos y de clientes del *boom* de la psicología —ciegos ante la realidad descrita hasta ahora— de haber reunido la enorme energía necesaria para extinguir toda la vida terrestre por medio de una masacre atómica, sistemática y tenazmente preparada. La determinación y la resistencia necesarias para la puesta en marcha y la prosecución de tal programa sólo se podía esperar de aquellos grupos que poseían una inquebrantable capacidad de acción. En todo caso, esa capacidad de acción estaba orientada en una sola dirección.

En esta civilización se había adoptado, a lo largo de muchas generaciones, la perspectiva de superar los obstáculos y los retrocesos de un modo expansivo. Siempre se habían buscado, y encontrado, supuestos enemigos que podrían ser los culpables de esta o aquella cri-

sis, y nunca se había dudado de luchar contra esos enemigos. Si, excepcionalmente, no se podían encontrar enemigos, como ocurría en el caso de las catástrofes naturales, se descubrían brujas y demonios para poder perseguirlos y castigarlos, en lugar de aceptar aquéllas. Incluso la muerte, la inevitable, se había malinterpretado durante mucho tiempo, considerándola obra de una agresión enemiga a través de bacilos, venenos, virus o violencia mecánica. No podían rendirse, ni tampoco les estaba permitido hacerlo, a ningún mal. La idea básica de aquella civilización, en la que dominaban los hombres, era la de mostrarse fuertes hasta el último suspiro. El no exteriorizar el sufrimiento —convertido en falsa virtud heroica— se había inculcado sistemáticamente a los hombres, generación tras generación. Toda la civilización del progreso —que siempre debía marchar hacia arriba y hacia adelante— se vio de pronto ante una fase inevitable de necesidad y debilidad crecientes. ¿Cómo podrían perseguir y castigar ahora a brujas y demonios si eran ellos mismos los que, sin duda alguna, tenían que responder del mal?

En esta desesperada situación se les ocurrió una idea que hoy nos parece desatinada, pero que a los dirigentes de entonces debió mostrárseles como la única razonable. Incapaces de adoptar las correcciones que habían exigido los futurólogos, sólo quedaba la elección —según una famosa frase de la época— entre un horror sin fin y un final horroroso. La idea de entregarse desamparados a un largo languidecer era insoportable. Por eso, la única posibilidad consistía en adelantarse a la miseria mediante una acción autoaniquiladora.

Sin embargo, resultaba impensable que las masas populares tuvieran la paciencia y valentía necesarias para un suicidio que había de prepararse durante decenios. De lo que sí se podía estar seguro era de su colaboración

en esa acción, al parecer necesaria, si se la presentaba como un hecho heroico de salvación y liberación. Pero ¿liberación de quién?

Nuestro equipo de investigación tan sólo poseía al principio algunos vagos indicios, pero ahora conocemos con detalle las ingeniosas estrategias con que cierta élite dirigente consiguió inducir a las masas populares, de Oriente y Occidente, a colaborar voluntariamente en un drama espantoso. La idea básica del plan consistía en profundizar la división entre los pueblos orientales y occidentales, haciendo aparecer el suicidio común como una cruzada mutua de los pueblos así divididos.

Debo reconocer en este punto que nuestro grupo de investigación, basándose sólo en indicios, no llegó en un primer momento a la conclusión de que el plan del «final horroroso» se basaba en la planificación central conjunta de una guerra recíproca de aniquilación. Al principio estábamos ofuscados por la creencia de que los estados mayores de esta planificación, tanto en Oriente como en Occidente, habían preparado ese infierno planetario independientemente; pensábamos que ninguno de ellos tenía prevista su propia desaparición. Nos habíamos dejado engañar por la polarización radical existente y por el alejamiento total entre ambos bandos, que eran los rasgos que dominaban el decorado de la etapa final. Pero después nos dimos cuenta de que ese decorado representaba sólo el final de un largo proceso en el cual muchos acontecimientos habían ido encajando entre sí con singular precisión. Al observar el proceso en su conjunto, tropezamos con centenares de indicios que hacían referencia a un plan conjunto del Estado Mayor General. Al final, un hallazgo nos proporcionó la prueba definitiva de nuestras sospechas.

Podría, incluso quizá debería, presentar ya esta prueba. Pero por una pequeña vanidad de nuestro grupo de

investigación, que ruego se le disculpe, quisiera seguir antes con los indicios indirectos que nos convencieron de la legitimidad de nuestra teoría antes de que se encontrara la extraordinaria e inesperada confirmación. La teoría explicaba que la complicada y prolongada —había durado decenios— preparación de ese terrible acto y su culminación, sólo pudo conseguirse porque se trataba, desde el principio, de una acción muy bien coordinada, de una acción, digamos, *concertada*. Sólo *una* concepción, *una* voluntad común y *una* mano dirigente eran capaces de compaginar en cada momento los acontecimientos en el Este y en el Oeste de manera que se excluyesen las muchas posibilidades de un paso en falso.

1. ¿Cómo se podría entender si no, por ejemplo, la perfecta simetría del «rearme psicológico» de ambos bandos? Yo había pensado al principio que aquí quizá se podría aplicar la teoría de la reacción inducida. Es decir, por un lado, se habría empezado a suscitar la hostilidad, lo cual habría inducido a la otra parte a adoptar una actitud similar de signo contrario, según el dicho de que nadie puede permanecer tranquilo si ello no agrada al vecino irritado. De este modo se habría podido contrapesar la cólera en un proceso recíproco de acción y reacción.

Pero lo más probable es que el vecino irritado, por seguir con el mismo ejemplo, sólo hubiera conseguido mover a su vecino, considerado más bien como pacífico, a reacciones defensivas. Este se habría irritado sólo en la medida necesaria para defender la paz sometida a perturbaciones. En este caso, el sistema sería asimétrico. La parte más pacífica se habría esforzado en todo momento por transmitir, de ma-

nera creíble, su rechazo del avivamiento de ese estado de hostilidad. Finalmente, hay que pensar que para producir imágenes del enemigo que generaran cólera habría sido necesario engañar sistemáticamente a ambas partes mediante una política dirigida de desinformación. Los servicios secretos de ambas partes habrían tenido que comunicar al contrario, intencionadamente, lo amenazante y malo de su propio bando, con el fin de apoyar al otro en el aumento permanente de la desconfianza y el odio. Según los materiales de que disponemos, he llegado al convencimiento de que existió esa colaboración. Pero no fue casual, sino que se trató de un trabajo conjunto, es decir, fue la expresión de una escenificación coordinada por ambas partes.

2. Hay que suponer la misma coordinación para explicar el desarrollo casi simétrico de las armas de ataque. Habría podido ocurrir fácilmente que una parte hubiese puesto el énfasis en un desarrollo armamentista defensivo y hubiese producido sólo aquellos misiles que fueran apropiados para la destrucción de misiles de ataque enemigos. Si este armamento defensivo hubiera tenido éxito, se habría neutralizado muy bien una gran agresión atómica. En caso negativo, sólo habría sido asolada la parte atacada y no se habría llegado tampoco al resultado que tenemos ante nosotros.
3. Sin «concertación» es presumible que no se hubiera podido evitar el estallido de una guerra atómica antes de tiempo. Una de las partes habría aprovechado alguna debilidad momentánea, política o militar, de la otra o también una crisis dentro del propio bloque. Esto habría ocurrido

probablemente antes de alcanzar la capacidad de *overkill* *, por lo que hubiesen sobrevivido algunos restos de población.

4. Pero el indicio que me pareció más significativo desde un primer momento fue el hecho de que el rearme nuclear, tanto cualitativo como cuantitativo, tuvo lugar con un equilibrio casi perfecto, si prescindimos de pequeñas y pasajeras diferencias de ritmo. Piénsese en la coordinación que se requiere, dada la complejidad de la planificación a largo plazo, para armonizar los enormes esfuerzos financieros, intercambiar en el acto miles de novedades tecnológicas, promocionar, de modo equilibrado, la formación de cuadros de especialistas, coordinar con precisión la producción misma de artefactos —incluida la obtención, a veces costosa, de las materias primas.

Alguien podría sentirse tentado de utilizar contra mi teoría el último argumento citado: si hubiera sido tan complejo el llevar a cabo un trabajo de coordinación tan amplio, tendríamos que poseer información sobre grandes instituciones a las que se les hubiese confiado esta complicada tarea. El escéptico podría recordar que, en aquella época, eran ya necesarias en los países industrializados burocracias enormes para poder llevar a cabo el trabajo requerido por muchos proyectos de coordinación más simple. ¡Qué gigantescos aparatos institucionales no hubieran sido necesarios para «concertar» todo

* *Overkill*. Término inglés que se utiliza internacionalmente y hace referencia al potencial bélico sobrante tras acabar con toda la vida humana. A veces se traduce en castellano como «capacidad de sobremuerte». (N. del T.)

el equipamiento psicológico, económico y militar del Este y el Oeste! Sin embargo, no sabemos nada de esas instituciones. Si no existieron, tampoco pudo llevarse a cabo lo que aquí se dice. Y habría que volver a la hipótesis de que lo que aparece como resultado de una concertación muy planificada habría ocurrido por casualidad, telepatía u otros procedimientos mágicos que en la actualidad somos incapaces de conocer y, quizá, no llegaremos a descubrir nunca.

A esta crítica puedo responder que en aquella civilización existía sin duda un instrumento adecuado para la dirección centralizada de tal empresa, incluido el intercambio continuo de todas las informaciones y la armonización de los programas detallados; y que ese instrumento realizó ciertamente tal trabajo. Me estoy refiriendo a los superdesarrollados servicios secretos de ambas partes.

La cúspide de estas organizaciones se había podido defender, con cierto éxito, de la burocratización al uso que le querían imponer los parlamentos en Occidente y los órganos centrales del partido estatal en el Este, advirtiendo que tenían que permanecer invisibles y actuar con un máximo de flexibilidad. Y así, esos servicios secretos funcionaban con una red de grupos de trabajo pequeños y eficientes. Aunque disponían de enormes archivos y de los más modernos centros de cálculo, los equipos de agentes utilizaban con sorprendente soberanía ese instrumento técnico, sin apartarse de un estilo de trabajo creativo, relajado y espontáneo, inusual para aquella época. Las informaciones fluían cuando era necesario, sin demora, de la cúspide a los grupos especiales que trabajaban sobre el terreno, y viceversa.

Entre los servicios secretos del Este y el Oeste se habían ampliado las comunicaciones con el transcurso del tiempo en la misma medida en que habían retrocedido

los contactos entre los gobiernos. Como explicaremos más adelante, los gobiernos habían limitado sus intercambios, en la fase final, a comunicaciones totalmente insuficientes. El intercambio a través de los llamados canales diplomáticos discurría de un modo lento y áspero. Existían las visitas de Estado y de cortesía, totalmente improductivas, aparentes conversaciones que duraban años, audiencias ocasionales a embajadores y raros encuentros con ocasión de los funerales por la muerte de gobernantes de rango internacional. Los gobiernos necesitaban de sus servicios secretos no sólo por su labor de espionaje, sino también para llevar a la otra parte mensajes que, a través de los llamados caminos oficiales, habrían llegado más trabajosa y lentamente, además de correr un riesgo mucho mayor de indiscreción.

En tales circunstancias, los gobiernos no sólo permitieron sino que incluso se felicitaron de que se desarrollaran conexiones cada vez más amplias entre sus servicios secretos. Dependían mucho del rápido funcionamiento de esos contactos no oficiales. Esto condujo poco a poco a un reciclaje de los agentes de viejo cuño, que se habían sentido héroes patriotas en la lucha subterránea, con el fin de transformarlos en agentes dobles flexibles. Muchos viejos espías tuvieron dificultades en esta transformación, como sabemos por las notas encontradas de un hombre situado en la cúspide del servicio secreto. Trabaja: al mismo tiempo a favor y en contra del propio bando les confundía, les creaba sentimientos de culpa que llegaron a impulsar a algunos al suicidio. A los anticomunistas o antioccidentales irreductibles hubo que alejarlos poco a poco de las tareas del servicio secreto y encargarles trabajos inferiores en los departamentos de propaganda. Los nuevos agentes dobles, por el contrario, se ocupaban sin escrúpulos del negocio, cada vez más floreciente, del intercambio de

noticias, con un alto grado de virtuosismo tecnocrático. Por razones de seguridad, cada parte había colocado algunos hombres clave en la central del servicio secreto del contrario. A veces resultaba penoso que un subalterno despistado desenmascarase el papel de doble agente de algún alto jefe del servicio. Entonces había que montar un falso proceso para tranquilizar a las masas, hasta que se podía liberar a la víctima del apuro mediante una operación de canje.

En los máximos niveles del servicio se había formado algo parecido a un gabinete secreto internacional. En él trabajaban superagentes que estaban mucho mejor informados que sus respectivos superiores, los miembros de los gobiernos y las burocracias de los partidos, y a los que se les asignaban formalmente cargos de informantes y consejeros ocasionales. Los políticos responsables estaban distraídos con intereses secundarios y tareas rutinarias, y se agotaban en dirigir, en las riñas por el poder dentro del partido, en las querellas del trabajo parlamentario y en los esfuerzos por tener una brillante imagen, cosa que les parecía importante desde el punto de vista de la psicología de masas. Por eso, a tales gobernantes, ministros y funcionarios del partido les resultaba cada vez más difícil abarcar globalmente las interdependencias de la política mundial y mucho menos dirigirlas eficazmente. La cúpula del servicio secreto, libre de esa multitud de tareas accesorias, agotadoras e improductivas, comprendió que debería utilizar el poder de su superior conocimiento e intervenir activamente en las decisiones de alcance internacional. Por ello, al final organizaban y planeaban el derrocamiento o apoyo de gobiernos, vigilaban el comercio internacional de armas, urdían huelgas generales o incluso guerras civiles y controlaban, como Estados mayores, los conflictos militares más importantes en Oriente Medio y el Este de Asia.

En definitiva, no existía ya ningún acontecimiento de importancia política mundial que se desarrollase sin su decisiva influencia.

CAPITULO 4

EL CLUB HERMES Y LAS NOTAS DEL TESTIGO PRINCIPAL SC *

Es casi imposible no escribir ninguna sátira sobre los «servicios». Lo malo es que la fantasía no basta, porque la realidad la supera con mucho. Tampoco se puede uno fiar de las novelas de ciencia ficción. El futuro de George Orwell ya ha comenzado.

H. Palmer

Al principio, los espías jefes del Este y el Oeste habían pensado sólo en una especie de estado mayor con-

* «Creer en HERMES no requiere más sensibilidad para la magia que creer que los comunistas son demonios o que se preocupan de nuestra seguridad, los que convierten en barriles de pólvora nuclear a nuestros países. Pero como la magia sólo se justifica cuando alivia o tranquiliza, me disculpo ante mis lectores —espero que indulgentes— por el hecho de contravenir esta acrisolada regla con mis descubrimientos sobre HERMES.»

junto para intervenir en casos de crisis. Después se pasó a las consultas permanentes. Y encontraron cada vez más ocasiones para inmiscuirse en el curso de los acontecimientos y para mover a los respectivos gobiernos a la realización de decisiones que ellos habían acordado en secreto.

De ese modo, aquella agencia internacional para el intercambio de secretos se convirtió poco a poco en una institución con plenos poderes políticos. Como ese poder no constaba en ningún documento y sólo se ejercía informalmente, era prácticamente inatacable. La central del servicio secreto Este-Oeste se fue convirtiendo en una especie de órgano conjunto de vigilancia de los gobiernos de ambos bloques. Sus miembros de rango superior inventaron para tal institución el nombre clave de HERMES.

En este punto puedo y tengo que confesar que dispongo de un testigo principal que no sólo confirma la exactitud de la hipótesis aquí expuesta sobre un suicidio colectivo planificado, sino que, además, nos ha dejado informaciones de incalculable valor sobre el servicio secreto HERMES y sus conexiones con los gobiernos, los servicios de propaganda, los militares y la economía en el Este y el Oeste. Se trata de las notas secretas del agente doble de alto rango SC. Según escribe, sus colegas de HERMES le pusieron en algún momento, en plan de broma, el nombre de *Strategic Commander*. Después se quedó con las iniciales. Las notas de SC fueron guardadas dentro de una caja de plomo en un bunker de las montañas.

Cuando hace algún tiempo examinaba con mis colaboradores el material de SC, no sabíamos por dónde empezar. La lectura nos proporcionaba más perplejidad que claridad. Creíamos que nos encontrábamos ante una novela fantástica, ya que historias con un cariz utópico pa-

recido las producían entonces en serie muchos escritores, sobre todo en Occidente, y se leían con avidez, quizá como reacción contra la angustia. Nos reafirmaba en nuestras ideas el estilo descuidado, incluso burdo, utilizado por SC al escribir sus notas. Estábamos acostumbrados a que los políticos, los militares y los expertos de renombre habían escrito siempre con una objetividad que se esforzaba por lograr una precisión pedante. Partíamos del supuesto de que el perfeccionamiento formal era un criterio inequívoco sobre la autenticidad de los documentos. Sólo poco a poco hemos enmendado nuestro error. Los escritores de memorias y diarios conocidos en su tiempo sólo pretendían, con su esmero escolar, ocultar que mentían o que no sabían nada. Eran exhaustivos en los detalles, porque raramente dominaban las relaciones generales. Con su puntillismo formal y con su trazo solemnemente acentuado querían encubrir su corrupción y el oportunismo al que debían sus éxitos en la mayoría de los casos.

Por el contrario, las historias aforísticas de SC se leen casi como una charla relajada. Mis colaboradores y yo estamos muy firmemente convencidos de que SC es más veraz que esos autores pedantes, precisamente porque escribió con una espontaneidad sin trabas y una laxitud casi lúdica. Claro está que no ha sido el análisis de estilo previo el que nos ha proporcionado, en definitiva, la fe en la autenticidad de las notas. Según hemos podido comprobar, no hay ni una sola afirmación de SC que contradiga hallazgos históricos verificados de otro modo.

Según cuenta SC, se reunió en HERMES un pequeño grupo de agentes, selectos y de alto rango, tanto orientales como occidentales y procedentes de puntos claves en el terreno militar, económico, tecnológico, de política exterior y de propaganda. Se designaron y se conside-

raron a sí mismos como un CLUB. No había reuniones con un orden del día burocrático ni inscripciones previas para intervenir en ellas. Hablaban mientras paseaban, en la sauna, en la piscina o sentados alrededor de la chimenea. Conversaciones entre dos o tres, con intercambio de participantes, eran la preparación para un *brainstorming* con todo el grupo. Tampoco en él se procedía formalmente ni de forma solemne. Se confiaba en que a alguien, en algún momento, se le ocurriría cómo encontrar la solución al problema correspondiente.

Más cansadas eran las sesiones ocasionales de trabajo para las que el Club tenía que recurrir a expertos científicos de departamentos especiales. Estas tenían que ser preparadas muchas veces con intensidad, durante uno o dos días, para aprender a expresarse con brevedad y soltura y, sobre todo, para expresar con claridad el personal punto de vista.

SC y otros tres miembros del Club habían colaborado ya, con éxito, contra el régimen nazi alemán. A través de muchos encuentros habían forjado una amistad que no se había debilitado ni siquiera durante la llamada guerra fría. HERMES nació como una ampliación de ese círculo de amigos. Algunos miembros del Club eran funcionarios del servicio secreto de su patria. Otros estaban empleados oficialmente en los servicios secretos del país donde residían. Por eso podían, por ejemplo, los miembros rusos y norteamericanos del Club intercambiar informaciones urgentes en cualquier momento, tanto en las capitales occidentales como en las orientales. Para esta leal cooperación fue decisivo el que la gente de HERMES hubiera superado hacía mucho tiempo los conflictos de identidad que van unidos originariamente con el papel de agente doble. Todos se sentían ya unidos de igual modo a los dos grupos de pueblos. Las rivalidades nacionalistas les parecían risibles. Las

diferencias en los sistemas económicos no se les antojaban motivo suficiente para disputas ideológicas en su propio círculo. Si los rusos o norteamericanos de origen llegaban de vez en cuando a pelearse, era a causa de las competiciones de hockey sobre hielo, de boxeo amateur, de ajedrez o baloncesto, y, aun entonces, más bien en broma.

Antes de pasar a explicar la concepción estratégica de HERMES que nos ha transmitido SC tengo que añadir un hecho esencial de la prehistoria de HERMES que se puede reconstruir a partir de una serie de observaciones dispersas de nuestro interesante autor.

Mucho antes de HERMES había existido ya un círculo internacional de amigos, compuesto por agentes dobles importantes. Sus actividades se remontan a una época anterior a la I Guerra Mundial. En aquel círculo se enjuiciaba ya de un modo muy pesimista la civilización industrial y sus posibilidades de futuro. Entonces surgió por primera vez la fantasmal idea de preparar a los pueblos industrializados un final más digno y más heroico que el de una previsible larga cadena de pequeñas automutilaciones y de procesos progresivos de degeneración. Incluso alguien había aducido un argumento moral: la depravación de los pueblos había alcanzado tales dimensiones, que merecían un nuevo diluvio. Y puesto que ya no se creía en un Dios que pudiera producir tal diluvio purificador, tenían que montarlo ellos mismos.

Según una leyenda difundida en aquella civilización, Dios, en una ocasión, había hecho perecer a la Humanidad, esclava del pecado, en una ingente catástrofe natural, a excepción de Noé y su mujer. Ahora, personas, gentes de muchos países se habían reunido en sectas que volvían a creer en un juicio universal inminente. Ellos, sin embargo, creían haber sido elegidos para sobrevivir indemnes a esa catástrofe y para originar des-

pués una nueva y mejor Humanidad. Un miembro muy influyente de aquel círculo primitivo de agentes dobles había formado parte de una de esas sectas y había instado a que se encauzara adrede el proceso con el fin de convertirlo en una catástrofe mundial en forma de guerra, para producir con ella un proceso de purificación y salvación según el modelo del diluvio. SC no explica la influencia que pudo tener el plan de aquel círculo de agentes sobre la preparación de la I Guerra Mundial. En todo caso, hace notar que en la actuación de los contendientes es detectable cierta simetría que parece coordinada.

El núcleo del montaje —si es que hubo alguno— lo ha descrito el psicólogo social Erich Fromm:

Los alemanes afirmaban estar cercados y amenazados, y que, además, luchaban por la libertad porque luchaban contra los zares. Sus enemigos afirmaban estar amenazados por el militarismo agresivo de la nobleza terrateniente alemana y luchar por la libertad, porque luchaban contra el Kaiser.

Naturalmente, ni el pueblo alemán ni sus enemigos habían intercambiado estas teorías de amenaza y libertad de modo simétrico. Las justificaciones de ambos bandos fueron formuladas por especialistas de los departamentos de propaganda e inculcadas sistemáticamente a las masas por los gobiernos. ¿Coincidieron estas formulaciones por casualidad? ¿No fueron quizá facilitadas a ambos bandos por un centro único?

Fuese o no organizada según un plan y como test, la I Guerra Mundial permite ser valorada desde ese supuesto. Curiosamente, se puso de manifiesto que los estratos burgueses, sobre todo los intelectuales y los estudiantes, estaban más inclinados que los trabajadores

a azuzar el encono mutuo. En todo caso, al comienzo de la guerra habían desarrollado el entusiasmo necesario para dejarse enviar con extraordinaria docilidad a la absurda carnicería.

Una segunda teoría se apoyaba en que sería más que suficiente provocar cierto entusiasmo para comenzar una guerra civil. Una vez puesta en marcha la obra de aniquilación recíproca se podría mantener el campo de batalla durante largo tiempo y de manera casi automática con tal de que las formas jerárquicas de organización funcionasen lo bastante bien como para mantener a los hombres en unos papeles antinaturales.

De las observaciones sobre la I Guerra Mundial se podía concluir ya que los deseos de supervivencia de los grandes pueblos industrializados habían dejado de ser especialmente fuertes. La oposición a los preparativos de una nueva guerra no duró mucho, aunque en la anterior se mataron, por primera vez, varios millones de personas y aunque los resultados de la misma no justificaban de ningún modo la ingente cantidad de víctimas, como cualquiera podía apreciar.

A primera vista, parece realmente paradójico que fuese el pueblo alemán el que se pusiese de acuerdo en seguida sobre la posibilidad de una nueva guerra, cuando había contribuido a la anterior con el mayor número de víctimas. Quizá la miseria que los alemanes habían conseguido con la pérdida de la I Guerra Mundial fue precisamente lo que estimuló el amor propio y la conciencia de poder de su clase dirigente para preceder a otros pueblos menos afectados en el desarrollo de esa disposición al suicidio que he explicado antes. La idea básica de suicidarse indirectamente, mediante la creación de un poderoso enemigo semejante al demonio, haría en todo caso inteligible la provocadora conducta, de otra forma completamente absurda, de los dirigentes

alemanes, que encendían la mecha de una II Guerra Mundial perdida de antemano. Si los bombarderos occidentales que al final incendiaron numerosas ciudades alemanas hubiesen contado en ese momento con las superarmas que desarrollarían más tarde, se hubiese producido el suicidio indirecto de todo un pueblo, cuyos dirigentes permanecían en pie ante las ruinas de sus sueños de grandeza y poder. Hitler y sus fieles estuvieron casi a punto de dispensar a los alemanes aquel destino paradigmático que más tarde se preparó para toda la Humanidad. En todo caso, la vida de Hitler se puede interpretar como la de una persona con esa estructura motivacional.

Pero Hitler y los dirigentes nazis apenas hubiesen logrado llevar al pueblo alemán al borde del ocaso total, si éste hubiera estado animado aún por un deseo de vivir. En su lugar, millones de alemanes se precipitaron durante años, de buen grado y sabiendo que iban a la derrota, en el fuego del poderoso adversario. Se dejaron matar por éste, obedientes, cuando habrían podido firmar la paz. Dejaron que se interpretase su suicidio colectivo como un gran hecho heroico. Esto sólo pudo ocurrir porque la propaganda tocó un sentimiento oculto que coincidía con ella.

SC razona en sus notas por qué él y algunos agentes dobles amigos suyos intentaban, a pesar de todo, valorar como un indicio esperanzador las circunstancias del comienzo y el desarrollo de la II Guerra Mundial. Se persuadían de que, a pesar de todo, la civilización industrial sería capaz de localizar y reducir las fuerzas de destrucción y depravación que se albergaban en su interior. Al igual que un organismo forma un foco de pus para expulsar los venenos que circulan por él, el fascismo —utilizando una analogía atrevida— se podría entender como un foco parecido, del que quizá se quería

servir la civilización para purificarse a fondo. Si los aliados derrotaban a la Alemania nazi, esto podría interpretarse como un grandioso acto de autosalvación de los pueblos industrializados, como una victoria de las fuerzas del bien, de la razón y de la solidaridad. Quien siempre esperaba que un acontecimiento del estilo del diluvio universal podría producir un cambio radical en el pensamiento y la conducta humanos, tenía que conceder a esa II Guerra Mundial, con sus millones de víctimas, el mismo efecto.

En este sentido, SC creyó inmediatamente después del derrumbamiento del dominio nazi, que HERMES podía y debía contribuir a fomentar la autorregeneración de los pueblos industriales liberados por la guerra. Estaba claro que ahora la civilización tenía la última oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva y adecuarse a nuevas formas de convivencia entre los hombres y los pueblos. Otros miembros del Club juzgaron desde el principio la situación con más escepticismo que SC. Pero se avinieron caballerosamente a dirigir el trabajo del Club en el sentido de fomentar el entendimiento pacífico entre los pueblos y actuar contra el funesto expansionismo de los dos bloques. Se ocuparon del intercambio inmediato de todas las informaciones sobre tecnologías de armamentos, planes armamentistas y estrategias. Esperaban que pronto las dos partes habrían de cansarse de la carrera, como dos atletas que se dan cuenta de que ninguno puede vencer al otro. Tampoco parecía infundada la esperanza en una posible mejora del clima de confianza recíproco entre el Este y el Oeste, causada por la inmediata difusión de todos los secretos. Si ninguno podía ocultar ya nada al otro, ambas partes tendrían que concluir que no se podían hacer ya ninguna jugarreta basada en un monopolio del armamento o en una maniobra estratégica. La situación se parecía, más

o menos, a una partida de ajedrez en la que un grupo superior de expertos aconseja a ambos jugadores hacer tablas y procura, además, que cada uno de los contrincantes sepa exactamente qué jugada va a hacer el otro y con qué intención.

Pero SC y algunos amigos optimistas de HERMES tuvieron que constatar, con profunda decepción, que sus esfuerzos eran baldíos. Después de aquella guerra, los pueblos desplegaron nuevas energías. Pero no resurgieron para autovalorarse con más moderación, ni para humanizar más la técnica, ni siquiera para confraternizar por encima de las fronteras nacionales. Si aún hubiese hecho falta una prueba sobre la imposibilidad de salvar aquella civilización, la suministraban ahora aquellos pueblos que —con ayuda de los gobiernos por ellos elegidos— ahogaban de nuevo y con rapidez el espíritu de colaboración internacional resucitado durante poco tiempo. Los países industrializados pudieron realizar, momentáneamente, algunos sueños de grandeza, volando, por ejemplo, a la Luna, engendrando niños probeta y construyendo supercerebros electrónicos. Pero ninguno de esos inventos les ayudó a rehacer de forma más humana su vida en común. Siguieron empobreciendo sus relaciones mutuas y destruyendo su medio ambiente. Lo que muchos de esos países celebraron, tras la II Guerra Mundial, como un progreso técnico y económico era, en realidad, la última prosperidad aparente de una civilización deshauciada, cuyos supuestos éxitos sólo significaban un «progreso» en el sentido de que se acercaba aceleradamente a su ocaso. Se había entrado en la etapa final apostando a todo o nada. Con la posibilidad de la fisión nuclear se había trepado al peldaño más alto de la semiomnipotencia alcanzable. Pero ya no podía haber duda de que los hombres fuesen capaces de hacer con esa energía maravillosa otra cosa que com-

portarse de un modo absolutamente irresponsable y destructivo.

Con esto había llegado para HERMES el momento de repensar de nuevo y desde los cimientos la estrategia del Club. En una sesión más larga de lo habitual se examinaron los informes de los especialistas de todos los departamentos y se llegó al acuerdo de que una comisión reducida examinase los planes ya existentes sobre una acción de suicidio general y colectivo, y comprobase su viabilidad en la nueva situación. La comisión elaboró su informe en un año, con la ayuda de expertos del servicio especial. Siguió otra larga pausa para reflexionar antes de reunirse de nuevo con el fin de tomar una decisión definitiva. Según informa SC, aquella sesión memorable no fue dramática. A ningún miembro del Club se le había ocurrido otra alternativa posible. Todos estaban convencidos de que no podían sustraerse por más tiempo a la grave responsabilidad de proporcionar a la civilización deshauciada una ayuda activa para morir. Estaban de acuerdo en que los países del Este y el Oeste se habían entregado ya, sin remedio, a las fuerzas que perseguían el hundimiento. Lo único que se podía hacer ahora era tratar de acortar ese proceso atroz y anticiparse a una agonía pasiva y desgarradora con una acción heroica, libremente elegida.

**RASGOS BASICOS DEL PLAN «HERMES».
¿COMO INFLUIR SOBRE LOS GOBERNANTES?**

Resultaría infundado suponer que los «señores del apocalipsis», aquellos que son ahora los responsables, debido a su posición política o militar conseguida como siempre, están en mejores condiciones que nosotros, simples mortales, para enfrentarse a esas exigencias y esos esfuerzos extraordinarios; o que puedan concebir de manera más adecuada lo terrible; o por lo menos, que sepan que tendrían que hacerlo. Más bien parece justificada la sospecha de que no tienen ni idea.

G. Anders

SC se sorprendió un poco de la firmeza y claridad con que sus amigos del Club y él mismo se atenían a la decisión adoptada, y de cómo llevaban la pesada carga de su responsabilidad. Lo que se disponían a hacer era,

ciertamente, algo espantoso, pero necesario y responsable. La Humanidad superdesarrollada del hemisferio norte, que había producido una de las culturas más notables de la historia terrestre, no merecía sucumbir en un caos de pobreza y envenenamiento crónico que se extendía lentamente. Se percibía además que entre las masas de población, empezando por los intelectuales, se extendía la idea de su perdición. La añoranza de la eutanasia tenía una presencia subliminar. Un gran y clarividente psicólogo había incluso expuesto una teoría sobre el «instinto de muerte». Con ella había horrorizado a muchos que se defendían con obstinación del pesimismo que surgía en ellos y que no querían capitular sin combatir. Artistas importantes del grupo denominado expresionista habían pintado antes y durante la I Guerra Mundial visiones de un ocaso colectivo, que debieron ser bastante parecidas a lo que más tarde se convertiría en realidad.

Esos cuadros proféticos se titulaban «Apocalipsis» o «Diluvio». La gente de HERMES consideraba estos y otros testimonios señales certeras de tendencias latentes de autodestrucción colectiva. Resultaba demasiado claro que los pueblos industrializados no querían reconocer esa tendencia a la angustia. Pero los miembros del Club estaban seguros de ello y habrían tenido que menospreciarse a sí mismos si hubieran dudado más tiempo aún en preparar la acción eutanásica salvadora. Se veían a sí mismos, en cierto modo, como médicos que, por sus mayores conocimientos, eran los únicos que podían extraer consecuencias de los tormentos a los cuales se encaminaban los pueblos, mal conducidos y, al mismo tiempo, culpables de su desorientación. Se trataba de llevar a cabo algo que correspondía a los deseos ocultos, aunque ya entonces semiconscientes, de los pueblos. Y, en definitiva, no lo hacían ellos mismos, sino

que le daban a los pueblos la oportunidad de transformar su muerte en su gran acción final.

La comisión que había elaborado los documentos para tomar la decisión inicial había dado nombre también a los puntos críticos del plan estratégico y desarrollado ideas con respecto a ellos. Esta elaboración previa facilitó al Club la conclusión de su trabajo con rapidez.

Estaban de acuerdo en que podrían atraerse sin dificultades a los militares de ambos bandos para que apoyaran un gran aumento del rearme nuclear hasta llegar al grado necesario de *overkill*. A todos los jefes militares les era inherente el deseo incontenible de disponer de las armas más modernas y eficaces. También se podían utilizar con facilidad rivalidades entre el Este y el Oeste, a causa de los distintos tipos de armas. Se azuzaría la competencia ya habitual entre las fuerzas de tierra, mar y aire, cuando se tratara de asegurarse una parte mayor del correspondiente presupuesto de defensa; pero todos los Estados Mayores militares se mantendrían, sin duda, unidos como uña y carne cuando se tratase de apoderarse de un trozo mayor de la tarta del presupuesto y de hacer retroceder las exigencias concurrentes de los civiles.

También podrían confiar totalmente en la colaboración de la *ciencia*. Dependía sólo de dirigir hacia la investigación armamentista suficientes élites de las nuevas generaciones. La ambición de desarrollar y probar continuamente nuevas técnicas armamentistas se impondría por sí sola. Había que contar con que alguno de los inventores sentiría escrúpulos ante una bomba aún mayor o más peligrosa por su poder de aniquilación y con que redactaría algunos artículos pacifistas o daría algunas conferencias. Estaban ya acostumbrados a que grandes descubridores de la técnica del armamento atómico

actuasen luego como predicadores de la paz para tranquilizar sus conciencias.

Sin embargo, algunos miembros del Club opinaban al principio que había que mantener alejados de los centros de investigación más importantes a los investigadores especialmente escrupulosos. Se mandó hacer un estudio y en él se puso de manifiesto que existía una estrecha relación entre la sensibilidad del investigador y su inventiva. Por eso, si se quería saber cómo se podrían construir más cabezas explosivas, cohetes más refinados, cómo se podrían construir pronto armas poderosas basadas en los rayos luminosos, habría que recurrir preferentemente a las sensibles y delicadas «cabezas». En cuanto a los remordimientos pacifistas que, a veces, seguían a los descubrimientos, ese estudio ponía de manifiesto que nunca habían producido daños dignos de mención. Tales actividades misioneras jamás impedían el aprovechamiento técnico de los descubrimientos.

Para movilizar en favor del proyecto a la economía de los países del Este bastaría con motivar a la dirección del partido estatal. Esto se conseguiría fácilmente aludiendo al dogma leninista de la primacía de la industria pesada. Mientras que en Moscú había que asegurar únicamente las decisiones burocráticas correspondientes, en Occidente había que buscar la colaboración de la industria privada. En este caso, se aseguraba el apoyo por la sed de beneficios de las empresas. Las firmas se disputarían los encargos. Intentarían también en algún caso exportar bombas atómicas, o por lo menos el *know-how*, a países subdesarrollados. Esto haría posible incidentes no deseados, como, por ejemplo, una guerra atómica insensata en el denominado Oriente Próximo o entre la India y Pakistán. El terror psicológico internacional podía influir negativamente sobre los deseos de los países industrializados, pero había que correr ese riesgo.

El programa previsto de alto equipamiento atómico sólo se podría llevar a cabo en Occidente si los organismos estatales estaban dispuestos a cargar esos gigantescos proyectos en el presupuesto de defensa. Pero ¿querrían las burocracias estatales y los partidos allegar esos fondos o detraerlos de otras partidas del presupuesto? Este factor de incertidumbre requería una atención especial. De momento se podía confiar en la dinámica propia de la economía del crecimiento. La industria armamentista jugaba un papel fundamental en el sistema económico occidental. Si no se modificaba la perspectiva de las personas y, en consecuencia, la de los grandes partidos, la presión del crecimiento tendría que ser suficiente impulso permanente para el mantenimiento de la necesaria producción de armamento.

Todas las reflexiones conducían al resultado de que los mayores esfuerzos habría que hacerlos para conseguir el *rearme psicológico* de los países industrializados. La disposición a aniquilarse mutuamente —en caso de peligro extremo— habría de imbuirse en el cerebro de las masas como un motivo superior a cualquier otra cosa.

Había que pensar también que los desprevenidos pueblos del llamado Tercer Mundo tenían que ser incluidos en el programa de aniquilación, porque en esos países actuaban millones de militares, científicos, técnicos y profesores, del Este y del Oeste, que con la excusa de ayudar y asesorar, se dedicaban al control y la explotación. Excluir de la acción a esas avanzadillas de la civilización industrial habría privado de sentido a todo el proyecto. Parecía un mal menor, en cierto modo, exterminar también a los pueblos pobres del hemisferio sur.

Tenemos que preguntarnos hoy cómo consiguieron los hombres de HERMES superar el sentimiento de responsabilidad frente a esos pueblos inocentes que no

tenían nada que ver con los motivos determinantes del suicidio de la población industrializada. Sólo podemos explicar esa crueldad porque entre los miembros del Club dominaba, con respecto a las poblaciones pobres de Africa, Asia y Latinoamérica, el mismo desprecio racista que constituía una arraigada tradición en la civilización industrial. Hemos averiguado que los pueblos industrializados habían renunciado finalmente a tratar como esclavos, en el sentido formal de la palabra, a aquellas poblaciones pobres, pero que, en la práctica, se habían limitado a refinar los métodos de opresión o a camuflarse mejor. Mucho antes de la devastación nuclear habían dejado morir de hambre y epidemias, año tras año, a muchos millones de hermanos de sus antiguas colonias. Las diferencias de color, de nivel educativo y de desarrollo económico las consideraban como una legitimación natural que les permitía saltar por encima de las reivindicaciones de aquellos pueblos discriminados por considerarlos inferiores, aunque descendieran de una tradición cultural en parte más antigua y en muchos aspectos más humana que la suya propia. El caso es que en el Club nadie se preocupaba especialmente por la inclusión de las regiones del sur en la aniquilación. Nadie creía que los pueblos del Este y el Oeste experimentarían la menor desazón por el hecho de que los habitantes del hemisferio sur tuvieran que soportar, sin ser consultados, los riesgos del *overkill* planificado.

El problema específico del rearme psicológico no consistía en eliminar impulsos de simpatía o sentimientos de obligación hacia los pueblos de los llamados países subdesarrollados. Consistía sólo en que surgiera en los países industrializados un ambiente de predisposición para la guerra y que se mantuviera estable. Había que producir un equilibrio en el potencial agresor del Este y el Oeste, a los que había que equipar polarizando al

uno contra el otro. Toda contracorriente, como los deseos de reconciliación, los sentimientos de fraternidad, las exigencias morales o religiosas de abolir la violencia, debían impedirse por completo, sofocándola en sus comienzos y manteniéndola dentro de límites estrictos o —en caso de necesidad— derivándola hacia cualquier otro objetivo sustitutorio.

Antes de volver a los diversos métodos de rearme psicológico elaborados cuidadosamente por HERMES y llevados a la práctica desde numerosos puestos de mando, deberíamos echar una ojeada a los instrumentos de que disponía el Club para realizar el plan estratégico general.

Es evidente que los servicios secretos de ambos países hacía mucho tiempo que habían colocado, en puestos claves, a colaboradores que eran importantes para la dinámica del armamento. Donde no consiguieron colocar a su propia gente, intentaron influir, de manera planificada, sobre militares, científicos, políticos, directores de centros de investigación y periodistas con influencias, para que mostraran su acuerdo con la línea del programa.

Al Club le producía verdaderamente cierta dificultad el hecho de que sólo podían emplear para su proyecto a un grupo relativamente pequeño de personas escogidas de los servicios secretos del Este y el Oeste. SC informa de modo fidedigno que en aquel momento no les faltaban ya agentes dobles experimentados y hábiles. Pero entre ellos había muchos especialistas un tanto estrechos de miras, que desempeñaban con brillantez su tarea específica, pero que no podían colaborar responsablemente en una empresa de esa magnitud, ni la hubieran comprendido. Sólo se les podía utilizar puntualmente para pequeños trabajos rutinarios. A pesar de todo, en el Club estaban bien preparados para lograr la máxima

eficacia con un mínimo de personal. Para ello se aprovechaban de que la burocracia política, militar y económica estaba organizada según una estricta jerarquía en el Este y también en el Oeste. Incluso en los medios de comunicación occidentales se habían impuesto esas estructuras, apenas percibidas por la opinión pública, a pesar de la libertad de prensa y opinión existentes en teoría; se habían impuesto de tal manera que, mediante intervenciones selectivas en puntos clave, se podían conseguir efectos importantes.

Según ha escrito SC, los miembros del Club y sus colaboradores se sentían como *catalizadores*. Se limitaban a impulsar por doquier procesos que —si habían actuado en el lugar oportuno y con la táctica adecuada— se extendían muchas veces como aludes y desplegaban una dinámica sorprendente. Tales efectos catalizadores se vieron facilitados por los estrictos sistemas de dependencia jerárquica de las instituciones y por la difusión sin límites de un modo de pensar acrítico y funcional. Según nos cuenta SC, a veces les impresionaba a los miembros del Club la facilidad con que podían inducir cambios básicos en los comportamientos y las ideas de grupos a los que se les suponía una gran imaginación y un pensamiento autónomo para defenderse de la manipulación.

La influencia sobre gobernantes de primera fila era algo importante, pero nada difícil. Influir sobre esa gente resultaba decisivo porque eran poderosos y de sus decisiones dependían muchas cosas. Pero curiosamente, por lo general, podía manipulárseles con gran facilidad.

Los gobernantes eran dirigentes soberanos sólo en apariencia. En realidad se trataba casi siempre de figuras agotadas, enfermizas, agobiadas por multitud de decisiones que debían tomar y a las que ninguno de ellos se encontraba en condiciones de hacerles frente. Tenían

que hincharse para parecer poderosos superhombres, para intimidar a sus oponentes y rivales y apaciguar a las masas, cuando en realidad se tambaleaban semiciegos entre la enmarañada espesura de los problemas, a través de la cual los empujaban o los zarandeaban un tropel de asesores y grupos de presión que se los disputaban. Antes de que esos grandes jefes hubieran llegado a enterarse de qué iba un asunto ya habían declarado en público lo que les habían escrito sus cerebros grises y firmado lo que se había tratado a sus espaldas entre jefes de departamento, poderosos grupos de presión y asesores. Los gobernantes que conseguían retener, al menos, los textos que habían recitado y las decisiones que habían suscrito en alguna ocasión, eran maestros en su género. En definitiva, todos necesitaban asesores especiales que ayudasen a su memoria para que en las entrevistas, debates o negociaciones diesen a entender que por lo menos tenían alguna idea de las directrices que se habían seguido hasta ese momento. En tales casos, bastaba con que declarasen que tales directrices habían significado un avance continuo y que estaban firmemente decididos a seguir en esa línea para conseguir nuevos y brillantes progresos.

El hecho de que en el transcurso de la década los gobernantes fuesen cada vez más influenciados lo explicaba SC señalando que los asuntos políticos que había que dominar eran cada vez más complejos, y por ello aumentaba automáticamente la confusión de los jefes políticos.

Aquí, como en otros muchos lugares de su legajo de anotaciones, SC debe haber exagerado un poco. Pero sí parece razonable pensar que la mayoría de los jefes de estado y de gobierno no actuaban, ni mucho menos, como las personalidades fuertes e independientes que las masas veían y admiraban. Y también debe ser cierto que

esos hombres ofrecían suficientes puntos débiles como para ser manipulados. La labor del Club consistía en colocar a hombres de confianza entre los grupos de asesores.

Cuanto menos dominaban esos políticos importantes sus cada vez más amplios campos de responsabilidades y mayor era el peligro de revelarse como marionetas incompetentes, más artimañas utilizaban para proteger su imagen amenazada. Escogían un solo problema, que fuese prioritario para las masas, lo estudiaban a fondo, ayudados por sus asesores, y lo presentaban siempre como *el problema* central de la política. Esto implicaba no preocuparse en serio por ningún otro asunto político y abandonarse por completo al consejo de sus asesores, es decir, ser dirigido. Este truco solía funcionar muy bien, porque también las masas se sentían, por lo general, contentas si no se les complicaba la vida con la montaña de problemas reales de la política, sino que se les decía: en realidad, todo depende de *una sola* cosa; ése es el punto más importante y más peligroso; si se resuelve tal problema, habrá libertad, justicia, bienestar y salud para todos. El gobernante de turno se ofrecía indefectiblemente para solucionar ese problema del mejor modo posible.

Si un gobernante era proclive a hacer valoraciones próximas a la línea estratégica del Club, resultaba a todas luces oportuno encaminarlo hacia el problema clave del rearme. Había que persuadirle de que tenía que aparecer ante todos como *el político de la seguridad*, omnisciente y prácticamente infalible. Después, había que hacer que proclamase que un rearme atómico galopante era la mejor, por no decir la única, garantía de seguridad. La incesante instalación de nuevos misiles sobre el propio territorio —blanco de un contraataque aniquilador— tenía que explicarla como un medio de disuasión de absoluta eficacia protectora.

Si se trataba de un gobernante más bien opuesto por naturaleza al militarismo, había que hacer todo lo posible por convencerle de que debía elegir y resaltar como punto central cualquier tema excepto el de la política armamentista. Se le orientaba, por ejemplo, hacia el problema energético, la inflación u otro similar; se le ayudaba, con una campaña publicitaria de apoyo, a dramatizar la escasez de energía o la inflación, de tal modo que al pueblo le pareciese imposible renunciar a su salvador. Apartándole a él y a las masas del tema del armamento, el Club podía mandar en la sombra manteniendo en buen estado el complejo industrial-militar. Así ocurrió, por ejemplo, en una etapa que la opinión pública vivió como de «distensión», y en la cual realmente se pudo aumentar el armamento a un ritmo mucho mayor que en el período anterior, llamado de «guerra fría». En un momento posterior se podía descubrir a las masas, de golpe, la capacidad de *overkill* ya existente, asustándolas lo suficiente como para motivarlas de nuevo, mediante la angustia, a apoyar «una mayor disposición para la defensa» (léase: aumentar aún más el armamento).

Pero no resultaba tan simple mantener a los gobernantes en el camino deseado. Los hombres de HERMES eran demasiado inteligentes como para no tener en cuenta ciertos factores que también determinaban el comportamiento de los políticos importantes. Aunque esos hombres poderosos no tuviesen muchas ideas y estuvieran casi todos enfermos y agotados, cada uno de ellos poseía rasgos de carácter muy marcados que había que considerar. Existía, por encargo del Club, una pequeña comisión especial de psicólogos especializados que se ocupaban permanentemente de analizar los perfiles de personalidad de los máximos dirigentes. Esta comisión describió tres tipos de gobernantes, teniendo

en cuenta que ninguno de los gobernantes reales era un tipo puro, sino sólo una aproximación.

La comisión los dividió en: 1, idealistas; 2, tecnócratas; 3, actores.

En el pecho del *idealista* ardía el deseo de hacer el bien. No sólo quería administrar, resolver los conflictos y mantener la sociedad funcionando con cierta fluidez, sino que también soñaba con grandes acciones en bien del pueblo, en bien de la comunidad de pueblos del Este y el Oeste, o bien de la Humanidad en general. Bien es verdad que su fantasía ponía, con frecuencia, ese bien muy lejos de lo que esos mismos hombres, a los que él quería hacer felices, entendían como tal. Así, a un presidente norteamericano le parecía sobremanera importante volar a la Luna. Consiguió, en efecto, arrastrar a muchos e identificar el objetivo de su ambición juvenil con la culminación de un sueño importantísimo para la Humanidad. Siempre se desprendían de esos proyectos conocimientos técnicos notables que se podían utilizar para la producción de misiles nucleares.

Junto a esos románticos *idealistas* juveniles había otros que estaban acuciados por un celo más bien *moralista*. No pensaban en vuelos prodigiosos o en innovaciones para hacer a los hombres más nobles y más libres. Acechaban al mal en una actitud defensiva, querían que su pueblo, y si era posible todos los demás, quedaran limpios de él. Hubo un presidente norteamericano que esperaba con verdadera impaciencia descubrir en cualquier parte del mundo alguna nueva injusticia para denunciarla públicamente y planificar acciones de castigo. Nunca se sentía mejor que cuando cualquier infamia horrible, acaecida en países lejanos, le daba la oportunidad de hacer brillar a su nación y a sí mismo como defensores del orden moral.

El Club consideraba esas tendencias moralistas como peligrosas. No había que excluir la posibilidad de que un hombre decente e influyente se pudiera convertir en un fanático pacifista y en un apóstol del desarme. Por eso resultaba importante encaminar su visión al campo de las relaciones Este-Oeste. No debería apasionarse por cualquier maldad, sino concentrar su indignación moral, si le placía, en los acontecimientos que ocurrieran en la otra superpotencia. En el caso del presidente norteamericano mencionado como ejemplo, los soviéticos le ofrecieron en el momento adecuado una ocasión de oro para atraer sobre ellos su santa ira. Al invadir al vecino Afganistán para asegurar su amenazada influencia, se reafirmó la anterior línea del frente y, al mismo tiempo, el soviético expoliador incitó al presidente norteamericano a ordenar que se diese de nuevo un fuerte impulso al propio armamento atómico. Pues ¿de qué otro modo se hubiese podido amenazar a esos criminales?

El tipo del *tecnócrata* se presentaba como mucho más seco que el idealista. Nada más lejos de él que sentirse llamado a realizar cualquier tipo de idea grandiosa. Ridiculizaba despectivamente a sus colegas idealistas llamándoles utópicos, soñadores o misioneros frustrados. Su mundo, que él consideraba como la realidad sin más, era el lado cuantificable de los procesos sociales. Por eso había que hacer cuantificables los aspectos de los problemas que aún no lo eran. Entonces se podría dirigir y controlar definitivamente a la sociedad como una máquina.

De acuerdo con eso, todo el problema de la política militar o de la política de paz se reducía para el tecnócrata a una tarea de enumerar con exactitud los arsenales de ambos bandos y producir un equilibrio perfectamente calculado. Dado que el tecnócrata sólo podía pensar en esas categorías técnicas, había que crear,

a cualquier precio, una simetría mecánica. Pensaba que si en una de las partes existía un exceso de presión mecánica, producida por la superioridad técnica de su armamento, esa parte tenía que irrumpir en el vacío relativo originado en la otra.

El tecnócrata no podía comprender que la realidad histórica lo contradecía. La superioridad en armas atómicas había oscilado siempre (tras un largo período de supremacía norteamericana) sin que se produjese ese equilibrio automático de la presión. Pero un tecnócrata apenas podía percibir otras fuentes de impulsos que no fuesen las llamadas fuerzas materiales de los hechos.

Un ejemplo de este tipo fue un gobernante europeo occidental al que nada lo encolerizaba tanto como el que se le dijese que la política tenía que ver también con el sentimiento y el espíritu. Una vez dijo que la política era la regulación objetiva de los conflictos. Filosofar sobre un mundo armónico no tenía cabida en ella. El Estado no era competente en la orientación espiritual, con lo que, al decir eso, demostraba que había interiorizado tanto ese mundo exterior transformado en técnica que no se consideraba a sí mismo, ni a la Humanidad, capaces de poder cambiar el curso de las cosas por la fuerza de unos ideales o unas necesidades.

Los tecnócratas no se podían utilizar para aumentar la tensión psíquica entre el Este y el Oeste. Su objetividad les hacía incapaces de integrarse en un escenario dividido en dos bloques, uno de buenos y otro de malos. Por eso a los tecnócratas les gustaba a veces ofrecerse como mediadores, pero el papel lo entendían sólo como una especie de operación comercial y, por eso, apenas podían conseguir alguna vez lo que los periodistas llamaban una «mejora del clima».

Los tecnócratas cayeron durante un tiempo en la trampa de la hipótesis antes mencionada, según la cual

un armamento numeroso no era tan malo, porque la carrera mundial acabaría sin duda automáticamente cuando ambas partes viesan que ninguna de ellas podía ganarla. Entonces se firmaría de inmediato, en beneficio mutuo, el empate conseguido. Como eso era demasiado lógico y esa clase de funcionalistas sólo hacían valer como motivación la lógica matemática, tuvo que llenarles de consternación que sus cálculos no se cumplieran al fin, porque el rearme de los dos bandos se aceleraba a medida que crecían los arsenales de bombas. Los empedernidos tecnócratas no entendían ya el mundo, sufrieron serias crisis psicósomáticas y se dieron cuenta entonces de que tampoco ellos funcionaban sólo según una lógica racional, sino que poseían oscuros impulsos psíquicos que hasta entonces se habían limitado a reprimir. Este derrumbamiento significó el final de su carrera política para la mayoría.

El *tipo del actor* vivió en la etapa final su coyuntura política más favorable. Estaba en mejores condiciones que otros para poder fingir hasta confianza e influir en las masas allí donde los otros tipos se desalentaron por la contradicción existente entre sus ideas y la realidad. El auténtico actor quedó al margen de ese problema, porque carecía de ideología propia. Percibía cómo habría de representar el personaje al que los acongojados hombres querían agarrarse. Y ése era justamente el que él les representaba. Cuando las masas, al borde de la catástrofe, se hacían como niños que creían en cuentos de hadas y, atenazados por una angustia que no podían dominar, suspiraban por un maravilloso vencedor de dragones, se mostraba según esa precisa imagen. También hubo un presidente norteamericano que conectó con su público como representante de este tipo de gobernante. Se dejó convencer de que debía representar el papel de la clásica película *Solo ante el peligro*, con

el fin de preparar a las masas para el asalto final que precedería al infierno. En un lado, él mismo y Norteamérica, un *sheriff* tibiamente apoyado por aliados cobardes y timoratos o, incluso, abandonado por ellos. Enfrente, la banda de criminales que se acerca amenazante (que ahora eran los rusos, en lugar de los tres malvados de la película). El pueblo podía volver a sentirse grande y magnífico adoptando la pose nostálgica del salvaje Oeste. Era la ilusión nostálgica, hecha posible por las estrellas, de la cual la gente no quería distanciarse. Un deseo que se haría realidad de forma dramática.

En los países occidentales había una razón especial para que, en la etapa final, a los que representaban el tipo del actor les cayesen en suerte, como llovidas del cielo, carreras políticas importantes. En esos países la *publicidad* había ido consiguiendo un poder especial. Se averiguaba con encuestas lo que la gente deseaba y luego se producían mercancías de las cuales se aseguraba que eran exactamente lo que todos querían. Los partidos políticos se informaban así del tipo de líder político que deseaban tener las masas y, a continuación, los especialistas en publicidad construían ese tipo de hombre. Se le enseñaba lo que tenía que pensar y prometer; debía de ensayar nueva mímica y nuevos gestos. Por ejemplo: tenía que parecer reflexivo, pero no cavi- loso; su sonrisa tenía que ser cortés y, al mismo tiempo, señorial; tenía que ensayar una actitud digna, pero de ninguna manera envarada. Se le prescribía un nuevo peinado, determinadas corbatas, camisas y zapatos. El no deportista tenía que hacer deporte, el adusto simular alegría en el trato con la gente. Hasta se le fabricaba una nueva biografía. Lo que aún no le saliera bien, aprendía el actor a corregirlo en mil comparencias electorales. Se volvía dócilmente de un lado o de otro, en función de los aplausos. Al final creía ser aquello para

lo que se le había preparado y elegido. Era una pelota en manos de sus asesores. Nada resultaba más fácil para el Club que manipular a estos gobernantes sintéticos. Desde luego, había que vigilarlos en todo momento como a un niño pequeño. Si se les perdía de vista eran capaces de cambiar de color como los camaleones y desmentir todo lo que el día anterior le habían hecho afirmar.

Se daban también actores cínicos y astutos. En muchos países latinos hubo en ocasiones auténticos artistas del engaño que se convirtieron en líderes. Esos no necesitaban ni diseñadores de máscaras ni directores para travestirse de altos funcionarios políticos. Eran gánsteres de salón y mafiosos de primera categoría. Se olían unos a otros como si fuesen drogadictos y formaban clanes secretos de conjurados, como las logias secretas herméticamente protegidas.

Esa gente (y sus bandas) constituían un serio problema para el Club. Eran tan impenetrables y tornadizos como los agentes dobles más diestros de HERMES. Sólo si el Club conseguía hacer a un hombre de su confianza maestro de una logia podía tener cierta seguridad de vigilar de alguna manera a estas camarillas.

A veces ocurría la desgracia de que en algún país los puestos dirigentes estaban ocupados por gente absolutamente imposible. Cooperar con ellos se convertía para el Club en un auténtico suplicio. En tal país habían encumbrado a un burro testarudo; en tal otro, a un ignorante engreído. Había tontos que, tras su elección y los aplausos de las masas, creían de repente en su grandeza real y sólo querían dejarse llevar por sus estúpidas ocurrencias. No era empresa pequeña para la élite de HERMES atrapar de nuevo a esos descarriados y, con ilimitada paciencia, mantenerlos en el camino correcto.

La paciencia era, además, una virtud que en el Club ocupaba un lugar muy destacado. Se aceptaban retroce-

sos a corto plazo. Cuando había que tratar durante un tiempo con un gobernante inadecuado de un país cualquiera, siempre se podía esperar a sustituirlo por otro más afín en las siguientes elecciones. Por lo demás, la comisión de psicólogos demostró al Club que el desempeño de un cargo de un modo peculiar estaba directamente relacionado con las inevitables oscilaciones de los votos dentro de los países. Es decir, a veces había que soportar a un jefe de gobierno extravagante porque su pueblo se encontraba también en una situación crítica y por eso había elegido a alguien que representaba una especie de síntoma de su confusión.

Los norteamericanos, por ejemplo, cayeron varias veces en esas crisis. Al principio creían que ellos eran los representantes eternos de la buena conciencia del mundo y que, además, estaban llamados a enseñar poco a poco a toda la Humanidad su ideal *way of life*. Pero después se enredaron en la guerra colonial de Vietnam, donde provocaron masacres como la de My Lai y causaron estragos con el napalm. La conciencia del mundo, con la que ellos creían estar eternamente identificados, les culpó de agresión imperialista. A la desoladora derrota moral, siguió la militar. Pero la medida no se colmó hasta el escándalo Watergate: el propio presidente, símbolo del mundo libre y bueno, se dejó arrastrar por el abuso cínico del poder y por la mentira. Allí se encontraba herida y llena de vergüenza una nación que había estado acostumbrada a confundirse con su ideal de absoluta integridad moral y que se alejaba así del grupo de los pocos países selectos. En esa situación de crisis sólo podía ser presidente un idealista moralizante. Debería limpiar la manchada imagen de la nación y presentar de nuevo al mundo la vieja y noble Norteamérica. Para ese fin carecía de importancia el que ese hombre fuera inseguro, medroso y vacilante en sus decisiones. Lo im-

portante era que le preocupaba la moral sobre todas las cosas y que recorrió el país predicándola, controlando y amonestando el tiempo necesario hasta que se extinguió el sentimiento nacional de vergüenza y la imagen se limpió de alguna manera. Pero cuando se dieron cuenta de que también la limpieza tocaba a su fin, nació un inmediato hastío de aquél cuyo papel ya no era necesario. El *shock* se había superado en parte, y en parte reprimido; los soviéticos habían contribuido a ello con su invasión de Afganistán. Había llegado de nuevo el momento en que, seguros de sí mismos, iban a enseñar los dientes al mundo. El predicador estaba gastado. Hacía falta un *sheriff* para demostrar que Norteamérica reclamaba su posición para imponer la ley y el orden en el mundo.

SC quería explicar con estos episodios históricos que, en el Club, había a veces que acortar el paso con paciencia, si las condiciones para el rearme psicológico eran temporalmente desfavorables. Durante la crisis moral de Norteamérica hubo que aceptar que el ritmo del rearme se retrasara allí de modo transitorio. Un cambio de rumbo violento en aquel momento hubiera producido el efecto contrario. La comisión de psicólogos había pronosticado correctamente que los norteamericanos volverían muy pronto a su viejo comportamiento infatuado y a su pretensión de hacer feliz al mundo.

COMIENZO DEL REARME PSICOLOGICO: CONFUSION DE IDEAS Y TERAPIA

Soy de los que siempre están preocupados por el uso que hacemos de los vocablos «guerra», «defensa», «paz» y «seguridad». Porque lo que llamamos, atenuándolo, «guerra» y «defensa», significa realmente, como todo el mundo sabe, en Europa y en caso de enfrentamiento de las potencias mundiales, un exterminio en masa y un asesinato de pueblos enteros, un mundo calcinado y envenenado, y la destrucción de la creación. Y la palabra «defensa» es una mentira piadosa sobre esta realidad.

H. Albertz

Hemos comprendido cuáles fueron los motivos que impulsaron al Club a aceptar la preparación de un «proyecto de eutanasia» completa y definitiva como tarea ineludible. Hemos seguido los pasos de la adopción del

acuerdo. Hemos sabido, además, en qué centros de mando se aprestaba HERMES a aplicar, de forma preferente, su estrategia de catalización. Nos hemos hecho una idea aproximada de la organización personal de la labor de influencia. Por lo demás, SC ha proporcionado ciertas nociones interesantes sobre la preparación socio-psicológica de la manipulación de las principales fuerzas políticas. Ha llegado ahora el momento de seguir el proceso del rearme psicológico hasta sus raíces. ¿Cómo se intentó adaptar la forma de pensar de las masas al plan estratégico? ¿Y cuáles fueron los efectos que se consiguieron con ello?

Naturalmente, aquí sólo puedo describir estos procesos a grandes rasgos. Con el fin de dar una mejor visión general voy a permitirme el no pormenorizar acerca de si debo mis conocimientos a las notas de SC o a las de otros observadores contemporáneos, o si se trata más bien de conclusiones indirectas a las que me han llevado otros indicios.

La tarea en cualquier caso estaba muy clara. Había que persuadir a los pueblos, en el Este y en el Oeste, de que pidieran un rearme atómico o de que, por lo menos, lo toleraran por un período de diez años. Pero tolerarlo no significaba tan sólo observar pacientemente su desarrollo. Los pueblos habrían de hacer enormes sacrificios a fin de reunir el dinero para el desarrollo y producción de los inmensos arsenales. Aunque estaban dispuestos a dejar morir de hambre anualmente de 15 a 20 millones de personas en el denominado Tercer Mundo, tal renuncia a una ayuda efectiva para el desarrollo no era en absoluto suficiente. Se llegaría incluso a rebajar de forma sensible el denominado nivel de vida en los países industrializados, lo que había de justificarse ante la población como renuncia lógica en favor de la producción de cabezas atómicas y portacohetes. Además, era

difícil ocultarle a la gente que en caso de empleo de las armas maravillosas no habría escapatoria para ellos, ni sótanos antiaéreos, ni búnkers. La ejecución en masa no quedaría reducida a los campos de batalla, como en las guerras anteriores, incluida la II Guerra Mundial, sino que alcanzaría irremediablemente a mujeres y niños en sus casas, a alumnos en las escuelas y a enfermos en los hospitales. Además de las masas que serían inmediatamente destrozadas por las gigantescas explosiones, millones de personas supervivientes quedarían ciegas, morirían por tener la membrana mucosa quemada o sucumbirían sufriendo grandes dolores por las secuelas radiactivas.

Pueblos cuyos antepasados, a lo largo de generaciones, habían ahorrado y trabajado para construirles a sus dioses iglesias donde invocar su protección y misericordia, tenían que comprometerse ahora con el mismo entusiasmo a exterminar a todo el género humano, todas las obras que habían creado, así como a todo ser vivo sobre la faz de la tierra. De no haber podido contar con el apoyo de ese deseo de muerte colectivo ya discutido, la tarea de inculcar a las masas una motivación tan grotesca hubiera parecido imposible desde un principio.

El Club, con toda seguridad, nunca hubiera creído que este problema tuviera solución si las observaciones sociopsicológicas con respecto a las dos guerras mundiales pasadas y las respectivas fases de posguerra no hubieran proporcionado los correspondientes puntos de apoyo. Había que basarse en los siguientes datos:

1. Ni siquiera la experiencia directa de los horrores de la guerra provocaba una disuasión a más largo plazo, sino que, por el contrario, una gran parte de los veteranos de guerra transfiguró en poco tiempo estos recuerdos. Muchos de los que

durante años y de forma continuada habían contemplado a su alrededor mil maneras diferentes de muerte gustaban de contar estas «aventuras» y consideraban los años de la guerra como los más maravillosos de su vida. La gran difusión de libros sobre la guerra ayudó a fomentar la evocación de este pasado «heroico». Las encuestas mostraron que quienes habían participado en la guerra veían menos inconvenientes en un rearme nuclear que la siguiente generación.

2. Grandes sectores de la población estaban dispuestos a hacer todo lo que se les ordenara desde arriba, así como lo que hiciera la mayoría. Al no prohibirse la violencia, sino exigirse dentro del marco del derecho y orden públicos, millones de personas cumplían sin ningún reparo un «deber» que hasta el día anterior se había considerado un delito. En una serie de países se habían confirmado totalmente las experiencias de la guerra gracias a unos experimentos: la mayoría de las personas estaban absolutamente dispuestas, si bien después de un breve titubeo, a atormentar y a martirizar a sus semejantes en caso de sentirse obligados hacia una autoridad digna de respeto que exigiera de ellos tal acción.
3. Aunque entre los aliados occidentales y los rusos, que en la II Guerra Mundial y como compañeros de armas habían sufrido millones de víctimas, surgieron sentimientos amistosos, existían, sin embargo, indicios de que tales simpatías se podrían reprimir mediante una campaña de propaganda. Por otra parte, ciertas tendencias espontáneas hacían suponer que las antiguas antipatías, como, por ejemplo, entre franceses y alemanes, no tenían por qué constituir un obs-

táculo a la hora de unir a estos pueblos occidentales frente a los soviéticos.

4. Resultaba de gran ayuda el que los pueblos estuvieran en esta fase tan embotados psíquicamente que reaccionaban sintiendo un gran miedo solamente hacia aquello que se les mostraba como peligro actual y evidente. Hiroshima no tardó mucho en ser sólo un concepto en sus mentes, que ya no conmovía sus corazones. Si desaparecían de los archivos paulatinamente las fotos, las películas y los relatos de los testigos sobre aquella catástrofe sería casi imposible que la gente pudiera hacerse una idea cuando se hablara de nuevas bombas, cien o hasta mil veces más potentes que la de Hiroshima. Además, nadie llegaría a ver jamás estas cabezas nucleares. Lo que sí verían todos continuamente serían accidentes de circulación. En todas partes las personas morirían de infarto de miocardio o de cáncer. Con estas amenazas podría ofrecerse a la predisposición alarmista de las masas el suficiente material para que absorbiera toda su imaginación. Más tarde se vería que esta expectativa era cierta. Hoy en día nos parece tragicómico que esos pueblos tan inteligentes se angustiaron ante peligros concretos y determinados y se quedaron tan tranquilos ante la amenaza de la que había pruebas tan evidentes.

Cuando pusieron manos a la obra, los diferentes grupos responsables del «rearme psicológico» pudieron aprovecharse, de diversas formas, de los informes mencionados. La circunstancia que mejor pudieron aprovechar es la descrita en último lugar acerca de que los hombres sólo reaccionan ante conceptos que pueden

asociar inmediatamente con imágenes concretas y plásticas. Los lingüistas asumieron la tarea de ofuscar las mentes de las masas en cuanto a los conceptos de «paz», «guerra» y «seguridad» hasta el punto de convertirlos en simples fórmulas carentes de contenido. Había que difuminar estas palabras en conceptos abstractos lo más ambiguos posibles, y así al final nadie sabría realmente qué era la «paz» y por qué se debía defenderla. Siempre que fuera posible, también resultaba válido dar a los conceptos un sentido erróneo. Así, por ejemplo, relacionar «paz» con aceptación pacífica del armamento atómico y comparar «seguridad» con la acumulación de un potencial armamentístico superior, etc.

Los especialistas en lenguaje se dieron cuenta de que en los países industrializados existía de hecho una tendencia espontánea a difuminar el concepto de «paz». Por lo tanto, sólo habría que apoyar y completar esta tendencia para confundir totalmente a las personas.

Después de las investigaciones realizadas en la actualidad, resulta evidente que los especialistas en lenguaje lograron en este sentido un éxito rotundo. Sin embargo, al mirar hacia atrás no siempre podemos distinguir en detalle cuáles fueron las causas de que en la fase final la palabra «paz» experimentara una gran inflación. Según nuestras informaciones, cuatro fueron los factores coadyuvantes:

1. La tendencia espontánea de los pueblos a utilizar cada vez la palabra «paz» con menor rigor y mayor arbitrariedad.
2. La confusión y distorsión lingüística provocada por HERMES y sus delegados.
3. Una rivalidad entre políticos, partidos y organizaciones sociales, cada uno de los cuales quería adueñarse con fines propagandísticos del valioso concepto de la paz.

4. Un auténtico compromiso por la paz que en la fase final se había extendido entre la base de los pueblos. Pero, según parece, a los grupos y organizaciones pacifistas les resultó muy difícil en esa época hacerse entender con una palabra que había llegado a significar a un mismo tiempo tantas cosas.

Lo cierto es que las últimas generaciones inventaron miles de «calles de la paz», «avenidas de la paz» y «plazas de la paz». En todas se plantaron «palmeras de la paz» y «encinas de la paz». Se criaron «palomas de la paz», se organizaron «festivales de la paz», «carreras de la paz para ciclistas», «vuelos de la paz», «conciertos de la paz» e incluso «concursos de la paz» para artistas, escritores y escolares.

De la «paz doméstica» debían ocuparse las familias y era protegida por el Estado. De guardar la «paz en el trabajo» y la «paz social» debían ocuparse ante todo los trabajadores, los consejos de empresa y los sindicatos. Naturalmente, el telón de acero entre el Este y el Oeste se consideraba, desde un punto de vista muy particular, un «muro de la paz». «Paz» equivalía a algo tranquilo, bueno, reposado: un paisaje tranquilo, un mar tranquilo, la paz de la noche, la paz de los días festivos, una sonrisa sosegada, la paz del cementerio. ¡Haz lo que se te diga, sé pacífico! Paz, alegría y rosquillas. Pero también se decía que la paz más importante era aquella que cada uno tenía que llevar en sí mismo, en su corazón, la paz de espíritu. ¡Destierra de ti el rencor y la amargura! ¡Esto ayudará a la salvación de tu alma y te protegerá de úlceras de estómago e infartos de miocardio!

Una idea brillante de todos los partidos, por muy opuestos que fueran sus puntos de vista, fue la de de-

clararse al unísono «partidarios de la paz». Con ello, la paz parecía cuadrar con todos y cada uno. Con los nacionalistas, los racistas, los radicales y los liberales. La paz del sepulcro de las dictaduras militares y la paz de una sociedad humana resultaron ser lo mismo. El concepto de paz se convirtió en una fórmula vacía.

Un segundo truco consistió en ligar el concepto de paz a determinados rituales. A la fiesta de paz de la Navidad tradicional, que hacía ya tiempo había perdido gran parte de su significado, se le confirió una nueva dignidad aparente y se repartieron periódicamente «órdenes de la paz», «medallas de la paz» y «premios de la paz».

Naturalmente, no resultaba oportuno conceder estas medallas y órdenes a los enemigos de las armas, ni siquiera a los partidarios de la «oposición civil» o de la «defensa social». Resultaba mucho más provechoso concedérselas a enfermeras caritativas, sacerdotes de los pobres, médicos o investigadores puramente teóricos de la paz, cuyos discursos no entendía nadie. En cualquier caso, había que explicarle al público que los auténticos héroes de la paz cumplían su misión caritativa y científica permaneciendo en silencio y que nada tenían que ver con la política práctica. Había que marcar claramente esta separación. No se debía reconocer que el sentido de responsabilidad social, cuando se desarrolla totalmente, conduce necesariamente de la ayuda e investigación privada al compromiso político. Siempre resultaba útil el argumento pseudomoral de que una persona que desea ayudar, un médico, un sacerdote o un científico verdaderamente pacífico respeta en su actuación los límites de su cometido y trabaja con discreción en la cama de los enfermos, el altar o su escritorio.

Lo más efectivo fueron, desde luego, las acciones propagandísticas que establecieron una relación directa y positiva entre la producción de armas y el amor a la

paz. Así es como se consiguió rizar el rizo elevando a los altares de la paz al inventor de la dinamita y de la gelatina explosiva, que ganó ingentes cantidades de dinero mediante la fabricación en masa del explosivo con el que aniquilaron a muchos millones de personas en la I y II Guerra Mundial. Al subvencionar todos los años un importante premio de la paz y darle su nombre —Premio Nobel de la Paz—, en muchas mentes se estableció automáticamente la conexión: explosivo, igual a Alfred Nobel, igual a Premio Nobel de la Paz, igual a aseguramiento de la paz. Hoy en día nos resulta difícil determinar cuál fue el método empleado para que tales nexos de motivaciones se abrieran camino. No dudamos que el donante quisiera hacer algo bueno para descargar su conciencia. Pero nos resulta arduo comprender que los pueblos no se avergonzaran de dotar su más famosa ceremonia de la paz con un dinero que directa o indirectamente provenía de los beneficios de la dinamita.

Una exigencia algo menor consistía en sugerir a la gente que no diera a la palabra paz un contenido positivo como amor, camaradería, solidaridad o reconciliación, sino que la relacionara con cierta forma de rivalidad. Paz significaría entonces, por ejemplo: competencia pacífica. La fiesta de la paz más atractiva eran las Olimpiadas, donde las naciones competían entre sí decidida pero limpiamente. El aspecto pacífico de la fiesta deportiva de la paz se reducía a que los equipos que «luchaban» entre sí se «golpeaban» mutuamente y se «vencían» unos a otros, reprimían en cierta medida su agresividad mediante reglas. Era, por lo tanto, un accidente el que los jugadores de hockey sobre hielo se fracturaran los huesos o un boxeador matara a otro en un pacífico combate. También podía ser que precisamente estos luchadores hubieran demostrado una «moral» especial. Porque resultaba característico el que por «moral», empleada sin ningún

epíteto como «moral justa», se entendiera simplemente «moral combativa». Tenía moral quien «no regalaba nada» a su adversario.

El declarar la paz de forma global como una variante de la lucha fue, desde luego, un medio muy inteligente para impulsar entre las masas el proceso de la militarización psicológica. Pero era de esperar que una distorsión tan radical no bastaría para disuadir a determinadas minorías inteligentes de sus tendencias antimilitaristas.

Así, por ejemplo, en Occidente existía una izquierda crítica que, aunque muy minoritaria, albergaba un considerable potencial de protesta latente. Los lingüistas introdujeron en estas organizaciones de izquierda, a través del Club, hombres de confianza adecuadamente preparados. Estos agentes tenían por objetivo sembrar la confusión con la siguiente teoría: en primer lugar, no había que preocuparse por el desarme. En cierta forma, sería como fruta madura que caería por sí misma del árbol si previamente se había eliminado la lucha social. Había que transformar totalmente el orden social para suprimir las opresiones e injusticias de las estructuras sociales. Los agentes de HERMES se afanaron en atizar entre los grupos de izquierda la discusión sobre si la paz social se debería definir más como trotskista, leninista, social-reformista o liberal humanista. En cualquier caso, pasó a segundo plano el problema del armamento y la paz entre los pueblos, dándose prioridad a la tarea de invertir las estructuras sociales.

Dado que de hecho existían aún muchos conflictos internos sin solucionar, no resultó difícil, durante un considerable período de tiempo, hacer que la izquierda occidental arremetiera exclusivamente contra diversas anomalías sociales. En HERMES, naturalmente, se sabía que esta lucha absorbería todas las energías que podrían resultar peligrosas en caso de dirigirse contra el rearme.

La izquierda se fatigaría en rivalidades internas y al menos por un tiempo embestiría a ciegas contra las rígidas estructuras de los estados dirigentes de Occidente. Es decir, nunca llegarían a hacer realidad su modelo de paz social como condición previa para una paz internacional basada en el desarme. Incluso aunque lograrán con gran esfuerzo algunos avances hacia el socialismo, transcurrirían decenios durante los cuales se podía incrementar el armamento atómico lo suficiente como para llevar a cabo el plan de HERMES.

De esta forma se dio la paradójica situación de ganar indirectamente como aliados a grupos políticos muy críticos que, dados sus objetivos, parecían estar llamados a plantearle a HERMES las mayores dificultades. También era de esperar que numerosos grupos integrados por buena parte de la sociedad conservadora se vieran obligados a una postura de enfrentamiento contra la izquierda en política interior. También a ellos se les provocaría para que consideraran los conflictos sociales, en lugar del peligro de guerra mundial, como tema prioritario. Sólo que estos conservadores, naturalmente, definirían la «paz social» en sentido opuesto y exigirían que se protegiera el *statu quo* frente a todos los insurgentes y transformadores del sistema. De hecho, el ideal de paz social definido de forma ambigua resultó ser un instrumento de diversificación sumamente útil, con cuya ayuda el Club pudo cubrir las espaldas del complejo militar-industrial durante mucho tiempo.

La tarea de los encargados de tergiversar las palabras, influyendo directamente sobre una mayoría apolítica de la población, consistía no sólo en enturbiar y desvirtuar el concepto de paz, sino también en elaborar en profundidad el concepto de guerra, puesto que esta mayoría no contemplaba la dicotomía paz-discordia social,

sino la de paz-guerra. ¿Qué iba entonces a entender la gente por «guerra»?

Había que evocar, a ser posible, el recuerdo de escenas «humanas» de guerras del pasado: combates en el salvaje Oeste, luchas cuerpo a cuerpo, campañas militares en las que aún se distinguía entre el frente y la patria, se respetaba a la Cruz Roja, se establecía una tregua por Navidades, se trataba bien a los prisioneros y se declaraba el armisticio una vez conseguido el fin político. ¿Acaso en los tiempos de posguerra no había vuelto a florecer la vida con mucho más ímpetu? Había que ocultar a las masas que no habría posguerra en una futura guerra atómica, para la que ni el nombre de guerra era correcto. La futura sacudida atómica no sería más que un crimen sin reglas, sin batallas, sin prisioneros ni supervivientes. Sería un cruel asesinato en masa sin oportunidad de remediar o reparar nada. Pero, por suerte, la magnitud de tal catástrofe superaba ampliamente la imaginación de la gente, que no podían figurarse lo que les amenazaba. Y si algunos eran capaces de hacerse una idea aproximada, alguien desviaba rápidamente su atención del asunto o le quitaba importancia.

Las personas querían seguir activas, conservar su apetito y —aunque fuera con alcohol o píldoras— dormir bien. Por lo tanto, no deseaban conocer en absoluto lo que cualquiera hubiera podido explicar fácilmente. Y se sentían felices al no tener que asustarse ante la palabra guerra, sino tomarla como algo que quizá fuera llevadero y soportable.

Hoy en día apenas podemos comprender lo que la gente llegó a creer para imaginarse una nueva guerra como un *match* deportivo a gran escala en lugar de como una masacre interminable.

Resultó muy útil un programa educativo que se iniciaba en la infancia y se continuaba gradualmente hasta la

pubertad. Siguiendo las teorías de un renombrado psicólogo de la época que había puesto de relieve la importancia de la infancia en el desarrollo psíquico, el Club se ocupó de que los niños practicaron todo tipo de juegos bélicos. No se consiguió totalmente captar a las niñas para estos juegos, pero en cambio los niños de muchos países se entusiasmaron con ellos.

Un escritor ruso observó a los niños en sus juegos bélicos. Cuando se les decía que jugaran a la paz, gritaban: «Sí, ¡estupendo!» Pero luego lo pensaban, discutían y acababan preguntando: «¿Cómo se juega a la paz?»

De un informe de H. M. Rathert en la revista «Frankfurter Rundschau» del 20 de junio de 1981 sobre el Congreso Evangélico.

Se empezó dando a los niños pequeños soldaditos muy sencillos y tanques de plástico muy fáciles de manejar. Con ellos se les hacía jugar de dos en dos a esconderse, buscarse y derribarse. Más adelante se les daban auténticos ejércitos en miniatura. Los fabricantes hubieran preferido hacer una sola figura de soldado siempre idéntico, dado que económicamente les hubiera resultado más rentable. Pero se les convenció para que pusieran a disposición de los niños occidentales una gran variedad de rostros y diferentes ademanes. Estos niños, educados para una comprensión de sí mismos totalmente individualista, tenían que creer que cada persona, incluso en el ejército, podía conservar sus características y una cierta libertad de acción. Cuando habían alcanzado la edad en la que se despierta el interés por los aspectos técnicos, se les añadía a los pequeños ejércitos algunos sistemas armamentísticos más complicados que reproducían fielmente y en detalle los sistemas originales. Primero, cañones; luego, bombarderos, lanzacohetes móviles, y, finalmente, instalaciones completas de

refugios en las que los niños podían derribar enormes cohetes de juguete mediante control a distancia. En esta fase ya no era tan importante variar la figura de los soldados que formaban el equipo de servicio. Era de suponer que los niños se interesarían casi exclusivamente por el aspecto técnico y no por las peculiaridades humanas. Llegado el momento, los niños entraban en la edad de querer probar su destreza en el manejo de armas bélicas. Para ello se les atraía a las denominadas salas de juego, donde deliberadamente se mezclaban aparatos de tiro que simulaban escenas bélicas con inofensivas máquinas de bolitas. De este modo, se les hacía tomar conciencia de forma sistemática de que no existía nada tan estimulante ni tan gratificante para el espíritu aventurero, deportivo y de autorrealización como el mundo militar. Los niños recibían además, mediante los juguetes bélicos, una instrucción introductoria en el campo armamentista. Aprendían a interesarse por la constante modernización de los cohetes y de las cabezas atómicas, sobre lo que se informaban por medio de periódicos y folletos especiales. Los chicos de los países del Este seguían orgullosamente las innovaciones de «sus» SS-20 y de «sus» bombarderos Backfire, mientras que los jóvenes norteamericanos celebraban como un triunfo narcisista el desarrollo de los cohetes MX y de los misiles de crucero. De esta manera, el arsenal armamentístico se convertía en la imaginación de muchos jóvenes en un escenario deportivo donde ambas partes medían sus fuerzas con una ambición fálica y una conducta que pretendía imponer respeto. ¿No se avecinaba ya el momento de soñar en un gran enfrentamiento en el que medir las fuerzas? ¿Quién demostraría ser el más grande, el más fuerte, el campeón mundial absoluto en cohetes atómicos en una guerra que quizá no fuera más que una variante militar de los juegos olímpicos?

La guerra es para el hombre lo que la maternidad para la mujer.

B. Mussolini

Pero aunque no se consiguiera transformar el miedo a la guerra de aquellos jóvenes en deseo irresistible, sí se conseguiría al menos que muchos de ellos no imaginaran una guerra atómica como algo más terrible que una operación de amputación de algún miembro del cuerpo. La guerra produciría dolor y dejaría algunas lesiones físicas de importancia, pero con decisión y tenacidad se podría sobrevivir, e incluso vencer. Puestas así las cosas, ¿no sería una cobardía pusilánime el querer impedir la «gran confrontación a cualquier precio»? ¿No sería incluso más correcto aceptar la propia guerra atómica como forma de expresión de los más altos valores humanos? Parece ser que una labor educativa llevada a cabo durante decenios había conseguido adormecer tan profundamente la lucidez de las masas que llegaron a creer que podían utilizar las bombas para una buena causa. ¿O se trataba de algo más que una ceguera? ¿No sería también un instinto de muerte? ¿Acaso se habían realizado entre la población los planes del Club? ¿Se quería acabar antes de que llegara el horror sin fin? Nunca llegará a estar totalmente claro cuál fue el grado de difusión real alcanzado por la idea de llegar al suicidio como consecuencia final.

HERMES, con toda certeza, no cesó nunca de tomarse en serio los potenciales de oposición existentes entre la población, así como de modificarlos sistemáticamente. En los círculos en los que persistía una difusa repulsión hacia todo tipo de brutalidad y violencia —compuestos en su mayoría por mujeres y jóvenes— existía, naturalmente, mayor peligro de que surgiera una iniciativa contra el armamento atómico que pudiera llegar a extender-

se. También resultaba evidente que la campaña de confusión terminológica no bastaría para reprimir por siempre esta disposición latente de protesta. Por lo tanto, había que intentar apoderarse directamente de estos impulsos y desviarlos hacia otros objetivos sustitutorios.

Para más adelante estaba previsto crear un enorme odio recíproco entre los pueblos del Este y del Oeste con el fin de dar salida así a los sentimientos contrarios al rearme del propio país. La protesta contra la violencia se transformaría de este modo en protesta contra la violencia del otro bloque. Sin embargo, aún no estaba perfilada esta imagen del enemigo, por lo que provisionalmente hubieron de procurarse otros asuntos que actuaran como sustitutivo y a los que los defensores de la paz pudieran hacer frente.

Mientras que el complejo militar-industrial (término técnico de la época), mediante su dinámica particular, elevaba al máximo la producción de armas en el mayor de los silencios, se instigaba a las masas de amantes de la paz contra los asesinos que mataban elefantes y leopardos en Africa, por ejemplo, o contra quienes perseguían aves cañoras en el sur de Europa o quienes mataban focas en las costas del Mar del Norte. Un gran número de amigos de la paz se dio cita en las asociaciones protectoras de animales y de la naturaleza. Las cadenas de televisión reconocieron que el mayor índice de audiencia correspondía a aquellos programas dedicados a especies animales amenazadas de extinción. Se gastaron millones para la conservación del hábitat de animales y plantas en grandes parques nacionales. HERMES pudo saber a través de sus equipos de investigadores dedicados al seguimiento del desarrollo psicológico, que si la gente se identificaba tan apasionadamente con las ballenas, elefantes y focas en vías de desaparición, era porque percibían que aquellas especies animales es-

taban mostrándoles su propio destino. Impedir la extinción total de los animales amenazados demostraría simbólicamente la posibilidad de la propia supervivencia. Una ola de felicidad invadió los corazones cuando una de las últimas parejas de un tipo de osos que rara vez se hallaban en los parques zoológicos tuvo una cría, o también cuando se dijo que en alguna parte el número de elefantes e incluso tigres había aumentado, a pesar de los cazadores furtivos.

Todo el mundo se indignaba contra aquellos que diezmaban el mundo animal, pero al mismo tiempo se aceptaba sin oponer resistencia el aumento de los preparativos para el holocausto definitivo que ni tan siquiera se habían llevado en secreto. Según parece, tenían razón aquellos psicólogos que opinaron que precisamente el conocimiento de los preparativos para la gran catástrofe, sólo parcialmente reprimido, daría un considerable impulso al movimiento para la protección de la naturaleza.

Una función similar a la del movimiento para la protección de la naturaleza fue la de la campaña contra los malos tratos a los niños, sistemáticamente reavivada. Se crearon grandes asociaciones, que, con la sagacidad del detective, buscaban casos de niños maltratados. La tarea no resultó nada difícil, dado que tales actos de violencia se presentaban en gran número y en todo tipo de variantes. Por un momento se llegó incluso a pensar que tal campaña hubiera sido un error, puesto que la violencia con los niños resultó ser un modelo de comportamiento muy usual entre los adultos. Hubieron de buscarse casos extremos que permitieran a la gran mayoría distanciarse claramente de una brutalidad fuera de lo común y disculpar su propia brutalidad como una simple negligencia. De este modo la gente pudo identificarse con los niños atormentados y considerarse a sí mismos como personas que se esforzaban en liberar a la sociedad de

La barbarie y la violencia. En aquellos malos tratos denunciados públicamente estaban, desde luego, frecuentemente implicados padres que anteriormente habían sufrido en su propia carne grandes injusticias, represión e incluso violencia. La desesperación y la falta de recursos les había llevado a aquel mal comportamiento, mientras que masas de «buenos» padres solían cometer fríamente y a diario sus pequeñas vejaciones y torturas pedagógicas. Pero las asociaciones que defendían el tema de la protección de menores a capa y espada evitaron, naturalmente, hacer informes públicos tan inoportunos.

Se les haría una gran injusticia a los protectores de los niños y a los de la naturaleza si su actitud se redujera exclusivamente a la frase de «detened al culpable». Sus propios recuerdos jugaban, sin duda alguna, un gran papel: en esta sociedad todos nosotros somos en realidad pobres niños golpeados e indefensos. A todos nos han castigado infinidad de veces por haber dado rienda suelta a nuestros impulsos y haber querido gozar de la vida plenamente. Son precisamente las cicatrices que aún nos escuecen las que nos hacen tan insoportable la visión de la violencia.

A un nivel aún más profundo el drama de los malos tratos representaba también el modelo microsociedad para la violencia asesina, a merced de la cual quedarían cientos de millones de seres desvalidos, adultos y niños, todos ellos indefensos e impotentes. Entonces nadie podría ya apoderarse de unos padres tiránicos y hacerles expiar un delito de una gravedad inimaginable.

Desde el punto de vista de HERMES, el movimiento de protección de la naturaleza y de protección de los niños era importante, porque:

1. Permitía neutralizar parte del compromiso con la paz, absorbiendo los cazadores furtivos y a quie-

nes maltrataban a los niños un potencial de protesta que de otra forma hubiera podido dirigirse contra los políticos que defendían el rearme y los fabricantes de armas.

2. Podía observarse como ejercicio previo para la movilización de un odio colectivo que más tarde habría de desviarse y acrecentarse hasta que resultara una ira irreconciliable hacia el Oeste imperialista y capitalista o bien hacia el Este expansionista y comunista.

El poder significaba la guerra. Pero el poder significaba también maltratar a hombres y animales, salar los ríos e infestar el aire. Todas estas formas de poder eran malas. Pero el poder más soportable seguía siendo aquel que se podía ver, cuyo detentador se podía encontrar y contra el que se podía hacer algo. Por ello HERMES aspiraba, al menos en la fase en la que los mares aún no se hallaban llenos de bases de lanzamiento y cohetes, a hacer amplio uso publicitario de las diferentes formas de poder que se ofrecían como motivos de distracción. Con ayuda de los especialistas en lenguaje y de los grupos de propaganda instruidos por ellos, se consiguió que el concepto de «poder» se diluyera en la misma ambivalencia y discrecionalidad que los conceptos «paz» y «guerra». Existía la «fuerza pública» totalmente legal, la oficial. «separación de los poderes» ejecutivo, legislativo y judicial, y, además, «la relación de poder» general y especial, conforme a la ley, entre ciudadanos y Estado. El poder, por lo tanto, era algo normal. La naturaleza, incluso, rebosaba poder. Lo ejercía mediante terremotos, rayos y mareas vivas, con malformaciones, ataques de apoplejía y cáncer, y con la rivalidad asesina entre las especies animales. ¿Acaso no era poder todo lo natural y paz lo antinatural, lo utópico?

Sin embargo, el concepto de poder violento seguía llevando indefectiblemente unida la idea de amenaza sombría y la del mal. Y la gente deseaba protección frente al poder violento. La necesidad de seguridad era, tal como repetían los expertos de la época, una necesidad humana de primer orden. Y la gente deseaba seguridad, principalmente para aquellos que más amenazados se encontraban. Por lo tanto, había que idear la forma de que la gente buscara la seguridad en todas partes y no sólo en terrenos aislados. El Club tuvo de nuevo una idea feliz: para todo aquello que los hombres hicieran o a lo que se dedicaran se crearían medidas y cuerpos de seguridad especiales, pero no para tranquilizarles, sino para tener su imaginación constantemente ocupada con mil peligros que de otra forma o no se les habrían ocurrido en absoluto o sólo hubiesen pensado en ella ocasionalmente. Si las personas debían de abrocharse el cinturón de seguridad al ir en coche, no tenían más remedio que pensar inmediatamente en la posibilidad de un accidente, y las caras fijaciones de seguridad o las botas de seguridad les recordaban constantemente a los esquiadores las fracturas que con ellas podrían evitar.

Había que animar a las compañías de seguros para que presentaran también las adversidades más impensables como peligros que requerían un seguro. La impresión, superficialmente, sería de que en todas partes se velaba por la seguridad. En las mentes de las personas nunca debería haber nada que pudiera hacerse a la ligera y sin asegurarse frente a una amenaza oculta y acechante. La gente iba en su coche de gran seguridad con el volante de seguridad y el parabrisas con cristal de seguridad a su casa, donde desconectaba el sistema de seguridad y de alarma, se parapetaba detrás de la cerradura y cadena de seguridad y daba a los interrupto-

res de seguridad para asegurarse, leyendo los documentos del seguro, a la luz de una lámpara segura de que la inseguridad que se sentía constantemente no estaba realmente justificada.

Un crítico social de aquella época (J. Strasser) se quejaba en un manuscrito hallado por nosotros:

El ansia de seguridad se ha convertido en una obsesión colectiva; los obsesos suelen actuar a menudo de forma irracional. Creemos poder y tener que asegurarnos contra todo. Pero los sistemas que deben reducir los riesgos se están convirtiendo en un riesgo cada vez más incalculable.

De este modo se aseguraba que las personas, en lugar de temer la guerra atómica, se preocuparan constantemente por otros mil peligros al llamar su atención sobre la forma de evitarlos.

Según un informe aparecido en la revista *Kriminalistic* (diciembre 1980) sobre «Security», feria de artículos de seguridad celebrada en Essen, del 15 al 19 de septiembre de 1980, se expusieron allí, entre otros muchos artículos, los siguientes:

Cristal a prueba de balas, vigilancia de las tierras por ordenador, sistemas de alarma contra atracos y robos para casas unifamiliares, sistemas de cierre y hermetismo sofisticados, nuevo sistema de seguridad para bancos por control panorámico, cerradura de seguridad con cilindro no perforable, madera a prueba de balas, sistema digital de control al que se pueden conectar diversos elementos (cerradura con bloqueo, detector de movimientos, termostato, accionamiento de persianas), planchas de acero para blindar las puertas por dentro y por fuera, sistemas de alarma sin cable, sistemas de

control de acceso con tarjetas de seguridad, sistema detector de movimientos en las proximidades de las vitrinas, chips emisores en pieles y ropa, precintos de seguridad en material sintético soldable, códigos no falsificables.

EL PROGRAMA DE DISTANCIAMIENTO

Como dato característico de la conciencia de amplias capas de la generación más joven, pueden citarse estas desconsoladoras manifestaciones de alumnos berlineses de tercero de bachillerato: «No opino nada sobre la Unión Soviética porque es tal timo que te vuelves idiota si piensas sobre ella.» O bien: «La Unión Soviética no tiene una auténtica civilización. En la Unión Soviética todos son idiotas.»

«Frankfurter Rundschau», 23-6-1981

Durante mis viajes por Europa he ido viendo cada vez con más claridad cuán pobres son los conocimientos que los norteamericanos y europeos tienen unos de otros. Estamos separados por numerosos malentendidos. Esto es una realidad que nos perjudica enormemente.

P. E. Zinner

Todos los aspectos de la psico-manipulación descritos hasta aquí pertenecían a la categoría de la táctica general de confusión. Los resultados preliminares fueron alentadores. «Paz», «guerra», «poder» y «seguridad» se convirtieron en conceptos enormemente ambiguos, que en parte se podían incluso intercambiar entre sí. ¿Era «guerra» o «paz» el que las naciones más ricas dejaban morir de hambre a millones de seres en los países del Sur? ¿Significaba paz el hecho de que los pobres se quedaran quietos para proteger la propiedad de los ricos? ¿Era el ejército, que se denominaba a sí mismo «instrumento de la paz», el verdadero instrumento de la paz? ¿Proporcionaban las bombas atómicas la paz al ser las únicas, según se decía, que garantizaban la disuasión? ¿Eran, por tanto, los auténticos partidarios de la paz aquellos que trabajaban en el negocio del armamento y en los laboratorios donde se creaban las bombas? Se había logrado hacer creer a ciertos sectores de la nueva generación en la guerra deportiva y volverlos contra la paz cómoda y burguesa de sus padres. A los que se aca-loraban por el problema de la violencia en el mundo de forma testaruda y obstinada se les había dispersado con éxito su atención hacia quienes destruían la naturaleza, maltrataban a los niños o cometían cualquier acción censurable. De esta forma, los centros de poder del complejo militar-industrial habían conseguido poner en marcha su gigantesco programa a largo plazo de modo discreto y sin que la opinión pública se diera apenas cuenta. La búsqueda de enemigos de la paz, una vez iniciada, se desarrolló en escenarios secundarios iluminados únicamente por el reflector de los órganos de propaganda.

La táctica general de confusión, cuyos frutos eran evidentes, constituía tan sólo un elemento amalgamante del rearme psicológico. Si se prescinde del intento de militarización de los juguetes infantiles, la táctica seguida

no puede incluirse entre los métodos de rearme en sentido estricto. El embrutecimiento dirigido y la distracción hacia sucedáneos de los verdaderos problemas sólo llevaron en principio a una despolitización y, consecuentemente, a una reducción profiláctica de los potenciales latentes de protesta. Naturalmente, era necesario completar esta táctica mediante un programa que convirtiera la oposición Este-Oeste en una ideología progresista. Era de prever que los pueblos sólo se resignarían a las fases ulteriores de un espectacular rearme, que suponría una gran carga financiera para todos, si podían forjarse una opinión positiva sobre éste. Tenían que desear las bombas expresamente. Para crear esa motivación positiva se requería desarrollar un programa escalonado, calculando bien el tiempo.

Resultaba evidente que no se podía empezar de inmediato con una campaña de instigación. Primero había que distanciar psicológicamente a los pueblos orientales y occidentales, porque todavía existía una cierta confianza mutua. Las alianzas bélicas habían dejado huellas psicológicas. Muchos no podían olvidar los años de alianza mantenida para atenuar a Hitler, en los que se produjo un elevado número de víctimas. Había que hacer desaparecer aquellos sentimientos de camaradería poco a poco. De haberse iniciado una campaña radical de enemistad sin esta preparación previa, muchos grupos hubieran reaccionado, no la hubiesen comprendido o incluso se hubieran opuesto a ella. Por este motivo era menos arriesgado y más seguro, sin duda alguna, el actuar con precaución y por etapas.

La programación de las diversas etapas produjo algunas controversias en el Club, aunque no tuvieran mayor importancia. Los agentes que trabajaban en el Este opinaban que se podía y debía exigir a las masas un ritmo más rápido en la reeducación psicológica. Estaban

fascinados por la facilidad con que la gente se creía las rutinas lingüísticas, en ocasiones muy burdas y casi primitivas, establecidas por la central del partido. Pero la comisión de psicólogos indicó que no se debía sobrevalorar la firmeza de esta sugestión. Los especialistas en el Occidente, por su parte, hicieron ver que en sus países los procesos de aprendizaje se desarrollarían a un ritmo más lento, dado el pluralismo de partidos y medios de comunicación. Finalmente, se acordó renunciar por el momento a una sincronización perfecta. A los servicios del Este se les autorizó a llevar a cabo su programa de educación de una forma más rápida, mientras que a los del Oeste se les permitió tomarse más tiempo para el mismo programa. Según observó SC, esta asincronía tuvo un resultado sorprendentemente positivo, tal y como se vio más adelante. Entre los pueblos occidentales, algo más lentos, resultaba una provocación el que el Este diera muestras de un mayor distanciamiento y de una creciente enemistad, mientras que ellos aún soñaban con una camaradería en cierta medida intacta. Por lo tanto, tenían que hacer un esfuerzo para protegerse psicológicamente de aquella desagradable provocación. El proceso de rearme psicológico se desarrolló durante mucho tiempo en forma de efecto recíproco: una incitación del Este provocaba una reacción en el Oeste. Un miembro del Club acuñó el término «rearme posterior» para definir aquel ir a la zaga por parte de Occidente. En aquel momento sólo se refería al rearme psicológico, que en el Oeste se desarrollaba después que en el Este. Más tarde, un ministro germano occidental empleó este término para referirse a los cohetes, creyendo incluso que lo había inventado él.

La primera fase del programa la constituía el denominado «programa de distanciamiento». Se fue reduciendo progresivamente la corriente de información entre los

dos lados. Cuantos menos contactos existiesen, mayor era la probabilidad de que los unos no pudieran formarse una idea sobre los otros, y viceversa. Había que ir asegurando poco a poco la frontera que separara ambos lados. El dividir a los alemanes, incluso con un muro y una «zona mortal», se explica por sí mismo. Fue inevitable que al principio este pueblo experimentara su división como un acto de poder sumamente doloroso. A corto plazo, las superpotencias de ambos lados tuvieron que hacer algunos esfuerzos para impedir que las dos mitades alemanas crearan disturbios. Pero, más tarde, fue suficiente con los prejuicios negativos que se inculcaron a ambas partes. Una vez construido, el muro sirvió pronto para que los alemanes occidentales y orientales consideraran decisivas las diferencias políticas y económicas que se les habían impuesto por la fuerza, y que aparentemente eran inherentes a la constitución de ambos grupos. Hemos hallado los resultados de unas encuestas realizadas en Alemania occidental que confirman el hecho de que muchos alemanes occidentales acabaron considerando a sus hermanos orientales como personas extrañas y antipáticas. Respecto a la opinión de los alemanes orientales acerca de sus compatriotas occidentales, no estamos tan bien informados; topamos con ciertas diferencias desconcertantes entre anotaciones en diarios privados e informes oficiales, hasta el punto de tener serias dudas sobre lo que estas personas pensaban realmente. Necesitamos aún seguir investigando este tema. En cualquier caso, es seguro que los alemanes orientales se dejaron militarizar más deprisa y con mayor facilidad que sus compatriotas occidentales.

Según estaba previsto, la campaña de distanciamiento entre los pueblos del Este y del Oeste no podía proporcionar una separación total y absoluta. Había que permitir un mínimo de contactos para, por ejemplo, mantener

el comercio y dar al menos la impresión de que en ciertas organizaciones mundiales políticas y caritativas se quería trabajar en colaboración por el bien de toda la Humanidad y, sobre todo, por el bien de los pueblos subdesarrollados que no sospechaban nada malo. Porque a estos pueblos había que mantenerlos en la creencia de que las grandes potencias les querían ayudar y de que no saltarían un buen día por los aires. En lo que concierne a encuentros directos entre personas del Este y del Oeste, se escogió a aquellos que sólo tenían intereses privados, profesionales o turísticos, pero en absoluto políticos. A las personas mayores se les permitió visitar a sus hijos y nietos. Los expertos en economía podían reunirse para discutir cuotas de exportación, créditos e intereses. También se intercambiaron cantantes apolíticos, pianistas y compañías de teatro, de los que cabía esperar que transportarían a su público a una esfera estética de arrobamiento que les haría olvidar algo tan banal como la afiliación política. También el intercambio de algunos grupos de deportistas se consideró inofensivo. Se contaba con que los deportistas y la mayoría de su público no pensaría en aquellos encuentros en otra cosa que no fuera en ver cuáles eran las piernas más rápidas y las que hacían mejores jugadas. Si uno de los lados, por descuido, abría demasiado sus fronteras con un espectáculo de masas deportivo excesivamente numeroso, por ejemplo, el otro lado solía cancelarlo, ahuyentando así el peligro de una ola de fraternización. De esta forma, los rusos y otros pueblos orientales evitaron con todo tipo de pretextos asistir a numerosas e importantes celebraciones deportivas occidentales. Y cuando los soviéticos invitaron a los occidentales a participar en una olimpiada, los norteamericanos y algunos otros gobiernos occidentales retuvieron, con sabia prudencia, a sus atletas y masas de hinchas, ya preparados para la partida.

En los periódicos orientales sólo se daba información negativa y escueta sobre Occidente. Los temas se restringían al paro occidental, la miseria social, la discriminación racial, las actividades del servicio secreto norteamericano, las maniobras de las tropas occidentales y cosas por el estilo. En el país dirigente occidental, Estados Unidos, la prensa practicaba una especie de autocensura, dando poca información sobre el lado enemigo. Con los dedos de una mano se podían contar los pocos periódicos de la gran ciudad que se interesaban un poco más por la vida de los pueblos orientales. Pero, según parece, el público norteamericano se mostraba conforme con ello. Al establecer una comparación narcisista, se pensaba que fuera de Estados Unidos, y especialmente en el Este no ocurría nada importante, a excepción de las molestas actividades del comunismo. De esta manera, los pueblos se fueron distanciando cada vez más. Creían conocer lo suficiente de los otros. Y lo que conocían era muy poco, y a menudo parcial. Los prejuicios se amontonaban.

No puedo ocultar mi respeto por el trabajo de los órganos de propaganda, que fue condición previa para el sorprendente efecto del distanciamiento recíproco. Sabemos que la técnica de la información estaba en aquel momento en pleno apogeo. Se podían enviar noticias por tierra, por aire, incluso por satélites artificiales, muy rápidamente y en grandes cantidades. El conseguir que las personas de ambos lados no supiesen los unos de los otros fue, sin lugar a dudas, una maniobra maestra de las organizaciones responsables de la propaganda.

Cuando se logró que los pueblos sólo poseyeran una idea confusa y pobre de sus enemigos, los especialistas no tuvieron ninguna dificultad para completar las lagunas de información con las historias de miedo que quisieran. Los progresos obtenidos de esta forma fueron registra-

dos con satisfacción por el Club. En cierto momento se encargó a los psicólogos recopilar todas las ideas fantásticas sobre los rusos que existían en Norteamérica y en Europa occidental. La representación más frecuente era la de un oso hambriento que está siempre insaciable al acecho de una nueva presa.

Por otra parte, se vio que, por término medio —y excepción hecha de los alemanes occidentales—, los norteamericanos respondieron mucho más rápida y positivamente a la estrategia de la desinformación que otros pueblos de Europa occidental. Los holandeses, escandinavos y muchos ingleses mantuvieron por mucho tiempo la opinión de que los rusos no eran esencialmente diferentes a ellos. Entre estas personas, el bloqueo planificado de la afluencia de información y la divulgación de noticias negativas no obtuvo un efecto tan rápido como era de esperar. A esto hay que añadir la observación de que los trabajadores fueron los que peor reaccionaron, mientras que las capas burguesas fueron más fáciles de manipular. En el Este, los prejuicios negativos sobre el Oeste se difundieron con especial rapidez en los círculos de la burocracia del funcionariado, mientras que el pueblo mostró también una resistencia relativamente mayor. Hoy en día nos parece lógico que, en ambas partes, aquellas capas que habían luchado por alcanzar una cierta posición social de privilegio fueran precisamente las más dispuestas a la desconfianza, a la envidia y al odio. El olvidar los intereses y los sentimientos de los demás era en aquella época un factor que favorecía el ascenso social. Por ello, pensamos que en ambos lados las clases dirigentes se desentendieron voluntariamente del otro lado con la misma facilidad con que se habían desentendido dentro de su propio país de las clases a las que supeditaron a sus deseos de poder.

EL PROGRAMA DE SENSIBILIZACION

En conjunto, el programa de distanciamiento había logrado un éxito considerable, como ya se ha dicho. Sin embargo, era necesario incrementar y profundizar el efecto conseguido. Se trataba ante todo de inculcar desconfianza y prejuicios en las masas trabajadoras, en las que no debía arraigar la creencia de que la gente sencilla del otro lado eran personas aceptables y simpáticas, obligadas a adoptar una postura antipática, o incluso agresiva, por sus malvados dirigentes. ¿Por qué había que amenazar militarmente a cientos de millones de personas simplemente por estar en las manos de una minoría corrupta y sin escrúpulos? Había que dirigir la propaganda de tal forma que las diferencias entre gobernantes y pueblo fueran desapareciendo progresivamente. Si, por ejemplo, el gobierno soviético hacía algo que se pudiera denunciar públicamente, la prensa y la televisión occidentales debían dar la noticia de la siguiente manera: Los rusos han

hecho esto o lo otro, los rusos persiguen a los disidentes, los rusos nos amenazan con satélites asesinos, etc. El hecho de que con el cliché unitario de «los rusos» se olvidara la diversidad de pueblos no rusos de la Unión Soviética resultaba secundario dentro de aquel contexto. Era mucho más importante sugerir a los occidentales, de forma sistemática, que los pueblos de la Unión Soviética estaban totalmente de acuerdo con su gobierno. Debían imaginarse a la masa del pueblo como un rebaño, amorfo, sin cabeza, que había ido creciendo con la banda del Kremlin al frente como cerebro dirigente. Este rebaño cometería automáticamente cualquier crimen si los dirigentes del Kremlin se lo ordenara. Debía dar la impresión de que el tipo de ruso humano que reflejaban Dostoyevski, Tolstoi, Pushkin y Gogol había desaparecido, siendo sustituido por un nuevo tipo al que los funcionarios comunistas habían insuflado su espíritu. Los rusos eran una banda de millones de infraseres en la que los creadores y las víctimas de la contaminación ideológica crecían unidos en una desastrosa simbiosis.

La prensa oriental trataba a los norteamericanos de forma muy similar. Poseían la ventaja de que los pueblos orientales sólo disponían de una información exigua sobre el lado contrario, a causa de la severa censura de prensa. Para la propaganda oriental resultaba incómodo el hecho de que, según su propia ideología, los trabajadores y campesinos de todo el mundo fueran buenas personas. En Norteamérica había millones de parados y un ejército de negros e hispanos discriminados por motivos raciales. Estos conflictos sociales norteamericanos se utilizaron muy bien a fin de denunciar públicamente el sistema de explotación capitalista y racista. Pero al mismo tiempo, y para incitar al rearme, había que dar la impresión de que, en caso de necesidad, se podría liberar a las masas trabajadoras y a las minorías occidenta-

les oprimidas de sus dirigentes capitalistas, lo que obviamente resultaba una falsedad difícil de camuflar.

En los últimos decenios antes de la gran campaña de aniquilamiento se produjo otra inesperada circunstancia, que ayudó enormemente a los responsables del «rearme psicológico». Con el endiosamiento progresivo de la técnica en los países industrializados, la ideología de los pueblos se fue transformando. Los hombres se iban distanciando cada vez más los unos de los otros en sus ciudades, en sus países y, especialmente, de un continente a otro. Entre ellos mediaban endiosados burócratas anónimos y sistemas técnicos de comunicación. Nadie veía y buscaba a los demás como personas. Es decir, las relaciones espirituales entre los individuos, y también entre los grupos, se empobrecieron automáticamente. Ya no interesaba cómo se sentían las personas en otros lugares o países lejanos, lo que pensaban y hacían. Al ser cada uno incapaz de valorarse a sí mismo como persona, la sociedad industrial pareció convertirse en un revoltijo de seres aislados que funcionaban sin saber cómo y que sólo podían definirse mediante los sistemas técnicos a cuyo servicio se hallaban. Al principio nuestro grupo de investigación se quedó asombrado de que en la fase final los pueblos industriales apenas hubieran engendrado ideas relevantes o creado obras de arte originales, mientras que algunos de los pueblos oprimidos del Sur ofrecían mucha más creatividad e imaginación. Lo que en los países industriales recibió la etiqueta de «cultura» no era más que una cultura de fachada, un decorado proveniente de la histeria y el vacío interior. Sin embargo, aún pervivía cierta auténtica cultura en algunos pueblos de los países pobres y en algunas minorías que sufrían una opresión racista. En estos grupos la interiorización del mundo sintético y tecnificado no estaba tan avanzada.

Poseemos pruebas de que los pueblos tecnificados del Este y del Oeste no advirtieron su propia atrofia psíquica y su mecanización. El Club comprendió este fenómeno. Resultaba así muy fácil mutilar y deformar a voluntad las ideas que los pueblos tenían los unos de los otros. Se encargó a los departamentos de propaganda que construyesen una imagen hostil de las personas y los pueblos basada en la maldad atribuida al sistema al que pertenecían, ya que a la gente sólo parecía importar-le la pertenencia a tales sistemas. Todos los sistemas funcionaban igual y no se movían en la dirección que determinaba los sentimientos de las personas, sino en la programada dentro del propio sistema. Ya no era necesario que la propaganda occidental se esforzara en difuminar las diferencias entre los soviéticos y sus dirigentes. Lo decisivo era el sistema comunista que les unía a todos. Detrás del telón de acero no existían pueblos con tradiciones y características determinadas, sino solamente el fantasma universal del comunismo. Todo el mundo sabía que el programa de una revolución mundial formaba parte del comunismo. Todas las ofertas de coexistencia, distensión y desarme de los dirigentes del Kremlin, incluso la enemistad con los chinos y los conatos independentistas del eurocomunismo, carecían de importancia. No eran más que trucos, fallos momentáneos o equívocos fenómenos secundarios. Las radicales revoluciones sociales de Polonia, el segundo país del bloque oriental en cuanto a superficie, no contaron para nada; ni que los rumanos votaran contra los soviéticos en organizaciones internacionales cuantas veces quisieran. Incluso el hecho de que los chinos importaran expertos occidentales, tecnología occidental y armas norteamericanas para enfrentarse a los soviéticos, no tuvo la menor importancia. En este caso no se trataba de comunistas, aunque se autodesinieran como tales. El ver-

dadero comunismo estaba en Moscú. Y desde allí invadiría inexorablemente toda la Tierra, si no se le sometía. Los estrategas responsables de la propaganda lanzaron esta idea sin mayores sutilezas y obtuvieron un gran éxito.

Por otro lado, los rasgos característicos de los pueblos occidentales desaparecieron totalmente, superponiéndose a ellos la caricatura del «capitalismo monopolista». La propaganda oriental consiguió incluso la baza de colocarle hábilmente a sus enemigos como etiqueta un rasgo negativo de su propia política, en el que no se diferenciaba ni un ápice de la norteamericana. Comenzó hablándose de «imperialismo capitalista», de «imperialismo occidental», para terminar hablando solamente de «países imperialistas» o simplemente de «imperialismo». «Occidente» e «imperialismo» eran términos intercambiables, como si la estrategia oriental en Afganistán, Angola y Etiopía no tuviera nada que ver con el imperialismo. La propaganda occidental se marcó un tanto al inventar la pareja de conceptos «mundo libre» y «mundo esclavizado por el comunismo». Por supuesto, en el concepto «mundo libre» entraban automáticamente la Sudáfrica del *apartheid* y las dictaduras militares de Sudamérica. Pero estas paradojas apenas entrañaban ya a la gente. He de reconocer que la contradicción entre la inteligencia, puesta únicamente al servicio de la técnica, y la aceptación voluntaria de los más burdos estereotipos propagandísticos es uno de los fenómenos de aquella época que más sorprende a los científicos actuales.

Según nuestros informes, hay algo que queda fuera de toda duda: las fórmulas propagandísticas «mundo libre», «comunismo», «capitalismo» e «imperialismo» funcionaron de forma tan automática y segura como los impulsos eléctricos en experimentos de estímulo-respuesta. El cerebro respondía inmediatamente con un senti-

miento bien de antipatía, bien de profunda autocomplacencia.

Los mecanismos de reacción refleja cegaban la mente de los pueblos de forma grotesca, ya que para poder aumentar el armamento se traicionaban los ideales por los cuales creían tener que defender su sistema político a cualquier precio. En las democracias populares orientales los burócratas se convirtieron en la nueva clase dirigente obligando a las sumisas masas a los mayores sacrificios materiales en favor de los enormes gastos militares. En vez de seguir desarrollando el socialismo, cuyas ventajas se alababan todos los días, se sometió a la población a un control cada vez más jerárquico y desalentador. Con esta actitud, el propio partido oficial ponía en peligro el socialismo mucho más que el enemigo capitalista, y al aparato del partido le costó grandes esfuerzos hacer aparecer a la oposición, con sus exigencias en cuanto a derechos humanos y participación, como víctima de las fuerzas antisociales extranjeras.

En el Oeste también se ensombreció la tan celebrada atmósfera de libertad a causa de las limitaciones económicas que se impusieron a los ciudadanos para cubrir el gigantesco incremento del presupuesto armamentista, excepción hecha de la creciente libertad de los magnates de la industria de armamentos, único sector de la economía que presentaba índices de crecimiento. Por otra parte, resultaba difícil sentirse libre si se vivía bajo la presión de un sistema consistente en amenazar y verse amenazado de muerte. ¡Qué clase de libertad era aquella que consistía en estar sentado sobre un barril de pólvora cada vez mayor y agarrarse desesperadamente a la esperanza de que los del otro lado sintieran el mismo miedo y se quedaran quietos por algún tiempo!

Los miembros de HERMES responsables de la propaganda no daban abasto para hacer creer a los pueblos de los dos lados que debían esforzarse en proteger algo que cada vez tenían en menor grado. La militarización del Estado acabó con las libertades occidentales y con los progresos socialistas. Mientras que los medios de comunicación seguían incrementando la división ideológica, los hombres de uno y otro bando estaban cada vez más próximos entre sí, dada la desconfianza y miedo comunes. Es probable que en toda la historia nunca hubiera existido tanta similitud en el estado de ánimo como en aquella fase en la que se les quiso hacer creer que entre ellos se abrían diferencias insalvables. Las gentes de ambos lados, de haber sido objetivas, deberían haber comprendido que estaban en el mismo barco, unidos por el mismo miedo a la bomba atómica, el enemigo común. Sólo tendrían que haber abierto los ojos para rebatir el argumento de que las diferencias de sus sistemas sociales justificaban el amenazar a la Humanidad con la aniquilación total. Pero ya no eran capaces de ver con claridad. La «ceguera» afectiva había funcionado.

EL PROGRAMA DE GENERACION DE DEMENCIA

Todos los estados enemistados presuponen la actitud negativa del vecino y la positiva de sí mismos. Pero tal suposición es algo inhumano, tan grave o más que la guerra, porque en realidad es el desafío y el motivo de la guerra dado que, como hemos dicho, tilda al enemigo de inmoral, con lo que parece provocar una actitud y una realidad de enemistad.

F. Nietzsche

Una y otra vez surgía la pregunta de si las posturas afectivas relativamente difusas que habían sido imbuidas a la mayoría de los pueblos serían bastantes firmes como para excluir todas las dudas e irritaciones que podrían surgir en la fase del armamento de *overkill*. Los expertos en manipulación psicológica habían aprendido mu-

cho de sus últimas actuaciones. ¡Cuán rápidamente, tras la II Guerra Mundial, habían enterrado los pueblos su amistad, tan firme y segura en apariencia, al modificarse la situación política! ¡Y qué bruscamente se habían convertido en simpatía enemistades mantenidas durante generaciones! Los alemanes se habían echado en los brazos de los victoriosos enemigos, como si fueran sus salvadores. Y los franceses habían estrechado contra su pecho a sus vecinos orientales como si se tratara de hermanos largo tiempo ausentes. Se imponía, por tanto, una gran cautela.

SC dice que los expertos en psicología del Club insistieron en convertir el odio hacia el enemigo en una auténtica demencia. Sólo cuando se hubiera alcanzado este objetivo se podría estar seguro de que el armamento quedaría a salvo de toda interferencia procedente del campo psicológico hasta alcanzar el estadio de *overkill*.

Los psicólogos aconsejaron probar primero la técnica de la inoculación de la demencia en determinados grupos escogidos. Estas pruebas se llevaron a cabo con gran éxito. En la evaluación se obtuvieron datos importantes. Se comprobó, en primer lugar, que a las mujeres y a los jóvenes sólo se les podía perturbar parcialmente. Pero se pensó que esta lamentable insensibilidad parcial quedaría compensada por el hecho de que las mujeres, dado su papel social, se contendrían políticamente y los jóvenes carecían de los medios para manifestar su oposición de otra forma que no fuera con manifestaciones caóticas, fácilmente neutralizables.

Un alto porcentaje de los hombres adultos demostró ser sensible a la demencia. En un principio se pensó que esta disposición estaba directamente relacionada con los efectos biológicos de la edad y del sexo. Pero más adelante los psicólogos descartaron esta hipótesis, porque

al estudiar con más detenimiento a los hombres más fáciles de manipular y a los relativamente insensibles a la demencia y compararlos entre sí, se observó una notable diferencia: los hombres más fáciles de influir eran aquéllos en los que se daban tres requisitos:

1. Se les había imbuido el ideal de comportarse de forma heroica, valiente y enérgica.
2. Estaban sometidos a una severa autoridad.
3. En las discusiones personales les costaba oponer resistencia.

Estos hombres sentían un gran desprecio por sí mismos al no poder asemejarse a sus ideales. La forma más sencilla de libertarles de tal desprecio era inculcarles una demencia. Primero se desviaban sus pensamientos de los auténticos adversarios a los que se sometía en la vida cotidiana, y luego se ocupaba su imaginación con la idea de un perseguidor ficticio haciendo que —también en su imaginación— descargarán sobre este malvado fantasma todo el odio que normalmente no osaban exteriorizar. Incluso para esta descarga de odio que no ofrecía ningún peligro era necesario, como seguro adicional, que otras personas respetables del entorno también creyeran en el mismo perseguidor y estuvieran encolerizadas contra él. Con ello no se fomentaba en su imaginación la capacidad de oposición individual, sino la ilusión de una participación en un movimiento «heroico» de masas.

El grupo ideal para la generación de la demencia lo constituían básicamente cobardes supeditados a la autoridad que buscaban desconcertados resarcirse del fracaso de sus heroicos ideales. No había nada que pudiera mitigar mejor su complejo de inferioridad que un demonio, bien norteamericano o bien soviético, pintado en

la pared. El poder maldecirlo en coro a sus anchas les devolvía la dignidad perdida.

De todo esto resultaba, paradójicamente, que para la preparación del golpe final HERMES podría apoyarse principalmente en el fanatismo de los cobardes más notorios.

Tanto en el Este como en el Oeste se dieron las circunstancias sociales favorables para que hubiera millones de hombres del tipo influenciable. La educación imperante seguía de hecho glorificando la imagen del heroísmo masculino, total y absolutamente opuesta a la deplorable docilidad exigida en las estructuras jerárquicas y reales de la sociedad. La posibilidad de una sólida manía persecutoria resultaba una psicodroga liberadora para las masas de superhombres frustrados, creados sistemáticamente por la sociedad.

El hecho de que fuese más difícil influir sobre los jóvenes que sobre los hombres adultos se explicaba, según los psicólogos de HERMES, por una disminución paulatina de los principios educacionales autoritarios. Por este motivo era de suma importancia poner inmediatamente en marcha el programa de generación de demencia, mientras se pudiera contar con la suficiente difusión de la capacidad de seducción.

Resultaba tranquilizador que en ambos estados alemanes siguiera existiendo un abismo entre el endiosado ideal masculino y la actitud de subordinación impuesta en la realidad. Ello significaba que allí donde más urgentemente se necesitaba la demencia sería también donde se podría sembrar con más éxito.

Después de los alentadores resultados de la prueba se pasó a determinar con mayor detalle, en cuanto a su contenido, el tipo de demencia que había de generarse. Se acordó que la demencia debería contener tres

componentes que habrían de implantarse al mismo tiempo y estrecha combinación.

1. Las personas tendrían que llegar a la demencial convicción de estar siendo perseguidos desde el otro lado con una enemistad eternamente irreconciliable y que no reparaba en la brutalidad. Esto significaba que la desconfianza producida tenía que incrementarse hasta llegar a convertirse en una manía persecutoria, en el más estricto sentido de la palabra.
2. La aversión a esta persecución aparentemente maliciosa debía compensarse con la creencia de estar representando, sin lugar a dudas, el bien, la humanidad y la justicia. Había que perfeccionar la autoidealización con todos los medios posibles hasta alcanzar una total incapacidad de autocrítica.
3. Por último, debía implantarse en las mentes la idea demencial de que todos y cada uno estaban llamados a liberar al mundo del mal, representado naturalmente por el perseguidor. Para esta demencia de salvación del mundo, la justicia paranoica mencionada en el punto 2 era, naturalmente, un requisito psicológico imprescindible.

En el Club se comprobó claramente desde el principio que este plan tan ambicioso, y en cierto sentido tan singular, de fijar en millones de mentes una demencia bipolar, sólo podría llevarse a cabo con la ayuda de destacados expertos y de efectos multiplicadores seleccionados.

Pero ¿dónde debía buscarse esta ayuda? Tanto los miembros directos como los asociados de la comisión de psicólogos se sintieron un poco ofendidos al no

confiar el Club de una forma espontánea e inmediata en su capacitación para tal labor. A algunos de los miembros del Club, que llevaban muchísimos años dedicados a un trabajo rutinario, les costó al principio reconocer que los «psicos», como se les llamaba en broma a estos expertos, aparte de poseer una clarividencia analítica en los diagnósticos, tuviesen el don de una influencia práctica tan amplia. Sin embargo, estos especialistas estaban en condiciones de disipar las dudas. ¿Acaso no habían entrenado hacía tiempo a diversos grupos de psicólogos, sacados por ellos mismos del anonimato, para inculcar en gran número de hombres, empobrecidos interiormente y casi sin identidad, alguna que otra idea de salvación demencial? ¿No habían demostrado que podían hacer gritar, suplicar, bailar, retroceder o meditar a la gente según su deseo y que podían crear una total dependencia entre sus sujetos y ellos mismos? Según la experiencia de los psicólogos, los pueblos, en su gran mayoría, agradecían la inoculación de cualquier demencia que les ayudara a poder creer en algo. Dado que las personas ya no tenían fuerzas para creer en valores positivos, resultaba mucho más fácil proporcionarles la impresión de fuerza interior mediante una idea negativa, es decir, mediante una imagen diabólica del enemigo. Las masas absorberían con avidez y agradecimiento una teoría persecutoria demencial, con sólo proporcionársela con la firmeza e insistencia necesarias. Creerían, plélicas de felicidad, haber encontrado un nuevo sentido a su vida, y por ende una cierta forma de identidad con esta teoría persecutoria que llenaría plenamente su conciencia.

Los expertos del Club indicaron que sólo tendrían las cualidades necesarias para generar la demencia aquellos gurús o entrenadores psicológicos que, gracias a su endiosamiento narcisista, fueran capaces de pre-

sentar como absolutamente indiscutibles sus indicaciones sobre la creencia demoníaca, es decir, sobre la locura. Había que utilizar principalmente a los especialistas en hipnosis, sugestión y modificación de conducta.

Al mismo tiempo, los superiores del Estado Mayor oriental previnieron contra la subestimación de los componentes mágicos y ocultos de aquella creencia demencial que se iba a generar. En el lado oriental se había clasificado, después de la guerra, el material obtenido a lo largo y ancho del mundo sobre los procesos contra las brujas, hallado en archivos de las SS. Basándose en este material, los especialistas orientales habían llegado a la conclusión de que para generar la creencia demencial en las brujas, de un modo firme e imperturbable, hubieron de avivarse los sentimientos más oscuros y arcaicos. Esto significaba, por ejemplo, que en la imagen demoníaca del enemigo no podía dejarse resquicio ni a una brizna de bondad. No debía haber lugar para ningún «pero». De esta forma, nadie rechazaría imputarle al enemigo del otro lado de la frontera todo tipo de acciones ocultistas y sobrenaturales. El enemigo debería aparecer como el saboteador responsable cada vez que se cortara el fluido eléctrico en alguna parte, se rompiera un muro de contención, encallaran buques cisterna cerca de la costa y provocaran una marea negra, quebraran las empresas y, sobre todo, cada vez que en algún sitio se produjese un atentado. Todo debería interpretarse como obra del diablo y en absoluto como posible fallo técnico o delito.

Los especialistas orientales se vanagloriaban de haber practicado a fondo y ampliamente este «ejercicio de demencia» en su región desde hacía tiempo y de haber advertido al Club que la ventaja de Oriente sobre Occidente en este terreno no debía hacerse excesiva. Los expertos orientales experimentaban ahora la satis-

facción de que algunos de sus «generadores de demencia» más expertos fueran nombrados consejeros especiales de los Estados Mayores occidentales.

Todos estaban de acuerdo en que había que movillar, en calidad de tropas auxiliares, a los redactores que ocuparan puestos clave en emisoras y periódicos, así como a algunos destacados periodistas independientes. Los especialistas de los medios de comunicación habían superado su prueba de idoneidad al llevar a cabo el programa de confusión lingüística. Pero el programa de generación de demencia se proponía alcanzar metas más altas. Podía confiarse en que muchos de los especialistas en medios de comunicación poseían tanta capacidad de análisis sociopsicológico y habilidad para influenciar como los mismos psicólogos.

Por fortuna, en uno y otro lado existía un gran número de puestos directivos en los medios de comunicación ocupados por personas mayores que durante la II Guerra Mundial trabajaron en los departamentos de propaganda, donde habían adquirido suficiente experiencia en la utilización del periodismo para provocar agitaciones. A muchos de estos viejos zorros les había costado bastante esfuerzo el tener que limitarse a la información una vez terminada la guerra. Se aburrían como cazadores colocados de vigilantes en un Parque Nacional. Cuando se les dio carta blanca para crear un enemigo claramente definido al que pintar con los colores más sombríos según su habilidad e imaginación, se entregaron a la tarea llenos de entusiasmo.

Para afianzar el proyecto de generación de demencia, resultaba capital que los medios de comunicación dieran nuevo impulso a la organización del programa general y transformaran sus contribuciones, especialmente en los sectores que ofrecían más posibilidades para la campaña.

En Occidente se organizaron conferencias secretas con directivos de la información que ocuparan puestos de responsabilidad, algunos periodistas estrella y psicólogos. A lo largo de éstas se analizó la situación y se formuló una estrategia. Se partió de la base de que entre el público se había extendido una tensión nerviosa, en constante aumento, generada por el estancamiento del desarrollo, la crisis en el mercado de trabajo, la inflación, el descontento de la juventud y el aviso de alarma de los expertos en ecología; pero, sobre todo, por las cifras difundidas sobre el armamento atómico. A los jefes de los medios de comunicación les resultaba cada vez más difícil canalizar la tensión contenida de la población mediante emisiones o artículos de «descarga» apropiados. Se había aumentado el número de retransmisiones de conciertos de rock para la juventud, se había intentado hacer más interesantes los programas de atracciones y se habían comprado las últimas películas de ciencia-ficción, del Oeste y policíacas. Pero a pesar de todas las series, relativamente soportables, de aventuras y policíacas, no lograba cubrirse la necesidad material de descarga. Si en alguno de estos programas se producía el más mínimo aburrimiento, los responsables de la programación se veían ante una avalancha de protestas de las masas que sólo lograban liberarse de su desesperación e ira reprimidas refugiándose en espectáculos de ensueño narcotizantes y sobre todo en historias de aventuras y de horror. Era evidente que la dependencia de historias policíacas del tipo más duro y sangriento había ido en aumento. Por fortuna, se podía decir que año tras año se habían ido sucediendo numerosos atentados, muy útiles para la publicidad, a grandes almacenes, discotecas, aviones, hombres de estado, príncipes de la Iglesia y estrellas del rock. Sin tales compensaciones, la apurada situación de los informado-

res habría resultado insostenible desde hacía mucho tiempo.

Las consecuencias estratégicas saltaban a la vista. Había que eliminar de los comentarios y programas informativos políticos la desagradable tendencia a la «autocrítica destructiva» política, y pasar de forma progresiva y perseverante a la postura adoptada durante los años de la guerra. Los cantantes de rock y de canción-protesta que pertenecieran a la izquierda tenían que desaparecer de los *shows* y programas juveniles. Siempre que aparecieran desertores de un «país enemigo», sus historias de penalidades y persecuciones debían presentarse al estilo de un *thriller*. En los seriales de películas policíacas y de ciencia-ficción el malo individual debía desaparecer en favor de una conspiración política. Era necesario que los agresores tripulantes de las naves interplanetarias extranjeras colaboraran con el enemigo y que los asesinos de las películas policíacas fueran en realidad agentes, o al menos colaboradores del sistema enemigo.

Mientras que en el Este no había surgido ninguna dificultad para aunar a todos los medios en esta línea paranoica, la situación en el Oeste se presentó muy difícil. Hubo una fase denominada «rebelión juvenil» en la que pareció que todos los periodistas fueran a pasar del anticomunismo al anticapitalismo y al antinorteamericanismo. Son inimaginables los peligros para el impulso del «armamento de *overkill*» que hubieran surgido de producirse tal cambio. Los agentes tuvieron que permanecer ocultos por algún tiempo para poder conservar sus puestos. Durante este período crítico volvió a demostrarse la capacidad de HERMES para esperar tranquilamente. Cuando la «rebelión juvenil» llegó a su fin, los periodistas se vieron atacados por los dos lados. Se ejerció una fuerte presión a través de los consejos de dirección de

las emisoras, ocupados por conservadores, y también a través de aquellos propietarios de *trust* periodísticos que eran simpatizantes. En aquellos países occidentales donde la televisión estaba controlada por el Estado o por sociedades capitalistas privadas resultó mucho más fácil influir en las masas.

La capacidad de transformación de los periodistas superó las más osadas esperanzas. Muchos de aquellos que hasta hacía poco habían denunciado en su propio bando la corrupción, la falta de libertad y el denominado «poder estructural», se convirtieron primero, y como por milagro, en partidarios de la filosofía del «equilibrio» y después, paso a paso, en exorcistas anticomunistas de la catástrofe. Tan pronto como tomó cuerpo la nueva tendencia, nadie quiso quedarse descolgado. Todos creían haber realizado por propia iniciativa aquel cambio preparado cuidadosamente que HERMES había dirigido a través de núcleos de poder seleccionados para tal fin. El resultado, en cualquier caso, fue satisfactorio y claro: los pueblos occidentales no pasaban ya ni una sola velada de televisión sin recibir nuevas pruebas evidentes de la amenaza mortal que representaban las hordas asesinas de los enemigos orientales.

Además de los psicólogos, de los directivos de los medios de comunicación y de los periodistas, el Club pudo valerse en el Oeste de otra fuente de ayuda importante para el proyecto de generación de demencia, a saber, las iglesias cristianas. En los países del Este, las iglesias se habían visto privadas de poder. También en el Oeste su importancia había ido decayendo durante largo tiempo hasta que el creciente miedo de los pueblos les brindó una nueva oportunidad. Los jóvenes, asqueados de una sociedad sin sentido basada en la competitividad, buscaban especialmente hacer realidad las añoranzas religiosas que despertaban de nuevo en ellos. Las

iglesias tenían preparada una doctrina que atendía ampliamente los deseos y sentimientos de quienes acudían a ellas. Esta doctrina se basaba en los principios de amor al prójimo, misericordia, espíritu conciliador y reconciliación, que había predicado el Mesías Jesús de Nazaret en un «Sermón de la montaña» como algo obligatorio para todas las personas de todos los tiempos. A primera vista, parecía una paradoja querer emplear a estas Iglesias para generar la manía persecutoria deseada, ya que contradecía de forma radical la doctrina de Jesucristo. En el Club no faltaron escépticos que consideraron insalvable esta contradicción. Pero frente a quienes albergaban aquella duda hubo algunos expertos versados en historia de la Iglesia que llamaron la atención sobre el hecho de que algunas fuerzas influyentes de las jerarquías eclesiásticas no sólo parecían desear vehementemente cooperar en la línea del plan de HERMES, sino que demostrarían ser los mejores aliados imaginables. Los expertos enumeraron cuatro criterios indicativos:

1. Las Iglesias occidentales más poderosas seguían enseñando el dogma del demonio, por lo que era la única institución con cuya ayuda podían imputarse a la imagen del enemigo, de forma cuasi oficial, aquellos rasgos mágicos y demoníacos cuya importancia habían resaltado los expertos orientales.
2. Las Iglesias disponían de una enorme experiencia en la generación y fijación psicológica de una manía persecutoria. Durante siete siglos habían conseguido que pueblos enteros persiguieran a las brujas supuestamente poseídas por el demonio, condenándolas finalmente a morir en la hoguera. Además, supieron integrar esta demen-

cia popular en el ordenamiento jurídico oficial de un modo sistemático. Las brujas se convirtieron así en enemigos de la Constitución. Se suprimía de tal forma la impresión de que sólo se tratara de dar salida a impulsos emocionales. La persecución de las brujas tuvo lugar dentro del marco del estado de derecho y con vistas a la defensa de éste, única explicación posible para una lógica racional. Al hecho de que esto sucediera precisamente en la época de la llamada Ilustración habría que concederle una gran importancia.

3. Por motivos de poder político las Iglesias estaban en oposición natural con los estados del Este, donde, salvo algunas excepciones, se les había desposeído totalmente de su primitivo poder. En Occidente, a los únicos enemigos que debían temer era a aquellas fuerzas políticas cuyas ideas socialistas se aproximaban a la filosofía puramente teórica en la que se apoyaban los estados orientales.
4. La mayor de las Iglesias se había transformado, en el transcurso de los siglos, en una institución cuyo comportamiento se alejaba mucho de los principios predicados por Jesucristo, convirtiéndose en una organización fuertemente jerarquizada que mantenía sus estructuras incluso en contra de las corrientes generales hacia una mayor participación de todos en la tarea común. Insistía también, consecuentemente, en la obligación de obediencia por parte de los fieles. E incluso en muchas dictaduras no se había colocado al lado de los oprimidos, sino que para conservar su poder había apoyado a esos regímenes. Aunque surgieron algunos intentos en pro de una

denominada «Teología de la liberación», era de esperar que las importantes fuerzas conservadoras pertenecientes a la jerarquía del clero antepusieran al «Sermón de la montaña» aquellos principios que la Iglesia había seguido tantas veces en su actuación política.

A nadie se le ocurriría encargarles a los dirigentes de la Iglesia una forma burda de agitación. Bastaba con que dieran determinados testimonios e hicieran determinadas indicaciones que ayudaran directamente al plan de HERMES. Pocos decenios antes del final, una alta instancia eclesiástica confirmó que el demonio existía realmente. «Pastores de almas» polemizaban, al menos de forma encubierta, sobre el «poder comunista de las tinieblas». Tampoco faltaron muestras de simpatía hacia aquellas fuerzas políticas, consagradas en cuerpo y alma a la lucha anticomunista, que no dejaban pasar ni un solo día sin referirse en los términos más sombríos al criminal enemigo del Este.

Se dejó al pueblo sacar conclusiones sobre los puntos que los máximos responsables de la Iglesia callaban intencionadamente. Censuraban duramente la malversación de fondos por parte del gobierno o de particulares, pero no decían que los estados debieran ahorrar en los presupuestos militares a los que iba destinada la mayor parte del dinero. Tampoco protestaban contra el hecho de que los dirigentes de algunos partidos que llevaban el nombre de «cristianos» y pretendían representar la imagen del hombre cristiano en su programa, cual si se tratara de un monopolio, se convirtieran en portavoces de la lucha contra pacifistas y enemigos de las armas atómicas. Estos partidos eran los mismos que se oponían a toda reducción en los gastos militares, que ponían obstáculos a la objeción de conciencia y que, en la fase fi-

nal, pedían nuevos cohetes para los países europeos occidentales vecinos de los orientales.

Algunos de los fieles de la Iglesia protestaron contra aquel falseamiento, en su opinión, de la doctrina cristiana. No se dejaron confundir en cuanto al mensaje del «Sermón de la montaña». Insistieron en considerar como hermanos a los pueblos del Este y en practicar con ellos el entendimiento y la reconciliación en lugar de una política cada vez más violenta y amenazadora. Los partidos cristianos antipacifistas y sus simpatizantes e impulsores del clero prestaron un valioso servicio ayudando a contener esta oposición que hubiera podido conducir a una situación crítica.

En algunos países occidentales más pequeños hubo fallos. En lugar de incorporarse en primera línea al movimiento del rearme psicológico, las Iglesias se solidarizaron abiertamente con el denominado movimiento pacifista. Resulta imposible imaginar lo que hubiera ocurrido si estos «fracasos» se hubieran producido en los puntos neurálgicos de poder de la zona occidental.

PRIMER BALANCE PROVISIONAL: LA MANIA PERSECUTORIA EN ACCION

Exactamente treinta días después de la puesta en marcha del programa, HERMES celebró una sesión plenaria en la que se comentaron los resultados de la campaña de inducción de demencia y se discutió cómo debía continuar desarrollándose el «rearme psicológico».

Por otra parte, esta reunión coincidió con el 65 cumpleaños de SC. Se encomiaron sus méritos en una fiesta íntima y divertida en la que los principales agentes de Moscú y Washington pronunciaron discursos oficiales. Como especial atracción de esta fiesta se organizó con SC un juego a modo de prueba, ideado para controlar a los «inductores de demencia». SC fue el primero con el que los inventores probaron este experimento. Con él se pretendía averiguar cómo reaccionaban en realidad los cerebros de los agentes que habían de supervisar y dirigir la creación de dos demencias contrapuestas en el

Este y en el Oeste. Había sido necesario hacer desaparecer de la circulación a cinco agentes de HERMES porque se habían dejado contagiados de la manía persecutoria, bien comunista o bien anticomunista. SC, por el contrario, no dejó entrever ni el más mínimo fallo en sus respuestas. Ha anotado con orgullo haber superado brillantemente la prueba y que, al final, el presidente de la comisión psicológica le había certificado, en tono de broma, un inofensivo «delirio de grandeza neutral» que, desde luego, le protegía de toda parcialidad mínimamente similar a la demencia. Los colegas se divirtieron mucho con este juego. Se convino con SC en que, a sus sesenta y cinco años, debía volver a hacerse cargo de un departamento importante del Club, puesto que en los últimos quince años sólo se le habían encomendado un reducido número de misiones especiales.

Para explicar este hecho debería explicar aquí una particularidad en la organización del Club. Los miembros del mismo solían ocupar puestos clave en los respectivos servicios secretos de sus países. Habían de soportar, por tanto, la doble carga del trabajo del Club y el oficial. Por este motivo se les eximía de sus tareas en el Club entre los cincuenta y los sesenta y cinco años, hasta que se jubilaban de su cargo oficial. Después, se esperaba de ellos una dedicación total a HERMES. Y dado que el día X ya no estaba muy lejano, se creyó conveniente ofrecer a cada uno una actividad sin límite final, por así decirlo, es decir, sin limitación de edad. Todo aquel que había tomado parte en el proyecto debía tener la posibilidad de seguir participando activamente hasta el final, suponiendo que, a excepción del «normal» delirio de grandeza neutral de los miembros del Club, no se hubieran contagiado de ninguna de las demencias que HERMES sembraba sistemáticamente en los dos bloques enfrentados. SC nos ha hecho saber, además, que para

las ideas «normales» de grandeza de los miembros del Club se introdujo con posterioridad el calificativo irónico de la «locura HERMES», en contraposición con la «locura oriental» y la «locura occidental» aplicadas a las manías persecutorias inducidas.

En la mencionada reunión, los delegados de los centros de inducción a la demencia del Este y del Oeste, informaron extensa y críticamente sobre el desarrollo y los resultados provisionales de la campaña. A continuación se discutió en pequeños grupos mixtos y finalmente en el pleno. Se estuvo de acuerdo en valorar el éxito de la empresa como alentador, dado que en la mayoría de las personas sometida a aquella manipulación se apreciaban claramente sus efectos. La valoración se basó en una serie de criterios:

1. En ambos lados podía apreciarse una tendencia creciente a nutrirse de forma incesante de noticias sobre las nuevas maquinaciones perversas que se tramaban en el campo enemigo. La primitiva repugnancia hacia las noticias difamatorias y exageradas, o claramente falsas, se había convertido en un insaciable deseo de noticias espeluznantes, incluso del tipo más burdo. En Occidente ya no necesitaba el Club animar de forma continua este deseo enfermizo, puesto que se había conseguido felizmente llevar al poder en países clave a políticos y partidos cuya victoria estaba basada en esta manipulación.

La lucha para mantener sus posiciones les obligaba a realizar el trabajo del Club, presentando continuamente historias espeluznantes sobre el bloque oriental. En el lado oriental se extendía la correspondiente agitación sin ninguna dificultad, si bien, según se apuntaba en el Club, con una originalidad y una fantasía cada vez menores.

2. El Club observó con satisfacción que, tanto en

Occidente como en Oriente, ya no existía ni un solo problema de política interna que no se presentara como sabotaje del enemigo. Si los empobrecidos polacos se rebelaban contra los funcionarios del partido que habían conducido al país a la miseria con una economía equivocada, estaban pagados y dirigidos por Occidente. Se llegó incluso a convencer a disidentes y defensores de los derechos humanos de haberse dejado incitar, e incluso sobornar de forma vergonzosa, por el espionaje occidental. Todo pequeño fallo en la «conciencia socialista» venía inculcado por Occidente, es decir, se trataba de un contagio o de un envenenamiento sistemático provocado por los fascistas occidentales. Lo que estos grupos imperialistas realizaban era parangonable a lo que se leía en los libros de alquimia de la alta Edad Media o de principios del Renacimiento sobre el poder mágico-ocultista para actuar a distancia y sobre la magia negra. Sin embargo, fue calando en las mentes de muchos ingenuos y poco a poco los sensatos quedaron en minoría.

A los occidentales les resultaba incomprensible que los pueblos del Este llegaran a creerse tales disparates. Dedujeron que aquella gente debía ser perversamente malvada y por ello aceptaban cualquier mentira en tanto que ratificara, o incluso incrementara, su agresividad infernal. Sin la más mínima duda acerca de su intacta capacidad de crítica, con la que imaginaban ser superiores a los pueblos del Este, los occidentales pasaron completamente por alto su propia locura, mero reflejo de la oriental. No hubo ningún maestro que criticara el capitalismo ni ningún estudiante que protestara contra el servicio militar que no resultara sospechoso de actividades encubiertas como agente oriental. Aquellos que hablaban a voces de reconciliación y entendimiento internacional defendían naturalmente los intereses del enemi-

go y, con toda seguridad, eran agentes a sueldo de éste*.

El diablo, representación directa del comunismo, era rojo, y rojo era todo aquel que decía ciertas cosas tan descuidadamente como se decían en el Este. A quien en Occidente hablaba, por ejemplo, de la República Democrática Alemana, cuando desde las altas esferas se imponía todavía el apelativo de «zona soviética», se le consideraba un comunista disfrazado igual que a quien en su propio país abreviaba «República Federal de Alemania» por «RFA», es decir, las siglas con las que en Berlín oriental se referían al hermano o, más exactamente, al estado enemigo occidental. Sin duda, el paranoico miedo occidental de verse expuestos a la infiltración, acecho y envenenamiento oriental, cada vez más amenazante, era similar a la psicosis oriental de persecución en cuanto a sus proporciones y su contenido mágico.

3. También existían pruebas decisivas de la existencia de otro rasgo de locura, concretamente la incapacidad de registrar de forma crítica aquellos hechos que no estuvieran en consonancia con el concepto de demencia. Mientras que la persona normal se alegra ante el indicio de que alguien que le inspira una desconfianza radical, no abrigue únicamente malas intenciones, la persona trastornada ni puede ni quiere hacer tales correcciones en la imagen de su enemigo. El objeto de su locura tiene que contener siempre, en síntesis, todo lo malo. Se dedujo de los informes de los especialistas que la manía persecutoria era irreversible en amplios sectores de la población.

* El que el autor de esta obra, algunos de cuyos libros están prohibidos en el Este, se descubra definitivamente a través del presente trabajo como agente de Moscú, incluso como comunista convencido, no se le escapará con toda seguridad a aquellos de entre sus lectores que estén «rearmados psicológicamente».

Cada uno de los bandos podía hacer tantas ofertas de negociación y propuestas de desarme como quisiera; los contrarios no se creían ni una sola palabra. Los adversarios también desenmascararon como truco infame los gestos prácticos de distensión. Antes de que las masas pudieran formarse una opinión propia, se les daba ya interpretada. Por ejemplo, la retirada de tropas de una región, acción que el enemigo pretendía que se considerara como una medida que infundiera confianza, se decía que era una astuta maniobra de engaño para adormecer la propia capacidad de defensa.

Por este motivo, en el Oeste no se dudó ni por un momento que las tropas que los soviéticos retiraron de forma espectacular de la República Democrática Alemana serían pronto sustituidas con el máximo secreto por otras unidades. Y cuando los norteamericanos, finalmente, criticaron el fracaso de su propia aventura de Vietnam y anunciaron renunciar a todo compromiso militar futuro fuera del bloque occidental, sólo obtuvieron risas burlonas por parte del Este. Incluso el hecho de que disminuyeran temporalmente el ritmo de su rearme en la llamada fase de distensión, no logró disminuir ni por un instante la desconfianza oriental. Cada uno de los lados siguió el ejemplo del cuento reconociendo al malvado lobo, por mucha harina que se pusiera para disfrazarse.

De cualquier modo, HERMES había tomado precauciones por medio de un plan de emergencia para cambiar de rumbo, con acciones relámpago dirigidas, toda propuesta de desarme o gesto inesperado de distensión. Se tenían preparadas de antemano explicaciones que pusieran al descubierto todo intento de distensión como estrategia o mero intento de engaño en cualquier caso imaginable.

Aun cuando la manía persecutoria se había extendido en una medida satisfactoria, se tenía que continuar fo-

mentándola. Y también había que prevenir, de forma especial en algunos gobiernos y en las cúspides de los partidos, que las mentes que se habían quedado aisladas y eran capaces de tener pensamientos críticos albergaran dudas inoportunas. Por ello el Club se ocupaba de que todo gobierno que presentara una «iniciativa de distensión» fuera desmentido de forma inmediata al aparecer unos supuestos documentos secretos que el Club pasaba al mando enemigo. Así, por ejemplo, si Moscú anunciaba una propuesta oficial de desarme, dos días después, como muy tarde, el Pentágono recibía de manos de la CIA un supuesto informe del comité central de Moscú que desenmascaraba esta propuesta como pura maniobra de engaño.

Pero antes de que volvamos a ocuparnos más detalladamente de los métodos tácticos del Club, suministrados por SC, deberíamos, siguiendo el transcurso de la discusión en HERMES, continuar hasta el final con los criterios de valoración.

1. Se había comprobado que en grandes sectores de la población aparecía una auténtica necesidad de ocuparse sin cesar de conocer la imagen del perseguidor.

2. Se consideraba que la mágica demonización del perseguidor había avanzado considerablemente. Todas las malas intenciones y satánicos poderes mágicos que cada uno creía del otro superaban ampliamente los límites de lo racional.

3. La manía persecutoria se había consolidado hasta tal punto que en muchos había bloqueado claramente el sentido de la realidad, llegando a ser irreversible.

4. Como contrapartida a la manía persecutoria se había afianzado en las mentes de los supuestos perseguidos la deseada y esperada creencia en lo absoluto de la propia integridad e inocencia.

Los delegados orientales y occidentales de HERMES realizaron también un estudio más detallado de las razones de esa demencial autoidealización. Expusieron los intentos casi cómicos de ambos lados por transfigurar los propios actos de violencia, extorsiones e intrusiones expansionistas en los más nobles actos de salvación y liberación. Los soviéticos habían llegado justo a tiempo de proteger a los húngaros, checos y afganos de la desgracia eterna y de la corrupción occidental. Y el caos y la restricción de libertades que la CIA había ahorrado a los chilenos y a los guatemaltecos al derrocar a Allende y al gobierno liberal de Guatemala resultaban casi inimaginables. Sin lugar a dudas, los norteamericanos tuvieron razón al decidir no desaprobar nunca más oficialmente las persecuciones políticas y las torturas en dictaduras militares amigas, medidas que, sin embargo, promovieron el rechazo del terrible comunismo. Checoslovaquia, y sobre todo Afganistán, ayudaron a los norteamericanos a disimular su Vietnam y su Watergate. Pero precisamente Vietnam, Allende y Somoza contribuyeron a que el tema de Afganistán quedara reducido a una insignificancia. En ambos bandos, la carrera por la definitiva supremacía en el mundo se convirtió en una permanente actividad de prevención, defensa y liberación impuesta por el enemigo imperialista. Con la mejor intención se creaban tanto en un lado como en el otro grandes arsenales de destrucción al servicio del bien, de la libertad y de la justicia. Y sólo cuando estos arsenales fueran suficientes para exterminar toda forma de vida sobre la Tierra, se podría estar satisfecho de haber hecho lo necesario para la protección del bien.

Los informadores no podían renunciar a poner de relieve claramente lo absurdo de esta autoidealización acrítica de cada bando. Al final, casi todos los miembros del Club manifestaron su convencimiento. Resultaba real-

mente asombroso hasta qué punto podía bloquearse a sí misma la gran inteligencia de los pueblos para mantener una demencia tan insensata. Había, pues, razones más que suficientes para otorgar el más alto reconocimiento a los delegados del equipo de inducción de demencia. Como es natural, el aplauso les satisfizo. Pero afirmaron que no habrían podido alcanzar cotas tan elevadas en sus objetivos de no haber contado con la colaboración de una inesperada necesidad de los pueblos que en los últimos tiempos había incluso aumentado progresivamente.

No se entendía muy bien por qué la manía persecutoria se había enseñoreado también en círculos de personas aparentemente rigurosas. En principio, se había contado con que presentaran una especial oposición. Pero muchas de estas personas, más bien mezquinas y escrupulosas, dieron la impresión de apasionarse profundamente con las locas ideas de persecución que la propaganda les había imbuido. Después de hacer suya la demencia, parecieron liberados de una gran presión. Así lo constataron al menos a los especialistas encargados de la misión. ¿Cómo podía interpretarse este fenómeno? ¿Cómo era posible que estos grupos no estuvieran mejor protegidos contra la manipulación psíquica y fueran los más vulnerables?

Se pidió a algunos miembros de la comisión psicológica que aclararan el misterio. Y éstos llegaron a una interesante conclusión. En primer lugar, habían observado que entre aquellos a los que se consideraba más concienzudos existían dos grupos diferenciados. Por una parte estaban los moralmente sensibles que poseían un marcado sentimiento de responsabilidad social y, por otra parte, los egocéntricos profundos que sólo se preocupaban de poder alabarse a sí mismos por la realización de sus ideas morales. Simplificando, los psicó-

logos distinguían entre una «conciencia social» y una «conciencia narcisista». El amplio grupo de las personas conservadoras atormentadas solamente, o al menos principalmente, por su mala conciencia narcisista, se había sentido incómodo durante mucho tiempo al tener que dudar del derecho a amenazar a los pueblos del otro lado con armas cada vez más violentas y peligrosas. Ahora, estas personas se habían liberado de este cargo de conciencia al proporcionarles la manía persecutoria una clara e indiscutible justificación para dar su aprobación al armamento nuclear. No resultó difícil imbuir la manía persecutoria paranoica a aquellos pueblos que, como el alemán, poseían una conciencia marcadamente narcisista en su carácter nacional. Incluso a algunos de sus más altos y conservadores dirigentes les pasó totalmente inadvertida la perversión de los valores que dio como resultado el que precisamente las armas más criminales sufrieron un proceso de justificación moral.

Una vez que este mecanismo de perversión se puso en marcha, los equipos de propaganda vieron cómo el trabajo se realizaba por sí solo. Dio comienzo una dinámica que los psicólogos definieron como «autorreforzamiento en círculo»: cuanto más se aceleraba el ritmo del armamento y aumentaban los potenciales de exterminación, tanto más necesaria se hacía la imagen diabólica del perseguidor para poder soportar este desarrollo. Al mismo tiempo, la manía persecutoria aumentaba por su parte la motivación para crear más armamento y así se alimentaban una a otra alternativamente.

Según parece, quien describió por primera vez esta dinámica y predijo sus desastrosos efectos, fue P. M. S. Blackett, un inglés, físico y oficial de la Marina. Ya en la primera fase de la carrera armamentista había afirmado que se necesitaba un enemigo sumamente depravado y agresivo para tranquilizar la conciencia respecto

a los planes militares encaminados a la aniquilación de cientos de millones de hombres, mujeres y niños. «Si alguna vez una nación basa su seguridad en un arma absoluta —la bomba atómica—, resultará psicológicamente necesario creer en un enemigo absoluto.» Precisamente porque la interpretación de Blackett era acertada, no tuvo ningún eco. El tren ya se había puesto en marcha. Blackett obtuvo el premio Nobel de Física y la escalada armamentista siguió funcionando según las reglas que él había establecido.

Con este ejemplo, los psicólogos confirmaron su tesis de que la influencia psicológica solamente funciona si se ejerce sobre una predisposición latente en los hombres y en los pueblos. Blackett no pudo ocasionar ningún tipo de daño con sus descubrimientos. Las masas siempre hubieran preferido dejarse enloquecer conforme a la estrategia del Club, porque ello aliviaba sus corazones. Se podría así confiar en la efectividad de este mecanismo que resultaba de gran ayuda.

El propio SC, según él mismo cuenta, puso sobre el tapete otra objeción, que si bien en un principio se consideró como fútil y extravagante, se aceptó finalmente como digna de ser discutida. SC había aprendido en algún momento que los locos no tenían la capacidad de reconocer su locura. El hecho de que el loco se consideraba absolutamente normal era incluso un rasgo diferencial definitivo frente a todas las ideas fijas y obsesiones posibles. Y, sin embargo, los pueblos del Este y del Oeste inventaban constantemente frases como: «¡La carrera armamentista es una locura!» «¡Producir 'posibilidades de aniquilación total' es sencillamente de locos!» «¡Los astronómicos presupuestos para el mantenimiento de armamento son una pura locura!» ¿Acaso los hombres no estaban locos, ya que creían que lo estaban? Precisamente un renombrado semanario internacional acababa

de publicar el siguiente titular: «La carrera de la locura.» Un famoso escritor había denominado la carrera armamentista «utopía monstruosa», «locura en sí misma». E incluso el que fuera secretario general de un partido gobernante en la Europa occidental había calificado la bomba de neutrones de «perversión mental». En los periódicos se leía todos los días que el creciente armamento de la OTAN y toda la teoría de la consolidación de la paz aumentando el armamento, eran una locura. ¿No sería posible que esta notoria capacidad de auto-crítica supusiera que el optimismo que se desprendía de los informes de los «inductores de demencia» fuera exagerado y poco realista?

SC hizo observar con satisfacción que mediante su objeción había obligado al grupo a realizar un nuevo tratamiento a fondo del problema. Se llegó por fin al siguiente resultado, que, después de algunas dudas, obtuvo su aprobación:

1. En el contexto del deterioro general del lenguaje, «locura armamentista» no suponía para la mayoría nada más que una frase de moda, vacía de significado. Era hablar por hablar.

2. Era habitual que cuando la gente se asombraba de algo, aunque solamente fuera un poco, lo manifestase con histérica exageración. La débil fuerza de expresión de la última generación, psíquicamente empobrecida, llevaba a la gente a expresar con superlativos todo aquello que aún latía dentro de sí mismos. Hasta la más pequeña sorpresa se manifestaba con expresiones como: «¡No puede ser verdad!» «¡No es posible!» Lo que no entendían lo consideraban «una locura» o «un desvarío». Todos sabían que estas palabras no se tomaban en sentido literal.

3. Entre algunas personas ilustradas resultaba bien

visto burlarse de las bombas atómicas y mantener conversaciones banales y ligeras sobre este tema. Naturalmente, no eran pocos los que se mostraban contrarios, por motivos meramente intelectuales, con la tesis oficial de que la carrera armamentista ofrecía la mejor garantía de paz. Pero tranquilizaban su conciencia con ayuda de la manía persecutoria asumida, creyendo firmemente que había truco en todo aquello y que los expertos conocerían las razones por las que algo absurdo en apariencia resultase en realidad racional y lógico. La creencia en la máxima de Hegel: «Lo que es real es racional y lo que es racional es real», subsistía como certeza instintiva. De esta manera, el alto grado de malestar por la «locura armamentista» se reducía a una pseudocrítica sin compromiso.

4. Estaban también los que realmente eran invulnerables a la locura. Entre éstos se hallaban un gran número de mujeres, muchos niños, una parte de los jóvenes y, significativamente, casi todas las personas enfermas psíquicamente, a los que de todos modos se les consideraba locos. También los cristianos más honestos, los trabajadores perspicaces, los escritores de izquierdas, algunos científicos, los denominados investigadores por la paz, los artistas y los vagabundos eran capaces de oponer resistencia. Todos estos grupos resistentes a la locura experimentaban la fanática manía persecutoria que les rodeaba como algo sorprendente.

Un caso especial lo constituían las asociaciones y los grupos para la paz, de los que se hablará más adelante. En ellos se reunían personas que en su mayoría buscaban una auténtica paz fraternal y solidaria entre el Este y el Oeste, así como entre el Norte y el Sur. Pero también existían grupos para la paz «fanáticos», que en el Este eran víctimas de la «locura del Oeste» y en el Oeste

lo eran de la «locura del Este». Diferenciaban entre bombas buenas y malas y sólo se distinguían de su respectivo entorno paranoico por los presagios que emanaban de sus manías persecutorias. En el Club, estas personas recibían el nombre de «locos perversos», y todos estaban de acuerdo en que no podían poner seriamente en peligro el plan HERMES. Se señaló que incluso habían prestado a menudo, y sin pretenderlo, valiosos servicios auxiliares. Si, por ejemplo, asaltaban en el Oeste los cohetes norteamericanos, reforzaban de forma indirecta el miedo de la mayoría ante la amenaza oriental y aportaban buenos argumentos a la teoría mágico-paranoica de que en el propio país se estaba expuesto a infiltraciones enemigas y lavados de cerebro.

**REPRESENTACION DE ROLES COMO TEST
PARA EL ASESORAMIENTO
DE LOS POLITICOS**

Entre el estado de ánimo de las personas y la carrera armamentista existía —de forma mucho más clara en el Oeste que en el Este— una relación recíproca. En las fases en las que aumentaba la obsesión paranoica alcanzaban sus más altas cotas el desarrollo y la producción armamentista. En tales momentos, a la industria militar le llovían los pedidos. También se aprobaban resoluciones políticas para llevar a cabo costosísimos programas a largo plazo que no podrían después detenerse. A su vez, el aumento y modernización de los arsenales de cohetes se podían utilizar para reforzar la manía persecutoria o la «moral combativa». En tales momentos, los órganos de propaganda no debían dejar ni un solo instante de acusar a la parte contraria de maliciosos preparativos armamentistas. Cuando a los norteamericanos se les permitió por un tiempo realizar un número consi-

derable de preparativos armamentistas perdieron de pronto el interés por continuar, y costó después un enorme esfuerzo volver a enardecer los sentimientos de amenaza. ¡Quién sabe si sin la oportuna invasión de Afganistán se hubiera conseguido poner de acuerdo al público norteamericano para realizar nuevos preparativos armamentistas!

SC admite que a HERMES le pasaron inadvertidos algunos errores en la época que se denominó fase de distensión en el conflicto Este-Oeste. La coordinación nunca dejó tanto que desear como durante este período. Por aquel entonces los norteamericanos concedieron a un canciller germano-occidental una asombrosa libertad de movimientos para las negociaciones con Moscú. Se llegó a varios acuerdos, los denominados tratados con el Este. Esto permitió, en parte, hacer desaparecer algunas asociaciones pacifistas que de pronto perdieron su razón de ser. Sin embargo, quienes dirigían la propaganda se quejaron enérgicamente por la forma tan ingeniosa de dificultar su labor. Vieron que su campaña de inducción de demencia se ponía en peligro de forma absurda. Acusaron a HERMES de una estrategia de doble alianza. ¿Cómo habrían de interpretar los pueblos los abrazos entre Brezhnev y el canciller Brandt, y más tarde el tratado de Helsinki? ¿Se disponían ambos demonios a convertirse en inocentes palomas de la paz?

Mientras que en las capas inferiores de la organización reinaba el desconcierto, el Club mantuvo, incluso entonces, el conflicto Este-Oeste según los planes previstos. HERMES había llegado a la conclusión de que la ventaja norteamericana en el terreno de los cohetes tenía que reducirse para no poner en peligro la dinámica de balanceo recíproco. Era, por tanto, necesario ordenar una pausa obligatoria en el rearme psicológico en el lado occidental, a fin de suprimir temporalmente el

deseo de la alta producción armamentista. Entre tanto, se les ofreció a los soviéticos la oportunidad de avanzar en el desarrollo de la técnica armamentista con el mayor sigilo. No había que temer que las conversaciones y tratados Este-Oeste, más simbólicos que prácticos, influyeran de forma notable en el impulso de la carrera armamentista. Y así fue como ocurrió realmente. Jamás se habían apresurado tanto los soviéticos en la construcción de sus arsenales como lo hicieron en el denominado intervalo de distensión.

Pero esta estrategia de largo alcance no debía comunicarse, por motivos de discreción, a algunos equipos de HERMES que, en cierta medida, tenían que hacer el trabajo sucio en el frente. En los niveles inferiores se pensó que la central había perdido el control e incluso podía perder el rumbo. Los miembros de estos niveles inferiores eran agentes jóvenes que aún no se habían acostumbrado a la paciente estrategia de largo alcance que tanto gustaban de emplear los viejos zorros de la central, por lo que calificaron precipitadamente la denominada fase de distensión. Tan sólo, en una posterior mirada retrospectiva, pudieron comprender cuán errónea había sido su interpretación. Pero, de hecho, también el equipo dirigente del Club se había equivocado al no prever la reacción de los niveles inferiores.

Por otra parte, estos conflictos de coordinación fueron causa de que HERMES celebrara reuniones periódicas cuya única finalidad era un mayor conocimiento interno. En estas denominadas «reuniones de autoconocimiento» se formaron pequeños grupos mixtos compuestos por agentes de los niveles inferiores, especialistas y dirigentes de la sede central, con el fin de esclarecer las dificultades que pudieran surgir en el ascenso de la información desde las bases hasta los equipos dirigentes. Estos grupos se alternaban con círculos de discu-

sión coordinados por agentes orientales y occidentales. Las reuniones duraban una semana. Durante este tiempo no se permanecía en un mismo lugar, sino que se viajaba, como en un viaje de agencia, por alguna región montañosa poco poblada de un país no alineado. Era preceptivo que en los tres primeros días nadie hablara de su trabajo para HERMES. Con esto se pretendía un test de control de autodisciplina, y al mismo tiempo se cumplía una antigua regla de HERMES: si los hombres se aproximan personalmente los unos a los otros y aprenden a comprender sus sentimientos, deseos y miedos, podrán cooperar con eficacia sea cual sea el problema que se les encomiende.

Algunos encanecidos expertos del Club se quejaban de cuánto había aumentado la organización en el transcurso de los años. Sentían añoranza del clima íntimo y familiar que había existido en otras épocas. Consideraban agotador entablar relaciones personales en los diversos grupos con el gran número de nuevos agentes reclutados durante los últimos tiempos. Aunque reconocían las nuevas caras, les suponía un gran esfuerzo retener nombres clave nuevos. Además, para justificar el puesto de dirección que ostentaban, tenían que demostrar una y otra vez sus especiales aptitudes de comprensión, memoria, concentración, compenetración y comunicación. Sin embargo, era importante que los jóvenes tuvieran de vez en cuando la oportunidad de tratar más de cerca a los de más edad, sobre los que, desde lejos, habían fantaseado, a veces rebajándolos y a veces idealizándolos en exceso. La sensación de que se les escuchaba y se tenían en cuenta sus opiniones era una condición básica para la progresiva integración de los jóvenes en la organización.

En estas reuniones, los juegos de equipo como el fútbol, el waterpolo, el baloncesto y otros semejantes

se consideraban los mejores ejercicios de cooperación. También la representación de roles gozaba de gran aceptación y ayudaba en gran medida a revelar conflictos, tanto entre personas como entre departamentos.

La representación de roles no sólo se utilizaba en estas «reuniones de autoconocimiento»; también se empleaba cuando se quería establecer una táctica a seguir en caso de un asesoramiento político complicado. SC expone aquí un par de ejemplos muy instructivos: una vez se originó en Gran Bretaña una desagradable situación. La economía marchaba mal. El desempleo aumentaba. El malestar general se había extendido. La aportación británica para el perfeccionamiento del armamento occidental parecía correr peligro: había decrecido mucho el sentimiento de ir en el mismo barco que los europeos continentales y de tener que estar a la par en sus esfuerzos armamentistas. Lo que menos se deseaba era invertir el poco dinero que aún quedaba en armamento. En aquel momento, los disturbios en Irlanda del Norte, el efervescente movimiento de protesta de las minorías de color o los jóvenes en paro suponían una mayor amenaza para la seguridad que los soviéticos.

¿Qué debía hacer HERMES? Se organizó una representación de roles: uno hizo de jefa de gobierno; otro, de jefe de la oposición, y un tercero, de ministro de defensa. Tres agentes representaron el papel de pueblo dividido en clases sociales. La tarea consistía en encontrar la manera de unificar otra vez de la forma más efectiva la combatividad del pueblo.

La «jefa de gobierno» hacía propaganda de lealtad hacia el gran hermano norteamericano, de la amenaza a la que se veía expuesta Gran Bretaña como superpotencia y de los compromisos adquiridos en el marco de los programas europeos de rearme. El «ministro de

defensa» la apoyaba con cifras aterradoras sobre los últimos cohetes soviéticos y la sensacional ampliación y modernización de la flota roja. Pero al «pueblo» no le impresionaba ningún argumento. El «jefe de los laboristas» prometió al «pueblo» que terminaría con la desastrosa economía de los conservadores, que haría desaparecer el desempleo, que llenaría las arcas y volvería a crear las condiciones necesarias para afrontar los esfuerzos que requería la política de seguridad. Fue como si hablara al vacío. El «pueblo» no se conmovió. Solamente la primera ministro observó irónicamente que el laborismo ya había demostrado durante bastante tiempo lo que entendía por saneamiento económico.

Al final, la discusión quedó estancada hasta que el líder «laborista» tuvo una ocurrencia decisiva: si se daba el poder a los laboristas procederían inmediatamente a un desarme radical. Ni un solo cohete volvería a entrar en Gran Bretaña. Todos los cohetes existentes serían devueltos a los norteamericanos. Las bombas atómicas desaparecerían del país. La armada británica del Rin se reduciría hasta ser un mero resto simbólico. El presupuesto de defensa quedaría reducido a un tercio. Esperaba que los soviéticos no entendieran esto como una invitación a apoderarse del estado insular. Pero, incluso en este caso, la gente no lo pasaría tan mal como si Gran Bretaña, un barril de pólvora atómico, se viera en la necesidad de enfrentarse a los soviéticos en una confrontación. Un representante del «pueblo», el del estrato social inferior, aplaudió espontáneamente. Los otros dos mantuvieron silencio al principio, hasta que ambos manifestaron su temor. ¿Una Gran Bretaña desamparada e indefensa que desaparecía definitivamente como potencia mundial? ¡Inaceptable!

Esa era la solución. Al evaluar la representación se vio que a los británicos sólo se les podría dominar me-

diante una intervención paradójica. Habría que conseguir de los laboristas que con un programa de desarme radical produjeran tal pánico en los electores que el miedo a la incapacidad para defenderse eclipsara el miedo a las bombas atómicas. Al exigir así lo contrario de lo pretendido, se salvaba del peligro de extinción el espíritu armamentista.

Siguiendo este enfoque, HERMES trató de persuadir a varios personajes y grupos laboristas de gran influencia. Se tomaron las medidas oportunas para que un representante de la tendencia prodesarme más radical fuera elegido jefe del partido. El Club registró de inmediato un cierto cambio de ánimo en el pueblo. Muchos volvían a preferir de repente una isla «protegida» por armas atómicas, a una isla incapaz de defenderse. Más tarde pudieron observarse, sin embargo, tendencias divergentes en el seno del partido laborista, por lo que Gran Bretaña continuó siendo una preocupación para el Club.

Otra representación abordaba el problema de cómo apoyar a un jefe de gobierno occidental al que el cansancio armamentista, no sólo por parte de su pueblo sino sobre todo en círculos de su propio partido, le ponía cada vez en mayores aprietos. Por añadidura, se había opuesto veinte años atrás de forma enérgica el estacionamiento de bombas atómicas en suelo alemán. En aquella época había llegado incluso a perfilarse como el oponente parlamentario más radical de las armas atómicas. Esta representación de roles se escenificó con el «jefe de gobierno», el «ministro de asuntos exteriores norteamericano», el «jefe de la oposición», un «colega de la minoría de izquierdas», «otro de derechas» y el «pueblo» representado por tres personas. Uno de ellos debía encarnar la postura de un nuevo movimiento de protesta denominado «verde».

La representación supuso un gran *stress* para el «jefe de gobierno», que se vio obligado a un vehemente tira y afloja. El «norteamericano» quería llenar Alemania Occidental de cohetes atómicos para mantener los cohetes rusos alejados de su propio territorio y desviarlos a Europa Central (lo que sólo daba a entender de forma solapada). Alardeaba además de la fidelidad a lo pactado por los alemanes y amenazaba con el peligro de un sentimiento antialemán en los Estados Unidos. El «jefe conservador de la oposición» estaba absolutamente de acuerdo con el norteamericano. El «miembro del partido de izquierdas» y el «oponente verde» enervaban al «jefe de gobierno» recordándole su antigua postura. El «colega de la minoría de derechas», que representaba a la mayoría del partido, alertó sobre el fantasma de una derrota electoral, probable en caso de abandonar el programa de rearme solicitado por los norteamericanos.

Al «jefe de gobierno» le costó mantener la presencia de ánimo. Se le indicó que hubiera sido mejor arremeter contra todos los que le acosaban. Estaba visiblemente desbordado por un problema de difícil solución. El «norteamericano» le parecía excesivamente exigente y desconsiderado. ¡Que los norteamericanos introdujeran el servicio militar obligatorio y cargaran en sus barcos los «nuevos cohetes» en lugar de llenar con ellos la República Federal y convertirla en una diana! Pero era este riesgo de convertirse en diana lo que haría que los alemanes recibieran durante diez años los generosos servicios de la potencia protectora, tal como indicó el «norteamericano». El astuto «jefe de la oposición» agradeció y elogió los últimos supercohetes de procedencia norteamericana instalados en el país como el más puro y bello regalo para la seguridad. Al decir todo esto no especulaba en vano con el sentido de lealtad del «pueblo». A los dos representantes de la «mayoría silenciosa» les pare-

cía mezquino el traicionar al hermano mayor dispuesto siempre a ayudar si se trataba, como parecía, de proteger en común al «Occidente libre». Lo último que se podía exigir de los valientes alemanes era que cayeran de rodillas ante el monstruo comunista, acción desleal al tiempo que lamentablemente cobarde. ¿Quién querría que, después de Hitler, se le echara en cara por segunda vez el haberse sometido a una tiranía sin oponer resistencia? Los dos representantes de la «mayoría silenciosa» manifestaron su conformidad con el «jefe de la oposición», si bien titubeantes y angustiados. El «jefe de gobierno» intentó otra salida: en realidad no se trataba de dejar en la estacada al hermano mayor, que no estaba en especiales dificultades, sino, por el contrario, de que éste pudiera utilizarlos como parachoque y posible víctima. Y el que los alemanes pudieran sobrevivir por más tiempo en Centroeuropa sólo resultaba imaginable si contribuían a la distensión y al entendimiento entre ambos bloques, en lugar de convertirse provocadoramente en un estado belicista. Pero no consiguió despertar ningún eco positivo, a excepción del agrado del «caótico verde» y del «camarada» de la débil ala izquierda del partido. El «norteamericano» disfrutaba de su superioridad opresora. El hipócrita «jefe de la oposición» se complacía del éxito de su artimaña, de haber trasladado la cuestión de la supervivencia a la alternativa erróneamente planteada de fidelidad *versus* traición, agradecimiento *versus* desagradecimiento, valor *versus* cobardía. El «simpatizante del partido de derechas» miró de soslayo las oportunidades tácticas del partido y se unió igualmente a la alianza maldita con las dos personas que recomendaban el rearme.

El «jefe del gobierno», al que nunca le faltaban las palabras ni la decisión para controlar una crisis, echó una mirada indecisa a los demás. Era evidente que se

hallaba próximo a un colapso nervioso. Finalmente, dejó que el «norteamericano» y su «amigo del partido de derechas» le recordaran que las cosas seguían un rumbo claro. Por el momento ya no había ninguna libertad de movimiento auténtica dentro del sistema. Si se quería que los procesos a los que el «jefe de gobierno» siempre había concedido la máxima importancia quedaran encuadrados en un marco de racionalidad, resultaba materialmente necesario un rearme continuado. De otra forma, surgiría la amenaza de un desconcierto absoluto, de un caos imposible de prever. Después siempre se podría... Cuando ya se estuviera armado y se hubiera alcanzado la igualdad, se podría quizá con la otra parte... Nunca sería tarde para el desarme, pero en aquel momento era, con toda seguridad, demasiado pronto. Una dirección racional del conflicto exigía mantener correctamente el rumbo, etc.

¿Cuál fue la lección extraída de esta representación? Que era probablemente mejor mantener en el poder al actual jefe de gobierno. En cualquier caso, éste podría neutralizar, y quizás hasta parcialmente integrar, los potenciales de protesta de los jóvenes, o bien de los militantes de izquierdas, mientras que si el partido de la oposición, de actitud belicosa, llegara al poder, pronto se levantaría contra él un amplio frente de paz difícilmente controlable. Segunda conclusión: ante todo debía utilizarse el «argumento tecnocrático» con el fin de hacer comprender al jefe de gobierno cuán necesario resultaba continuar con la política armamentista supeditada a los Estados Unidos. Cualquier desviación de este rumbo resultaría arriesgada y sus consecuencias difíciles de calcular; las cosas podrían desbordar la racionalidad. Tercera conclusión: había que preocuparse de forma intensiva de la constitución psicosomática del hombre, pues dado que comprendía totalmente el inmenso riesgo, le

costaría un gigantesco esfuerzo de autosuperación demostrar seguridad, energía y confianza ante el mundo entero. En cualquier caso, se debía procurar proporcionarle una cobertura por los flancos, ¿quizá con un ministro de asuntos exteriores más frío y de nervios más templados?

SC nos proporcionó toda una serie de interesantes ejemplos de representación de roles que por el momento no voy a reproducir. Pero sí haré una observación más sobre el método: cada una de las misiones la representaban regularmente varios grupos al mismo tiempo. Además de los actores, cada grupo tenía «observadores» que podían ayudar en la posterior evaluación de algunos detalles que se les hubieran escapado a los actores, inevitablemente distraídos. Estos llegaban a tal grado de sobreexcitación a causa de su papel que sentían la tentación de continuar sus discusiones con los compañeros de reparto en el debate crítico que seguía a la actuación. La aparición de tal impulso no se les consideraba en ningún caso como falta de disciplina. Por el contrario, podían sacarse conclusiones sobre algunas de las enormes tensiones psicológicas, que producían determinados papeles políticos. Más tarde HERMES dio gran importancia a analizar detalladamente la dimensión psicológica al mismo tiempo que el aspecto estratégico en estas representaciones de estrategias políticas. ¿De qué servía una solución matemáticamente perfecta si psíquicamente exigía demasiado a los implicados?

En ocasiones el Club también necesitaba, precisamente por todo esto, encomendar a personalidades de la vida política misiones que, en realidad, contradecían su actitud psicológica. SC lo explicó tomando como ejemplo la última representación de roles: en esta fase se necesitaba un jefe de gobierno en la Alemania occidental que interiormente sintiera animadversión por pro-

seguir la carrera armamentista y cuya postura pudiera percibirse desde el exterior. Si a pesar de todo acababa decidiéndose por el rearme, dadas las ficticias presiones existentes que se le habían apuntado, resultaría enormemente convincente para las masas que aún albergaban algunas dudas y temores. Si un hombre que siempre procura llegar a acuerdos razonables y paliar toda crisis había decidido impulsar la militarización, daba la impresión de que tal solución tenía que ser la única. Porque de no ser en un caso de extrema necesidad, una persona así no obraría de esa manera. En esta fase, difícilmente hubieran seguido los alemanes occidentales a un jefe de gobierno del tipo del frío luchador, en una empresa como, por ejemplo, el acuerdo de rearme de la OTAN, puesto que en esta fase avanzada del armamento de *overkill* el frente de los anticomunistas paranoicos estaba notablemente debilitado. El miedo a la guerra y la repugnancia ante el «potencial de *overkill*» destrozan el alma. Solamente aquellos políticos que podían hacer creer que compartían estas preocupaciones y sentimientos eran —al menos en Centroeuropa— capaces de ganarse a las mayorías en aquellos momentos. Pero, naturalmente, estas personalidades angustiadas por contradicciones y dudas interiores estaban expuestas a un enorme desgaste de energías. Había que contar con grandes tensiones, peligro de manías y propensión a la enfermedad. La gran fragilidad de la salud de estos hombres era el precio que había que pagar para que la política militar no sufriera ningún daño.

Se tardó cierto tiempo en conseguir que algunos miembros mayores de HERMES concedieran a los factores sociopsicológicos la importancia que realmente tenían, y que resultaba cada vez mayor. Costó mucho disuadir a algunos expertos del prejuicio tradicional de que las mejores manos en la que podía estar la estrategia

decidida por el Club eran las de aquellas personalidades políticas que, dado su carácter, podían compenetrarse íntimamente con este proceso sin poner pegas y representándolo de forma agresiva. Esta teoría había funcionado muy bien durante largo tiempo. Sus deficiencias quedaron ocultas mientras resistió el «frente de la locura». Pero cuando empezó a desmoronarse, demostró ser claramente mejor para ocupar puestos clave en la política el tipo del que «va contra sus convicciones hasta el heroísmo» (nombre creado por SC). Eran personas en las que las masas populares veían reflejada su creciente desunión interna. Así llegaron a acostumbrarse en el Club a esta aparente paradoja de que, al final, jefes de partido y hombres de estado sensibles impulsaran en ocasiones la carrera armamentista más que los militaristas de pura sangre, considerados los mejores hasta entonces.

La fragilidad de los políticos más blandos, de los que más tarde habría que echar mano con mayor frecuencia, le creó al Club, entretanto, algunos nuevos problemas. Los graves ataques de corazón que estas personas sufrían con una frecuencia cada vez mayor, a pesar de todos los cuidados, no eran lo peor. También se producían ataques nerviosos después de que un político así acabara de arrancar a su conciencia una decisión militar. El ataque era, en cierta medida, el precio psicossomático de su decisión. En tales casos se producía entre los ciudadanos una inhibición ritual de la agresividad que duraba varias semanas. Lo adecuado era ocuparse solidariamente del paciente y no utilizar su impotencia para una obstrucción política, por ejemplo. Durante esta veda ritual el Club podía provocar calladamente algunas situaciones que después resultarían irreversibles.

Dado que en HERMES todavía existía una cierta in-experiencia en el manejo de estas personas tan compli-

casas, podía ocurrir que se escogiera excepcionalmente a un «blando» que ni siquiera las técnicas más perspicaces y experimentadas de HERMES pudieran mantener después en el curso de la confrontación. En el caso de un estadista norteamericano, se consiguió por los pelos, y gracias al pánico que le infundió una maniobra del Ejército Rojo, que propulsaba un nuevo y gigantesco programa de cohetes. Previamente se había llegado a una situación todavía más enojosa a causa de un influyente estadista germano-occidental. Este hombre sensible quiso a toda costa acabar con el proyecto HERMES mediante una treta y denominada política de reconciliación. Se había aprovechado a este político mientras que se deseaba que los soviéticos disfrutaran la pausa de distensión mencionada anteriormente para poder afianzarse en la carrera armamentista. Pero aquel estadista se excedió. A pesar de que el Club disponía de material que podía utilizar contra él, y que normalmente hubiera sido suficiente para la extorsión y corrupción de cien jefes de estado, el muy testarudo permaneció imperturbable. HERMES tuvo que tirar del freno de emergencia, es decir, sacrificar a uno de sus hombres más capaces «en el frente». Se le obligó a desenmascarse como agente oriental, lo que era en realidad en su profesión civil. Acusado de arriesgar la seguridad pública, aquel estadista tuvo por fin que capitular cuando el daño que había provocado adquirió proporciones irreparables. Pero el haber tenido que llegar tan lejos y emplear tales medios dio lugar a una reposada autocrítica en el Club, cuyos resultados desembocaron en los futuros programas internos de perfeccionamiento.

SC, por otra parte, se consideraba de aquellos mandos conservadores del Club que sólo paulatinamente se acostumbraron a la complicación de los planes estratégicos mediante medidas psicológicas. Su oposición a la

«psicologización» de los problemas tenía otra motivación relacionada con su papel paternal dentro del Club: sentía cierta preocupación por la estabilidad interna en la nueva generación. El entusiasmo con que numerosos agentes jóvenes acogieron los aspectos sociopsicológicos le pareció desmesurado. ¿Seguirían siendo capaces de realizar hasta el final su duro trabajo con superioridad e inmutabilidad? La manía persecutoria colectiva se podía manejar a distancia con relativa facilidad. Si bien en la campaña de inducción de demencia se habían perdido algunos hombres que se habían contaminado de la «locura oriental» o de la «locura occidental», esta nueva ola de miedo y anhelo de paz resultó aún más infecciosa. ¿Qué ocurriría si grandes masas de jóvenes agentes que compartían tan íntimamente los sentimientos de los pusilánimes y pacifistas hicieran suyos tales sentimientos e ideas y pusieran en peligro a la propia organización? Sofocar todo impulso derrotista de este tipo supondría algunos gastos y una pérdida de energías que en ningún caso podía permitirse la organización.

El Club creó una «comisión permanente para la seguridad interna». Se escucharon las preocupaciones de SC y se decidió dar a la estabilidad psicológica mayor importancia como criterio de selección para el reclutamiento de los nuevos agentes. Además, se intensificaron los controles discretos en las secciones exteriores. Los agentes infiltrados en los movimientos pacifistas fueron sustituidos en el futuro a intervalos más breves y trasladados primero a «rehabilitación» y posteriormente a puestos de trabajo meramente tecnocráticos.

**IMPULSO DEL ARMAMENTO MEDIANTE
SISTEMAS AUTORREGULADOS: EL TRUCO
DE LA SIEMPRE INSUFICIENTE DISUASION**

Pensar que en el peor de los casos hayan de medirse las fuerzas militares obliga a suponer, para la planificación de la defensa, que la parte contraria posee unas fuerzas de combate óptimas, lo cual obliga a estar suficientemente armados para cualquier posible amenaza. Esto supone sobrevalorar de antemano la capacidad militar del potencial enemigo de forma absoluta. La consecuencia político-militar de semejante análisis se manifiesta en los esfuerzos de la parte que se considera en inferioridad de condiciones por establecer una igualdad o superioridad militar mediante armamento «adicional». La parte contraria entenderá este deseo de

igualdad y de prepararse para cualquier amenaza, como un aumento de un potencial ya superior, e introducirá los correspondientes avances en su armamento para asegurar la igualdad. Esto a su vez le parecerá necesariamente a la parte que en un principio preparaba su armamento «adicional» un intento de reforzar las desigualdades existentes. Tal proceso alternativo de dinámica armamentista puede prolongarse hasta el infinito, desembocando en una carrera sin fin y arriesgada para la política de seguridad. En ese contexto se confirman sin cesar las ideas sobre el enemigo, que se justifican subjetivamente aduciendo los criterios de superioridad de los contrarios.

Grupo de trabajo de la «Sociedad alemana para la investigación de la paz y los conflictos».

No había escapado a la aguda observación de SC el hecho de que los psicólogos, en su meritorio trabajo de diagnóstico y tratamiento de personas importantes y de grupos, tendían a minimizar los problemas. Pero si se estudiaban más detenidamente las mutuas relaciones que existían sobre el concepto Este-Oeste entre los dos bloques, e incluso entre los diferentes pueblos y partidos, se observaban interacciones cuya regularidad no podía reducirse a motivos psicológicos. SC pensaba que en estos casos funcionaban unos mecanismos de autorregulación que recordaban más a sistemas técnicos que a relaciones de tipo psicológico. Había que ocuparse de magnitudes variables de sistemas bipolares jerárquicamente estructurados, que tendían a equilibrarse mediante sus propias leyes. Siempre entraban en juego facto-

res psicológicos, si bien se fueron transformando en procesos mecánicos. Para HERMES se trataba de aprovechar, para sus propios fines, estos procesos de autorregulación en los diferentes niveles.

1. *La balanza de la disuasión*

Ambos bandos actuaban en el proceso armamentista según este razonamiento: caerás inmediatamente sobre mí si soy más débil que tú. Por tanto, tengo que ser al menos tan fuerte como tú. Esta meta estaba programada dentro del sistema. A HERMES sólo le quedaba, con ayuda de los dos servicios secretos, ocuparse de que cada una de las partes fuera continuamente informada de que hacía ya tiempo que el enemigo había aumentado su arsenal. De esta forma nunca cesaría el balanceo alternativo, independientemente de que en algún momento se diera una auténtica paridad. El Club ni siquiera necesitaba hacer mentir siempre a los servicios secretos, lo que hubiera podido dañar su imagen. Lo único que había que hacer en un momento determinado era informar a una de las partes. Porque generalmente una de ellas iría por delante. De forma que sólo habría de comunicar el hecho cierto a la parte rezagada para que se apresurara, al tiempo que a la que iba en cabeza se le ocultaba su ventaja. De esta forma, el sistema podía manejarse como una balanza: una ligera presión, primero a un lado y luego a otro, bastaba para mantener el balanceo el tiempo necesario hasta alcanzar el nivel deseado para el día X. Algunos especialistas en información manifestaron su miedo de que con los rápidos progresos en la tecnología de los satélites espías podría lle-

garse a una comprobación tan precisa de los arsenales que incluso HERMES ya no pudiera falsear los datos. Los consejeros de estrategia esgrimían entre tanto los siguientes argumentos:

La comparación de los arsenales de armas y la apreciación de un desequilibrio entre ellos resultaría en el futuro más difícil. Cuantos más nuevos cohetes y portamisiles entraran en juego, tanto más inabarcable resultaría la situación. Además, la paridad no se podía establecer cuantitativamente. Se citó a un político europeo occidental (E. Eppler), quien excluía la posibilidad de calcular el equilibrio, dada la falta de seguridad en la forma de valorar los diferentes factores:

«¿Qué es más importante, el número de cabezas nucleares o su eficacia? ¿La fuerza explosiva de las cabezas nucleares o su precisión? ¿Su capacidad de resistencia después de un primer ataque enemigo o su capacidad de atravesar la defensa enemiga? ¿Su movilidad o su versatilidad?» Según a qué se le diera prioridad, siempre se podría hablar de «avances» o «vacíos» en alguna de las partes.

Además, no se podían compensar ciertos sistemas armamentistas, dado que —al menos por algún tiempo— solamente los poseía una de las partes. Por ejemplo, los soviéticos tardarían por lo menos diez años en remontar el avance tecnológico de los misiles de crucero norteamericanos. El Club se enteró con satisfacción de la lapidaria comprobación realizada por un general e investigador de la paz germano-occidental (W. V. Baudisin): «La paridad, incluso aunque pudiera medirse cuantitativamente —lo que desde luego no es viable—, no puede aplicarse al carácter dinámico y al retraso de las fases de los procesos de modernización, dadas las diferentes exigencias estratégicas. El intento tiene que conducir indefectiblemente al aceleramiento de la carre-

ra armamentista en todos los niveles y en todos los campos...»

Por lo demás, se estaba de acuerdo en el Club en que los sistemas de los dos bloques tenderían a armarse algo más, incluso sin ninguna intención de aventajar realmente al oponente; esta tendencia sería el resultado de suponer que nunca se podrían controlar absolutamente los arsenales y, sobre todo, los planes del enemigo. De la idea de tener que compensar las inciertas reservas del otro resultarían procesos de superación recíprocos que darían a HERMES otro magnífico motivo para forzar la carrera armamentista.

Por tanto, no era necesario más que mantener el dogma de que sólo la disuasión ofrece seguridad, y al mismo tiempo convencer alternativamente a las dos partes de que eran demasiado débiles para disuadir. Mientras se les impidiera a los compañeros comprender lo absurdo del dogma, seguirían sentaditos en el columpio atados por una interminable cadena de frustraciones y considerarían necesario convertir sus territorios en gigantescos barriles de pólvora nucleares.

SC presenta un pequeño ejemplo ilustrativo de cuán tranquila e imprudentemente se dejan balancear —o quizá fuera mejor decir marear— las masas subidas en el columpio. En 1974, los norteamericanos comenzaron a desarrollar los nuevos cohetes Pershing II. Poco tiempo antes habían iniciado la construcción del misil de crucero Tomahawk. El Club se lo había comunicado a los soviéticos. Como puede comprobarse, sólo en 1976 y con ayuda de sus satélites de comunicaciones Big Bird, los norteamericanos tuvieron conocimiento de las primeras pruebas de vuelo con éxito que los soviéticos realizaron con el cohete SS-20. Naturalmente, ahora Occidente podía presentar los Pershing II y el misil de crucero Tomahawk como respuesta a los SS-20 y actuar

como si los SS-20 le hubieran cogido vergonzosamente desprevenido y tuviera que compensar rápidamente su «inferioridad en disuasión» incrementando el armamento. Es significativo que los norteamericanos ocultaron que con los Pershing II y los Tomahawks, que querían instalar en Europa Occidental, pretendían que la amenaza para los soviéticos fuera mucho mayor de lo que había sido la de éstos, ya que con los Pershing II podían reducir el tiempo de alarma preventiva para Moscú de una media hora a menos de seis minutos. En cualquier caso, se tenía que convencer rápidamente a los europeos occidentales de que en el futuro sólo podrían defender la «libertad de Occidente» con la ayuda de los Pershing II y de los misiles de crucero, y que habrían de instalar estas armas en sus países sin demora. Prudentemente se les ocultó a estos pueblos que se trataba de una libertad a la que ellos no sobrevivirían en caso de guerra. De cualquier forma, los soviéticos se vieron a su vez en la necesidad de «incrementar su armamento» a causa de los Pershing II y de los Tomahawks. Los hombres de HERMES pudieron dejar que se desarrollara ante sus ojos esta fase del macabro juego con la satisfecha tranquilidad de los espectadores de un partido de tenis.

2. *La balanza del tutelaje*

Dentro de los dos grandes sistemas tenían lugar procesos de autorregulación que transcurrían también favorablemente. Con la intensidad de la amenaza recíproca, aumentó en ambos bloques la automática obligación de solidaridad interna y de militarización. Tanto los soviéticos como los norteamericanos redujeron progresivamente el terreno de sus compañeros de bloque. Todo de-

bilamiento de la fuerza de disuasión que podría producirse dadas las tendencias neutralistas de algún país más pequeño de la alianza, tenía que ser enérgicamente contrarrestado. De esta forma, los pequeños estados fueron perdiendo año tras año su libertad de acción, simplemente como consecuencia automática del aumento de la amenaza potencial. Los soviéticos ya habían demostrado en Hungría y Checoslovaquia que sólo estaban dispuestos a consentir una rebeldía limitada a sus compañeros del Pacto de Varsovia. Frente a esto, los desprevenidos occidentales siguieron viviendo un tiempo relativamente largo con la ilusión de poder conseguir que en la OTAN se tuvieran en cuenta sus intereses nacionales y de no tener que rebajarse a cumplir las órdenes de los norteamericanos. El concepto de «mundo libre» o del «Occidente libre» significaba para ellos, precisamente, que jamás se dejarían someter a una tutela como los soviéticos pretendían con sus denominados países satélites.

El horrible despertar se produjo cuando a los norteamericanos se les ocurrió, para proteger su territorio, elaborar el concepto de una posible guerra a través de sustitutos y reservaron a los europeos el gran honor de ofrecer su territorio como escenario provisional. Los checos, húngaros y alemanes orientales disfrutaron maliciosamente del espectáculo cuando, de improviso, los norteamericanos se presentaron a sus desconcertados amigos de la Europa occidental como rudos responsables del mando y de la disciplina que sofocaban toda oposición a sus planes estratégico-políticos. Los europeos occidentales, en otro tiempo orgullosos e independientes, se hallaban acobardados y firmaron dócilmente el «acuerdo de aumento del armamento de la OTAN». Una aceptación voluntaria de tal acuerdo sólo hubiera podido significar que todos ellos eran masoquistas patológicos. Cuando, finalmente, los norteamericanos comenzaron la

fabricación de bombas de neutrones, ni tan siquiera consultaron a sus incautos compañeros europeos, a pesar de que la nueva arma estaba especialmente prevista para su utilización en Europa. Los europeos occidentales no eran ni masoquistas ni víctimas desgraciadas del capricho de algún presidente o ministro norteamericano. Simplemente compartían el destino de todos los estados pequeños de las alianzas en el Este y el Oeste, que estaban expuestos a la acentuada gravitación de las potencias que los dirigían, lo que, a su vez, era consecuencia del exceso de armamento en ambas partes. Mientras tanto, las superpotencias podían ponerles sin problema a sus inflexibles tuteladas la etiqueta de «estrategia para asegurar la paz» y remitirse a «investigadores de la paz» que les habían recomendado esta receta con insistencia. La necia ofensa que sintieron los europeos occidentales, quienes imputaban al presidente norteamericano de los años ochenta como infamia personal el que les hubiera metido en cintura, solamente demostraba una ceguera narcisista de estos pueblos y de sus gobiernos ante la realidad. En la época del «potencial de overkill» sólo se podía seguir el ritmo de quien iba a la cabeza. Ya era demasiado tarde para obrar por cuenta propia. Estos pueblos tendrían que haber prestado atención antes, cuando se dejaron embaucar con el argumento de que los cohetes atómicos no eran más que una forma modernizada de la artillería.

3. *La balanza del reparto de papeles*

Un tercer mecanismo regulador determinaba el reparto de papeles entre los estados próximos al telón de acero o «frontera de paz». En el seno de ambos bloques se hacían esfuerzos por aproximarse a la forma de sociedad

del lado opuesto. Las ideas socialistas encontraron cada vez mayor eco entre los pueblos de la Europa occidental, al tiempo que los pueblos orientales se mostraron claramente interesados en una mayor liberalización. También este ablandamiento ideológico ponía, naturalmente, en peligro la credibilidad de la disuasión por ambas partes. Por este motivo, hubo de procurarse a toda costa que al menos los estados próximos al frente se mantuvieran firmes. En la zona de contacto debía mantenerse una profunda delimitación. Si alguno de los estados inmediatos al frente se aproximaba demasiado en su organización social al sistema enemigo, le resultaría muy fácil a la otra parte penetrar por esta zona de debilitamiento y conseguir un dominio definitivo sin tener que hacer uso de las armas. Por tanto, si los norteamericanos no podían destruir el bacilo socialista, ni los soviéticos el bacilo liberal, había que limitar la zona de influencia, a ser posible, al área europea menos cercana al frente. De esta manera, los soviéticos soportaron por un breve período de tiempo, dominando su ira, que los sindicatos polacos consiguieran algunos derechos, e incluso que se le obligara al partido oficial a llevar a cabo ciertas reformas. Los norteamericanos, por su parte, permitieron, frunciendo el entrecejo, que los franceses siguieran la línea de un socialismo moderado y que, en Italia, los comunistas fueran ganando poco a poco influencia política. Pero automáticamente surgió en Oriente, para los checos y alemanes orientales, y en Occidente, para los alemanes occidentales, una necesidad de mantenerse fieles a su línea. En la línea de demarcación se necesitaba un «estado occidental libre», dispuesto a la disuasión, que no perdiera de vista al enemigo comunista, o bien, un «estado oriental salvado por el socialismo y capaz de luchar», que no perdiera de vista al enemigo imperialista.

La fidelidad a la ideología por parte de los estados del frente no sólo era necesaria para la clara delimitación de su sistema con respecto al bloque enemigo, sino como muro de contención para defenderse también de los compañeros ideológicamente contaminados que existían en el propio bando. Las posibilidades de los socialdemócratas germano-occidentales infectados por el socialismo se desvanecieron cuando a sus espaldas los franceses votaron esta ideología y además, en el flanco sur, los italianos pidieron ayuda a los comunistas para combatir la corrupción. Por otra parte, la República Democrática Alemana, cuyo partido oficial había dejado en ese momento las riendas un poco sueltas, tuvo automáticamente que tomarlas con firmeza cuando en Polonia las huelgas del nuevo sindicato ocasionaron una peligrosa inestabilidad en la política interior. Por tanto, también aquí obraban mecanismos de regulación superiores que llevaban a su vez a movimientos automáticos de compensación cuando se llegaba a desequilibrios críticos.

Algunos se asombraron de que un jefe de gobierno socialista germano-occidental deseara vehementemente la reelección en Francia de un presidente conservador. Y es que sabía muy bien que estaba sentado en una balanza en equilibrio, y que un giro hacia la izquierda en Francia provocaría un giro hacia la derecha en Alemania occidental, de forma que la mayor amenaza para sí mismo y para su propio partido provenía, paradójicamente, de su correligionario francés.

4. *La balanza de los halcones*

Otra balanza que el Club pudo utilizar para sus fines fueron las relaciones entre los «halcones orien-

tales» y los «halcones occidentales» que ocupaban puestos de mando en ambos bloques. Mientras las inocentes masas populares creían que estos instigadores militantes de uno y otro bloque se odiaban mutuamente como la peste y sólo abrigaban malas intenciones para sus oponentes, se desarrolló entre ellos un secreto compañerismo. El que dependieran los unos de los otros se derivaba de sus respectivas posiciones políticas y también, naturalmente, de sus rasgos de carácter. Su influencia como consejeros de seguridad, como presidentes de consejos o comisiones de defensa, o bien como expertos en determinadas comisiones de partido, dependía de que los halcones de la parte enemiga insistieran en mantener una política agresiva suficientemente provocadora. De esta forma, siempre podían demostrar la exactitud de su imagen del enemigo, determinada por una desconfianza radical, así como imponer en su propio lado la alternativa estratégica más dura entre todas las posibles. También conseguían así asegurar su posición personal. Avidos de poder, como todos los halcones, valoraban casi tanto el imponer su voluntad personal como llevar a cabo una política más agresiva, en lo que se afanaban ininterrumpidamente.

El Club tuvo, por tanto, la curiosa oportunidad de transformar la mutua relación de dependencia entre los halcones del Este y del Oeste en una relación directa de cooperación. Si los halcones de un lado se veían amenazados de perder terreno e influencia, HERMES animaba de inmediato a los «camaradas» del otro lado para poner en marcha alguna acción provocadora. De esa forma, los halcones amenazados cobraban nuevo impulso y podían, por ejemplo, insistir con éxito en la financiación de un nuevo sistema de cohetes. SC informa que en HERMES se preguntaban a menudo qué pensarían los halcones de ambos ejércitos de esa evidente cooperación;

si comprendían en realidad el invisible puente que el Club tendía entre ellos, o si la consideraban solamente como una cadena de casualidades. Algunos hombres de HERMES indicaron que, al menos, los más altos mandos militares estaban unidos con toda certeza, sin que contara para nada el telón de acero, por esa relación de estima deportiva y camaradería que a menudo había dominado a lo largo de la historia entre jefes de ejércitos enemigos. Además, los generales y expertos militares de ambos lados compartían indudablemente el tradicional desprecio por los políticos civiles, unos incompetentes en su opinión, que en la época de los SS-20 y de los Tomahawks se creían importantes aunque andaban a ciegas. En el Club se pensaba que últimamente resultaba relevante el que los halcones del Este y del Oeste colaboraran voluntaria o involuntariamente. En cierta medida estaban situados en la misma balanza, para lo bueno y para lo malo. Quisieran o no, tenían que apoyarse mutuamente para asegurar la influencia política necesaria a fin de alcanzar, como útiles peones de HERMES, el potencial de *overkill* contra cualquier incidente imprevisto.

5. *La balanza de los partidos*

Por último, SC estaba fascinado con un sistema de vaivén que, en ocasiones, llevaba a los partidos occidentales a los más extraños conflictos. Las elecciones parlamentarias occidentales producían regularmente una polarización en dos grandes partidos o grupos de partidos. El principal motivo de disputa, desde que los pueblos se sentían cada vez más inseguros, era la política de seguridad. Los de la derecha prometían seguridad mediante una mayor dureza y los de izquierda mediante

el diálogo y el acercamiento. Cuando HERMES redujo la manía persecutoria de ambos lados, durante la denominada «fase de distensión», la izquierda, partidaria del diálogo, entró en una fase ascendente. A casi todo el mundo le pareció lógico el que la mejor forma de conseguir seguridad fuera mediante el acercamiento. Pero igualmente lógico les pareció poco después a las masas todo lo contrario, cuando los soviéticos invadieron Afganistán y los norteamericanos, ofendidos y con renovados ánimos de lucha, quisieron celebrar por todo lo alto su regreso al combate. Seguridad volvió a significar de pronto tener los puños más fuertes y amenazar de la forma más salvaje; es decir, poder intimidar. Así que el péndulo osciló de nuevo a favor de la actitud belicosa de la derecha, y la izquierda, rodeada e idealizada todavía por todos los que buscaban protección, vio cómo gran número de sus seguidores se pasaban a la derecha. Si querían salvar algo de su poder tenían que girar a la derecha. En todas partes donde el Club podía ejercer su influencia ayudó naturalmente a que el eje se desplazara hacia la derecha. El mejor resultado se obtuvo en Alemania occidental. Lo que antes se había denominado izquierda, era ahora de pronto el centro. Y la nueva derecha estaba aún más a la derecha. Si en la política oriental la polarización había sido anteriormente de blandos contra duros, ahora era de duros contra superduros. Llegó el florecimiento de la manía persecutoria en el que los norteamericanos, en contra de las reglas del juego seguidas hasta el momento, ya no sólo querían disuadir, sino incluso, como únicos *sheriffs* del mundo, amenazar a los soviéticos con una política agresiva. Con esto, volvieron naturalmente a meterles el miedo en los huesos a los europeos occidentales. Estos recordaron el barril de pólvora atómica sobre el que les habían colocado los norteamericanos. Y pensaron que la bravuconería nortee-

americana no debía desembocar en una provocación que podía costarle la vida a Europa. Por este motivo, un número creciente de azorados europeos occidentales volvieron a buscar partidos y políticos representantes de un suave acercamiento. Pero, ¡horror!, ya no estaban donde antes los habían dejado. En Alemania Occidental, por ejemplo, el sistema de partidos había oscilado entre tanto hacia la derecha del centro. Los antiguos y principales representantes de la distensión y de la reconciliación, en caso de que aún ocuparan sus cargos, habían cambiado de opinión en cuanto al «aumento de armamento» (según el nuevo lenguaje, «rearme» significaba tanto en el Este como en el Oeste «aumentar el armamento porque el enemigo tenía ya más»). Los pocos que se habían mantenido firmes eran ahora marginados sin ningún poder. Y se dio la grotesca situación de que los partidos, al haberse desplazado el eje de su balanza, ya no volvieron a sintonizar con las aterrorizadas masas que, de pronto, volvían a balbucear palabras de paz y reconciliación.

Los tres grandes partidos germano-occidentales, incluso los que estaban relativamente más a la izquierda, se hallaban ya casi fuera del alcance de la voz de los nuevos partidarios del acercamiento. ¿Por qué huís de nosotros?, gritaban los portavoces del partido popular de centro-izquierda. ¿Por qué no os habéis quedado donde estabais?, contestaban quienes se oponían al rearme, recordando a los jefes de partido sus antiguos juramentos de no estacionar en Alemania Occidental armamento atómico.

En el Club casi se sentía un poco de lástima por todas estas asustadas palomitas de la paz que ya no tenían ninguna oportunidad de participar en la política oficial. A pesar de que se contaban por millones, solamente podían observar cómo los grandes partidos que os-

tentaban el poder discutían, delante de sus narices, si el traer 572 nuevos y asesinos cohetes a Europa occidental debía al menos ir acompañado o no de conversaciones rituales Este-Oeste. Por otra parte, HERMES disfrutó naturalmente con este resultado, que era uno de sus muchos éxitos logrado con suerte, pero también con esfuerzo.

No había sido una nimiedad limitar un espectro de partidos que cubrían ambos extremos y organizarlo tan homogéneamente que, de repente, una gran parte de la población se quedara colgando en el aire. Y para rematar la obra maestra, resultaba ya imposible volver a desplazar el eje a su posición anterior. Así que los portavoces del partido popular de centro-izquierda tenían que combatir implacablemente a quienes repetían las mismas exigencias que ellos habían defendido hasta entonces con energía.

A pesar de la propensión de algunos superiores del Club a la vanidad y a una cierta sobreestimación personal, se llegó a la conclusión de que este éxito, que permitiría eliminar un considerable potencial de protesta latente de los procesos políticos de decisión, se había logrado con la colaboración de cuatro factores. En primer lugar había que estar agradecido a la burocracia de los partidos, cuya inercia sólo tuvo que sostener el Club mediante intervenciones concretas con el fin de evitar un nuevo desplazamiento no deseado del eje de los partidos. Especial agradecimiento merecía, naturalmente, el partido popular de la derecha que disfrutaba censurando duramente toda simpatía por el movimiento antirrearme del partido de centroizquierda como tendencia a la capitulación, síntoma de decadencia, ofensa a la potencia protectora norteamericana, etc. Pero incluso los norteamericanos contribuyeron al desplazamiento hacia la derecha del espectro, si

bien había que tener en cuenta de forma restrictiva la dinámica propia de aquella necesidad de solidaridad interna, de la que hemos hablado hace poco. Es decir, la automática incapacitación de los «estados-provincia» de la alianza, unida al rapidísimo rearme atómico también habían colaborado de forma óptima y llevado a su máximo rendimiento todas las influencias aprovechables mediante una eficaz función catalizadora.

PROYECTOS DE DEFENSA FRENTE A UNA PELIGROSA CAMPAÑA PACIFISTA

El arsenal norteamericano y soviético actual, cuya fuerza destructiva es un millón de veces superior a la bomba de Hiroshima, no cumple su finalidad; una veintiava parte bastaría para asegurar las más exageradas teorías sobre la disuasión.

G. F. Kennan

En la primera mitad de los años ochenta se pudo hacer en el Club un nuevo balance sumamente satisfactorio. En 1960 había 6.500 cabezas nucleares. En 1979 eran 14.200. Y en 1985, unas 24.000. La preocupación de que los norteamericanos y los soviéticos fueran a darse por satisfechos con un arsenal equilibrado suficiente para la disuasión había desaparecido, a pesar de que ambas potencias así lo habían prometido a sus ciudada-

nos. Desde hacía tiempo ese nivel se había superado con creces. Ni la escasez de petróleo ni la penuria económica habían podido frenar esta carrera. Parecía como si en la dinámica armamentista hubiera surgido una dinámica interna tan poderosa que ya no era posible esperar ningún retroceso. Pero HERMES tenía por costumbre vigilar aquellas fuerzas antagónicas que a largo plazo podrían suponer una auténtica amenaza.

En este sentido, exigían especial atención ciertas «iniciativas pacifistas» que surgían aquí y allá entre la población. No parecía del todo imposible que el vertiginoso ritmo de desarrollo armamentista pudiera llevar en algún momento a un peligroso debilitamiento del frente psicológico. Hasta un determinado nivel, se había confirmado la regla de que el aumento de armamento y la manía persecutoria se fortalecerían mutuamente. Pero alguna vez se llegaría a la conclusión de que el peligro que se corría al acaparar cabezas nucleares en un momento dado sería mayor que las posibles ventajas de la disuasión. Es decir, a partir de un determinado momento era de esperar una relación proporcionalmente inversa entre «armamento material» y «armamento psicológico».

Como correspondía a sus acreditados principios, a HERMES tenía que interesarle prever todas las posibles manifestaciones y movimientos de las «iniciativas de paz» y desarrollar las correspondientes técnicas preventivas de intervención. Las representaciones de roles en el Club, que se escenificaban para preparar los debates gubernamentales (véase cap. 11), no venían aquí al caso. Los miembros del Club estaban demasiado curados de espanto como para poder representar de forma creíble el entusiasmo impulsivo por la paz que había de suponerse surgiría entre la juventud y quizá incluso entre personas más adultas.

Se llegó a la idea de escenificar otro tipo de tests.

Se trataba de abordar a grupos de personas entre las que podía suponerse la existencia de una gran disposición a inquietarse por el armamento atómico en cuanto se les ayudara estimulándoles con información al respecto. Como grupos para tal fin se escogieron alumnos de bachillerato, seminarios de sociología en universidades, comunidades de estudiantes protestantes y católicos y grupos de ecologistas. Ocasionalmente se asistía también a reuniones de academias eclesiásticas o asociaciones profesionales de psicología social. En estas representaciones los especialistas de HERMES tenían la misión de conmocionar al público presente mediante informes sensacionalistas acerca de la fuerza destructiva de los nuevos sistemas de cohetes. A ser posible se mostraban películas sobre Hiroshima o sobre efectos simulados de una gran guerra atómica con el fin de intensificar las reacciones emocionales mediante medios audiovisuales impactantes. La tarea de los encargados consistía en registrar exactamente las reacciones del público sometido al test. ¿Cuántos eran los que se ponían en movimiento a causa de la conmoción? ¿Y en qué dirección se dirigía aquel movimiento? ¿Quién quería huir? ¿Quién quería hacer algo contra el armamento y qué? Como es natural, había que fijarse principalmente en aquellos que querían emprender, llenos de coraje, alguna actividad. ¿Qué ideas estratégicas se tenían en aquel momento? ¿Y cómo se intentaba poner en práctica esas ideas? ¿Se tenía en cuenta en aquellos planes un compromiso a más largo plazo? ¿O se trataba solamente de una exaltada protesta espontánea, que volvería a sofocarse rápidamente? Era de esperar que algunas de estas reuniones-test llamaran la atención al menos de la prensa local. ¿Cómo reaccionaría la prensa? ¿Actuaría de multiplicador y propagaría sus efectos? ¿O ayudaría más bien a la represión por medio del silencio y del disimulo?

Como ejemplo, SC narra una reunión pública en una pequeña ciudad de Alemania occidental. El tema que se ofrecía era: «Nuestros temores actuales y cómo superarlos.» Una asociación evangélica de estudiantes aportó el local y la organización. Al numeroso público asistente, en su mayoría jóvenes, se le explicó primero la realidad, exponiendo que existía una fuerza destructiva calculada en 60 toneladas de TNT para cada ciudadano de los estados occidentales y orientales. El efecto de las cabezas nucleares superaría en un millón el efecto de la bomba de Hiroshima, conocida por todos. Mientras que el gigantesco barril de pólvora sobre el que estaban sentados siguiera aumentando, se elevaría rápidamente el riesgo tanto técnico como político de utilizar las armas destructivas para el fin que habían sido fabricadas. La reducción al mínimo de los tiempos de alarma preventiva y las deficiencias de los sistemas de alarma por computadora podían llevar fácilmente a una guerra atómica a causa de fallos técnicos o de un simple malentendido. En uno de los lugares más conflictivos del mundo, como en el golfo Pérsico o en el Oriente Próximo, podía producirse de la noche a la mañana un conflicto entre las superpotencias que resultara imposible controlar. Luego se ilustraron los posibles efectos con la película británica *War game*. La película mostraba cómo las explosiones atómicas mataban a multitud de personas en primer lugar por sus ondas expansivas; cómo la irradiación de calor quemaba o cegaba a los hombres; cómo otros que habían sobrevivido morían de forma espantosa a las pocas semanas al quedar directamente expuestos a la radiación nuclear. La película mostraba también el pánico y el caos que se crearían si además se produjeran grandes incendios, se colapsaran los sistemas de abastecimiento y, especialmente, si la asistencia sanitaria se viera desbordada.

Los observadores de HERMES anotaron las siguientes reacciones en el público: algunas personas huyeron de allí con los rostros pálidos y desencajados. La mayoría permaneció sentada en silencio y desconcertada. Algunos tartamudeaban: «¡Increíble!» «¡Monstruoso!» «¡No se puede soportar!» En la discusión que tuvo lugar a continuación, los asistentes se agruparon en distintas tendencias típicas:

1. *Los desamparados*

De esta fracción provenían manifestaciones estereotipadas como: «Cuando veo estas imágenes de todo lo que puede ocurrirnos, me siento infinitamente desgraciado y confuso.» O bien: «Contra esto no podemos hacer nada.» «Lo más terrible es la impotencia y la imposibilidad de defenderse.» «No hay nada que hacer.»

2. *Los dinámicos*

Otra parte del público decía acalorada: «No debemos permitirlo.» «Tenemos que movilizarnos y obligar a los políticos a que terminen con esta locura.» Dominados por la irritación, todos los de este grupo trataban de superarse con propuestas de dónde y cómo se tenía que protestar para detener la carrera armamentista. Los más excitados atemorizaban a los demás por la radicalización de sus exigencias. Era necesario abandonar de inmediato todo lo que se estuviera haciendo y ponerse en marcha sin esperar ningún tipo de autorización. Cuantas más personas fueras detenidas tanto mejor, porque así el público tendría que prestar atención. Quien intentara poner algún «pero» o quisiera entretenerse en conside-

raciones tácticas, o bien no había comprendido la gravedad de la situación o se había ensuciado en los pantalones.

3. *Los fieles a la línea oficial*

Un tercer grupo argumentaba firmemente en la línea oficial de la ideología persecutoria clásica. Había que diferenciar: «No nos armamos por gusto. ¿Es que el 'mundo libre' ha de ser un botín indefenso para los comunistas? ¿Acaso no es nuestro sagrado deber como occidentales enfrentarnos a los rusos, siendo capaces de luchar? ¿No son los cohetes norteamericanos la mejor, incluso la única, protección de nuestra libertad?» Naturalmente, existía un riesgo. Y el presidente norteamericano había explicado que no deseaba la paz a cualquier precio. «¡Si los soviéticos nos obligaran a ello, tendríamos que imponerles un duro castigo—incluso con grandes sacrificios por nuestra parte—. Pero sería traicionar nuestros valores más altos si, por ejemplo, los alemanes occidentales atacaran por la espalda a los norteamericanos cuando éstos volvían a enseñarles debidamente los dientes a los rusos!»

A los observadores del Club no se les escapó que esta fracción militante, a la que se denominaba en HERMES los «fieles a la línea oficial» sólo lograban imponerse algunas veces en las reuniones donde se llevaba a cabo el test. La fuerza de atracción de sus argumentos desaparecía cuando se daba una idea clara de la realidad de una guerra atómica. Muchos «simpatizantes» que solían seguir casi automáticamente a los versados fieles de la línea oficial se volvían indecisos ante las imágenes de desolación atómica. Ya no veían claro que pudiera existir «algo bueno» por lo que fuera lícito poner en

juego cientos de millones de vidas humanas. Especialmente la visión en la película de las masas de niños mutilados, ciegos, quemados y contaminados por la radiación hacía increíble toda justificación de tal destrucción. Y la «moral de la libertad» de los fieles a la línea oficial se convertía en una fórmula propagandística sin fundamento. En el Club se comprendió claramente con este «fracaso en el test» de los fieles a la línea oficial, que era preciso evitar que se produjesen en las masas semejantes conmociones al revelarles la verdad, como había ocurrido en estos experimentos por motivos de investigación. Con un periodismo de encubrimiento sistemático y continuado, la fuerza de represión ejercida sobre una mayoría embotada bastaría por algún tiempo para hacer que esta parte de la población se hiciera eco de los dogmas de la línea oficial.

4. *Los teóricos*

También aparecía con regularidad un cuarto grupo, pequeño pero digno de mención. Su ideología básica coincidía aproximadamente con la de quienes se indignaban espontáneamente. También los representantes de este cuarto grupo expresaban su opinión de que la política de rearme y el dogma de la disuasión eran perjudiciales. Pero les repugnaba profundamente dejarse inducir a cualquier acción espontánea. Estas personas argumentaban que se debía actuar de forma organizada. Si se quería lograr algo, debía pensarse exactamente a quién se podía uno dirigir. ¿Se deberían buscar aliados entre el pueblo, a fin de obtener una base más amplia para sus proyectos? ¿O se debería uno dirigir directamente a los políticos, al gobierno, o bien a los partidos? Pero primero habría que saber si se estaba ya suficien-

temente informado como para poder resistir las objeciones de los profesionales de la política. ¿No habría que informarse antes en profundidad sobre las fechas y planes armamentistas, así como sobre los diferentes factores que determinaban en aquel momento la complicada situación política mundial? Era característico el que dos oradores expertos en temas políticos se aprestaran a explicar a los asistentes la situación estratégica como una partida de ajedrez y en un lenguaje para expertos. En un principio esto infundía respeto, pero después paralizaba también a muchos de los que, de forma espontánea, estaban desconcertados y enojados. De éstos, algunos se mostraban inmediatamente dispuestos a someterse a los aparentes expertos. Ellos sabrían si aún se podía hacer algo que mereciera la pena. Pero después resultaba que estos «expertos», si bien sabían muchos más datos sobre la situación mundial, al final sólo se les ocurrían advertencias para el secretario del partido soviético y el presidente norteamericano, si es que no se perdían totalmente en sus inteligentes intentos de análisis.

Interesante y al mismo tiempo algo tranquilizador para quienes realizaban el test, era el modo en que se trataban entre sí las diferentes fracciones del público. El esquema se repetía en casi todas las reuniones.

El primer grupo, el de los «desamparados», compuesto en su mayoría por mujeres, se convertía, después de un rato, en una contrariedad para el segundo grupo, el de los «dinámicos». En éste eran los hombres quienes, dando el tono, explicaban bruscamente que no querían escuchar «interminables lamentaciones». No se podía progresar si sólo se hablaba una y otra vez de lo terrible que era todo y del sentimiento de impotencia que se tenía. Lamentarse sólo conducía a la resignación y resignarse era precisamente lo que no se debía hacer. Los dinámicos se sentían más maduros y superiores al hacer esta crítica

a los «desamparados». Se creían erróneamente valientes. Y lo único serio para ellos era no dejarse desviar de su vehemente deseo de actuar. Pero su rabia hacia los «desamparados» delataba que en realidad no estaban menos angustiados que éstos. Simplemente no soportaban abandonarse al abatimiento que la conmoción de ese descubrimiento les había producido. Querían salir a protestar inmediatamente para librarse del pánico que de otra manera se apoderaría de ellos.

Por este motivo, también les resultaba desagradable dejar que el grupo de los «teóricos» les recomendara analizar primero la situación en profundidad y planear luego la estrategia. De esta manera los «dinámicos» se veían amenazados por partida doble. Por una parte, temían verse arrastrados por los «desamparados» a su estado depresivo. Por otra, se sentían desarmados por los «teóricos» y condenados a una espera que les resultaba insoportable.

El grupo de los «desamparados» se sentía tan sometido al grupo de los «dinámicos» como al de los «teóricos» y se veía obligado a callar. Quien pretendía seguir hablando de su miedo y de sus preocupaciones quedaba como un apocado y era tachado de inmaduro. Los miembros de este grupo, mujeres en su mayoría, reconocían que los demás les consideraban un lastre. La mayoría estaba de acuerdo en que, por mala que fuera la situación, no debía uno dejarse llevar por sentimientos sombríos. Los grupos «dinámicos» y «teóricos» combatían el pesimismo de los «desamparados» que intentaban reprimir en ellos mismos.

Los «fieles a la línea oficial», por otra parte, asumían momentáneamente el papel de grupo marginado sectario en este test. Aunque eran minoría, no se dejaron intimidar en lo más mínimo. Manteniendo una postura combativa, defendían su paranoica ideología persecutoria.

No les irritaba en absoluto el que se les tachara de cínicos por querer justificar el espantoso riesgo de la guerra mediante su teoría unilateral sobre el enemigo. Su fe persecutoria resultaba tan inconvencible como en los casos de auténtica locura. Y soportaban con absoluta entereza el que sus intentos por adoctrinar a los otros chocaran, al menos de momento, contra un muro de aparente ignorancia y credulidad.

Los «teóricos» causaban en parte asombro, en parte envidia, en parte cólera y en parte un silencioso movimiento de retirada. Como ya se ha dicho, a los «desamparados» y a los confusos les parecieron en un principio los posibles salvadores. Compartían la crítica que hacían los «desamparados» y los «dinámicos» a los peligros del armamento de aniquilación que tan inteligentemente habían sido presentados y que habían provocado gran conmoción. Además parecían ser los más enterados sobre los diferentes aspectos y los motivos ocultos. Pero cuanto más se escuchaba, con gran atención y esfuerzo, los expertos análisis de los «teóricos», tanto más creían éstos elevarse por encima de los demás miembros de la reunión. Cada vez se soportaba peor la forma en que se explayaban sobre complicadas explicaciones acerca de los múltiples determinantes del conflicto en la política mundial, aparentando una gran satisfacción. Y cuando se les pidió que se pronunciaran de una vez sobre lo que había que hacer, se limitaron a enumerar una serie de alternativas estratégicas a la actual «política oficial de seguridad de la OTAN». Cada una de estas alternativas, sin embargo, tenía sus «ventajas e inconvenientes» y no tenía ningún sentido decidirse apresuradamente por una u otra sin antes haber estudiado y discutido a fondo sus implicaciones. Este mensaje era el resultado de un laborioso proceso de acuerdo interno dentro del grupo de los «teóricos». Antes de esto, los porta-

voces del grupo habían discutido entre sí qué orden debería seguir una enumeración inteligente de prioridades en cuanto a estrategias alternativas en cuestión de política de seguridad. Había algo que querían transmitir al resto del público: con las emociones que se habían desencadenado aquella tarde, no se podía hacer nada políticamente. Aquellos sentimientos sólo conducían a una actuación irracional, en caso de que sirvieran para algo.

Una gran parte del público, sin embargo, estaba sumamente excitada. Los «dinámicos» sobre todo no estaban dispuestos a aceptar la reunión como un simple estímulo para acudir a seminarios sobre estrategias alternativas en cuestión de política de seguridad. Aquella tarde se debía al menos tomar alguna resolución que fuera remitida al gobierno y a las centrales de los partidos. Tal propuesta ocasionó primero una incómoda y controvertida discusión. Los «fieles a la línea oficial» sólo querían apoyar una resolución que exhortara al gran enemigo de Oriente no solamente a terminar con sus «preparativos armamentistas», sino también a desgazar una parte importante de su arsenal de cohetes. Los «teóricos» dudaban por principio sobre el sentido de las resoluciones. Aquellos papeles sólo servirían para llenar las papeleras de algún ayudante de los burócratas políticos. Sin embargo, a la mayoría emocionalmente excitada la propuesta de tomar una resolución le pareció el único clavo ardiendo al que agarrarse. Aunque se tratara más bien de una acción simbólica, se podía uno al menos convencer de haber expresado su voluntad. A pesar de su escepticismo básico, unos pocos «teóricos» se unieron a algunos «dinámicos» del ala moderada para redactar por escrito una resolución que acabó siendo un ataque lapidario al denominado «rearme» en Europa occidental.

La mayoría de los asistentes a la reunión firmó el escrito. Se concluyó la reunión. Unas pocas personas permanecieron en torno a la lista de firmas buscando a alguien que se ocupara de los restantes trámites: pasar a limpio, copias, envío a los políticos y agencias, tramitación postal. Los «dinámicos» se habían escurrido rápidamente. Fueron al final dos «desamparados» los que cargaron con todo el trabajo.

La forma en que los grupos se dividieron espontáneamente y entraron en relación durante esta reunión podía calificarse de típica. Pero también había reuniones cuyo transcurso resultaba más complicado y menos fácil de comprender. Cuando participaban académicos narcisistas, las rivalidades personales se superponían en ocasiones a los argumentos de los subgrupos. Con frecuencia lo importante era quién superaba a quién retóricamente y quién dominaba al final de la reunión. En algunas ocasiones tampoco los funcionarios desaprovechaban la oportunidad de demostrar su habitual desacuerdo con el partido. En la búsqueda de una paz más segura se desarrollaban pequeñas luchas por el poder a la sombra del auténtico problema que conmovía los corazones de la mayoría. En cierta ocasión, una reunión se opuso con éxito a aquellos que buscaban el lucimiento personal y a los agitadores de los partidos. Pero en otras ocasiones se permitía a estos tipos representar sus batallas de lucimiento, con aparente alivio por desviar un tema demasiado inquietante.

Después de una evaluación sistemática de todas las pruebas celebradas, el grupo encargado del test presentó al Club el siguiente informe sobre la situación:

1. En Europa occidental la inquietud ante este problema variaba mucho según los países. En Inglaterra, Holanda e incluso en Suecia, el tema preocupaba más que en Alemania Occidental, lo que estaba en contradic-

ción con el grado de peligro objetivo. En cualquier caso, la manía persecutoria imbuida en la mente de los alemanes occidentales, demostró ser aceptablemente resistente en comparación con las progresivas tendencias a posturas menos rígidas que se daban en otros pueblos. Los franceses, gracias a su mentalidad tan particular, parecían estar convencidos de que la grave situación de amenaza que pendía sobre sus cabezas no les afectaba necesariamente. Se imaginaban hallarse en una situación segura y privilegiada por su *force de frappe* y su distanciamiento de la OTAN.

2. En Alemania Occidental se podía afirmar que al menos las personas mayores no mostrarían una gran simpatía hacia un posible movimiento pacifista. La mayoría de los hombres maduros parecían pensar que tras la II Guerra Mundial ya habían cumplido con su deber de ocuparse del tema bélico. Ahora tenían derecho a que se les dejara en paz el resto de su vida. Para apoyar esta postura, se atenían agradecidos a lo que los políticos y los partidos les contaban sobre la supuesta seguridad de la disuasión por medio del rearme.

3. Una parte creciente de la juventud parecía estar en grave peligro. Entre los escolares, grupos de estudiantes y organizaciones cristianas de la juventud, bastaba un discurso sobre el tema, para que se pusieran de manifiesto ideas y tendencias radicales y críticas: rehusaban hacer el servicio militar, protestaban por las exportaciones de armas al Tercer Mundo, se escandalizaban del gigantesco presupuesto de defensa y se oponían ante todo a que se continuara acumulando armas de aniquilación en masa, a las que se consideraban criminales.

4. Los paranoicos de la manía persecutoria seguirían resultando por algún tiempo un muro de seguridad para contrarrestar, unidos al dinamismo autónomo de la balanza armamentista de los dos bandos, la formación

de un «frente pacifista» cerrado. Pero la disposición de ánimo de la juventud indicaba que muy pronto surgirían como las setas numerosas iniciativas de paz que darían mucho que hablar. Y no estaba nada claro hasta qué punto los paranoicos de la persecución fieles a la línea oficial iban a poder amortiguar y neutralizar estos nuevos miedos y protestas que empezaban a fraguarse.

Así surgió la tarea de elaborar nuevos métodos, partiendo de las experiencias del test, con el fin de contener eficazmente todo movimiento pacifista. Ahora, al menos, se sabía que habría un ala de fanáticos de la paz movidos en su mayoría por las emociones, y otra ala de teóricos de la paz más intelectuales. Un método defensivo centralizado tendría, según esto, que concentrarse en separar lo más posible un ala de la otra, o incluso maniobrar desde dentro de ellas enfrentándolas. En cualquier caso, tenía que evitarse una cooperación constructiva entre los «espontáneos» más emocionales y los «teóricos» críticos. Dicho simplemente: había que separar el corazón de la cabeza. Esto significaba sacar provecho de las tendencias recíprocas a la alineación que se habían podido registrar al hacer los test entre el grupo de los «dinámicos» (y en parte de los «desamparados»), de un lado, y el de los «teóricos», del otro.

No parecía peligroso que los impulsivos fanáticos de la paz se reunieran en grandes grupos aunque fuera en un millar de lugares, que organizaran marchas por la paz, cantaran, bailaran y firmaran resoluciones. ¡Que se desahogaran tranquilamente! Los «dinámicos» se entusiasmarían con demostraciones espectaculares, e inmediatamente se serenarían. Las reuniones de este tipo irían perdiendo paulatinamente su sentido político de forma inadvertida, para tender hacia la psicohigiene. Quedarían algunas manifestaciones simbólicas de sus deseos y gestos amenazadores espontáneos, que realmen-

te no podrían causar ningún daño digno de mención. A un gran número de «dinámicos» inquietos les supondría un gran alivio emocional mostrar pancartas provocadoras en las plazas y frente a los ayuntamientos en medio de una masa de correligionarios, aplaudir a apasionados retóricos de la paz y obligar a la administración a enviar unidades de policía. Sería interesante celebrar reuniones periódicas, incluso a fecha fija. Nada minaría tanto el ímpetu de las protestas como la costumbre convertida en ritual. Al final, muchos acabarían acudiendo a estas manifestaciones de paz igual que a las manifestaciones del 1 de Mayo.

A los críticos teóricos de la paz, a quienes desagradaban el jaleo y el barullo de las manifestaciones en masa con discursos enérgicos y primitivas pancartas con consignas, había que ayudarles para que consiguieran retirarse a una torre de marfil para expertos, y escribir allí voluminosos libros científico-pacifistas en lenguaje erudito, labor que les llevaría muchos años. Se les debía dejar en la creencia de que las masas anhelarían estas obras que, mediante análisis críticos y recomendaciones estratégicas, les orientarían en la correcta dirección a seguir. Al mismo tiempo se les apoyaría en todas las formas de comportamiento y expresión académicas que evitan que las chispas de la teoría impulsaran la acción de las bases. Los críticos teóricos debían crear una nueva disciplina y discutir entre sí quién de todos ellos era el que realizaba la investigación más «esmerada» y «exacta» sobre la paz. Por otra parte, se induciría a las grandes masas emocionalmente agitadas que promovían iniciativas para la paz a que manifestaran sus sentimientos de protesta de la forma más espontánea posible. De este modo, el movimiento pacifista acabaría dividiéndose en una fracción más bien anárquica, caótica y casi muda, y en una fracción académico-científica que cada vez es-

tarían más distanciadas. Los «dinámicos» emocionales tendrían que acabar fracasando por ser un grupo caótico sin cabeza, y los teóricos intelectuales irían secándose por carecer de la fuerza motriz de las bases, y se marchitarían en un aislamiento académico.

En cualquier caso, se debía crear una disociación entre los científicos de la paz, que en sí eran peligrosos, con el fin de neutralizar sus ideas críticas. Dado que los partidos y las grandes organizaciones sociales tenían sus propias ideas conservadoras, socialistas, liberales, cristiana o imperialistas sobre la paz, se debía procurar controlar todos los institutos de investigación sobre la paz «del propio país», o al menos, los grupos asesores. Así se llegaría en breve tiempo a una «equilibrada» investigación sobre la paz. La izquierda y la derecha, los sindicatos y las asociaciones de empresarios harían que sus respectivos expertos comprados describieran y propagaran *su* paz correspondiente. No cabía duda de que alguna sociedad elitista impulsora de la investigación establecería, como consecuencia de la presión social, un centro para la investigación de la paz que estudiara la paz pura y verdadera, por encima de todos los intereses de los partidos. La esterilizada paz de los eruditos, que allí se inventaría, impulsaría las mentes de una pequeña comunidad de intelectuales. Tan pronto como un centro así predicara alguna mínima medida de política concreta para la paz, en lugar de moral descomprometida, las respetables fundaciones, indignadas, interrumpirían de inmediato las subvenciones económicas y lamentarían hipócritamente «la insuficiente cualificación científica».

Realmente, el diablo tendría que meterse por medio para que fracasara la empresa de llevar a los teóricos de la paz, fanáticos de la investigación, de forma lenta pero segura, a una vía muerta.

**EL PRIMER MOVIMIENTO PACIFISTA:
UN ENSAYO GENERAL CASI FALLIDO
PARA HERMES**

En el Club, según informa SC, se habían sentido en ocasiones como un director que en la puesta en escena de una obra puede dirigir con facilidad a algunos actores, mientras que le cuesta un gran esfuerzo hacerlo con otros.

Como es sabido, cuanto mejor sepa un director ponerse en el lugar de los actores, tanto mejor podrá obtener de ellos lo que quiere. En este sentido el Club había tenido muy pocas dificultades en la dirección de políticos profesionales, militares, orgullosos funcionarios de organizaciones de masas e inveterados delegados. Por consiguiente, resultaba bastante sencillo el trabajo con las correspondientes instituciones que, a consecuencia de una rígida organización jerárquica, dependían de aquellos tipos fácilmente manejables. La ma-

yoría de los estados del Este podían concebirse en este sentido como una institución única y estructurada en su totalidad, cuyo funcionamiento se regulaba accionando unos pocos interruptores centrales.

Ni siquiera las relaciones de los inteligentísimos científicos resultaban demasiado complicadas, dado que la mayoría de ellos estaban dominados por dos motivos, de los que resultaba fácil valerse para dirigirlos. Muchos ambicionaban alcanzar reconocimientos y mayor influencia dentro de su «república de eruditos». Aspiraban a títulos, a premios y a un papel importante en su correspondiente campo. Mientras tanto, aquellos a los que importaban menos el poder y el prestigio, estaban principalmente poseídos por una ambición exclusivamente *teórica*: no cejaban hasta no haber encontrado la posible solución a cualquier problema. Su ciencia era para ellos algo así como un catálogo de complicados problemas de ajedrez. Dedicaban toda su atención a uno u otro problema y durante años no pensaban en otra cosa que en la solución del rompecabezas. En este sentido no había ninguna diferencia psicológica entre arqueólogos, investigadores del cáncer y físicos nucleares. Incluso muchos estudiosos de las ciencias políticas y hasta los denominados investigadores de la paz, se comportaban, por lo general, de esta misma manera. El establecer, por medio de un cálculo de probabilidades, que el incremento del armamento, siguiendo la estrategia del equilibrio disuasorio, aumentaba continuamente las probabilidades de una guerra atómica, suponía un gran paso en su conocimiento. También se sentían atraídos por la idea de planear cómo podrían reducirse las probabilidades de guerra. O bien, cómo podría al menos circunscribirse la guerra atómica a una región y a un cierto número de «megamuertos».

Cuando finalmente elaboraban una teoría inteligente

que encerraba la solución, podían dormir más tranquilos. El conocimiento de cómo podría hacerse algo para mejorar la situación era la meta para la que habían gastado su energía investigadora. Ponían su conocimiento por escrito en un papel, y luego soñaban que, de alguna extraña manera, este papel impulsaría algo gigantesco. Pero la realización de este sueño ya no estaba relacionada con la investigación en la que ellos se mataban trabajando. Les ofrecían a las masas el producto de la investigación como un maravilloso regalo de Navidad, aunque rara vez alguno de estos investigadores ayudaba a los destinatarios a comprender el complicado obsequio, y mucho menos, a emplearlo de un modo práctico. Para la mayoría de los eruditos, su esfuerzo concluía una vez satisfecha su curiosidad teórica y alcanzada la definición abstracta de algunas opciones.

De entre todos los miembros de la compañía de teatro, los grupos más difíciles de prever para los directores de HERMES eran aquellos a los que se podía calificar como representantes de una «inocencia espiritual». Esta civilización de ideas de poder y grandeza había confundido totalmente las mentes de la mayoría y les había desviado de los valores y metas que hubieran hecho posible una vida con sentido. Y la prueba que diagnosticaba este hecho había constituido para HERMES la justificación para llevar a cabo el gigantesco plan de eutanasia. Sin embargo, en el fondo de algunos espíritus aún ardía una creencia irracional en la posibilidad de la convivencia pacífica y fraternal de los hombres en el jardín de la Tierra, lo que debía vigilarse con gran atención. Estas fuerzas espirituales se presentaban de forma muy especial en los pueblos oprimidos del Tercer Mundo, en mujeres, en niños, en una parte de los jóvenes y en algunos tipos raros de mayor edad. En HERMES se hacían grandes esfuerzos por comprender estas

pasiones subterráneas. El motivo era que la vida de doble agente durante décadas había curado tanto de espanto a muchos miembros del Club que ya no eran capaces de experimentar sentimientos tan «puros». Como es sabido, uno no es capaz de percibir en los demás lo que no puede sentir por sí mismo. Por otra parte, en HERMES, después de grandes discusiones, se había tomado la decisión de no creer en la capacidad de esta civilización para salvarse a sí misma. Ello significaba que definitivamente se había tomado una postura contraria a aquellas añoranzas y esperanzas que aún llameaban aquí y allá. Por esto, en el fondo, no se les quería prestar mayor atención. Se pasaba por alto lo que ya no se quería ver.

Los superiores del Club eran lo suficientemente prudentes y autocríticos como para comprender el riesgo de su creciente distanciamiento de los «espíritus inocentes». Por ese motivo se había encargado a los especialistas en psicología la tarea de realizar sin interrupción encuestas representativas, tests y experimentos para mantener también bajo control a los espíritus ingenuos y simples. Pero estos astutos psicólogos, amigos de la manipulación, solamente entendieron lo que les interesaba. Eran grandiosos cuando se trataba de analizar y guiar bajo sugestión a los tipos torpes, sin identidad propia. Según conviniera, eran capaces de provocar manías persecutorias o estados de profunda relajación. Pero carecían de la «pureza» psicológica de los grupos sociales que ponían en peligro el programa del rearme psicológico y que les hubiera permitido manipularlos.

A pesar de todos los minuciosos estudios preventivos, la dimensión de la efervescencia psicológica de las masas en su protesta contra las armas atómicas y su entusiasmo por la paz cogió a HERMES por sorpresa, produciendo un efecto similar al de un terremoto de inten-

sidad media. Solamente cuando aquellas iniciativas que emergían desde la base adquirieron una forma más concreta se pudo comenzar a arremeter contra ellas con estrategias defensivas, en parte ya probadas, en parte de nuevo cuño. Se procedió a desconcertar a los grupos pacifistas, a dividirlos y a llevarlos a un callejón político sin salida. O bien, se recurrió a movilizar a las fuerzas sociales antagónicas, sobre todo a los firmes paranoicos con manías persecutorias, y a seguir una estrategia defensiva indirecta.

Lo que escribe SC sobre el desarrollo de operaciones contra las manifestaciones de un primer movimiento pacifista, surgido desde la base, se lee con tanto interés como un informe de Estado Mayor sobre una expedición militar.

En Inglaterra había surgido una campaña contra el armamento atómico denominada *Campaign for Nuclear Disarmament* (CND). Varios miles de personas habían caminado los aproximadamente 80 kilómetros que hay desde Londres hasta el laboratorio de armas atómicas en Aldermaston. La gente pensaba que los partidos eran incapaces de defenderse del armamento atómico. Por tanto, había que ejercer una presión sobre el gobierno y los partidos desde abajo, desde la calle.

Este movimiento tuvo un efecto contagioso. Pasó a Alemania Occidental, donde finalmente cientos de miles de personas contrarias a las armas atómicas protagonizaron marchas de protesta por Pascua y se unieron en una «campaña por el desarme». Se exigió que en la República Federal, República Democrática, Polonia y Checoslovaquia se congelara todo el armamento de forma inmediata, se controlara el cumplimiento de esta congelación y se introdujeran poco a poco medidas para un desarme de mutuo acuerdo. La «marcha de Pascua» duró nueve años. Los portavoces de la campaña germano-occidental

redactaron un llamamiento al pueblo, en el que entre otras cosas se decía:

El pueblo alemán de uno y otro lado de la frontera está expuesto a una muerte atómica segura en caso de guerra entre el Este y el Oeste. No hay defensa. La participación en la carrera armamentista atómica y la prestación del suelo alemán para bases de lanzamiento de armas atómicas sólo pueden aumentar esta amenaza. Por ello, la meta de la política alemana tiene que ser la distensión entre el Este y el Oeste. Únicamente una política así contribuirá a la seguridad del pueblo alemán y a la existencia nacional de una Alemania libre y democrática. Exigimos al Parlamento y al gobierno federal que no participe en la carrera armamentista con armas atómicas y que apoyen todos los esfuerzos por conseguir una zona libre de armas atómicas en Europa como aportación a la distensión. Hacemos un llamamiento a todo el pueblo alemán, sin distinción de estado, confesión o partido político, para que se oponga a una política armamentista que amenaza nuestras vidas y, en su lugar, promuevan una política de desarrollo en paz. No descansaremos mientras la muerte atómica amenace a nuestro pueblo.

Bajo la influencia de esta campaña muchos trabajadores realizaron huelgas de advertencia en varias grandes empresas de Alemania Occidental. Los dirigentes de los sindicatos apoyaron por algún tiempo este movimiento. Se exigió incluso un referéndum popular. El Partido Socialdemócrata se encargó a corto plazo de las ideas directrices de la campaña. Por un momento, dio la impresión de que aquel movimiento podría derribar to-

dos los muros como una marea viva. Y HERMES tuvo que emplear todas sus fuerzas para evitar una catástrofe. Pero entonces entraron en acción las medidas de defensa bien coordinadas. Al mismo tiempo se produjo una reacción espontánea desde los círculos de los paranoicos con manías persecutorias. La campaña desapareció como una epidemia contra la que, en el momento preciso, se realizan vacunaciones en masa. En el Club se analizó detalladamente este suceso y sus repercusiones para, en un futuro, estar mejor preparados en ocasiones semejantes.

Se habían puesto en práctica los siguientes elementos de detención:

1. Los soviéticos amenazaron a Occidente en el momento oportuno con un ultimátum político. Con ello atrajeron sobre sí una parte de los temores que antes se habían dirigido a las armas atómicas.

2. El más alto tribunal de Alemania Occidental prohibió una encuesta popular, ya preparada, sobre el armamento atómico. Su interpretación de la ley argumentó que el pueblo no podía votar una cuestión fundamental tan decisiva para su supervivencia, y debía dejar la decisión a las instituciones elegidas.

3. Dirigido por el partido conservador «cristiano» había comenzado en Alemania Occidental una sistemática campaña contra quienes se oponían a las armas atómicas con el argumento de que la campaña de aquellos hacía el juego al enemigo comunista. Un ministro conservador, en funciones por aquel entonces, dijo que las manifestaciones de la campaña contra la muerte atómica eran «una parte de los planes del Estado Mayor comunista». De esta manera, las inquietas masas se vieron atacadas por los soviéticos y por su propio partido conservador en el poder. El perseguidor comunis-

ta desplazaba el armamento atómico de su primer puesto en el orden de peligrosidades.

4. El Partido Socialdemócrata tuvo la oportunidad de participar en el gobierno junto al partido conservador «cristiano». Pero para ello era necesario que se adaptara rápidamente al cambio de tendencia e hiciera frente a los *rusos* en lugar de a la bomba. El partido se desdijo de lo que había decidido y anunciado hacía poco en un importante congreso. En aquel entonces había exigido de manera tajante que se creara en Europa una zona con armamento reducido, de la que debían eliminarse todas las tropas extranjeras, así como bombas atómicas y de hidrógeno. Pero ahora, de pronto, no hallaba ningún impedimento para declararse a favor de la participación de la República Federal en el armamento atómico. Este giro abrió al partido el acceso al poder del que podría gozar los siguientes veinte años. Pero pagó por ello un precio elevado. Se vio privado de fuerza moral, sin la cual quedó casi sin identidad e imagen cuando, tiempo después, decayó su poder.

El movimiento de quienes se oponían a las armas atómicas, al que habían dejado en la estacada este partido, el sindicato y el más alto tribunal de justicia, si bien no había sido aún sofocado, sí se había visto considerablemente debilitado en cuanto a fuerza política. Y la astuta insidia de que los participantes en la marcha de Pascua estuvieran dirigidos por el Este había ayudado a aislar y frenar la campaña. Los miembros del movimiento se hallaban en aquel momento como en medio de un coto. Podía moverse dentro de un espacio limitado, pero estaban severamente protegidos por todos los centros de poder y expuestos al receloso control de los fanáticos anticomunistas, y al de sus antiguos simpatizantes del partido obrero que querían demostrar ser dignos de la confianza de su nuevo compañero de derechas en el gobierno.

EL SEGUNDO MOVIMIENTO PACIFISTA: NUEVAS ESTRATEGIAS DEFENSIVAS

Cuando un par de decenios después volvió a surgir el movimiento pacifista por segunda y última vez, el Club disponía de otras dos posibilidades de defensa que no habían existido cuando se produjo la «marcha de Pascua».

El Club tomó la primera posibilidad de defensa del libro del gran filósofo alemán Karl Jaspers. Mucho tiempo antes de la producción en serie de centrales nucleares, Jaspers había indicado que la alarma atómica podría desviarse en determinadas circunstancias de la bomba y concentrarse sobre las centrales nucleares. Jaspers había escrito que se trataría de «una desviación, si la angustiada excitación se dirige hacia los peligros de la producción y utilización de la energía atómica con fines pacíficos». Y previó «exageraciones en los lugares equivocados y tranquilidad donde es necesaria la mayor intranquilidad».

HERMES, naturalmente, estimó la relación de ambos temores exactamente a la inversa. Desviar el temor hacia las grandes centrales nucleares, de las que se habían construido algunas y se habían planificado un número mucho mayor, resultó una oportunidad muy prometedora para atenuar las nuevas protestas contra las bombas atómicas. Los monstruos de las centrales nucleares se hallaban —al contrario que los cohetes atómicos— a la vista, sobre el terreno. Y también estaban señalados con toda exactitud los lugares donde habían de construirse nuevos reactores nucleares. Esto ofreció a las fantasías alarmistas e impulsos de protesta, desde el primer momento, una favorable posibilidad de fijación. Cada pocas semanas se revelaban además accidentes en las centrales nucleares, mientras que las cabezas nucleares descansaban guardadas, aparentemente, con absoluta seguridad. Ninguna persona resultó dañada durante decenios por una bomba atómica. Pero, de las centrales nucleares había habido una y otra vez fugas de vapor o agua radiactiva. Y faltó muy poco para que alrededor de Harrisburg las radiaciones contaminaran un área gigantesca. Era intolerable la idea de que los reactores produjeran vertidos radiactivos y nadie supiera cómo podían eliminarse. Todo el mundo estaba informado de que algunos subproductos de los reactores seguirían siendo peligrosos durante un período de tiempo casi cinco veces superior al de la historia transmitida.

El Club no había tenido ninguna razón para atizar el miedo a las centrales nucleares. Había que contar con que aquel miedo podía traspasarse en algún momento al armamento atómico. Cuando las primeras señales de un nuevo movimiento pacifista hicieron ver que aquel potencial de protesta no se iba a poder sofocar de forma inmediata, fue el momento indicado para poner en práctica la estrategia de la desviación. No hacía falta mentir-

le a nadie. Sólo había que avivar debidamente la desconfianza existente hacia las centrales nucleares y machacar en la conciencia de todos el hecho verídico de que esta tecnología llevaba inherente una cierta inseguridad al no estar suficientemente madura.

De esta forma se consiguió restar bastantes energías al movimiento pro desarme, al menos por unos cuantos años. Millones de personas concentraron todo su disgusto en las centrales nucleares y en el problema de los desechos radiactivos, aún sin resolver. Fueron a los lugares donde existía la amenaza de aquel peligro pasando por donde había miles de rampas de lanzamiento de cohetes ocultas, que por primera vez parecieron menos dignas de atención. Muchos, incluso, se debieron dejar convencer de que las bombas se retirarían algún día mientras que la decisión en favor de la energía atómica supondría una dependencia definitiva de aquella energía altamente peligrosa.

En opinión de HERMES, el desviar la atención hacia las centrales nucleares fue un recurso extremo, un último muro de protección para contener unos años más la inevitable aparición del miedo a la guerra atómica. Al mismo tiempo, surgió de forma oportuna otro asunto que acaparó la atención de los grupos más conservadores por una temporada.

Precisamente cuando los soviéticos dejaron de cuidar su imagen diabólica (firmaron las actas del Acuerdo de Helsinki e hicieron propuestas de desarme), aparecieron en Alemania Occidental, Italia y España unos grupos radicales que optaron por la vía del terrorismo. Se acumularon los asesinatos y atentados terroristas. Dado que la mayoría de los terroristas empleaban consignas de combate con connotaciones marxistas, no resultó difícil interpretarlos como una variante nueva y especialmente infame de la estrategia soviética de destrucción: el co-

munismo había comenzado a minar a los pueblos occidentales con todos los medios posibles, incluso desde dentro, y a destruir sus sistemas políticos. Los representantes de las clases dirigentes eran asesinados o secuestrados a la luz del día. Si se detenía a algún terrorista, sus cómplices tomaban rehenes para obligar a su puesta en libertad, y una vez fuera de la prisión continuaban desvergonzadamente la guerra de guerrillas. La justicia y ejércitos enteros de policías luchaban desconcertados contra un ejército pequeño e invisible que se regeneraba en la clandestinidad, una y otra vez, de forma misteriosa y que se multiplicaba como un cáncer imposible de extirpar.

SC afirma rotundamente que nadie en el Club proyectaba establecer relaciones con estos «desesperados» con el fin de influir sobre ellos. Los primitivos delitos de sangre eran totalmente opuestos al estilo y al gusto de HERMES. Así y todo, se sentía respeto por la logística y la excelente planificación de las acciones de la guerrilla. Y también se estuvo de acuerdo en que el Club no se encontraba totalmente libre de culpa en la expansión del terrorismo. Porque de no haberse contenido y destruido conscientemente las iniciativas fundamentales de la oposición, a estos coléricos desesperados no se les hubiera ocurrido querer enredar a la sociedad en un tipo de guerra revolucionaria. Teniendo en cuenta su motivación y su inteligencia, algunos terroristas hubieran podido jugar un papel importante en un movimiento pacifista posterior. Pero de esta manera, provocaron paradójicamente aquello contra lo que querían luchar. A millones de personas armadas que comenzaban a preocuparse por la destrucción del medio ambiente y por el armamento de aniquilación, les asaltó el pánico terrorista. Un pueblo como el alemán, al que nada podía asustar más que el desorden y la amenaza a las estructuras de

poder, tuvo como temor primordial durante algún tiempo la protección de su seguridad interna. De esta forma, los terroristas desviaron sobre sí mismos la mirada, apareciendo como el mayor peligro para esta sociedad y para toda la Humanidad.

Si bien HERMES no apoyó directamente el terrorismo, el Club no dudó lo más mínimo en fomentar y aprovechar la resonancia de este fenómeno en la psicología de las masas con vistas al rearme psicológico, lo que se consiguió con éxito muy superior al esperado entre los alemanes occidentales, quienes parecían estar empeñados en descargar sus fobias persecutorias y sentimientos de odio anticomunistas sobre este nuevo enemigo que, de hecho, les ofreció magníficas posibilidades de proyección. Este enemigo, por así decirlo, acechaba a la puerta de todo el mundo. Su comportamiento era tan maligno, como sólo cabría esperarse del mismísimo diablo. Y al mismo tiempo que secuestraba y asesinaba a destacadas figuras nacionales, amenazaba la seguridad exterior de las masas que, desde hacía tiempo, carecían de una auténtica seguridad interior. No menos inquietante era la sospecha, intencionadamente difundida, de que los terroristas habían captado a otras figuras nacionales —escritores, intelectuales y sacerdotes— como simpatizantes o incluso como cómplices. No resultaba asombroso que una lucha electoral estuviera dominada por la cuestión de cuál de los dos grandes partidos sería el que incluso les allanaría el camino, destruyendo así definitivamente la «paz interior» del país.

Pero ni las centrales nucleares ni el terrorismo bastaron más adelante como muros de contención para retener el creciente miedo a la guerra atómica de los europeos occidentales, especialmente de los alemanes, en la fase final. Destacados físicos, historiadores, generales, almirantes, obispos y filósofos echaron leña al fuego en

una creciente y nueva campaña por la paz. En cientos de ciudades se agruparon gentes enojadas, en su mayoría jóvenes. Crearon iniciativas ciudadanas, imprimieron hojas y folletos informativos, hicieron propaganda por las calles, en centros de juventud, en asociaciones deportivas, en colegios y en comunidades parroquiales. Y, más tarde, se desató una ola de manifestaciones en muchas provincias.

Dado que en esta nueva corriente de protesta había un desconcierto mayor y una ira más espontánea que en el movimiento de la «marcha de Pascua», las manifestaciones transcurrieron naturalmente con menos orden que entonces, a menudo incluso de forma bastante caótica, circunstancia que unió a la policía, la justicia y la prensa de muchos lugares en una auténtica alianza defensiva.

Las personas que se manifestaban querían demostrar su amor a la paz mediante un desarrollo lo más pacífico posible de sus celebraciones. Para desacreditarlos había que intentar desbaratar esta intención. Un antídoto eficaz fue el enviar unidades de policía que instigaran a los manifestantes, consiguiendo con este gesto de amenaza que al menos unos cuantos perdieran los estribos y se volvieran agresivos. La partida quedaba así ganada. La policía podía golpear con sus porras e inducir a la lucha a los grupos de manifestantes. La policía, naturalmente, siempre jugaba con ventaja, ya que con su gas lacrimógeno, sus armas contundentes y sus escudos podían provocar fácilmente que los manifestantes acabaran descargando su impotente furor contra los coches aparcados en los alrededores o contra los escaparates. De aquí sacaban las noticias más atractivas los periodistas, con lo que se podía estar seguro de que al día siguiente los asustados habitantes creerían fácilmente la versión de que unos alborotadores radicales habían protagonizado actuaciones violentas, siendo necesarias medi-

das policiales de protección para impedir mayores daños. Esta estrategia de volver contra los manifestantes a favor de la paz sus propios argumentos y hacerles aparecer precisamente como enemigos de esa paz funcionó algún tiempo en numerosos lugares. Los habitantes se enfurecían por algunos escaparates rotos, en lugar de hacerlo por las armas de aniquilación de masas que se fabricaban e instalaban a diario. Aparentemente, lo más temible era la violencia de los pacifistas y de quienes se oponían al armamento atómico. Y los partidos políticos podían competir en ofrecerse a los ciudadanos como guardianes de su paz personal y de la seguridad de sus propiedades frente a los alborotadores extremistas.

En cualquier caso, se podía estar seguro de que entre los miles de pacíficos manifestantes por la paz se mezclarían algunos camorristas profesionales. Los datos de los expertos demostraron que, por término medio, bastaban cinco personas que arrojaran piedras e incendiaran coches entre tres o cuatro mil manifestantes pacíficos para que toda la manifestación fuera calificada de «orgía de la brutalidad», «vandalismo moderno», «ataque contra el estado de derecho», «amenaza terrorista para la comunidad».

Los medios de comunicación, al menos determinados periódicos especializados en grandes titulares y ciertas redacciones de programas televisivos, funcionaron pronto como colaboradores dignos de confianza para preparar adecuadamente todo el material documental.

Sin embargo, también hubo reveses. Los grupos que se oponían al rearme aprendieron a protegerse mejor de los alborotadores que intentaban unirse a su movimiento. Y, finalmente, consiguieron cada vez con mayor frecuencia manifestar su voluntad en paz y hacer aparecer a los cordones de policía armados con porras, escudos y

gas lacrimógeno que les acompañaban como los representantes de la auténtica amenaza.

En esta fase resultaba útil crear ocasiones que supusieran una provocación activa para las iniciativas de paz. Se celebraron, por ejemplo, desfiles militares, fiestas militares para celebrar aniversarios, o incluso pomposos juramentos en masa de reclutas en un acto público. Por añadidura, se hizo entrar a unidades militares nacionales en grandes plazas o en conocidos campos de deportes en plena ciudad, y se representaron ante los ciudadanos ceremonias fastuosas de varias horas, con música militar y una autoadulación patética del espíritu militar. Algunos organizadores de tales fiestas creían en serio incitar a las masas populares a un entusiasmo espontáneo por lo militar mediante tales representaciones y poder reavivar una ola de agradecimiento hacia los «garantes de nuestra seguridad». Otros no compartían en absoluto tal ingenuidad y eran plenamente conscientes de que se trataba de una provocación a quienes se oponían al armamento atómico.

A menudo, a estas pomposas fiestas militares se unía el patético llamamiento al público para que manifestara su agradecimiento y aprecio a los soldados que, en caso de necesidad, tendrían que ofrecer sus cabezas para defender la vida y la libertad de los ciudadanos, especialmente de las mujeres y los niños. Pero ahí radicaba la gran ironía, ya que precisamente la población civil, incluidos mujeres y niños, serían quienes con mayor rapidez y seguridad sucumbirían en una guerra atómica. Todo el mundo sabía que muchos militares, especialmente los equipos de técnicos de las mortíferas armas atómicas, tendrían unas posibilidades de supervivencia muchísimo mayores. Y los estamentos militares dirigentes podrían organizar la obra de aniquilación desde refugios construidos por ellos mismos a prueba de radiacio-

nes e incluso de ruido. Solamente los más ingenuos podían asombrarse de que los enemigos del armamento atómico reaccionaron con enorme irritación. Tampoco podían faltar algunos apasionados que perdieran el control. La puesta en escena volvía a transcurrir exactamente siguiendo el esquema previsto. Por una parte estaba el pacífico y bravo militar —un deleite para los ojos, para todos los amantes de la coreografía de desfiles estéticos— y por otra el «populacho caótico», «peludos escandalosos» con «rostros desfigurados por la ira», «vándalos furiosos», una «escoria asquerosa» cuyo simple aspecto dejaría claro a cualquier ciudadano medianamente civilizado con qué parte había de identificarse.

Naturalmente, sólo en el lado occidental costó trabajo mantener a raya a los pacifistas radicales y a los demás enemigos de las armas. En el Este se habían protegido sabiamente de la posibilidad de semejante oposición. Allí, el partido oficial en el poder había conseguido sofocar desde un principio cualquier intento de formación de agrupaciones antimilitaristas. Además, ya habían desarrollado hasta la perfección la técnica de la tergiversación manipuladora del lenguaje, mientras que en el Oeste este método aún se empleaba de forma bastante chapucera y diletante. Ya se disponía de un «ejército de la paz» con «soldados de la paz» y «milicias de la paz», incluso una «frontera de la paz», llena de dispositivos de disparo automático, cuando en el Oeste todavía desbaraban indefensos sobre la «guerra fría». Además se habían enviado agentes preparados al Oeste que influyeron en las ideas de los grupos pacifistas occidentales. Favorecidos por la circunstancia de que en el Este se había sabido llevar más en secreto el aumento del armamento atómico, los enviados orientales pudieron convencer a muchos antibelicistas occidentales para buscar al enemigo en su propio armamento, sobre cuya planificación

y financiación se informaba continuamente en los medios occidentales. De esta manera, los manipuladores orientales atraparon ideológicamente a ciertas uniones y asociaciones pacifistas occidentales.

A los alemanes les cuesta, a mi entender, pronunciar la palabra paz.

Quizá sea porque fuera de la Iglesia y del Parlamento esta palabra está casi tildada de comunista.

H. Böll

Para los experimentados periodistas-estrella comenzaba una nueva coyuntura con la creación de palabras antipacifistas. Ya no bastaba con desdibujar el concepto de paz mediante ambigüedades. Según el lenguaje que emplearan los pacifistas se les podía tachar de ridículos, alocados o malintencionados. Sonó incluso a ingenuo que el coeditor de un renombrado diario germano-occidental escribiera sobre «la bienaventurada paz que iba tomando forma y organizándose en Alemania occidental», «cuya raíz no es tanto un nuevo sentido de responsabilidad, como una sobresaturación material y de civilización». Poco después, el propio autor convirtió «la bienaventurada paz» en una «excentricidad pacifista»: «Pero quizás la causa principal de la difundida excentricidad pacifista se halle en una conquista que se ha convertido en una reliquia nacional: la riqueza material y el exceso de libertad.» El primer columnista de otro de estos periódicos burgueses fue más radical creando el término «pacifistas alemanes poseídos de una locura homicida». Los calificativos de otros especialistas en difamación que hablaban de «soñadores de la paz», «utópicos de la paz», «locos de la paz», resultaban de menor peligrosidad social, pero psicopatológicamente

relevantes. Naturalmente, tampoco se podía excluir «desarme» de esta elaboración semántica. En un artículo aparecido por Navidades en un periódico burgués de gran renombre se hablaba de la «frívola retórica del desarme», «chirimías de desarme», «ideas baratas sobre desarme», «palabrería sobre desarme sin sentido, pero eficaz entre las masas», y, finalmente, de los «demagogos occidentales del desarme» (se refería al antiguo primer ministro sueco Palme). Más eficaz resultaba todavía que altos cargos del Gobierno y de la Iglesia, calificaran a los pacifistas de «furiosos y escandalosos», de «alegres ignorantes» o de «infantiles».

LOS NORTEAMERICANOS DESBARATAN EL PROGRAMA DEL CLUB

Había una vez un cardenal, el conde Gralen, que estaba por encima de toda duda cristiano-demócrata y que después de la guerra, en un impresionante sermón, modificó el proverbio latino: «Si deseas la paz, prepara la guerra», por la de «Si deseas la paz, prepara la paz». Ahora vuelve a estar plenamente vigente ese proverbio, que habría de modificarse así: «Si puedes destruirme cuarenta y nueve veces, quiero poder destruirte cincuenta y tres, porque quiero ser superior a ti.»

H. Böll

Los responsables de los proyectos militares de los Estados Unidos están convencidos de que an-

tes o después los Estados Unidos y la URSS entrarán en guerra, y esta guerra será nuclear.

G. La Rocque

Cuando parecía que se iba a controlar la nueva oleada del movimiento pacifista occidental, como se hiciera con la «campana de la marcha de Pascua», ocurrió algo inesperado. Cual si hubieran perdido la cabeza, los dirigentes del bloque occidental desbarataron de pronto todo el sistema del equilibrio disuasorio que tanto había costado conseguir. La nueva administración norteamericana comunicó descaradamente que no sólo pensaba seguir aumentando el armamento, sino que iba a establecer una superioridad militar absoluta. Pensaba hacer retroceder a los soviéticos, de quienes echaba pestes, por la fuerza. Sin el menor miramiento, el presidente aumentó el presupuesto militar en una cantidad récord a costa del gasto público. Y con la bomba de neutrones introdujo una nueva arma de un poder destructivo único ignorando las protestas, tanto de sus atemorizados aliados como de los soviéticos.

Con esto se veía gravemente amenazado el fundamento del rearme psicológico afanosamente mantenido durante años a pesar de todas las amenazas e inestabilidades. Si se pensaba derrotar al enemigo en el futuro era porque se poseía una actitud agresiva. No se podía alegar por más tiempo que la potenciación del armamento viniera impuesta por la necesidad de defenderse. Así se suprimía esta legitimación defensiva que durante decenios había sido como un bálsamo medicinal para el remordimiento de millones de hombres. Nadie podía ignorar el componente agresivo de esta «política de fuerza». Con esto no sólo se privó a muchas personas sensibles del alivio moral proporcionado has-

ta entonces de forma continuada, sino que, también, se hizo temer a millones el que los soviéticos no consintieran esta provocación y previnieran su derrota dando ellos el primer golpe. Si alguien hubiese deseado dar un gran impulso al movimiento pacifista occidental, no podía haber ideado mejor forma de hacerlo.

Por supuesto, en Europa occidental seguían existiendo «halcones» tan obstinados que todavía echaron más leña al fuego. Frenados durante un tiempo por el ímpetu del nuevo movimiento pacifista, aclamaban ahora la inesperada actitud amenazadora de Washington como estímulo para una nueva ofensiva propagandística. Por fin podían desempeñar su papel de instigadores ahora que estaban seguros del apoyo norteamericano. Ya que los soviéticos no les hacían el favor largamente deseado de entrar en Polonia, arremetieron sin piedad contra los pacifistas occidentales. La palabra «distensión» la consideraban un insulto, y «paz», un término de la propaganda comunista. Con ocasión del viaje a Moscú de un notable político occidental favorable a la distensión para evitar en lo posible una mayor agudización del enfrentamiento, los «halcones» le hicieron aparecer en su propio país como traidor a su patria. Según un jefe de la oposición que estuvo a punto de ser elegido jefe de gobierno, este político jugaba un «papel importante en la comedia de paz de Moscú».

Resultaba evidente que esta ola de agresión occidental significaba una peligrosa desviación unilateral del sistema de normas cuidadosamente coordinado. El motivo era suficientemente serio como para que el Club convocara una reunión extraordinaria. En ésta se exigió a los responsables del departamento del Oeste que explicaran la enojosa desviación del rumbo de los norteamericanos. El portavoz del departamento del Oeste se disculpó, como ocurre en el «Fausto» de Goethe, ale-

gando no haberse podido librar a tiempo de los espíritus a los que se había invocado. Se había procurado con ahínco volver a infundir combatividad a los norteamericanos que se resentían de la guerra de Vietnam y colocarles como dirigente una figura que simbolizara el heroísmo al estilo del Oeste. Se había confiado plenamente en poder frenar a tiempo a este político novato, con pasado de actor, en caso de que exagerara la bravuconada. ¡Quién hubiera podido imaginar que este político, acostumbrado a trabajar con directores extranjeros durante decenios, iba a pasarse tanto de la raya!

Otros opinaron que en el departamento del Oeste se debería haber previsto esta obstinación. Al fin y al cabo todo el mundo sabía que los actores se vuelven muy obstinados al cambiar de profesión, después de haber tenido siempre que ocultarse detrás de sus papeles. Un antiguo miembro de HERMES opinaba, por el contrario, que no debía centrarse toda la atención en la persona de este destacado político al intentar hallar una explicación. Había de tener en cuenta que continuaba siendo un actor, y habría detectado que el aplauso del público aumentaba al convertirse en el super-cowboy que haría realidad el nuevo sueño de una nueva super-Norteamérica. Este hombre había gozado de una gran popularidad en su profesión, y la ola de las nuevas ideas de grandeza norteamericanas le había hecho subir tan alto que al Club le daba vértigo, lo que con toda seguridad también le ocurriría a él mismo en el futuro. El mayor error del que era responsable el departamento del Oeste radicaba en la equivocada unanimidad de la estrategia de los medios de comunicación norteamericanos, que debieron ejercer una mayor crítica y suscitar menos arrogancia.

¿Pero cómo debía valorarse aquella inesperada situación? ¿Y cuál debía ser el camino a seguir? Se pensó

en aprovechar en seguida la avalancha que habían provocado los norteamericanos para adelantar la fecha del día X. El departamento del Este objetó que al gobierno de Moscú no le agradaba mucho esta decisión, dado que era inminente un cambio en los más altos cargos. Además, los «halcones» del Este habían perdido influencia después de la actuación en Afganistán, que provocó una reacción de desaprobación a escala internacional. La actitud belicosa de los norteamericanos provocaría grandes cambios, pero cabía esperar que los soviéticos sólo harían sonar la alarma roja en el caso de que los norteamericanos acompañaran sus bravuconadas con medidas que supusieran realmente una grave amenaza militar. Sin embargo, tal y como estaban las cosas no podía descartarse esta posibilidad.

Algunos especialistas en asuntos militares indicaron que en su opinión aún era demasiado pronto para iniciar la gran cuenta atrás. Para «dar plenamente en el clavo», y como medida de seguridad, debía permitírseles a los soviéticos completar sus arsenales de SS-20, sus escuadrillas de Backfire y su flota de submarinos nucleares y a los norteamericanos terminar su sistema MX y la nueva generación de misiles de crucero de la Marina. Después de haber tenido tanta paciencia, con la que habían conseguido tan grandes éxitos, sería un error impacientarse en el último momento. El departamento del Oeste debía hacer que Washington camuflara su armamento más sofisticado como mero armamento defensivo. Además, los norteamericanos debían reanudar lo más rápidamente posible las conversaciones simbólicas sobre control de armamento con los soviéticos.

La mayoría encontró esta proposición convincente. Solamente a algunos jóvenes e intrépidos agentes, pertenecientes al departamento de Norteamérica, que se habían sentido evidentemente aludidos por la negativa

situación creada, les desagradaba la idea de retroceder siguiendo la línea de apaciguamiento recomendada. Su opinión era que debía aprovecharse al máximo la fuerza de empuje del entusiasmo norteamericano por el rearme. Dado que en aquel momento resultaba bastante improbable una reacción violenta por parte de los soviéticos, según había asegurado el departamento del Este, no había por qué temer que la gran explosión se produjera antes de tiempo. El departamento de propaganda, arropado por una fuerte campaña de los medios de comunicación, debería esforzarse para que los pueblos europeos aceptaran mantener una postura más firme.

Sin embargo, estos jóvenes extremistas no querían comprender por qué debía frenarse de forma artificial el nuevo impulso que prometía llevar el armamento hasta sus más altas cotas. Aunque no se atrevían a atacar frontalmente a la mayoría de los dirigentes de HERMES, que abogaban por la cautela, no pudieron evitar un par de indirectas previniéndoles contra el «titubeo pusilánime» y la «falta de resolución», actitudes que en este estadio estaban fuera de lugar.

Pero este ataque no tuvo ningún efecto. Los estrategas jefes del Club y los responsables del rearme psicológico dieron una respuesta tajante. Era una locura poner en peligro un sistema tan cuidadosamente mantenido durante decenios y que se basaba en la teoría de la disuasión intermitente. Solamente si los pueblos de ambos lados veían confirmada su creencia de que el equilibrio armamentista era lo único que garantizaba la paz cabía esperar un continuo progreso del sistema. La superioridad de los soviéticos en Europa y el monopolio de los misiles de crucero de los norteamericanos eran suficiente para endosarle a cualquiera de los bandos una actitud de incremento armamentista totalmente ficticia. Los especialistas en propaganda

aseguraron que de otra forma no podrían seguir manteniendo bajo control la nueva campaña por la paz que ya les estaba dando bastantes quebraderos de cabeza. El llanto y el rechinar de dientes de los europeos occidentales amenazaba con desembocar en una corriente de protesta sin igual, lo que podría llevar fácilmente a una situación caótica. Ya no podía ignorarse ninguna señal de este peligro.

A los jóvenes agentes, siempre a la ofensiva, no les quedó otro remedio que ceder ante argumentos tan contundentes. Siguiendo antiguas costumbres del Club, se les facilitó el asimilar su derrota alabando que su crítica hubiera hecho posible concluir de forma más satisfactoria la discusión de aquel grave problema.

La «campaña de tranquilización» acordada por el Club se puso en marcha de forma coordinada en cuatro campos de operaciones:

1. Había que convencer rápidamente a la administración norteamericana de que acabara con los rumores acerca de sus preparativos armamentistas. A tal fin, los colaboradores del Club que se hallaban en la Casa Blanca y en el Pentágono tenían que llevar a cabo una intensa labor de su gestión, con lo que podrían reparar en cierta manera su anterior descuido. Había que frenar de forma especial a algunos sectores de la población favorables al presidente: como, por ejemplo, a los mormones, que deberían aceptar de buen grado la instalación del sistema MX en Utah, y parecían, sin embargo, oponerse a ello.
2. Los gobiernos de Europa occidental tenían que hacer ver a sus pueblos que los máximos responsables norteamericanos no hablaban en serio al lanzar sus amenazas y que su mayor deseo

era iniciar rápidamente negociaciones para el control del armamento. Esta tarea era muy difícil, puesto que las fanfarronadas de los principales políticos norteamericanos difundidas por prensa y televisión eran del dominio público. Había que enviar a todos los jefes de estado de Europa occidental en viaje de visita a la Casa Blanca y hacerles regresar con esta noticia tranquilizadora, aunque totalmente falsa: los norteamericanos habían declarado que no pretendían una superioridad, sino solamente una igualdad militar. A este respecto, norteamericanos y europeos estaban absolutamente de acuerdo.

3. Los responsables del rearme psicológico tenían que tratar de explicar que los proyectos armamentistas de los norteamericanos aumentaban a ritmo vertiginoso como consecuencia de un incremento armamentista inesperado y gigantesco por parte de los soviéticos. Había que dar la impresión de que en el Este se habían inventado de pronto unas nuevas y terribles armas —lo que, naturalmente, no era cierto— contra las que sólo podría competirse mediante aquellos escalofriantes gastos en armamento que el presidente norteamericano había previsto: aumento anual del presupuesto a 300.000 millones de dólares! A los pueblos occidentales había que contarles el cuento de que la OTAN, por ejemplo, no disponía en aquel momento, ni lo haría en un futuro próximo, de un arma similar a los grandes submarinos de la URSS («Typhoon») y a los satélites asesinos soviéticos. Cualquier estudio llevado a cabo por los institutos de investigación de la paz y los conflictos que contuviera otra información contraria, debería ocultársele

- a la opinión pública hasta donde fuera posible.
4. Había que comunicar a las fuerzas dirigentes soviéticas que las demostraciones de fuerza verbales del presidente norteamericano y de sus ministros debían considerarse como meros fuegos de artificio para impresionar al público. Los niveles de inflación de dos dígitos y la deuda pública de Estados Unidos que superaba el billón de dólares impedirían la realización de los sueños armamentistas públicamente anunciados. A esto había que añadir que, muy pronto, los países miembros de la OTAN, incluida Francia, se opondrían decididamente a verse involucrados por los norteamericanos en una guerra que éstos pretenderían que Europa librara en su lugar.

Los tecnócratas del Club no habían imaginado que poner en práctica aquel plan tropezara con tantas dificultades. El jefe de la administración norteamericana, que ya iba para viejo, insistió en seguir representando su papel de gran sheriff del Oeste. Durante mucho tiempo había perseguido papeles de héroe en Hollywood sin poderlo conseguir.

Gary Cooper o John Wayne le habían arrebatado la oportunidad docenas de veces en sus propias narices. En Hollywood había sido el eterno segundón y ahora no quería renunciar a su tardío triunfo, aunque fuera en política. Castigar al malhechor con el *colt* formaba parte del papel. Le resultaba insoportable tener que imaginarse al gobierno de Moscú de otra forma que no fuera como una banda de malhechores. «Mienten y engañan», «son los maquinadores del terrorismo internacional», «no tienen ningún escrúpulo en cometer cualquier tipo de delito»; éstas eran sus declaraciones. Se sentía a sus anchas en este decorado en blanco y negro del

western clásico. ¿Acaso no terminaban todas estas películas con la derrota del malhechor?

Al principio pareció imposible impedir que los nuevos responsables norteamericanos interpretaran su papel en la política mundial siguiendo fielmente el modelo de las películas del Oeste. Estas personas intentaron incluso convencer a los denominados Estados no alineados para que participaran como compañeros de equipo en el conflicto Este-Oeste, único problema aparentemente importante, es decir, que se convirtieran en pueblos aliados de los norteamericanos. Muchos puestos importantes de la política exterior norteamericana fueron ocupados por personas que sólo tenían una vaga idea de los problemas de los europeos y ni la más mínima de los de muchos países africanos y asiáticos. Si lo único importante en el mundo era el enfrentamiento Este-Oeste, ya no hacían falta ministros de asuntos exteriores que distrajeran su atención en los problemas específicos de los pueblos más pequeños, ni que hicieran el esfuerzo de memorizar los nombres de estos Estados y de sus jefes de gobierno.

Al Club se le planteó el problema de que algunos de sus mejores especialistas en «Norteamérica», a pesar de estar curados de espanto, comenzaron a sentir una seria antipatía hacia el nuevo tipo de altos funcionarios norteamericanos. HERMES tuvo que hacer un par de cambios importantes en Washington y encargar del asesoramiento de los principales políticos a aquellos agentes que podían adaptarse más fácilmente a la mentalidad del salvaje Oeste, tan difundida en aquellos momentos.

Naturalmente, no se pudo evitar que algunos representantes de la nueva administración norteamericana, que pensaban y actuaban siguiendo fielmente el estilo del Oeste, metieran la pata docenas de veces. Con su

estilo directo, sólo complicaban más aquello que pretendían simplificar. Irritaban a los aliados europeos y japoneses, e incluso mostraban sus puntos más flacos al enemigo. En una palabra: llegó el momento de los cerebros grises, que cada vez tenían que intervenir con mayor frecuencia a modo de bomberos, para recomponer todas las posibles averías causadas por los políticos diletantes de alto nivel. A partir de entonces, a HERMES le fue más fácil volver a intervenir y reconducir la política exterior norteamericana por derroteros medianamente racionales.

Pero ya no se podía remediar la desconfianza que los norteamericanos habían provocado con su «estrategia del elefante en una tienda de porcelana» entre los europeos occidentales. El nuevo movimiento pacifista que en un principio se limitaba a pequeñas agrupaciones se había convertido hacía ya mucho tiempo en un gran incendio. Si bien la mayor parte de la juventud crítica se había identificado temporalmente con los problemas de la contaminación del medio ambiente, de la especulación del suelo y de los reactores nucleares rápidos, ahora formaban frente común contra el armamento nuclear, declarado enemigo público número 1. Y ocurrió algo que desconcertó a los más expertos conocedores de la juventud europea: numerosos grupos enfrentados durante años ideológicamente se aglutinaron. Socialistas, cristianos, liberales, humanistas, ecologistas y boy-scouts se unieron en manifestaciones que ya no pudieron presentarse como reuniones tumultuarias de marginados grupos extremistas. Las estrategias de provocación apenas tenían ya efecto. Las hábiles tentativas de involucrar a los pacifistas en broncas fracasaron.

En esta segunda campaña por la paz, Alemania occidental ocupó un lugar destacado, después de haber

estado siempre algo rezagada con respecto a Suecia, Holanda y Gran Bretaña. La ola de protestas se centró principalmente en la efervescente comunidad protestante. Las más altas jerarquías eclesiásticas, que hasta entonces habían tolerado, sin poner grandes reparos, la actuación del gobierno en la OTAN se vieron de pronto públicamente denunciadas por un gran número de fieles atemorizados y desconcertados. Muchos jóvenes desarrollaron una nueva religiosidad. Querían seguir el mensaje de Cristo. Pero ya no lo entendían como mera guía de su religiosidad interior, según les aconsejaban los dirigentes eclesiásticos. Querían ver transformadas las formas de convivencia social siguiendo los principios cristianos. Con el sermón de la montaña en la mano atacaron la política armamentista, que chocaba frontalmente con su postura cristiana.

Un importante sínodo, celebrado por deseo de sus organizadores bajo el lema de «¡No temáis!, se les fue de las manos a los dirigentes. Los más de cien mil jóvenes asistentes insistieron en que la militarización era motivo de temor y que este temor solamente se podía y debía eliminar suprimiendo el motivo, es decir, la espantosa carrera nuclear.

Incluso los más altos miembros del gobierno que intentaban influir en los asistentes al sínodo con los trucos más eficaces de la retórica parlamentaria fracasaron ante la firmeza de aquella conciencia pacifista radical que dejaba a los políticos desarmados. Ninguna de sus manipulaciones retóricas convenció a los asistentes. Lo que ellos pregonaban como política de seguridad, lo veían los jóvenes cristianos como una política arriesgada e irresponsable. Y la capacidad defensiva por la que abogaban los políticos quedaba cercenada a los ojos del público al tener que convertir a Alemania occidental en un polvorín atómico y principal objetivo

de los misiles del Este. Los miembros del gobierno, frustrados, intentaron como último recurso prohibir a su indignado auditorio que tuviera miedo. Ajustándose al lema oficial «No temáis», declararon que el miedo era el peor consejero político. Había que tener valor y confianza, en vez de dejarse confundir por los irresponsables que profetizaban la catástrofe.

Pero ni siquiera esta arenga, que siempre había animado y dispuesto para el combate a generaciones de inseguros jóvenes alemanes, tuvo la más mínima repercusión. Los jóvenes cristianos no se avergonzaban lo más mínimo de sentir miedo, puesto que aquellas nuevas armas de exterminio que amenazaban a la Humanidad lo justificaban plenamente. Por este preciso motivo encontraban sospechosos a aquellos que predicaban el valor, porque o no comprendían o bien ocultaban el enorme riesgo con el que jugaban al reclamar nuevas armas aún más amenazadoras para conseguir una supuesta igualdad.

Los representantes de la jerarquía eclesiástica tuvieron tan poco éxito como los desacreditados políticos al prevenir con gran indignación contra la interpretación política del sermón de la montaña de Jesús de Nazaret. El mensaje del sermón de la montaña sólo hablaba de la paz en la vida privada de los discípulos y de los hombres en general. Cristo no había pensado para nada en la política, a la que no podían aplicarse aquellos consejos dirigidos a las personas privadas. Pero a los jóvenes creyentes era precisamente esta distinción la que les parecía inadmisibles en la era de la bomba atómica, dado que las armas atómicas incidían automáticamente en la vida privada de cada individuo militarizándola y haciendo absurda toda delimitación entre normas de conducta privada y responsabilidad política.

Estos magnos acontecimientos y otros similares pu-

sieron claramente de manifiesto que los dirigentes no iban a conseguir nada positivo dialogando con la juventud protestante. Los representantes oficiales no podían debilitar el movimiento pacifista ni combatiendo a los pacifistas ni adoptando la actitud paternalista de comprender las preocupaciones de los jóvenes y aceptar, en cierta medida, su entusiasmo e inexperiencia. Eran los únicos que salían malparados y siempre abandonaban derrotados el escenario. Por este motivo se vieron obligados a desestabilizar a los grupos pacifistas, o incluso a hacerles cambiar de opinión, utilizando para ello tácticas especiales.

Los propios representantes oficiales eran responsables de su fracaso, dado que siempre se presentaban como lo más sabios, maduros y sensatos, poseedores de respuestas para todas las preguntas, en lugar de reconocer su propia confusión. Se les hubiera otorgado mayor credibilidad si se hubieran mostrado menos infalibles e incluso deseosos de aprender. Porque los jóvenes advirtieron que aquellos políticos eran mucho más débiles e inseguros de lo que se atrevían a reconocer debido a la gran responsabilidad que se les había confiado. Estos dirigentes de alto nivel se comportaban como padres que, en una situación de crisis familiar, aparentan estar por encima de la situación ante sus hijos, para que éstos se sientan tranquilos. Pero el movimiento pacifista no lo constituían precisamente niños, sino sobre todo adultos perspicaces, realistas y responsables, que exigían participación a la hora de decidir sobre cuestiones de gran importancia política para ellos y para su futuro.

La única posibilidad que tenían los políticos de llegar a entenderse con este movimiento pacifista era ponerse a la defensiva y cerrar el paso a todos los puestos de poder a aquellos grupos tan molestos. Quien se con-

tagiara de las ideas del movimiento pacifista tenía que ser apartado de los partidos, las asociaciones, incluso de la jerarquía eclesiástica y, en cualquier caso, alejado de un puesto clave. Todo seguiría igual mientras que la mayor parte de la prensa burguesa continuara en manos de los conservadores y los responsables de televisión estuvieran dispuestos a equiparar ponderación con adaptación. En opinión de HERMES, las elecciones en Alemania Occidental, Francia e Italia no representaban ningún peligro, dado que los partidos mayoritarios operaban en la línea de la OTAN y no tenían intención de coaligarse con grupos contrarios al armamento nuclear.

¿Pero qué ocurriría si aquel movimiento se abriera paso en las empresas y consolidara su posición en los sindicatos? Llenos de preocupación, los miembros más antiguos de HERMES recordaban la activa participación de los sindicatos en el movimiento de la marcha de Pascua. Por el momento los sindicatos dudaban todavía si debían solidarizarse con la nueva campaña por la paz. Aunque simpatizaban ideológicamente con este movimiento, observaban atemorizados los puestos de trabajo de aquellos a los que favorecía el aumento del presupuesto militar y contra los que atentaban las iniciativas pacifistas.

¿Pero cuánto resistirían aún los diques de contención? Resultaba evidente que la corriente de protesta había superado ya las fronteras generacionales y sociales. Y hacía ya mucho tiempo que no se había abierto una brecha tan profunda entre la política desarrollada por las instituciones y el sentimiento popular. Los mecanismos disciplinarios institucionalizados entraron en funcionamiento para impedir a las exaltadas masas entorpecer el buen funcionamiento de la máquina social. Eliminando a los disidentes se consiguió, justo a tiempo, contener todo proceso de desintegración en el seno

de la burocracia política y de los denominados órganos de seguridad. Al movimiento pacifista sólo le quedaron como mascarones de proa generales retirados del servicio, sacerdotes y obispos retirados, y profesores, escritores y artistas independientes. Entre tanto, no se había movido ni un puntal de las instituciones más poderosas. La línea de batalla se situaba, como siempre, entre las instituciones representantes del poder y la muchedumbre impotente que constituía la denominada base. Al mismo tiempo aumentaban los amenazadores indicios de que, de aquella base, podría surgir una corriente de dimensiones incalculables y unos cambios difíciles de prever en algunos países de Europa occidental.

EPILOGO DE SC

Llegados a este punto, SC interrumpió de forma repentina su informe cronológico. Después añadió una especie de epílogo. De él se deduce que le aquejaba una grave enfermedad de la que ya nunca se repondría. Tuvo que dejar HERMES, lo que según las estrictas costumbres del Club significó quedar al margen de todos los asuntos secretos. En contrapartida, se cuidó con esmero su bienestar personal. Sus viejos amigos le visitaban con mucha frecuencia en la isla mediterránea, donde recibía todo tipo de atenciones en un pequeño sanatorio privado. HERMES ayudaba siempre, en casos de vejez o enfermedad, a sus colaboradores, y de forma muy destacada a aquellos con méritos sobresalientes

Las pocas hojas del diario escritas durante su estancia en el sanatorio no mencionan acontecimientos políticos. SC demuestra no haber tenido ninguna duda sobre

el buen desarrollo del programa, a pesar de cualquier complicación que pudiera haber surgido.

Pero al enfermo ya no le preocupaban mucho estas cosas, y sus pensamientos tomaron un rumbo inesperado. Se devanaba los sesos con elucubraciones melancólicas sobre el sentido del plan de HERMES y su participación responsable en el mismo. No sabemos exactamente si estas reflexiones se debían a su enfermedad o, por el contrario, la enfermedad fue una ocasión para hacer un examen en profundidad. Evidentemente, no esperaba encontrar un interlocutor capaz de comprenderle, por lo que sólo confió sus reflexiones a su diario.

Con gran sorpresa y cierto desconcierto comprobó que durante el tiempo en que había asumido una responsabilidad relevante no le habían asaltado las dudas. Había apoyado todas las acciones plenamente convencido, aunque en principio hubiera albergado algún titubeo. Al igual que los demás miembros del Club, nunca había puesto en duda que esta antigua y gran civilización sólo podía escoger entre un derrumbamiento inaceptable o una autoextinción valerosa y activa, siendo esta última vía la más digna y honrosa. Cuando el programa ya estaba en marcha se había comportado como muchos generales, que, una vez comenzada la batalla, ya no se cuestionan qué sentido pueda tener la guerra. En aquellos días había pugnado incluso por que se constituyera la «comisión permanente para la seguridad interna» a fin de mantener alejados del Club a los escépticos críticos y a los soñadores, y en caso de que ya trabajaran para HERMES, poder controlarlos si era necesario.

Al mirar ahora hacia atrás, su conducta le parecía obsesiva, pese a la prudencia y tacto con que había desarrollado su trabajo. Se había entregado a su tarea en cuerpo y alma una vez aceptada. Su gran responsabili-

dad había contribuido a ello, pues, una vez fijada la meta, no se había permitido ninguna desviación. Era evidente que el integrarse en un grupo también le había obligado a la solidaridad. Al fin y al cabo participaban en una temeraria conspiración. Sólo una lealtad absoluta por parte de todos podía llevar a buen término aquella arriesgada empresa siempre amenazada. A pesar de las precauciones, no podía excluirse la posibilidad de que un día desertaran no sólo algunos agentes, sino incluso unidades enteras de gran importancia.

El trabajo que desarrollaban no les había hecho tal cual eran, sino que cada uno había escogido la profesión de agente de forma voluntaria y por motivos personales, identificándose posteriormente con la ideología que HERMES representaba. SC pertenecía a la generación de los fundadores del Club y era, por lo tanto, uno de los que había contribuido activamente a acuñar esa ideología. HERMES no había convertido a los agentes más antiguos en lo que eran, sino a la inversa; eran éstos quienes habían creado HERMES, imprimiéndole sus características.

¿Pero qué características unificaban a aquellos hombres? ¿Qué clase de personas eran los superiores del Club? Esta pregunta llevó a SC a una confesión que voy a citar literalmente:

«Creo que todos estamos poseídos de una locura semejante a la de los maestros del ajedrez. La locura de HERMES, como la hemos denominado en broma, es mucho más grave que las ideas persecutorias que imbujimos a los pueblos del Este y del Oeste. Disfrutamos cual pequeños dioses manipulando, como si gobiernos, estados mayores, partidos y pueblos enteros fueran figuras de ajedrez. Nos pusimos a la misma altura de las grandes obras de nuestros cerebros. Pero los más genia-

les de entre nosotros eran también las personas más inmaduras: no estaban sexualmente desarrollados, eran incapaces de mantener relaciones con una mujer; sólo podían actuar al amparo del Club, eran como los alumnos de un internado elitista, en los que la homosexualidad está latente o es manifiesta. Ninguno de nosotros vivió en la realidad, sino que transformamos la realidad en un escenario donde disfrutar de nuestras dotes de dirección escénica.

Teníamos razón al pensar que esta civilización acabaría destruyéndose a sí misma por su imperturbable deseo de omnipotencia y que no estaba preparada para superar las calamidades que había provocado. Pero si íbamos a representar el papel de médicos que le proporcionaran un final digno, ayudándola a morir, mejor hubiese sido que sufriésemos nosotros las consecuencias que habíamos previsto para los demás. Ahora me veo a mí mismo y a mis compañeros como el peor producto de una megalomanía que ha dominado a esta civilización durante decenios. Perfeccionamos el primitivo y cínico totalitarismo que el fascismo hitleriano practicara de forma chapucera. En cierta medida, hemos sido la personificación de los arsenales de armas nucleares. Hemos estado fuera de todo control y, al igual que las cabezas nucleares, hemos tenido un inmenso poder, meramente destructivo. Si se supiera de nuestra existencia, tendrían que deificarnos, tal como el pueblo alemán deificó a Hitler. Representamos el ideal fantasmagórico de la omnipotencia en la que los pueblos sólo podrían participar identificándose dócilmente con nosotros y sus gigantescos cohetes. Tal vez fuera éste el motivo por el que nunca se nos pudo descubrir.

Supongo que debí enfermar al asaltarme las primeras dudas. No puedo explicar exactamente por qué tardé tanto en empezar a comprender la realidad que, de in-

mediato, me impediría seguir desarrollando mi labor. Es posible que el enorme movimiento pacifista que he descrito al final haya removido en mí los últimos posos de esos mismos sentimientos que puso en marcha este movimiento. Decidí suicidarme al comprender claramente lo que había hecho y cuál era el verdadero significado de HERMES. Ahora pienso que debo esperar mi fin. Quiero depositar mis notas en lugar seguro. ¿Para quién? ¡Si yo lo supiera!»

Nuestro grupo de investigación sólo llegó a tener una visión aproximada del desarrollo histórico de la fase final. El movimiento pacifista que tanto había impresionado a SC terminó fracasando. Tal como HERMES lo había planeado, el gobierno soviético y el norteamericano realizaron una serie de negociaciones simbólicas. Después de unos años en que apenas hubo diálogo y en que los hombres de estado de las superpotencias evitaron encontrarse como si fueran pequeños burgueses ofendidos, parecía existir la esperanza de llegar a un clima más distendido. Los inquietos pueblos europeos se dejaron engañar y aceptaron mantenerse callados y tranquilos para no importunar a los grandes en sus vacilantes intentos de acercamiento. Aunque los resultados no supusieron compromiso alguno, sirvieron eficazmente como arma propagandística contra el movimiento pacifista. Los psicólogos volvieron a acertar en su profecía de que una pequeña ayuda de los de arriba bastaría para que la gran mayoría volviera a perder el desagradabilísimo miedo a una guerra nuclear.

Los procesos de represión de las masas funcionaron como un telón mágico, tras el cual las industrias armamentistas de ambos lados pudieron ponerse a fabricar la última generación de armas mortíferas. Los soviéticos siguieron trabajando de firme en la fabricación de sus

temidos bombarderos Backfire, los nuevos y gigantes-
cos submarinos nucleares y los modernos sistema eu-
rotáticos SS-21 y SS-22. Situaron también un enorme
número de SS-20 en puntos estratégicos que resultaban
inalcanzables para los misiles de medio alcance de la
OTAN. Perfeccionaron sus satélites de intercepción y
copiaron los misiles de crucero, espiados en Norteaméri-
ca mucho más deprisa de lo que se había esperado en el
Pentágono. Los norteamericanos también participaron
en la carrera de armamentos. Desarrollaron misiles cru-
cero con más de 2.000 kilómetros de alcance para la
Marina, con lo que trazaron un círculo disuasorio en
torno a la Unión Soviética, que abarcaba el océano Gla-
cial Artico, el Mediterráneo, el Golfo Pérsico y el Pa-
cífico. A pesar de la oposición de los mormones en Ne-
vada y en Utah, se instalaron más de 5.000 rampas de
lanzamiento y se construyeron más de 10.000 millas de
carreteras de acceso para los cohetes MX. Se transpor-
taron a Centroeuropa y Gran Bretaña un gran número
de Pershing II y de misiles de crucero, según lo previsto
en el denominado acuerdo de rearme de la OTAN. Más
de 2.000 cohetes Lance I y cientos de Lance II com-
pletaron el potencial devastador de corto alcance de las
potencias europeas occidentales. Después de que su
presidente diera luz verde para la fabricación en serie
de la bomba de neutrones, ya no podía sorprender a na-
die el que los norteamericanos intentaran imponer a sus
compañeros europeos aquel arma terrible, aunque éstos
la aceptaron de mala gana. Los soviéticos no tardaron
mucho en introducir cargas de neutrones en sus cohe-
tes. Al mismo ritmo, si bien manteniéndolo en sumo
secreto, las dos superpotencias continuaron aumentan-
do sus depósitos de espantosas armas químicas y bac-
teriológicas.

Cuando los pueblos de los estados pertenecientes a

la OTAN y al Pacto de Varsovia supieron que cada ciudadano de estos países estaba amenazado por una cantidad de material explosivo equivalente a 60 toneladas de TNT (antes aún de que la carrera armamentista nuclear recibiera el último impulso), parece que fueron ya incapaces de iniciar un nuevo movimiento de oposición contra aquella amenaza. Se dirigían hacia el abismo como sonámbulos, tranquilizados por las promesas del equilibrio disuasorio y la infalibilidad de los sistemas de alarma y defensa dirigidos por ordenador.

Quien pudo y fue suficientemente ingenuo se construyó un pequeño refugio nuclear en su jardín y los millonarios de los países de la OTAN, que se consideraban muy astutos, emigraron en secreto hacia Nueva Zelanda, Australia y Oceanía, donde los especuladores del suelo pudieron aprovecharse del último gran *boom*. Pero hacía ya mucho que no existía un lugar seguro donde esconderse. Sólo cabía elegir entre una muerte rápida o una lenta. Y a los supervivientes, si es que quedó alguno, les ocurriría lo que predijo uno de los últimos presidentes norteamericanos al abandonar su cargo: «Vivirán desesperados en medio de las contaminadas ruinas de una civilización que se habrá suicidado.»

Según nuestras investigaciones, resulta muy probable que el infierno final se desencadenara por un fútil accidente técnico. Nuestro grupo de investigación no pudo averiguar si HERMES estuvo implicado en esto y, en caso afirmativo, de qué forma. Sea como fuere, el primer misil fue lanzado sin conocimiento de ningún Jefe de Estado. En pocos minutos se produjeron reacciones y contrarreacciones programadas. Las comunicaciones se interrumpieron. A causa del pánico se apretaron muchos botones, lo que a su vez provocó devastadoras reacciones en cadena, hasta que en un caos general se lanzaron todos los cohetes existentes.

Somos conscientes de que nuestras investigaciones dejan sin respuesta cuestiones de gran importancia. Pero nos queda la esperanza de que generaciones posteriores de arqueólogos expliquen detalladamente el desarrollo del último acto. Nuestro grupo de investigación duda mucho que algún día lleguemos a comprender por completo la mentalidad contradictoria de esta sociedad suicida.

SEGUNDA PARTE

LLAMADA AL COMPROMISO

LA ESPERANZA EN EL NUEVO MOVIMIENTO PACIFISTA

Frente a la bomba atómica nos comportamos como el enfermo que olvida su carcinoma, como el hombre sano, que olvida que morirá algún día, como el arruinado, que olvida que no le queda salida alguna, ¿seguiremos adelante sin reflexionar, ignorando el horizonte de nuestra existencia?

K. Jaspers

Para las nubes radiactivas no cuentan los postes kilométricos, ni las fronteras nacionales, ni los telones. Llegado el momento final, ya no habrá distancias. Cada uno podrá alcanzar al otro, cada uno podrá ser alcanzado por el otro. Si moralmente no queremos quedar por debajo de nuestros productos (lo que no sólo significaría una vergüenza

mortal, sino una muerte vergonzosa), deberemos procurar que el horizonte de lo que nos incumbe, es decir, nuestro horizonte de responsabilidad, sea tan amplio como el horizonte dentro del cual podemos destruir o ser destruidos, es decir, que sea universal. Sólo existe el prójimo.

G. Anders

Anna Freud atribuyó la puesta en marcha de un mecanismo inconsciente de defensa al hecho de que los hombres, en determinadas circunstancias, asumen el papel del agresor al que temen. Denominó este mecanismo «identificación con el agresor», y supone el intento de vencer de forma activa un temor insuperable. En cierta manera, la «historia» precedente es un ejemplo de este mecanismo. La impotencia de saber que nuestro planeta podría verse convertido en cualquier momento en una Hiroshima puede tratar de camuflarse abandonando la actitud de víctima pasiva y fingiendo adoptar la actitud de agente activo de la catástrofe. La angustia que se refleja en esta historia no nace de que cada uno de nosotros considere a los americanos o a los soviéticos como una amenaza para sí; nace de ver que ambas potencias están atrapadas en una carrera infernal, cuyo control se les puede ir de las manos. Para poder soportar, siquiera sea un momento, esta situación tan irracional que nos atenaza, necesitamos hacernos un montaje, aparentemente lógico, que nos permita creernos que dominamos teóricamente esa situación y sobre todo que nos identifica con HERMES y nos hace creer que la dirigimos soberanamente. El sadismo de realizar con nuestra fantasía el «plan de eutanasia» es el reverso de la desesperación que sentimos ante el infierno que se nos viene encima, y que parece fríamente planificado por una mano invisible.

La «identificación con el agresor» es un mecanismo inconsciente. Esta «historia» no ha surgido de un proyecto elaborado durante mucho tiempo, sino sobre la base de una intuición espontánea, si bien desde el principio se concibió como una aportación socio-psicológica al problema de la paz. El miedo se ha buscado esta salida. Pero analizando detalladamente esta reacción y su resultado, pueden sacarse algunas enseñanzas.

Como muestra esta «historia», no se requiere mucha imaginación para atribuir a la macabra carrera armamentista la lógica propia de un plan de Estado Mayor que transcurra siguiendo un programa establecido. Basta con unos pocos ingredientes inventados y la «locura en sí misma» (Dürrenmatt) se convierte en un círculo cerrado de sucesos, encadenados los unos a los otros. Se pone de manifiesto un proceso impulsado de forma continuada por una gran fuerza y que se dirige, sin desviarse, hacia una meta determinada. Tal como dijo Robert Oppenheimer en 1974, nos movemos, como siempre lo hemos hecho, con una macabra perseverancia en dirección al infierno y la velocidad es cada vez mayor.

Nos engañamos al calificar este proceso como terrible o demencial. Con ello intentamos descargar las culpas sobre algo incomprensible, que quedaría fuera de nuestro alcance, y nos tranquilizamos con la idea, tan cómoda como fatal, de que la irracionalidad no puede persistir por mucho tiempo en una política dirigida por tecnócratas y en algún momento tiene que reinar la cordura.

Pero lo paradójico es la impresión de que son precisamente los responsables de la política los que parecen menos capaces de enderezar el fatal curso que seguimos. Los tecnócratas, incluidos sus equipos de planificadores y consejeros, que inventaron el sistema de disuasión, han resultado ser el cazador cazado. En el

concepto de disuasión quedan englobados los motivos de miedo y deseo de poder, alegando cada una de las partes el miedo y acusando al enemigo del deseo de poder. Hay en ello un desequilibrio primario que no sólo posibilita un constante aumento de la amenaza, sino que la hace necesaria. Pero como la política tecnocrática oculta las fuerzas irracionales que en realidad la impulsan, no consigue alcanzar un equilibrio entre ambas partes, a pesar de realizar grandes esfuerzos, como lo hicieron en las negociaciones SALT. Es el prejuicio de una política que se cree especialmente libre de prejuicios, es querer resolver el problema del entendimiento entre los pueblos de forma matemática y técnica. Pero, evidentemente, un estado de equilibrio entre Este y Oeste sólo puede lograrse por un deseo común de igualdad, lo que a su vez presupone que por ambas partes la relación existente no sea definida como de amenazador y amenazado. No resulta imaginable un auténtico afianzamiento de paz sin una firme decisión de mutuo acercamiento en un clima de confianza.

La confianza es una cualidad que sólo puede alcanzarse entre personas que se reúnen y conversan. La confianza no puede lograrse si en los despachos de Washington y de Moscú una serie de personas se dedican a establecer comparaciones armamentistas que, como resulta evidente, nunca les son favorables. Sería necesario que las personas con mayor responsabilidad política se volvieran a reunir y lucharan conjuntamente por alcanzar el entendimiento y el desarme. Pero esto es precisamente lo que se evita. Ante la presión popular, los expertos de segunda fila simulan una especie de negociaciones simbólicas en las que no se habla para nada de desarme y sólo se menciona la limitación y el control de armamentos. Los atemorizados pueblos afectados tienen razón al interpretar el distanciamiento hostil de los

dirigentes políticos de las superpotencias no sólo como síntoma del clima reinante, sino como un debilitamiento del deseo de un verdadero entendimiento político.

Si existe una reacción capaz de producir un cambio, habrá de surgir desde abajo en forma de un movimiento de masas. Sólo una masiva voluntad alternativa podrá desbancar una política que únicamente se ocupa de luchar por el poder. En el nuevo movimiento pacifista se manifiesta, sin duda, esa voluntad. En 1959 Günther Anders indicó cuál es la única actitud que puede evitar una catástrofe:

«Contra lo que luchamos no es contra este o aquel enemigo, al que podríamos atacar o aniquilar con medios nucleares, sino contra la situación nuclear como tal. Dado que este enemigo es común, quienes hasta ahora se habían considerado enemigos deberían unirse como aliados frente a la amenaza general.»

A muchos, la última frase les parecerá tan evidente como utópica. Pero solamente resulta utópica si pensamos en los principios que rigen las burocracias políticas. Lo que más desea, sin duda, la gran mayoría de uno y otro lado es una convivencia pacífica eliminando la mutua amenaza nuclear. Estoy seguro de que una encuesta tanto en el Este como en el Oeste daría como resultado que ésta es la opinión mayoritaria entre los pueblos. La única cuestión es cómo puede lograrse políticamente lo que la mayoría de los hombres desean.

Cada vez que ha cundido el miedo a una guerra nuclear y la gente ha tenido plena conciencia de lo que supone, se ha puesto de manifiesto una postura generalizada contraria al armamento nuclear. Cuando en la segunda mitad de los años cincuenta se discutió la participación de la República Federal en la carrera armamentista de las grandes potencias y el tema saltó a la primera plana en todos los medios de comunicación,

hubo primero un 64 por 100 y más tarde un 72 por 100 de alemanes occidentales encuestados que se declararon en contra de adquirir armas atómicas para el ejército. En 1958, el 52 por 100 de la población adulta de la República Federal (incluido Berlín occidental) abogó por una huelga para impedir la adquisición de armamento nuclear. Solamente el 31 por 100 se opuso a ello. En un referéndum del sindicato ÖTV el 94,9 por 100 del 87,5 por 100 que participó en la votación se declaró a favor de la huelga. En una encuesta realizada por el Instituto Gallup en Gran Bretaña en 1958 un 85 por 100 de los encuestados se manifestaron en contra de la participación del estado en la carrera atómica. Y en 1960 el congreso del partido laborista, que contaba con 3.300.000 votos, decidió dar el primer paso hacia el desarme nuclear. Pero la dirección del partido manifestó acto seguido que sus representantes en la Cámara de los Comunes no se consideraban sujetos a las decisiones del Congreso del partido.

Hace poco ha tenido lugar una nueva encuesta en Gran Bretaña. El 56 por 100 de los encuestados se han manifestado en contra del estacionamiento de misiles de crucero en la isla. En Holanda, Dinamarca y Noruega el nuevo movimiento pacifista está teniendo un gran auge. Un millón de habitantes de los Países Bajos han firmado pliegos de protesta contra el desarrollo de la bomba de neutrones. Sólo un 8 por 100 de los holandeses se han declarado a favor del establecimiento de nuevos misiles de alcance medio en los Países Bajos sin ningún tipo de limitación. En la República Federal surgió el Manifiesto de Krefelder, firmado en poco tiempo por más de 800.000 personas. Y quien a finales de 1980 tuvo la oportunidad de visitar distintas ciudades alemanas y asistir a los diferentes actos celebrados durante la semana de la paz organizada por la «Campa-

ña de testimonios de conciliación/jornadas cristianas para la paz» pudo observar cuán rápidamente había aumentado la irritación por la carrera armamentista y por los riesgos cada vez mayores a los que estaba expuesto nuestro pueblo. El abismo existente entre las burocracias de los partidos y la opinión popular queda reflejado en el hecho de que la nueva política oficial no se fijó en el nuevo movimiento pacifista hasta más de medio año después de haberse iniciado y extendido, especialmente entre los jóvenes. Los principales responsables políticos se apresuraron entonces a intentar contener aquella corriente mediante enérgicas medidas de intimidación. Se habló de «peligrosas corrientes pacifistas» y se le negó todo carácter moral a aquel «suspuesto» movimiento pacifista. Quien quisiera evitar el aumento de armamento, colaboraba directamente en la esclavización comunista del pueblo. Pero resulta evidente que todas las amenazas e intentos de apaciguamiento por parte de los grandes partidos y de sus jefes, defensores del «incremento armamentista», no tienen apenas efecto.

Esta es la diferencia más notable en comparación con el primer movimiento pacifista de los años cincuenta a sesenta. En aquella época el partido socialdemócrata y los sindicatos se pusieron en seguida a la cabeza de la campaña, pudiendo así controlar parcialmente su desarrollo desde arriba. Y cuando los socialdemócratas quisieron retirarse por motivos tácticos, les resultó muy fácil debilitar la campaña rápidamente y de forma definitiva. Pero en esta ocasión el movimiento surgido en la base ha cogido por sorpresa a las instituciones. El movimiento se ha desarrollado en oposición a éstas. Las personas que componen los numerosos grupos y asociaciones a favor de una política pacifista se dan cuenta de que de su decisión y compromiso

depende el influir sobre la política oficial haciendo respetar su voluntad. Se sienten seguros de representar la opinión de la mayoría. A pesar de ello se ven ante la difícil tarea de imponer una decisión de gran repercusión internacional que contradice claramente las consignas y manifestaciones de los grupos políticos elegidos. Observan que su influencia e nel ala izquierda del partido en el gobierno crea cierta intranquilidad. E incluso en las esferas más altas del partido se percibe cierto cambio y se procura mayor tacto y flexibilidad al haber comprendido que no se puede desarticular tan fácilmente este movimiento y que hay que tomarlo en serio. Dada la presión ejercida por la nueva oposición extraparlamentaria, los tecnócratas políticos tienen dificultades para ocultar que también a ellos les gustaría no correr los riesgos que van automáticamente unidos al «rearme» que ellos mismos apoyan. El movimiento pacifista puede utilizar la fuerza compacta de una voluntad decidida contra la división existente en la cúspide del poder político. Su principal legitimación puede venir dada por el hecho de que la política oficial ha dispuesto de varios decenios para demostrar la validez de sus conceptos encaminados a eliminar los riesgos atómicos; sin embargo, esta política ha fracasado totalmente. La aparente tranquilidad exteriorizada en las relaciones Este-Oeste se desmiente a sí mismo por el hecho de que durante esta engañosa calma ambas partes han acumulado una energía destructiva veinte veces superior a la que hubiera bastado para disuadir al enemigo.

Resulta, por lo tanto, fundada la esperanza de que este nuevo movimiento pacifista no se deje ni abatir ni disciplinar desde arriba y de que escape al peligro no menos grave de agotarse desde dentro. Pero sigue haciendo falta estar preparado para todas las dificultades que puedan surgir. Estas dificultades pueden presentar-

se en parte en el terreno de la estrategia política general, y en parte en el terreno de la actitud, de la decisión y de la capacidad de aguante que se dé en los grupos que protagonizan este movimiento. Fijándonos sólo en la alta política, se subestiman fácilmente los procesos de aprendizaje que necesita todo aquel que desee participar constructiva y firmemente en este movimiento. ¿Pero qué es lo que se puede aprender de ella?

**APRENDER A SOPORTAR EL MIEDO
Y A DEFENDERSE**

La fuerza desencadenada del átomo lo ha transformado todo, excepto nuestra forma de pensar... Necesitamos una mentalidad nueva si queremos que la Humanidad no perezca.

A. Einstein

Ya no queda mucho tiempo; es necesario que nuestra generación consiga cambiar su modo de pensar. Si no lo consigue, los días de la Humanidad civilizada estarán contados.

M. Born

No tengas miedo del miedo, ten valor ante el miedo. Ten el valor de inspirar miedo. Intimida a tu prójimo como a ti mismo. Nuestro miedo ha

de ser, naturalmente, de un tipo muy especial:
1) un miedo intrépido que excluya todo miedo a aquellos que pudieran tacharnos de cobardes; 2) un miedo estimulante que nos haga salir a las calles y no escondernos en un rincón; 3) un miedo lleno de amor que tema por el mundo y no sólo por aquello que nos pueda ocurrir a nosotros.

G. Anders

En 1980 un grupo de trabajo de la «Sociedad alemana para la investigación de la paz y del conflicto» publicó una memoria sobre las «Nuevas vías de los planes de desarme». La primera conclusión que se menciona sobre cómo escapar del callejón sin salida que supone la peligrosa política de disuasión, es la siguiente: «Movilizar a la opinión pública haciéndole patente los riesgos que conlleva una política de seguridad basada en el ejército. El compromiso de la sociedad podría mover a los responsables de las decisiones políticas a despojarse de viejas concepciones sobre política de seguridad.»

Tal conclusión debe apoyarse plenamente. Pero la evidencia de los riesgos aún no mueve por sí sola a las personas a una actuación política efectiva. A menudo los analistas políticos, los economistas, los especialistas en temas militares, los sociólogos o los físicos que investigan sobre la paz no han dado la debida importancia a los obstáculos que pueden presentarse en el paso del conocimiento a la acción. En este espacio pueden tener lugar diferentes procesos psicológicos que tomen un rumbo totalmente distinto del que se esperaba.

Una persona que en su calidad de ciudadano de un país miembro de la OTAN (o del Pacto de Varsovia) se vea amenazada personalmente por una fuerza equi-

valente a 60 toneladas de TNT, provocaría en los demás una brusca perplejidad en el momento de tomar plena conciencia de tan terrible verdad. Yo mismo quedé momentáneamente desconcertado cuando durante la gran crisis de Afganistán supe, a través de un amigo físico, la cantidad de energía destructiva que nos amenaza a cada uno. Aparentemente, recuperé en seguida el control sobre mí mismo. Conseguí mantener la compostura, como suele decirse. Pero las dos noches siguientes tuve sueños inquietantes. Por primera vez desde hacía muchos años volví a ver imágenes de escenas de guerra. En uno de los sueños me encontraba junto con personas de confianza en una casa que era registrada por los rusos. La situación era peligrosa y yo me esforzaba por encontrar un escondite seguro. Cuando posteriormente analicé este sueño, me pareció en primer lugar comprensible que el miedo a una guerra nuclear hubiera evocado en mí unas asociaciones que se correspondían con mi experiencia pasada. A los dieciocho años, combatiendo contra Rusia, viví por primera vez las horrorosas experiencias de la guerra; mis padres murieron a manos de los rusos. Pero en mi condición de psicoanalista comprendí que en el sueño no sólo se habían reproducido recuerdos. El sueño había concentrado sobre los rusos el pánico que sentía hacia la bomba, pensamiento con el que me había quedado dormido. Vi claramente cuál era el proceso que se había desarrollado en mí. De forma inconsciente había transferido el miedo a una imagen próxima del enemigo para hacerlo más soportable. Así, al despertarme, no tuve ante mí la bomba invisible, sino el enemigo ruso visible. El mal estaba solamente en un lado, precisamente en el otro, mientras que en la realidad los riesgos acarreados por los aliados norteamericanos (y por todos nosotros de forma indirecta) no me asustaban en ab-

soluta. De esta forma, podía hacer algo ante la amenaza. Podía escapar y esconderme, mientras que ante una guerra nuclear hubiera estado indefenso.

Al ser incapaz de dominar psicológicamente mi miedo para poder volver tranquilamente a mi vida normal, me pasé los días y semanas siguientes hablando con muchas personas sobre aquel tema que tanta intranquilidad me producía. Les pregunté a mis amigos, a mis colaboradores; llamé a ciertos políticos, analistas políticos, escritores comprometidos y colegas psicoanalistas. Quería saber cómo veían los demás este problema y lo que podíamos hacer, reunidos, al respecto.

De estas conversaciones surgió en mayo de 1980 una carta abierta al canciller federal redactada conjuntamente por Andreas Buro, Iring Fetscher, Margarete Mitscherlich-Nielsen y Alice Schwarzer:

«Muy estimado señor canciller:

Nadie pone en duda que usted estime como amenazadora la situación mundial. Usted mismo se lamenta, con razón, de que las grandes potencias no emplean los instrumentos de que dispone para lograr la necesaria distensión. Por lo tanto, no es de extrañar que entre nuestra población —bajo una superficie de aparente tranquilidad— crezca el descontento por una política que muchas personas de este país consideran no sólo un peligro a nivel personal, sino una amenaza para toda la Humanidad.

»En un momento en el que el armamento nuclear de las grandes potencias supone un potencial de destrucción calculable en varias toneladas de dinamita por cada habitante del mundo, la política del gobierno federal tiene que tener mucho más en cuenta que hasta ahora la necesidad vital de paz de sus ciudadanos, la misma que la de todos los hombres, a la hora de actuar

en el marco de las relaciones internacionales. En esta situación nos parece totalmente inoportuna la actitud tranquilizadora o incluso intimidatoria frente a las posturas críticas.

»Lo que los alemanes debemos aprender más aún que otros pueblos es que no hemos de aceptar una falsa imagen demoníaca del enemigo, sino esforzarnos en comprender también su situación. Este es el único camino para desarrollar y estabilizar la capacidad de alcanzar la paz. En la mayoría de los informes sobre la situación mundial no se menciona para nada, por ejemplo, el cambio decisivo del equilibrio político y militar que supone el acercamiento de EE. UU. a China, rayano en la cooperación.

»No es que no advirtamos los peligros reales que supone para Europa, pero la lealtad exigida por EE. UU. a sus aliados nos convertiría en unos compañeros de viaje irresponsables si renunciamos a criticar la manera de proceder de nuestro aliado y a discrepar a la hora de valorar la situación general.

»Para poder alcanzar la paz es necesario tratar de comprender también los motivos del enemigo. La responsabilidad común debería obligar a ambas potencias mundiales a luchar por mantener siempre una firme voluntad de entendimiento, y más aún cuando una de ellas haya provocado una situación peligrosa. A pesar de todas las críticas que puedan hacerse a la actuación de la Unión Soviética en Afganistán, sus dirigentes no son políticos irresponsables y temerarios que se deban comparar con los nazis. Por este motivo han de rechazarse de lleno las comparaciones con 1936 y 1939.

»La carrera armamentista, que actualmente se está acelerando, no sólo por la modernización de los misiles soviéticos de alcance medio, sino también por el gigantesco presupuesto norteamericano para armamento, no es

el medio más indicado para asegurar la paz —como la historia nos enseña insistentemente—. Con el pretexto de que se había roto el equilibrio se han justificado desde hace unos treinta años todas las innovaciones técnicas del armamento y los aumentos de los gastos militares. Por esta razón no nos parece justificable el acuerdo del incremento de armamento de la OTAN —aparte de la particular problemática que supone para Europa—. Por este motivo le rogamos, señor canciller, que colabore activamente para lograr la distensión congelando este acuerdo, que también provocó una gran reserva entre los miembros menos poderosos de la OTAN.

»Durante la guerra de los norteamericanos en Vietnam y Camboya el gobierno federal —a diferencia del partido socialdemócrata de Suecia— renunció a criticar abiertamente a su aliado, aunque en aquel momento un distanciamiento crítico hubiera supuesto un acto de sincera solidaridad con el pueblo norteamericano. Hoy en día el definir claramente la posición de Alemania Occidental y de Europa provocaría desagrado en ciertos sectores del Congreso norteamericano, aunque otros lo aceptarían como expresión de auténtica colaboración. Estamos seguros de que la mayoría de nuestros vecinos del Oeste y del Este aclamarían este paso del gobierno federal.

»Atentamente.»

Por aquel entonces cambié la conferencia que estaba invitado a dar en nuestra universidad. Había anunciado que trataría sobre una temática sociológica general, pero dediqué toda la disertación a la cuestión de cómo podríamos ayudarnos mutuamente a soportar el miedo que se produce ante una agresión atómica (en las encuestas realizadas en aquellos momentos casi la mitad de los encuestados creían en la posibilidad de una gran guerra) y cuál sería el modo más conveniente de

defendernos frente a una política que justificaba tal posibilidad.

Después de la conferencia hubo una larga discusión al término de la cual una parte del público se reunió en el salón estudiantil de la parroquia evangélica, donde se planeó comenzar una labor conjunta de política pacifista. De aquí surgió una iniciativa ciudadana —que aún continúa trabajando— cuyo desarrollo es seguramente bastante típico de la evolución de otros muchos movimientos pacifistas semejantes.

En mí mismo y en otros muchos he notado de forma incipiente o a veces también muy marcada las mismas posibilidades de reacción que he discutido en mi «historia» en el capítulo sobre los «Proyectos». Todo aquel que haya aceptado que la denominada política de seguridad es un callejón sin salida, que en realidad supone un terrible riesgo en constante aumento, tendrá que luchar para no dejarse vencer por un sentimiento de total impotencia. El ingente potencial de *overkill* que nos amenaza en una medida apenas imaginable ejerce una enorme intimidación. Se siente uno tan perdido como un niño cuyos padres se dejan arrastrar de forma irresponsable a una crisis en la que el niño, indefenso, teme perecer. Así, por ejemplo, mi necesidad de tener que hablar con muchas personas sobre mi miedo y pedirles consejo a raíz del *shock* que padecí la considero comparable a la expresión de desconcierto y confusión del niño.

Sólo en una situación semejante tomamos plena conciencia de que actualmente en los puntos clave del poder no tenemos «padres» en cuya protección podamos confiar. Los políticos relevantes que abogan por eliminar el sistema de amenaza recíproca sólo encuentran eco en los países no alineados o en las pequeñas «provincias de los bloques». Los que opinaban lo mismo y estaban

cerca de los verdaderos centros de poder hace mucho que fueron relegados a posiciones sin ninguna influencia. Manteniéndonos en el modelo familiar: cual niños en peligro nos vemos en la necesidad de unirnos como hermanos y buscar en la sociedad las posibilidades de ayudarnos mutuamente. De esta manera, los movimientos pacifistas cumplen uno de sus importantes objetivos al brindar apoyo a todo aquel que no pueda soportar aisladamente su miedo y la comprensión de su impotencia, amén de canalizar sus emociones de forma constructiva.

Si bien a los jóvenes les resulta más fácil buscar apoyo y ánimo en tales grupos, gracias, entre otras cosas, a su capacidad de contacto, que suele estar menos dañada. A pesar de la presión de las calificaciones y de la masificación de los centros de formación y especialización, a los jóvenes les resulta más fácil comunicarse entre sí y hacer algo espontáneo en equipo. Muchas de las personas mayores se han ido aislando lentamente por cuestiones laborales o condicionantes familiares, hasta el punto de no merecerles confianza la integración en tales iniciativas colectivas, aunque el dar ese paso les ayudará a ellos mismos y a los demás. En esos grupos cada uno podría comprender que es tan importante hallar apoyo en los demás como poder brindárselo. Se trata precisamente de «grupos de hermanos» en los que nadie es superior ni inferior.

Pero existe además el problema de la dependencia social, que crea especiales dificultades a los mayores. Es arriesgado el oponerse a la política armamentista oficial desde un movimiento pacifista. A partir de ese momento se le considera a uno inadaptado, por lo menos. Permitirse esa fama no tiene mucha importancia para personas con posiciones sociales aseguradas, pero no es así para quienes con ello ponen en peligro su posi-

ción social y la de su familia. La posibilidad ya descrita de abrirme un camino hacia una actividad política pacifista en grupo, a partir de mis sentimientos de impotencia, no implicaba el riesgo profesional que puede suponer para otros muchos «disidentes» en empresas donde el conformismo político se vuelve a valorar como un rasgo primordial de cualificación profesional. Muchos han tenido que soportar un silencioso desprecio no sólo por parte de sus superiores, sino también de colegas y vecinos de su mismo nivel, que ponen en tela de juicio lo que en el fondo quizá les gustaría hacer a ellos mismos. Si solamente se trata de la imagen y no se corre peligro profesional, resulta relativamente más fácil el atreverse a hacerlo. Y muchos se sienten interiormente orgullosos por haber permanecido fieles a sí mismos y haber podido soportar que otros se muestren en desacuerdo con ellos.

Pero la tentación de capitular es muy grande. En todos nosotros existe una predisposición sistemática e inculcada a creer que las autoridades oficiales merecen tener ciudadanos obedientes, aunque se tengan fundadas dudas sobre ellos. ¿Por qué se debilitó tanto el primer gran movimiento pacifista en nuestro país? La sumisión de muchos a las autoridades jugó evidentemente un papel importante. Mientras se les animó desde «arriba», desde las centrales del SPD y del sindicato, a oponerse al armamento nuclear, todos participaron en cuerpo y alma. Pero cuando se trató de continuar sin o incluso contra esas poderosas organizaciones, los ánimos se vinieron rápidamente abajo. El estar apoyados por las autoridades era para muchos más importante que llevar adelante de forma consecuente las ideas de la «campaña de lucha contra la muerte nuclear». Este ejemplo muestra claramente que la evidencia de un peligro político no

es garantía suficiente para que las personas desarrollen una oposición activa y perdurable.

La situación actual es diferente. Quien se ha unido al nuevo movimiento pacifista sin dejarse atrapar por las agrupaciones radicalizadas (que sólo ven la «locura oriental» o la «locura occidental»), ha demostrado una cierta capacidad de oposición a la autoridad. Por este motivo el movimiento está actuando, al menos por el momento, con una mayor conciencia de sí mismo. Al ver claramente la pérdida de autoridad de los dirigentes políticos, la confianza en uno mismo aumenta. Está muy extendida la impresión de que tanto nuestro gobierno como el de otros países de Europa occidental sólo se oponen a medias a la nueva corriente de protesta porque aparentemente están más identificados con la crítica a la política de fuerza norteamericana de lo que se atreven a reconocer por motivos de lealtad. Pero también existe la confianza superficial de los muy activos, que en esta «historia» hemos descrito como una «huida hacia adelante». Se da en aquellas personas que intentan reprimir su tensión interior actuando de forma continua y vertiginosa. Tales personas son peligrosas para aquellos que consideran muy importante ocuparse de la propia actitud y de la relación del grupo; para los que piensan que cada uno debería demostrarse primero a sí mismo que es capaz de ser sincero dentro del grupo, de comprender los problemas ajenos y de soportar que se le contradiga. Estos afirman que si la auténtica política de paz depende de la capacidad y voluntad de entendimiento y de superación solidaria del peligro de guerra, tal política sólo puede reivindicarse de un modo verosímil, esforzándose en mantener una postura consecuente dentro del propio círculo.

El que lleguen a bloquearse recíprocamente aquellos para quienes la marcha interior del grupo es de gran

importancia y aquellos otros que no pueden precipitarse tan rápidamente como quisieran en la batalla política, puede convertirse en una prueba de resistencia para el grupo. Todo depende de que ambas partes comprendan que es posible una relación complementaria inteligente y transformen el conflicto en cooperación. A los inquietos les viene bien aprender, con ayuda de los introvertidos, a ser más receptivos a los problemas internos. Por otra parte, los muy activos evitan que los introvertidos se pierdan en reflexiones que reduzcan el grupo a una terapia de apoyo. Para superar estas polarizaciones las personas suelen agruparse ocasionalmente en pequeños círculos en los que encuentran ayuda.

En la relación habitual entre introvertidos meditados y emprendedores intrépidos, los últimos consiguen con frecuencia dominar sobre los primeros. El argumento, por ejemplo, de que la lucha contra el incremento armamentista de la OTAN exige una acción inmediata resulta aplastante. En la realidad, el grupo tiene que trabajar hacia el exterior de forma continua, participar en resoluciones y hacer propaganda de sus ideas codo con codo con otros grupos del movimiento pacifista. Pero al mismo tiempo se debería tomar siempre en consideración el siguiente principio: La fuerza de este movimiento radica en el impulso conjunto de millones de personas que no deben perder su identidad eclipsados por los slogans, programas y actos, como ocurre en otras organizaciones. La fuerza del movimiento está hondamente enraizada en el carácter emocional de los seres humanos: justamente en el sentimiento de querer convivir de forma distinta a la concebida por las burocracias políticas que se orientan exclusivamente hacia el poder. Al menos entre las personas de los países más gravemente dañados por la II Guerra Mundial persiste un fuerte sentimiento de no

dejarse azuzar otra vez unos contra otros, pues, a pesar de todos los obstáculos, el deseo de todos es conseguir la paz. Pero este sentimiento sólo puede articularse como fuerza política mientras las personas que integran el movimiento puedan actuar como individuos. Es importante que no se consideren meros instrumentos al servicio de una causa común. En sus acciones deben tomarse tiempo para reflexionar sobre sí mismos, considerarse unos a otros como personas y escucharse mutuamente.

La nueva política a la que se aspira se basa precisamente en que las mismas personas exigen una consideración y un respeto mutuo que hasta ahora no se ha tenido con ellas. Donde las personas sólo son importantes como elementos del sistema, se les puede convencer de que la supremacía de un sistema ideológico o económico bien vale los preparativos de una guerra para la que, en caso necesario, deben sacrificarse no sólo de forma individual, sino junto con otros pueblos y el suyo propio. Así puede pervertirse tanto el modo de pensar que, por ejemplo, los europeos occidentales aumenten voluntariamente el riesgo de una guerra Este-Oeste «europea», instalando nuevos y peligrosos misiles de alcance medio en su territorio y que consideren su propio holocausto como sacrificio necesario para un «mundo libre» en el que ninguno de ellos permanecería con vida. Una idea tan absurda es la consecuencia de obligar a las personas a comportarse únicamente como instrumentos de unos sistemas tan inhumanos que sólo dan una importancia secundaria a la supervivencia de aquellos que prometen servirles ciegamente.

Desde el punto de vista tecnocrático no resulta práctico que el movimiento pacifista se presente como una aglomeración multicolor de incontables grupos que en su mayoría dan un amplio margen de libertad a las

particularidades individuales de sus miembros. Sin embargo, en magnos acontecimientos como el Congreso Evangélico se ve que dentro de este pluralismo rige una gran comunión de convicciones y deseos. No es cierto que la falta de unidad organizativa perjudique automáticamente la efectividad política:

La fuerza del movimiento pacifista radica en su debilidad.

Las personas que componen este movimiento ponen en evidencia la falta de humanidad de quienes ostentan el poder, que sólo hablan de números, estrategias y programas, en los que ni ellos ni los ciudadanos sobre los que gobiernan son considerados jamás como individuos. Siempre que los políticos profesionales entablan conversaciones con grupos del movimiento pacifista adoptan una postura defensiva, por muy cortantes y agresivos que pretendan ser en sus argumentaciones. La aparente racionalidad de sus cálculos disuasorios acaba resultando una total irracionalidad, mientras que sus críticos pacifistas, que exponen sus deseos y valores de una forma aparentemente ingenua y valiente, representan la verdadera razón, traicionada por la política oficial. Los dirigentes políticos son capaces de expresarse empleando generalizaciones artificiales y verdades a medias, tal como están acostumbrados a hacerlo maravillosamente a diario en los debates parlamentarios y en sus programas de televisión propagandísticos. Pero la vanidad e ignorancia que se esconden tras este virtuosismo retórico quedan de inmediato al descubierto cuando estas personas tienen que demostrar en una discusión más amplia si coinciden sus estrategias políticas con sus inquietudes, deseos e ideales, y en caso afirmativo, en qué medida. Resulta desconcertante la atrofia humana que a menudo se pone de manifiesto en estas justificaciones.

Muchos poderosos consideran muy meritorio el haberse convertido en autómatas tecnocráticos que funcionan a la perfección. No son capaces de comprender que la confianza en una política humana depende de lo humanos que sean los políticos que la llevan a cabo.

El verdadero poder del movimiento pacifista radica en la idea de que no puede ser inteligente una estrategia, por muy ingeniosamente tecnocratizada que esté, que sólo considere a las personas como miembros de sistemas rivales, en lugar de convertir la supervivencia de todos en el principio más importante a la hora de cualquier actuación política.

Günther Anders ha explicado este principio de la siguiente manera:

«... vivimos como seres a punto de desaparecer. Este hecho ha transformado el problema moral. A la pregunta "¿Cómo debemos vivir?" la ha sustituido la pregunta "¿Viviremos?" A la pregunta sobre el cómo solamente hay una respuesta para quienes aún vivimos: "Tenemos que velar por que el momento final, que puede transformarse en cualquier instante en final absoluto, sea eterno, es decir, que nunca se produzca esa transformación".»

Los inteligentes miembros del movimiento han comprendido perfectamente que los límites de la responsabilidad política después del invento de la bomba atómica no deberían ser las fronteras nacionales, las razas, las ideologías o los sistemas económicos, pues la devastación y contaminación atómicas no respetan tales fronteras. Condicionar las estrategias político-militares a las fronteras tradicionales significa no haber comprendido la enseñanza de Hiroshima. Pero todo pensamiento de política imperialista se aferra a fronteras y rivalidades. Constituye un grave problema el que suelen ascen-

der a las jerarquías políticas aquellos que defienden ideas anacrónicas que ponen en peligro de muerte a la Humanidad. Quien se haya abierto paso hasta la cumbre de la política a través de duras batallas y procesos de selección tiene que agradecerse en gran medida a una profunda ambición de poder y a una predisposición a obrar con gran tacto de cara al poder. Tener una gran sensibilidad moral y hacer carrera política es una contradicción en sí mismo, salvo excepciones. En consecuencia, vemos que los políticos, sobre los que recae toda la responsabilidad, tienen que fracasar necesariamente en la solución de los problemas de la Humanidad, dado que no pueden comprenderlos en toda su profundidad. Quien para medir su status a nivel particular o general tome como punto de referencia la escala superior-inferior, poderoso-débil, nunca saldrá del círculo vicioso de la lucha por la supremacía. Resulta así característico que las mayores desconfianzas, desavenencias, cautelas y engaños se den en la esfera del sector gubernamental en el que los grandes y pequeños políticos se hallan enredados de continuo en unas luchas, abiertas o encubiertas, donde impera la ley de la selva. En ninguna otra parte se observa mayor falta de disposición para la auténtica política de paz reclamada por el movimiento pacifista.

Pero la fuerza del movimiento, que ofrece una imagen de abanico multicolor y más bien caótico, no sólo radica en el peso de su postura moral. El movimiento obtiene resultados porque en las manifestaciones moviliza a un gran número de personas que sólo participan por convencimiento personal y no obedecen a ningún jefe ni a la promesa de obtener algún beneficio. Con su compromiso hay muchos que aceptan todo tipo de maledicencias y discriminaciones. De esta forma el movimiento irradia credibilidad y honestidad. Casi no se le

puede coger ni empleando los trucos habituales ni los slogans de difamación más sutiles mencionados en nuestra «historia».

Es una particularidad dialéctica del proceso sociológico el que en este momento se destaque con especial claridad la importancia del ser humano con sus fuerzas y convicciones individuales, dado que el *establishment* gobernante, empobrecido en su interior y esclavo de la fuerza de los hechos, pone nuestro destino a merced de la «capacidad de disuasión» de las armas atómicas. Como los gobiernos sólo entienden de fuerza, no saben crear seguridad más que basándose en la fuerza nuclear, y provocan la oposición de los ciudadanos de a pie, que no quieren ver ni su supervivencia ni el equilibrio entre Este y Oeste en manos de sistemas técnicos inhumanos. Un rasgo característico de esta situación es que precisamente los físicos nucleares más destacados, cuyos descubrimientos han determinado nuestra época, hayan sido los primeros en comprender que los modelos de pensamiento político fracasan precisamente ante los peligros que han surgido al inventarse la bomba de hidrógeno. La paz, amenazada por la nueva técnica, no puede asegurarse mediante ninguna técnica, ya sea equilibrio técnico, estrategia de disuasión o técnica de defensa. Mediante cálculo o programación técnica no podemos conseguir la paz, si no la deseamos con el corazón. Solamente un cambio total en la forma de pensar, un nuevo sentido de responsabilidad que traspasara todas las fronteras, podría proporcionar a los pueblos una supervivencia a más largo plazo. Este es el núcleo común de los diferentes llamamientos hechos por Oppenheimer, Blackett, Born y von Weizsäcker. Todos ellos, de una u otra forma, declaran su adhesión a lo exigido por Albert Einstein:

«Los hombres tienen que cambiar radicalmente su actitud frente a los demás y su concepción del futuro.»

Los hombres tienen que crear la única forma de seguridad que merece este nombre. Por lo tanto, cada uno de nosotros es un «experto» en el desarrollo de esta política de paz, que es la única digna de confianza. Los políticos tecnócratas, que por tener más información militar se declaran los directores autorizados de la política mundial y en especial de la política armamentista, serán los «profanos incompetentes» mientras sigan buscando la paz allí donde no puede asentarse. Aquellos jefes de estado del Este y del Oeste, que ni siquiera se enfrentan cara a cara, y no se atreven a entrar en contacto personal para hallar la solución que el mundo tiene derecho a exigirles, son el exponente más claro de una inmadurez y de una ignorancia apenas imaginables. Por muy contrarias que sean las ideologías y las estructuras sociales, debería comprenderse que, en la era de las bombas de hidrógeno y de neutrones, no hay ningún problema cuya importancia pueda ni siquiera ser comparada a la tarea de comprenderse mutuamente en este mundo. Está trasnochado que los poderosos nos quieran engañar con la alternativa de «mejor muertos que comunistas» a los de este lado, y a los del otro lado con la alternativa de «mejor muertos que capitalistas». La única alternativa válida a partir de ahora debe ser: «¡Sobrevivir unidos en lugar de sucumbir unidos!»

Ha llegado el momento de que los ciudadanos gobernados, cuantificados, planificados y engañados por la manía persecutoria ideológica nos levantemos y nos oponamos a las teorías artificiales sobre el enemigo, que bloquean nuestro espíritu de compañerismo capaz de traspasar todas las fronteras. Si mi «historia» ha

pretendido resaltar algún absurdo ha sido precisamente el del distanciamiento artificial y la enemistad recíproca de hombres y pueblos estrechamente unidos entre sí por lazos de sangre, historia y cultura.

PERFECCIONAMIENTO Y LABOR CARA AL EXTERIOR

Solamente si nosotros (los ciudadanos, según la Constitución alemana) participamos en la decisión, solamente si no dejamos hablar y obrar en nuestro nombre a los estados, alianzas y organizaciones cual dimensiones superiores, podremos liberarnos del miedo y sentirnos más seguros. Por muy comprensible que sea desentendernos de trabajar por la paz, dejando que lo hagan los políticos y los militares, en este caso no es admisible. Se pone uno mismo en peligro al no pensar en la amenaza o confiar en un tercero.

**Comité para los Derechos Fundamentales
y la Democracia**

La paz es el objetivo de todas las religiones,

corrientes de pensamiento y sistemas filosóficos. Es el gran deseo de todas las razas, naciones e ideologías. ¿No sería posible desarrollar a partir de esto una pasión común por la paz que diera el impulso emocional necesario para llevar a cabo lo que consideramos tan importante?

W. Brandt

De las consideraciones y experiencias presentadas hasta aquí se llega a las siguientes conclusiones:

- Un movimiento pacifista sólo puede partir desde abajo.
- Su fuerza depende principalmente de que las diferentes personas que lo forman participen en él independientemente y por convicción personal.
- Para esto cada uno necesita de un proceso de aprendizaje que solamente es posible en grupo.
- Primero hay que aprender a soportar el miedo, generalmente reprimido, a la amenaza atómica y a no sentirse protegido, sino en peligro, por la política armamentista oficial.
- Después es importante la convicción de que es necesaria una convivencia pacífica consciente de la solidaridad y de la mutua dependencia. Sólo esta actitud alternativa puede detener un proceso que conduce a la autodestrucción colectiva. Negar que esto sea posible significa nuestra capitulación y la de los demás. La nueva actitud ha de oponerse con firmeza al deseo expansionista del poder, que aumenta automáticamente las tensiones entre los bloques y mantiene la opresión del Tercer Mundo.
- El miedo sólo se puede vencer creyendo firmemente que su causa, la rivalidad conducente a la

destrucción, puede superarse con una voluntad de entendimiento y de solución conjunta de los problemas de la Humanidad.

- Para que esta convicción se afiance necesitamos experimentar que somos capaces de comportarnos de acuerdo con este principio. La colaboración en los grupos del movimiento pacifista tiene que estar marcada por la misma sensibilidad social que se requiere para la actuación política.
- Estamos llamados a un compromiso crítico, porque los dirigentes políticos se han obstinado ciegamente en una estrategia cuya dinámica interna aumenta el peligro de muerte de aquellos a cuyo servicio debe estar la política. En tales circunstancias no se debe seguir dejando toda la responsabilidad en manos de las instituciones políticas.
- Nuestro compromiso activo está tanto más justificado cuanto que sólo nosotros como colectivo podemos proporcionar una voluntad de entendimiento y exigir que las relaciones internacionales se basen en ella. No es ésta una labor técnica que podamos dejar en manos de cualquier grupo de especialistas.
- Tenemos que insistir en que en la época de Hiroshima no hay diferencias ideológicas, económicas o de cualquier otro tipo que justifiquen la amenaza de una aniquilación recíproca.
- Tenemos que acertar a desenvolvernos en la paradójica situación de arrastrar con nosotros a nuestros «hermanos», los ciudadanos de a pie y a los que «ejercen de padres» y tienen que tomar las decisiones. Tenemos que arrastrarlos a una política valiente y liberarles de un sistema de desconfianza y extorsión que ellos mismos

están potenciando. Una política valiente significa creer que la eliminación de amenazas injustificadas es una política de fortaleza.

¿Pero cuáles son las normas de conducta que se deducen de esta visión de la realidad?

Los grupos de pacifistas se ven ante una tarea triple:

1. Trabajar en el propio movimiento, lo que significa, como ya se ha dicho, desarrollar una infraestructura que permita el trabajo exterior. Pero también significa un perfeccionamiento intensivo en cuestiones de política pacifista. Es necesario alcanzar una sólida formación básica, valiéndose de publicaciones importantes que investiguen sobre la paz, pues sin esta formación se está indefenso ante la falsificación de hechos y las tergiversaciones de la prensa tendenciosa.

2. Trabajar hacia el exterior: la fuerza de choque del movimiento pacifista debe aumentarse constantemente, procurando tener eco en la región en la que se vive y movilizándolo a todos aquellos en los que ya está latente una predisposición. También es muy importante aliarse con otros grupos animados por los mismos sentimientos o que al menos persiguen el mismo objetivo para intercambiar experiencias y planear acciones comunes.

3. Ejercer presión «hacia arriba». Al principio esto parece lo más difícil, dado que las instituciones políticas, como ya se ha dicho, llevan una vida aislada del pueblo. Nadie debería acobardarse ante esta circunstancia. Con su prepotencia y su exagerada seguridad, los grupos políticos aparentan unas energías e ideas que en el fondo no tienen. Lo suyo es más bien una labor mecánica y rutinaria. Se ponen a la defensiva ante todo problema burocrático que pueda surgir. En el fondo

carecen por completo de espíritu innovador. Cuando un gran número de personas deja de colaborar y provoca disturbios manifestando su protesta, los centros de mando, aparentemente estables, se sienten en peligro. El miedo a una opinión pública cada vez más emancipada, representada por las iniciativas ciudadanas, hace temblar a los gobiernos y a los partidos no sólo del Oeste, sino también de Polonia, por ejemplo, y vislumbrar el fantasma de una «sociedad ingobernable». Por lo tanto, todo lo que procede de la «opinión pública», como resoluciones, artículos y anuncios en la prensa, congresos y manifestaciones, posee un peso político. Esto no significa que con ello se pueda influir de forma inmediata en la economía armamentista, impermeable a los acontecimientos de la política diaria.

Perfeccionamiento dentro del grupo no significa abordar obras de investigación sobre la paz demasiado difíciles de comprender. Dado que continuamente aparecen publicaciones específicas sobre la materia, resulta difícil recomendar obras sin incurrir en arbitrariedades.

En cualquier caso, es importante leer alguna obra digna de confianza que haga un estudio comparativo sobre correlación de fuerzas y datos sobre armamento, dado que en este punto recibimos una avalancha de información incompleta y errónea. G. Krel y D. S. Lutz hacen un detallado análisis de este tema en su obra *Armamento nuclear en el conflicto Este-Oeste* (Sociedad Editorial Nomos, Baden-Baden, 1980). U. Albrecht, A. Joxe y M. Kaldor ofrecen una visión general escueta pero instructiva en su ensayo *Contra el alarmismo* (perteneciente a la colección del grupo de estudios sobre política militar: *¿Incremento armamentístico para el desarme?* «Rororo Actualidad», número 4.717, 1980).

Pero también es de gran ayuda el preciso «Análisis de la amenaza» del Comité para los derechos fundamentales y la democracia dentro de la obra *La paz con otras armas. Cinco propuestas para una política de seguridad alternativa* («Rororo Actualidad», número 4.939, noviembre de 1981).

Corroboran estos escritos lo expuesto en nuestra «historia»: que establecer comparaciones entre los potenciales bélicos es enormemente complicado y puede llevar a diferentes valoraciones. En cualquier caso, los datos no indican en forma alguna una supremacía general del Este. Para una orientación aproximativa podemos atenernos a las conclusiones en forma de resumen de U. Albrecht, A. Joxe y M. Kaldor:

«Si se comparan las fuerzas estratégicas de ambos lados, la Unión Soviética figura a la cabeza en cuanto al número de rampas de lanzamiento, de carga útil militar y de eficacia destructiva, mientras que los EE. UU. son los primeros en cuanto a precisión de puntería, al número de cabezas nucleares y, si se tienen en cuenta los bombarderos del destacamento aéreo estratégico, a la capacidad destructiva en general.»

«Todas las informaciones disponibles dan como resultado que numéricamente la OTAN se halla en el primer lugar en cuanto a armas nucleares utilizables en el teatro de operaciones, es decir de muy corto alcance. No es ninguna sorpresa que el Oeste ha reforzado su armamento con estos medios de aniquilación masiva para lograr un equilibrio frente a la superioridad numérica que el Pacto de Varsovia tiene en el armamento tradicional.

En cuanto a los cohetes de largo alcance destinados a objetivos en Europa, resulta una superioridad numéri-

ca del Este que se ve rápidamente reducida si se consideran los aspectos cualitativos.

Los procesos de modernización que en este momento se llevan a cabo en el Este y en el Oeste confirman la tesis de que las armas de la OTAN son tecnológicamente muy superiores y que la Unión Soviética en muchos casos intenta compensar esta desventaja mediante un mayor número.»

Armas nucleares de alcance medio en y para Europa * (Situación en la primavera de 1981)

OTAN	Cabezas nucleares		URSS	Cabezas nucleares	
	Sistemas			Sistemas	
EE. UU.					
Aviones pesados de combate:			Cohetes SS-20	160	480
F 111	156	468	Cohetes SS-4 y 5 bombarderos	380	380
FB 111	66	264	Backfire	40	200
Bombard. A6E/7E en portaviones	30	60	Bombarderos más antiguos ⁴	300	700
Cohetes en submarinos ¹ (Poseidón C ₃)	48	480	Cohetes en submarinos (SS N 5)	20	20
Gran Bretaña					
Bomb. Vulcan	56	224			
Cohetes en submarinos ² (Polaris A ₃)	64	192			
Francia					
Cohetes de alcance medio	18	18			
Bombarderos Mirage IV	40	120			
Cohetes en submarinos ³	80	80			
Total	558	1.906		900	1.780

* Tomado de: G. Bastian y G. Schröter, *Contra el acuerdo sobre armamento de la OTAN*. Publicado por la Dirección Federal de la Juventud Socialista del SPD, Bonn, agosto 1981.

Según las últimas declaraciones del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI) y del Center for Defense Information (CDI) de Washington, G. Bastian ha elaborado el anterior cuadro sinóptico.

No menos importante para el perfeccionamiento individual es el tema de la «política de seguridad alternativa». Hay que atenerse al principio básico de que todas las alternativas a la escalada de esta política de amenaza presuponen una reeducación de las personas para que adopten una actitud alternativa. Porque sólo un cambio de opinión general y la movilización de la opinión pública para presionar sobre quienes toman las decisiones podrán lograr que estas personas acepten abrirse a una estrategia alternativa. No debería sobrevalorarse la política alternativa de seguridad como remedio en sí misma. Hay que examinarla para tener una idea concreta de las consecuencias prácticas a las que conduciría un cambio de actitud.

La publicación del Comité para los derechos fundamentales y la democracia, que acabamos de citar, incluye cinco propuestas para una política de seguridad alternativa:

¹ Sólo se han tomado como base los submarinos con 16 cohetes cada uno. El general Schulze, comandante en jefe de la OTAN para Centroeuropa hasta el otoño de 1979, da en la revista *OTV 6/81* un número de «6» submarinos, lo que supondría duplicar el número de cabezas nucleares, que pasarían a ser 960.

² En la modernización del armamento mediante el sistema Trident, ya decidida, se multiplica el número de cabezas nucleares.

³ En la inminente modernización del armamento mediante cohetes con varias cabezas explosivas se multiplica la efectividad.

⁴ Sin los aviones de la marina soviética, cuya inclusión tendría que llevar también a la inclusión de otros aviones de los Estados Unidos, con la correspondiente determinación de su misión.

1. *El no compromiso*

En Europa hay que crear zonas de armamento mínimo y controlado. El distanciamiento físico de los bloques tendría que ser una tarea de ambas partes. Una variante de esta teoría es el plan de una zona desnuclearizada que abarque desde Portugal hasta Polonia. Este plan, propuesto en un principio por la Fundación Russell para la Paz, fue aceptado en 1980 por el Partido Laborista británico. Con esta forma de no compromiso la República Federal y la República Democrática Alemana, por ejemplo, mantendrían sus sistemas de alianzas, la responsabilidad de los aliados sobre Berlín no sufriría ningún cambio. El objetivo de este plan sería una considerable reducción de la tensión en la frontera europea entre el Este y el Oeste. De las cinco alternativas, esta propuesta de no compromiso supone la modificación menos radical de la situación actual.

2. *La neutralidad*

El concepto de neutralidad supone únicamente una ampliación del no compromiso. Si toda Europa —hasta la frontera oriental de Polonia— se mantuviera libre de armas nucleares, podrían surgir tendencias neutralistas en la zona, lo que conduciría a una modificación fundamental de los acuerdos o bien a una escisión en la Alianza. Este plan parte de la creencia de que las superpotencias no emplearían sus cohetes para proteger los estados más pequeños, ni se dejarían influir por éstos para el uso de tales armas. Según esto, no existe ninguna ventaja clara para los estados más pequeños en cuanto a aprovecharse indirectamente de las armas atómicas, pero sí se da, por el contrario, el peligro creciente de una «europeización» de la guerra atómica.

3. *La teoría defensiva estricta*

Referida a la República Federal significaría que «ninguno de los sistemas estratégicos y de armamento allí instalados fuera apto para un ataque más allá de las propias fronteras». Los atacantes podrían ser contenidos, pero la República Federal ya no sería una amenaza nuclear estratégica ni, por tanto, un blanco importante en caso de conflicto.

4. *La política de defensa civil*

Frente a la alternativa de una aniquilación total o de capitular, la teoría de la defensa civil establece la posibilidad de defenderse ante un invasor mediante la insubordinación civil y la no colaboración hasta llegar a huelgas masivas y manifestaciones, «ocupación» de edificios públicos, etc. La defensa civil no pretende aniquilar al enemigo, sino, siempre que sea posible, desestabilizarle y persuadirle para que obre de otro modo empleando medios pacíficos.

5. *El desarme unilateral y total*

Esta teoría queda suficientemente explicada por su propio nombre. Sus representantes se remiten al ejemplo del acuerdo laborista británico que pedía que el gobierno emprendiese un desarme nuclear unilateral sin ningún tipo de concesiones o contraprestaciones por parte del Este. Se trata de poner en marcha un desarme real y efectivo en vez de soluciones técnicas a corto plazo totalmente ficticias, para contrarrestar modelos de solución más radicales o más pragmáti-

cos. Contra el reproche de «utopía» sus defensores alegan que también la abolición de la esclavitud existente desde tiempos inmemoriales pareció al principio una meta utópica, hasta que finalmente se logró implantar en el siglo XIX.

Los autores de este estudio no ocultan que cada una de las propuestas alternativas sobre política de seguridad conlleva un alto grado de riesgo y exige valor. Sin embargo, su conclusión resulta difícil de rebatir:

«Este valor, que siempre encierra un riesgo, no puede compararse con la temeridad que se necesita para aferrarse a la teoría de la disuasión o para reprimir toda pregunta. Este es el mayor riesgo que actualmente quepa imaginar.»

Quiero mencionar el único análisis cuantitativo y empírico sobre las causas de los actuales conflictos militares que conozco de entre las numerosas aportaciones de orientación más bien histórica: E. Weede: *Política mundial y causas de la guerra en el siglo XX* (Editorial R. Oldenbourgh, München-Wien, 1975). Este trabajo está elaborado en un estilo científico. Por otra parte, resulta útil aprender de las experiencias del primer movimiento pacifista. Su comienzo y desarrollo quedan instructivamente reflejados en el libro de K. A. Otto: *De la marcha de Pascua hasta el APO* (Editorial Campus, Frankfurt-New York, reimpresión 1980). A pesar de sus particularidades en cuanto a las condiciones básicas y a la estructura interna, este movimiento representa un modelo importante del que puede deducirse cuáles son los peligros que se han de prevenir en la actualidad con especial atención para no dejarse apartar nuevamente del gran objetivo político.

La labor cara a la opinión pública ofrece un importante estímulo para el perfeccionamiento, y en cierto

modo lo facilita. Tan pronto como un grupo pacifista comienza su andadura y pone públicamente a debate sus tesis y reivindicaciones, surge automáticamente la duda: ¿Estamos suficientemente preparados como para poder responder a cuestiones críticas? ¿Estamos capacitados para defender nuestra posición con argumentos suficientemente sólidos? El enfrentarse a una prueba pública estimula el deseo de perfeccionamiento de cada uno. Pero tampoco es conveniente exigirse a uno mismo un rendimiento excesivo. La forma más eficaz en que un grupo pacifista puede hacer propaganda de su causa es ofreciendo un cambio de pensamiento conjunto y animando a la duda. Especialmente convincente es el ejemplo de aquellas personas que toman una nueva actitud frente a la política de disuasión y frente a la guerra, y que por su sinceridad infunden ánimos para protestar. El informar unilateralmente produce sectarismos y no ayuda a eliminar represiones ni a destruir las teorías anquilosadas sobre la imagen del enemigo.

Pero las discusiones públicas no deberían servir solamente para ofrecer algo a los demás, sino también para animar al grupo a una constante revisión y ampliación de sus ideas. Si se sabe escuchar con frecuencia a personas de las más variadas profesiones y edades, y se atiende a lo que sienten y lo que opinan sobre la paz, surgen algunos aspectos que pocas veces se presentan en un grupo que lleva demasiado tiempo ocupándose solamente de sí mismo.

Resulta de suma importancia el plantear el tema de la paz en las escuelas. Se ha comprobado que amplios sectores de la juventud en edad escolar vuelven a preocuparse mucho por cuestiones políticas y están muy sensibilizados ante el tema del peligro de una guerra atómica. Los jóvenes se quejan frecuentemen-

te de que sus padres no quieren saber nada de estos problemas y de que en clase no tienen apenas oportunidad de expresar sus temores e informarse más detalladamente sobre armamento atómico y política pacifista. Los jóvenes interpretan, con razón, esta postura de rechazo por parte de los padres y de los profesores del colegio como muestra de que los mayores y los «superiores» se sienten muy incómodos ante estas cuestiones y temen tener que rendir cuentas.

Nunca he encontrado análisis más claros que algunos de los que hacen los escolares. Por ejemplo, dicen que en la llamada política de seguridad, gobierno e instituciones se alejan cada vez más del pueblo y no se mantienen en lo más mínimo «fieles al pueblo». «En este asunto no debemos encomendarle todo al gobierno y dejarle que nos diga lo que debemos de hacer. Tenemos que decirles lo que deben hacer. ¡Tendríamos que hacer mucho más al respecto para que despierten!» Los jóvenes de trece a quince años comentan descontentados que sus burgueses padres creen firmemente que cuantas más bombas atómicas traigan los norteamericanos a Europa tanto mejor protegidos estarán sus preciosos terrenos y sus pertenencias frente a los rusos.

Da la impresión de que estos jóvenes aventajan claramente a la generación más adulta en la apreciación realista de la amenaza atómica actual y que consecuentemente apenas confían en que las instituciones gobernantes abandonen el erróneo camino de la disuasión sin una presión masiva desde abajo.

En la sala central del Congreso de Munich hicimos una exposición a propuesta de nuestra «Iniciativa ciudadana por una política pacifista» local, titulada «Ellos lo llaman paz» (puede obtenerse a través del Círculo de estudios sobre la pedagogía de la paz, Zweibrückenstr. 19, 8000 München 22), junto con dibujos, pinturas

y esculturas de alumnos sobre el tema «Guerra y paz en 1980», así como una película: «La guerra cotidiana al detalle, el experimento Milgram» (puede obtenerse a través del servicio nacional cinematográfico para la formación de jóvenes y adultos de Hessen e. V., Kennedyallee 105a, 6000 Frankfurt 70, bajo el título: «Abraham, un intento»).

En las discusiones con grupos de alumnos (en cuatro días fueron más de 5.000 colegiales a la exposición) la opinión mayoritaria era la siguiente: Eran muy pocas las imágenes impresionantes sobre las consecuencias de la guerra, especialmente de la guerra atómica. La población sería más consciente de las consecuencias de una guerra atómica si al concepto de «disuasión» se le diera rápidamente un nuevo significado. Se les quitarían las ganas de aprobar la instalación de nuevos cohetes y de máquinas asesinas de éstas para disuadir.

Pero la película sobre el experimento Milgram impresionó a los jóvenes todavía más que las imágenes de la guerra y de sus consecuencias. (El experimento Milgram muestra cuán fácil es que unas personas, por mera sumisión a la autoridad, estén dispuestas a maltratar a otros cumpliendo órdenes, incluso a torturarlos. He descrito e interpretado este experimento ampliamente en mi obra *Huida o resistencia*, Rororo, 7.308.) La importancia del tema de esta película excede a la descripción inmediata de la guerra. Comprender la necesidad de una política eficaz para prevenir la guerra puede ser difícil, pero lo es aún más aprender a transformar esa comprensión en una actitud práctica.

De esta forma todo perfeccionamiento y labor cara al público vuelve siempre a desembocar en la cuestión central: ¿Cómo evitar el temor a estar cada vez mejor informados? ¿Cómo oponernos a esa falsa moral adquirida de que el mantenimiento del orden formal, es decir,

de la obediencia a los «responsables» políticos oficiales, tiene que observarse incluso cuando ellos faltan a la obligación de proteger a las personas? ¿Cómo evitar el fracaso en el experimento Milgram o en una situación real comparable, como le ocurre a la mayoría que hace este test? ¿Cómo podemos los alemanes federales evitar, como pueblo, el seguir a los norteamericanos en una política funesta de confrontación, por una servidumbre a la que se ha dado el nombre de «fidelidad»? ¿Cómo aprender a dirigirnos a los pocos políticos pacifistas que aún nos quedan, a tender puentes—de los que desconfiarán y murmurarán la jauría de los cobardes y de los sectarios— y a intentar exigir una auténtica distensión?

Invitar a personalidades como Heinrich Albertz, Gert Bastian o Erhard Eppler, escucharles y discutir con ellos no sólo es provechoso por la fuerza de convicción de sus tesis político-pacifistas, sino porque se trata de personas que, cada una a su manera, han tenido el valor de sacrificar su posición en aras de su coherencia y de exponerse a una avalancha de calumnias que les tachaban de asesinos, a ofensas y sospechas que irremediablemente caen sobre todo disidente que defienda una posición comprometida. Ninguno de estos hombres tuvo que soportar por su perseverancia la amenaza material que en un caso semejante se cierne sobre otras personas menos prominentes. Sin embargo, demuestran claramente una resistencia que en este país se ha reprimido en demasiadas personas desde su infancia de forma sistemática. La falta de coraje podría resultar mucho más peligrosa que cualquier otra adversidad para los grupos que sostienen el movimiento pacifista en caso de que cediera el impulso espontáneo y emocional y desde arriba volvieran a darse muestras de distensión simbólicas y engañosas sin que la devastadora

dinámica armamentista quedara realmente detenida.

La capacidad de desobedecer (quienes tergiversan las palabras lo han denominado astutamente incapacidad de ser solidario) es lo más importante que debería aprender no sólo la juventud crítica, sino sobre todo las personas de más edad, ya situadas, que se han adaptado a lo existente, pero que a pesar de sus reproches aprueban las ideas directrices del movimiento pacifista y envidian secretamente a todo «disidente» por haber hecho lo que ellos mismos querrían hacer. En cualquier caso, resulta muy significativo el que una juventud obstinada que busca una nueva independencia sea más capaz de luchar por lograr una política pacifista que merezca tal nombre que una generación evidentemente poco preparada para hacer frente a la responsabilidad de dirigir que ha recaído sobre ella.

Pero esta alternativa está insuficientemente formulada. Después de una guerra criminal no del todo asimilada y de haberse acostumbrado a una paz segura a medias, la generación de mayor edad no debe considerar una vergüenza, sino una oportunidad, el tener que comenzar de nuevo con ayuda de la juventud que se ha comprometido por la paz. Si los más adultos mantienen una posición abierta, los temores de los jóvenes les podrán conducir a aquellos recuerdos enterrados, cuyo peso podría convertirse en el motivo más poderoso para participar activamente en el movimiento pacifista. Ultimamente me he encontrado con muchas mujeres y hombres mayores a los que —como a mí mismo— se les abrieron los ojos después de discutir intensamente con la juventud crítica y que luego infundieron a otros el valor que a ellos les habían infundido. El movimiento pacifista no es cosa de una u otra generación y sólo podrá lograr y conservar el poder de penetración que necesita si las diferentes generaciones establecen un nuevo lazo entre sí.

Opino que los alemanes sólo podemos cumplir con nuestra obligación de sacar la única enseñanza inteligente de la última y vergonzosa guerra estableciendo un diálogo entre generaciones; tenemos que mostrarnos como un pueblo que en esta ocasión ayude a abrir el camino contrario, el camino hacia la superación firme y pacífica de las diferencias, hacia el entendimiento y la reconciliación.

BIBLIOGRAFIA BASICA EN CASTELLANO SOBRE CARRERA DE ARMAMENTOS

- Aguirre, Mariano, *De Hiroshima a los Euromisiles*, Tecnos, Madrid, 1984.
- Barbé, Esther, *España y la OTAN*, Laia, Barcelona, 1981.
- Barnet, Richard J., *Años de penuria*, Gedisa, Barcelona, 1981.
- Bastian, Gert, *¡Forjad la paz!*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.
- Bobbio, Norberto, *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Gedisa, Barcelona, 1982.
- Briggs, Raymond, *Cuando el viento sopla*, Debate, Madrid, 1983.
- *El general extranjero de hojalata y la dama de hierro*, Debate, Madrid, 1985.
- Chomsky, Noam; Steele, J., y Gittings, J., *Superpotencias en colisión*, Debate, Madrid, 1985.
- Fisas Armengol, Vicenç, *Crisis del militarismo y militarización de la crisis*, Fontamara, Barcelona, 1983.
- *El desarme en casa: municipios desnuclearizados y desarme regional*, Fontamara, Barcelona, 1984.
- Goldblat, Jozef, *La limitación de armamento*, MPDL, Madrid, 1984.
- Jungk, Robert, *¡Sobreviviremos!*, Argos Vergara, Barcelona, 1984.
- Kelly, Petra K., *Luchar por la esperanza*, Debate, Madrid, 1984.
- Kidron, Michael, y Smith, Dan, *Atlas de la guerra*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984.
- Laszlo, Ervin, *La última oportunidad*, Debate, Madrid, 1985.
- Lederach, John Paul, *Educación para la paz*, Fontamara, Barcelona, 1984.
- Lemkow, Luis, *La protesta antinuclear*, Mezquita, Madrid, 1984.
- Myrdal, Alva, *El juego del desarme*, Debate, Madrid, 1984.
- Petras, James y Morley, Morris H., *Capitalismo, socialismo y crisis mundial*, Revolución, Madrid, 1984.
- Schell, Jonathan, *El destino de la tierra*, Argos Vergara, Barcelona, 1982.
- SIPRI, *La carrera armamentista y la limitación de armamento en 1983*, MPDL, Madrid, 1984.
- Thompson, E. P.; Myrdal, A.; Domènech, A.; Sacristán, M., y otros, *Protesta y supervivencia*, Hermann Blume, Madrid, 1983.
- Thompson, E. P., *Opción cero*, Crítica, Barcelona, 1983.
- Thompson, Dorothy, y otras, *Antes muertas. Mujeres contra el peligro de guerra nuclear*, Ediciones La Sal, Barcelona, 1984.
- Webber, P.; Wilkinson, G., y Rubin, B., *Crisis de los euromisiles*, Debate, Madrid, 1984.
- Wilson, Andrew, *Manual del pacifista*, Debate, Madrid, 1984.

Biblioteca Verde

Títulos publicados

- Cuando el viento sopla*, Raymond Briggs (3.ª edic.).
- Crisis de los euromisiles*, P. Webber, G. Wilkinson y B. Rubin.
- Manual del pacifista*, Andrew Wilson.
- El juego del desarme*, Alva Myrdal.
- Luchar por la esperanza*, Petra K. Kelly.
- A mi madre la mar*, Greenpeace.
- El general extranjero de hojalata y la vieja dama de hierro*, Raymond Briggs.
- La última oportunidad*, Ervin Laszlo.
- Rescate de la Naturaleza:
- Los animales terrestres*, David Cook.
- Las aves*, David Cook.
- La vida en los océanos*, David Cook.
- El medio ambiente*, David Cook.
- Superpotencias en colisión*, Noam Chomsky y otros.

600 series Functionals
(Para justificar los argumentos)

Los Señores del Apocalipsis
El Terrorismo Económico.

"Si quieres la paz - Prepárate para
la guerra"

"Si quieres la paz - Prepara la Paz"

"Las leyes universales nos demuestran
que el camino correcto es la paz"

Esto no le conviene al sistema

El desperdicio más grande de la
civilización

INOCENCIA



Y todos hablaron de la paz es una obra fascinante. En ella asistimos a la minuciosa reconstrucción arqueológica de los tiempos actuales por parte de un grupo de investigadores procedentes de otra galaxia. Su conclusión sobre las causas que nos llevaron al desastre final confirmará la hipótesis de una voluntaria autoaniquilación perfectamente planeada por un reducido grupo de humanos, sin cuya intervención resultaría imposible explicar la mayoría de los acontecimientos políticos de la actualidad. Aun conociendo de antemano el desenlace, la obra mantiene la tensión de las grandes novelas policíacas y nos obliga a plantearnos muchas interrogantes sobre la loca carrera que nos precipita hacia el exterminio de la Humanidad.

H. E. Richter, nacido en Berlín en 1923, es un prestigioso psiquiatra alemán y dirige en la actualidad el Centro de Medicina Psicosomática de la Universidad de Giessen. En 1980 recibió el premio Theodor Heuss.



DEBATE/CIRCULO